

Richard Marsh

El escarabajo

EL ÚLTIMO MONSTRUO

SOBRE *EL ESCARABAJO* DE RICHARD MARSH

JESÚS PALACIOS

Gótico a la luz de gas

El final de la Era Victoriana y el subsiguiente periodo eduardiano fueron, qué duda cabe, momentos de esplendor para un nuevo Gótico surgido a la luz de las farolas de gas, la expansión de las grandes urbes, la segunda revolución industrial y los radicales cambios que todo ello habría de introducir en la vida de las naciones desarrolladas de Occidente. Como si la literatura popular asumiera de forma inconsciente pero consistente el papel de conciencia oculta de los más secretos miedos y deseos, sueños y pesadillas de un mundo en cambio permanente, las revistas literarias y los periódicos se llenaron de folletines y novelas por entregas poblados de monstruos y villanos, tanto sobrenaturales como humanos, que adaptaban los gastados escalofríos de la «novela gótica» original, añejos y oxidados como los viejos castillos europeos donde tan a menudo se desarrollaba o como los eslabones perdidos de las cadenas que arrastran los fantasmas trasnochados tras sábanas y sudarios ensangrentados, a este nuevo universo de velocidad inusitada, anunciada por el ferrocarril y ratificada por los primeros automóviles, de vértigo científico y tecnológico, constantes descubrimientos, acercamiento geográfico y teorías, ideas e ideologías radicales e incluso revolucionarias. Colonialismo, expansión e imperialismo. Racismo, democracia, fanatismo y socialismo. Bombas anarquistas, Primera Internacional y nacionalismo. Sufragistas espiritistas y anti-espirituosas. Globos, dirigibles, submarinos y aeroplanos. Mujeres en bicicleta, en la playa y en los teatros. Distritos rojos, trata de blancas y negras, peligro amarillo, fin del esclavismo y comienzo de una nueva clase de esclavitud urbana que encadena de pies y manos a sus víctimas a fábricas, cadenas de montaje y factorías... Todo esto y mucho más generaría directa e indirectamente una nueva galería de los horrores capaz no solo de superar a la creada por los clásicos sobrenaturales del Romanticismo, sino también de dar forma a una serie de arquetipos literarios tan profundamente ligados a nuestra psique que, hoy día, bien entrado ya el siglo XXI, puede afirmarse sin temor a exagerar que continúan vigentes.

En un lapso de tiempo relativamente breve, bajo el influjo de la marea finisecular, aparecerían en la Inglaterra tardo-victoriana y ocasionalmente en los Estados Unidos, una serie de obras donde los elementos heredados de la tradición gótica mutaban hacia nuevos territorios inéditos, nutridos por el humus de los más espectaculares

descubrimientos científicos, las especulaciones filosóficas, místicas y metafísicas de las Ciencias Ocultas y la imparable revolución tecnológica que acercaba continentes y países antaño exóticos y distantes en alas de la telegrafía sin hilos, del teléfono y de una red global de transportes cada vez más extensa, entretejida como una gigantesca telaraña por todos los rincones del planeta. Nuevos territorios donde iban a arraigar con fuerza los géneros populares del siglo xx: la novela criminal y detectivesca, la ficción ocultista, el terror (sobrenatural o no) y la ciencia ficción. *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (1886) de R. L. Stevenson, *El retrato de Dorian Gray* (1890) de Oscar Wilde, *Drácula* (1897) de Bram Stoker, pero también *Estudio en escarlata* (1887) de Arthur Conan Doyle, *Los tres impostores* (1894) de Arthur Machen, *El Rey de Amarillo* (1895) de Robert W. Chambers o *La isla del Dr. Moreau* (1896) de H. G. Wells, ejemplos igualmente destacados, conforman una eclosión de nuevos monstruos, miedos y terrores producto de la combinación tan lógica como inesperada de lo científico y racional con lo fantástico y sobrenatural, que toma a menudo aspecto igualmente racionalista gracias al auge del Espiritismo, el Ocultismo y extrañas disciplinas científicas que al gran público le resultan igualmente fantásticas, como la psicología o el evolucionismo, inextricablemente ligadas a pseudociencias como la frenología y el mesmerismo. Los más increíbles descubrimientos científicos parecen validar de alguna forma las descabelladas especulaciones y teorías de magos y ocultistas, mientras estos adoptan el lenguaje, los modos y modales del método científico, si bien sea en muchos casos solo de forma aparente y superficial. Por supuesto, la novela popular rápidamente canibaliza esta atmósfera de maravilla y asombro llevándola al núcleo de sus argumentos y personajes, que se convierten así en vehículo no solo de las nuevas ideas, sino también en reflejo deformado pero revelador de la mentalidad de su tiempo, un tiempo en el que se fragua también el nuestro.

Las novelas y relatos de Stevenson, Wilde, Stoker, Machen, Conan Doyle o Chambers, amén de las de muchos de sus coetáneos menos conocidos e incluso hoy ya olvidados, son un verdadero catálogo, una suerte de registro inconsciente, de los temores, obsesiones y preocupaciones del cambio del siglo xix al xx, y como tales han sido analizados y exhaustivamente examinados por expertos y estudiosos del campo académico, quienes han diseccionado el papel que el imperialismo y el racismo, el movimiento sufragista y la aparición de la mujer moderna, las ideologías radicales, los escándalos sexuales en general y los homosexuales en particular o los avances quirúrgicos y médicos tuvieron en el desarrollo de estas obras y en la conformación de mitos fundamentales y fundacionales del fantástico como Drácula, el vampiro transilvano, el Dr. Jekyll y su doble criminal, Mr. Hyde, el tenebroso y bello Dorian Gray, el sádico y prometeico Dr. Moreau y el resto de criaturas extrañas, deformes o alienígenas que pueblan la ficción macabra de la época. Por supuesto, la mayoría de estas novelas si no todas han conocido una popularidad continuada a todo lo largo del siglo xx, reflejada en innúmeras ediciones y reediciones, constantes

traducciones a la mayoría de idiomas del planeta e incontables adaptaciones teatrales, cinematográficas, radiofónicas y a otros medios de masas como el cómic, la televisión o los videojuegos. No solo los aficionados al género de horror y fantasía están sobradamente familiarizados con ellas, sino que la mayoría han pasado a formar parte del acervo popular contemporáneo y de nuestro imaginario colectivo.

Pocos serán quienes sin necesidad de haber leído siquiera la obra literaria original desconozcan los nombres y hazañas de los susodichos Dorian Gray, Jekyll y Hyde, Dr. Moreau, Sherlock Holmes y su némesis criminal, el profesor Moriarty o, por supuesto, el Conde Drácula. Tanto es así que, en cierta medida, estos personajes, analizados, deconstruidos, parodiados, imitados y explotados hasta la saciedad tanto en el ámbito académico más sesudo como en la más tirada literatura *pulp* o en los dibujos animados infantiles, por no hablar de los *happy meals*, los helados y las cajas de cereales o galletas, han perdido inevitablemente gran parte de su poder asustante primigenio, para pasar a constituir un inventario de tópicos y lugares comunes asociados al lado oscuro de una época victoriana reconvertida en inofensivo universo de pura fantasía adolescente por el *steampunk*, y en campo de batalla filosófico y moral para académicos enzarzados en análisis marxistas, psicoanalíticos, feministas o estructuralistas de sus méritos y defectos tanto formales como ideológicos. De tal forma que esta segunda y quizá superior —desde nuestro punto de vista como lectores contemporáneos— oleada del Gótico literario anglosajón, pareciera haber sido ya agotada definitiva y completamente, sin que quede ninguna de sus obras más significativas por ser publicada, diseccionada, conocida y reconocida incluso hasta el exceso y el aburrimiento. ¿O no?

La criatura olvidada

Siempre hay una excepción. Y en este caso, una tremendamente paradójica a la vez y al tiempo. Porque la gran obra (con su gran monstruo incluido) olvidada del Gótico Victoriano es una que en su día fuera no solo tan popular como los ilustres ejemplos citados, sino capaz de superar tanto en éxito crítico como en ventas y número de ediciones a muchos de estos. Me refiero, por supuesto, a la escurridiza criatura que el lector tiene ahora en sus manos: *El Escarabajo* de Richard Marsh, por primera vez traducida al castellano.

Publicado en forma de libro en 1897, el mismo tenebroso año que viera la aparición de *Drácula*, con el cual fue comparado de inmediato y favorablemente, este *thriller* sobrenatural que contiene todos los elementos clásicos del género combinados con una gracia y elegancia sorprendentes, y que si quizá no alcanza las alturas literarias de Wilde o Machen, no está muy distante de las de Chambers o Stevenson y en algunos aspectos supera las de Stoker, se convirtió casi de inmediato en un *best-seller*, favorito de los lectores amantes de las emociones fuertes y más que

bien recibido por la mayor parte de críticos literarios del momento. Aunque las sorprendentes concomitancias que se dan entre algunos aspectos formales y argumentales de *El Escarabajo* y *Drácula*, aparecida en librerías apenas unos meses antes, llevaron a pensar a algunos que la novela de Marsh estaba claramente influida por la de Stoker, hasta casi rozar el plagio, lo cierto es que en realidad *El Escarabajo* había precedido al vampiro, ya que se había publicado previamente en forma de serial, a partir del 13 de marzo de 1897, en la revista *Answers*, con el título de *The Peril of Paul Lessingham: The Story of a Haunted Man*, mientras *Drácula* lo sería en junio de ese mismo año, cuando la novela de Marsh estaba ya prácticamente llegando a su trepidante final. Resulta mucho más lógico suponer que sus parecidos razonables se deben tanto al *zeitgeist* de su tiempo y lugar, como a la influencia de clásicos anteriores del género de misterio como Le Fanu, Wilkie Collins o el propio Dickens, además de la de otros autores contemporáneos como Doyle y Wilde. Sea como fuere, cuando la novela de Marsh viera la luz en formato libro, con el mucho más conciso, impactante y apropiado título de *El Escarabajo. Un misterio*, desbancaría en muchos aspectos al clásico vampírico de Stoker, no solo por el hecho de agotarse casi de inmediato, llegando a alcanzar más de veinte ediciones en poco más o menos treinta años, además de ser traducida a numerosos idiomas europeos y adaptada al teatro y la pantalla, sino porque muchos críticos que habían saludado poco antes *Drácula* como el no va más del escalofrío y el terror, ponían por encima de este al recién llegado sin ningún tipo de pudor: *The Academy*, en su sección de opinión sobre obras publicadas, afirmaba que «*Drácula*, del señor Stoker era escalofriante, pero el señor Marsh lo ha hecho no solo algo mejor sino, ¡oh! muchísimo mejor»; de la misma opinión era el crítico literario del *Glasgow Herald*, quien venía a concluir que aunque era difícil vencer a Stoker en su terreno, *El Escarabajo* lo había superado ampliamente. Durante unas décadas, a tenor de las ventas y reseñas, la novela de Marsh y la de Stoker compitieron en dura lid, poniéndose las cifras y críticas positivas generalmente del lado de *El Escarabajo*. Solo el carácter y el poder arquetípico del vampiro de los Cárpatos, en cierto sentido independiente de la novela original y de hecho a menudo traicionado por sus más populares adaptaciones teatrales y cinematográficas, acabaría por inclinar la balanza a favor del escritor irlandés.

Volviendo a *El Escarabajo*, la enorme paradoja de esta popular novela, la más famosa y ponderada dentro de la enorme producción literaria de su autor, consiste, precisamente, en el hecho de que tras años de reediciones continuas, contando con una popular versión teatral y una adaptación cinematográfica británica firmada por Alexander Butler en 1919, hoy por desgracia perdida, hacia los años 60 del pasado siglo desaparece prácticamente de las librerías, es raramente leída en su país de origen y, más sorprendentemente aún, apenas se la nombra en los numerosos estudios sobre la ficción gótica y sobrenatural del siglo XIX que empiezan a proliferar a medida que el género gana reconocimiento no tanto literario, quizás, como académico y sociológico. Si bien Lovecraft la cita de pasada en su clásico ensayo *El horror*

sobrenatural en la literatura, resulta extremadamente singular encontrar alguna referencia de importancia a la novela o a su autor, especialmente tras la Segunda Guerra Mundial, incluso, como decíamos, en los textos consagrados al género. De forma quizá menos sorprendente, nos tropezamos también con el hecho de que nunca se publicara —al menos que yo sepa, no conviene ser demasiado tajante en estas cuestiones— en nuestro país. Si bien es cierto que incluso *Drácula* tardó lo suyo en llegar a las librerías españolas, al menos en una versión completa y respetuosa para con el original, no han faltado desde los años 60 y 70 hasta hoy no solo buenas ediciones del clásico de Stoker, sino también de sus compañeros de viaje firmados por Stevenson, Wilde o Conan Doyle. Incluso autores hoy tan olvidados o más que el propio Marsh, como Marie Corelli o el George du Maurier de *Trilby*, conocieron en su momento traducciones al castellano tanto en España como en el ámbito latinoamericano, aunque en el caso del segundo su título original fuera habitualmente cambiado por el de su villano Svengali, popularizado por las versiones fílmicas de la novela.

De hecho, hasta hace poco cabía preguntarse si, en realidad, el caso de *El Escarabajo* no sería sencillamente uno más de simple y triste justicia poética, como tantos otros en los que el tiempo va poniendo las cosas en su lugar, haciendo que ciertas obras populares en su día resulten años después poco menos que ilegibles, tanto por la evolución del gusto literario y del lenguaje, como por la sensibilidad de cada época. Así, la mayor parte de las novelas de la citada Marie Corelli, que superaban en ventas y éxito popular tanto a Marsh como a Stoker y a casi cualquier otro autor contemporáneo, son hoy prácticamente intragables por su alambicado estilo de prosa victoriana así como por sus tramas y personajes estereotipados, lastrados por un sentimentalismo y un moralismo «de época» que no ha superado el implacable paso del tiempo ni puede disfrutarse o entenderse fuera de su contexto original. Por supuesto, las grandes obras (y muchas pequeñas grandes obras) del pasado también sufren este proceso, pero bien sea por su gran estilo artístico y técnico o bien por sus tramas y, sobre todo, personajes, cuando no por ambas cosas a la vez, poseen una cualidad arquetípica, mitopoyeica y seminal tan poderosa como para superar sobradamente las limitaciones culturales y temporales, conectando con el inconsciente colectivo e individual del lector, conmoviéndole profundamente y emocionándole más allá y más acá del tiempo y el espacio. Es precisamente por esto, por lo que novelas tan diferentes como *Moby Dick* o *Grandes esperanzas*, *Crimen y castigo* o la misma *Drácula*, por citar algunas al azar, nunca llegan a «envejecer» y, pese a la dificultad que pueda entrañar su estilo, su lenguaje o ciertas concepciones propias de su tiempo, consiguen siempre emocionar al lector sensible. Por supuesto, no es que *El Escarabajo* se cuente entre estas obras maestras inmortales... Pero, como podrá comprobar de inmediato el lector que penetre entre sus páginas, está muy lejos también de resultar una novela ilegible, pasada de moda o implacablemente golpeada por el devenir del tiempo. Muy al contrario, Richard Marsh escribe con un

estilo sorprendentemente ágil, moderno y casi cinematográfico, y posee a menudo un ingenio wildeano y un juguetón sentido del humor, casi siempre ausentes en el caso del más melodramático Stoker, que nos permiten empatizar abiertamente con unos personajes por otro lado bien característicos de la era tardo-victoriana. Es decir, que puede disfrutarse perfectamente como lo que es: un entretenido *thriller* ocultista, lleno de suspense, romance, peligro y humor, sobre el siempre fascinante decorado del Londres finisecular: un infierno urbano de niebla, desolación y terrores nocturnos, en cuyos callejones y suburbios se esconde uno de los villanos, uno de los monstruos más olvidados pero también más singulares, sorprendentes e interesantes de la novela gótica y sobrenatural de la época. Pero antes de analizar un poco más de cerca este raro ejemplar entomológico de ficción ocultista, quizá sea justo y necesario conocer algo más y mejor a su autor, otro ejemplar Victoriano de cuidado, que podría protagonizar él mismo algún folletín de la época.

El extraño caso del señor Heldmann y Mr. Marsh

La Era Victoriana, ese momento de la Historia moderna en el que la hipocresía se convirtió en una de las Bellas Artes y pareciera una obligación moral el tener y llevar una doble cuando no triple vida secreta, haciendo de las virtudes públicas y los privados vicios una prebenda de las clases medias y altas sin la cual ningún caballero o dama educado y elegante podría considerarse mínimamente completo y realizado, está llena de personajes enigmáticos, perturbadores, de carrera tortuosa y esquinada. Profesores eruditos que se convierten por la noche en puteros irredentos; cirujanos expertos en hospitales de renombre que pueden ejercer después como siniestros abortistas en la oscuridad del Soho cuando no transformarse, quizás, en genuinos asesinos en serie en el laberinto de calles de Whitechapel; políticos brillantes, defensores del Imperio en la cámara de gobierno que pasan sus ratos de ocio en fumaderos de opio del Chinatown, siendo explotados por los mismos sucios amarillos a quienes han impuesto o intentado imponer la Pax Británica... Puede que todo esto suene a cliché y sin duda lo es, pero responde también a una cierta e innegable realidad de su tiempo, que ha sido expuesta y analizada por numerosos historiadores y estudiosos, y que de hecho fuera ya satirizada y criticada acerbamente por contemporáneos como Bernard Shaw, Wilde, Conrad o Madox Ford, además de por los egregios miembros del Grupo de Bloomsbury, especialmente por el iconoclasta Lytton Strachey. Pues bien, la peculiar Figura de Richard Marsh también se ve salpicada por esa fascinante sombra de escándalo y delito que tan a menudo mancha la impecable imagen del ciudadano Victoriano.

El verdadero nombre de Marsh era Richard Bernard Heldmann. Nacido el doce de octubre de 1857 en el Norte de Londres, era hijo de Joseph Heldmann, comerciante de origen judío alemán, converso al cristianismo, y de Emma Marsh, hija a su vez de

un fabricante de encaje de Nottingham. Al poco tiempo del nacimiento de Richard, Heldmann se vería envuelto premonitoriamente en un complejo proceso de bancarrota que le obligaría a renunciar a sus negocios para convertirse en maestro, regentando una escuela al Oeste de Londres, en Hammersmith. Hacia 1880, el joven Richard, bajo el nombre de Bernard Heldmann, comienza a publicar profesionalmente cuentos y relatos de carácter fundamentalmente juvenil, educativo y moralista, destinados a publicaciones y revistas de tipo religioso como *Quiver*, *Young England* o el semanario *Graphic*. Es la popular revista para niños y jóvenes *Union Jack*, en la que colaboran asiduamente estimadas firmas de la época como las del viajero y traductor al inglés de Verne, W. H. G. Kingston, o la del militar retirado e historiador G. A. Henty, la que le da la oportunidad de madurar como escritor, contribuyendo con un flujo constante y regular de cuentos de aventuras e historias escolares, inspiradas en las experiencias vividas en el colegio que dirige su padre, hasta llegar a convertirse en coeditor del popular semanario en 1882, bajo la supervisión de Henty. Sin embargo, al año siguiente sus colaboraciones comienzan a escasear visiblemente hasta que finalmente su nombre desaparece por completo del staff de la revista en junio de 1883. Poco después, el prolífico Bernard Heldmann se volatiliza y jamás volverá a verse nada escrito o publicado por él. Al menos, con ese nombre, claro.

Cinco años más tarde, en 1888, un nuevo autor llamado Richard Marsh empieza a llamar la atención con sus novelas y relatos de aventuras, misterio, humor, terror y romance, llegando en 1897 a conquistar a críticos y lectores con su novela *El Escarabajo*, convertida, como hemos visto, en rápido *best-seller*. Salido no se sabe bien de dónde, no sería hasta la publicación en 1966 de la autobiografía del nieto de Marsh, reconocido autor también de excelentes relatos extraños y macabros, Robert Aickman, titulada *The Attempted Rescue*, que se descubriría que el creador de *El Escarabajo* y el misteriosamente desaparecido Bernard Heldmann no eran sino uno y el mismo, siendo el nuevo seudónimo la suma de su primer y auténtico nombre, Richard, y del apellido de soltera de su madre, Marsh. Pero... ¿a qué se debía este cambio no solo de nombre, sino también de género y estilo? Porque al escritor de historias de aventuras para niños, de claro trasfondo educativo, moral y hasta piadoso, le sustituye ahora un experto creador de intrigas de suspense, crimen y misterio, que abundan también en elementos macabros y sobrenaturales, además de otras románticas o humorísticas. Durante mucho tiempo se especuló si con este nuevo seudónimo trataba de ocultar sus orígenes judíos alemanes, no demasiado populares en la Inglaterra de la época, e incluso se llegó a hablar de la posibilidad de algún escándalo sexual a la Wilde. Sin embargo, el verdadero motivo acabaría por descubrirse más recientemente, gracias al nuevo interés suscitado por el autor y su novela más famosa: a lo largo de 1883, Bernard Heldmann, utilizando distintas identidades ficticias, había falsificado un buen número de cheques, que gastó y cobró moviéndose constantemente tanto por territorio francés como por su Inglaterra natal,

hasta ser detenido por la policía en febrero de 1884. Condenado por fraude en abril de ese mismo año a cumplir dieciocho meses de trabajos forzados, resulta de lo más comprensible que cambiara de inmediato su nombre para volver a intentar ganarse la vida con la pluma, a la vez que su experiencia penitenciaria explicaría en parte no solo el cambio de registro temático de sus novelas y relatos, sino también su evidente y recién adquirida soltura con el argot y la forma de hablar de criminales y otros miembros del hampa y de las clases bajas y desfavorecidas. Probablemente nunca se sepan las razones que llevaron a Heldmann/Marsh a convertirse en estafador, quizá por necesidad o quizá solo por avaricia, pero fuera como fuese, mientras escribía cuentos moralizantes e historias ejemplares para la buena educación de los niños Victorianos, se dedicaba a cobrar y colocar notas bancarias fraudulentas a todo lo largo y ancho de Francia e Inglaterra, ejercitando como buen caballero de su tiempo el arte de la hipocresía y la doblez.

Desde 1888 hasta su fallecimiento a causa de una afección cardíaca en 1915, Richard Marsh publicaría más de setenta novelas y libros de relatos, a una media de tres volúmenes por año, apareciendo su nombre de forma habitual en revistas populares de la época como *Belgravia*, *Cornhill Magazine*, *Household Words* y, por supuesto, *The Strand Magazine*, donde publicara Conan Doyle las aventuras de su célebre detective. Si bien nunca volvería a conocer un éxito tan masivo y unánime como el alcanzado con *El Escarabajo*, la mayoría de sus novelas serían bien recibidas y vendidas, siendo en general reconocido como excelente profesional de la literatura popular para adultos en sus distintas variedades, incluyendo la novela romántica y los libros de humor, aunque sus preferencias estuvieran siempre más cerca del *thrillery* la aventura criminal, ya fuera con tonos ocultistas y sobrenaturales, intentando repetir el fenómeno de *El Escarabajo* con otras obras en absoluto carentes de interés y perfectamente recuperables, como *The Goddess: A Demon* (1900), sobre un ídolo indio que vuelve a la vida con fines poco bondadosos, o *The Joss: A Reversion* (1901), otra historia de ídolos orientales y transformaciones misteriosas, o ya con carácter detectivesco y de investigación, en la línea de Wilkie Collins, Doyle, Arthur Morrison y otros pioneros del policial británico. Después de su aventura como estafador convicto y culpable, y tras su incómoda sentencia, Marsh vivió los siguientes veinte años de forma absolutamente tranquila y retirada en una casita, que hoy ostenta una placa conmemorativa, situada en la localidad de Three Bridges (actualmente parte de Crawley, en West Sussex), convertida en escenario también de una de sus primeras novelas policíacas, *The Crime and the Criminal* (1887), hasta su muerte en Haywards Heath, dejando todavía tras de sí un buen puñado de obras inéditas que seguirían publicándose durante los cinco años posteriores a su fallecimiento.

Con la relativa excepción de *El Escarabajo*, las obras de Richard Marsh, así como su nombre, fueron cayendo progresivamente en el olvido, especialmente a partir de pasados los años veinte, y de forma mucho más evidente tras la Segunda Guerra

Mundial. Como les ocurriera a otros populares escritores de la época victoriana y eduardiana, como Max Pemberton, E. Phillips Oppenheim, William Le Queux e incluso Sax Rohmer o la Baronesa de Orczy, Richard Marsh, quien había sido comparado con Dickens, superado en ventas y parabienes críticos a Stoker, y saludado como uno de los más inteligentes novelistas populares de su tiempo, desapareció casi por completo, dejando tras de sí solamente el susurro siniestro y enervante, el zumbido molesto e inquietante de un Escarabajo humano venido desde las profundidades del misterioso Egipto, insecto transgénero inmortal que a pesar de las apariencias y muy acorde con su naturaleza pagana de sagrado coleóptero, iba a resucitar y dar nueva vida también a su autor más de cien años después, en pleno siglo XXI.

La resurrección del Escarabajo

Desde mediados de la década de los 2000, inesperada e inopinadamente, Richard Marsh y su más famosa obra han conocido una sorprendente resurrección tanto a nivel editorial como académico. A partir de finales del siglo pasado y de las nuevas ediciones de *The Beetle* publicadas en los años 80 y 90 por prestigiosas editoriales anglosajonas, a menudo universitarias, y acompañadas por interesantes prólogos o notas, se hizo más que evidente el hecho de que a la ecuación Gótica victoriana representada por esos monstruos eminentes que son Drácula, Jekyll y Hyde, Moreau, Moriarty o Dorian Gray, entre otros, le faltaba despejar al menos una incógnita. Y esa incógnita bien podía ser la novela de Richard Marsh y su monstruosa criatura.

Como las más famosas obras de sus contemporáneos, *El Escarabajo* representa la destilación pesadillesca en clave de novela de misterio de las obsesiones, miedos, prejuicios y deseos secretos de su era. En ella se encuentra el temido exotismo misterioso que tantas veces representa, bajo su aparente xenofobia, el sentimiento de culpa de una nación imperialista que tiembla ante la revancha de los humillados, invadidos y ofendidos. Sus protagonistas principales encarnan diferentes tipos sociales de connotaciones en absoluto inocentes: Robert Holt, un ingenuo empleado sin trabajo que deambula en busca de refugio en la noche londinense más oscura, por barriadas suburbanas desérticas y a medio construir, siendo rechazado incluso por las casas de beneficencia, cuyo trágico destino al convertirse en esclavo involuntario del monstruo no deja de contener una poco disimulada denuncia de la situación de extrema pobreza y desamparo en la que vivían cientos de londinenses, afectados por la crisis y el desempleo, producto en buena parte de la especulación inmobiliaria (¿suena familiar? Algunas pesadillas nunca desaparecen con la vigilia...) Sydney Atherton, un brillante pero algo chiflado científico e inventor, al tiempo que cosmopolita *gentleman*, dedicado en cuerpo y alma al desarrollo de una mortífera arma de destrucción masiva, que no duda en probar con animales y, casi, casi, con

personas. Encarnación del espíritu científico y materialista de su tiempo, es también un personaje ambiguo, egoísta a la par que entregado, capaz de lo mejor y lo peor, dotado de un sentido del humor cínico y mundano, especie de científico loco en positivo, que despierta nuestra desconfianza con la promesa de un amoral mundo futuro de armas y naciones totalitarias. Paul Lessingham, el político liberal y progresista del momento, un fenómeno en el Parlamento, hombre de firmes convicciones morales y reformistas, aparentemente sin tacha... pero en cuyo pasado se esconde el secreto del monstruoso Escarabajo que ha hechizado su vida y amenaza la del resto de personajes, secreto de connotaciones eróticas oscuras e implicaciones siniestramente xenófobas que es incapaz de encarar abiertamente, poniendo así en riesgo no solo su futuro sino el de su amada. Todo gran hombre de estado, parece decirnos Marsh, por noble y honesto que se nos aparezca, esconde un esqueleto en el armario o, en este caso, un escarabajo monstruoso. Atherton y Lessingham, pese a estar unidos por cierta amistad, se encuentran enfrentados por el amor que sienten ambos hacia la hermosa, inteligente, independiente y moderna Marjorie Lindon, con la diferencia de que esta ama a Lessingham y considera a Atherton como un hermano, lo que este último no se toma nada bien. Hija de un político rancio y conservador, enemigo en la arena parlamentaria de Lessingham, Marjorie es un ejemplo pluscuamperfecto de la «nueva mujer» pos-victoriana (no olvidemos que Marsh creó también un interesante personaje de mujer detective, Judith Lee, experta en leer los labios y en jiu-jitsu, cuyas aventuras se publicaron en el *Strand Magazine*): políticamente liberal, enfrentada a su padre y a las convenciones victorianas patriarcales, defensora de la igualdad y la libertad de elección en el amor y en el trabajo para la mujer, decidida a participar en la lucha contra el Escarabajo con el mismo encono que sus compañeros masculinos, descubrirá dolorosamente que los viejos misterios milenarios del Oriente ancestral son irreductibles a la modernidad y los ideales democráticos. Augustus Champnell, detective privado que posee tanto intuición como sentido práctico, hombre de acción a la par que de inducción y deducción, capaz de aceptar lo fantástico y sobrenatural con espíritu racionalista y sin inmutarse, personaje claramente inspirado en el Holmes de Doyle y sus muchos seguidores e imitadores, que reaparecerá con cierta frecuencia en otras obras de Marsh, personificando la confianza en el poder del raciocinio humano y el positivismo del nuevo siglo en ciernes. Finalmente, por encima de todos, presidiendo con su presencia inasible, mutante y mercurial la novela entera, está, por supuesto, el Escarabajo mismo.

Pero ¿quién o qué es el Escarabajo? La mayor virtud de este atípico villano Victoriano es también, posiblemente, aquello que condenara su personaje al olvido relativo y a no formar parte de esa colección gótica de malvados caballeros extraordinarios compuesta por criaturas como Drácula, Jekyll & Hyde, Dorian Gray o el mismísimo Fu Manchú. En efecto, aunque se disfraze con peculiar envoltura humana y se haga llamar Mohamed el Kheir ocasionalmente, el siniestro árabe que

controla hipnóticamente al desdichado Holt, que es capaz de dejar perplejo al genial Atherton, paralizar y conducir al pánico al soberbio Lessingham y reducir al estupor a la batalladora Marjorie, no es en absoluto un miembro de nuestra especie. A lo largo de la novela le vemos con el rostro enjuto, torvo y arrugado de una suerte de anciana alimaña del desierto, cuya descripción hace pensar en la peculiar caracterización de Max Schreck para el *Nosferatu* de Murnau... Cabeza masculina digna de una momia desecada, bajo la que se esconde, sin embargo, un sorprendentemente sensual cuerpo de mujer, cuyos encantos son también, por supuesto, los mismos que cautivaran, esta vez bajo una encarnación totalmente femenina, a un joven Lessingham perdido en las entrañas de El Cairo, presa de sus encantos y de un secreto y sangriento culto a Isis. Ningún personaje de la novela consigue ponerse de acuerdo sobre el género de la criatura del desierto que ha llegado para devorar Londres. Pero todos asisten, en un momento u otro, a su transformación también en repugnante coleóptero cuyo tamaño crece o disminuye según sus deseos, insecto fantástico y mitológico, asociado al *escarabeo* egipcio, símbolo de inmortalidad y resurrección, que posa sus patas y antenas sobre sus víctimas, rodeándolas lascivamente y penetrando sus mentes y cuerpos en un ejercicio de erotismo obsceno y abyección sexual que deja perpetuamente marcados a quienes sufren su hipnótico y repulsivo abrazo. Primer villano transexual y, más aún, transespecie, de la literatura de horror, el Escarabajo carece de la personalidad arquetípica, del trazo grueso y perenne del vampiro de Stoker o del bello tenebroso de Wilde, de la ambigüedad humana del médico poseído de Stevenson o de la maldad intrínsecamente política y amoral de Fu Manchú, pero a cambio resulta una criatura de insolente naturaleza mercurial, fascinante y repelente como la propia oscura sexualidad que vertebró la Era Victoriana con su rosario de prostitución, enfermedades venéreas, sádicos psicópatas sexuales, disciplina inglesa y secretas prácticas eróticas sadomasoquistas y homosexuales.

Amenaza poliforme y polisexual, proteica e invasiva, contagiosa y multiforme, ancestral y pagana, el Escarabajo es un monstruo insolentemente moderno, que pareciera más propio de las páginas de Clive Barker, del universo del primer David Cronenberg o del bestiario multiforme de Brian Yuzna que de un folletín gótico Victoriano, cuyo poder de mutabilidad y penetración convierte las veleidades bisexuales y homoeróticas del Conde Drácula en un juego de niños, sin dejar por ello de encarnar, como bien ha sabido ver, entre otros, la estudiosa de Marsh y su obra, Minna Vuohelainen, la mala conciencia colonial de una Inglaterra cuya moral humanitaria y democrática se veía cuestionada por su comportamiento imperialista en ultramar, personificada aquí por esta amenaza oculta y ocultista, especie de monstruoso Pepito Grillo —al fin y al cabo pariente de los escarabajos— procedente de un pasado pagano que se niega a desaparecer y que, a través de su venganza (no del todo injustificada) pone en evidencia las debilidades, secretos y mentiras de un grupo de personajes que simbolizan a su vez lo mejor y más granado de la mentalidad progresista del final de la Era Victoriana.

Por supuesto, como ocurriera antes con tantos otros clásicos góticos de la época, *El Escarabajo*, desde su redescubrimiento a finales del siglo pasado y, sobre todo, desde las ediciones de Wordsworth Classics en 2007, con introducción de David Stuart Davies, y de 2008 en Valancourt Books, a cargo de la hoy en día mayor experta en Marsh, la profesora Minna Vuohelainen, se ha convertido en objeto de cientos de páginas dedicadas a examinar sus contenidos políticos, sociales, morales, sexuales e históricos concernientes al periodo Victoriano y su reinterpretación a través de la cultura y la literatura popular. Como pasara antes con *Drácula*, en la novela de Marsh se encuentran todas las claves posibles y algunas imposibles para analizar la sociedad de su tiempo, examinándola desde el punto de vista psicoanalítico, de los estudios de género, del orientalismo, del análisis marxista e incluso desde la historia y el significado cultural de los avances científicos, médicos y quirúrgicos de su época. El coleóptero pagano y sobrenatural de Marsh está siendo diseccionado al milímetro, desmontado como metáfora inconsciente del periodo Victoriano y vuelto a montar al gusto de las tendencias académicas predominantes en nuestro propio contexto histórico actual (que algún día, por supuesto, serán también señaladas por futuros expertos y estudiosos). Se corre así hoy el riesgo de «reducir» el clásico olvidado y resucitado de Marsh a una suerte de curiosidad académica, clavada con un alfiler dentro de una lujosa caja de cristal, enmarcada y colgada en la vitrina del invisible museo del estudio erudito y escolástico de la novela gótica victoriana, como si de un mero ejemplar científico se tratara. Afortunadamente, más allá del indudable interés que *El Escarabajo* ofrece desde el punto de vista académico, lo cierto es que se trata de una novela tan trepidante, divertida y emocionante como representativa de su época. Es decir, perfectamente rescatable y disfrutable para el lector actual aficionado al género.

En efecto, *El Escarabajo* es casi tan «moderna» como su extraño villano multiforme. Siguiendo el ejemplo de Wilkie Collins y en paralelo con la técnica del propio Stoker, Marsh articula la narración a través de cuatro voces diferentes, cada una de las cuáles nos da a conocer los hechos desde su propio punto de vista, una estructura coral y poliédrica que si bien es característica de la novela de misterio victoriana resulta a la vez sorprendentemente actual y cinematográfica. Por otra parte, el estilo literario del autor es menos pesado que el de muchos de los párrafos de Stoker —no tanto en *Drácula* como en algunas de sus melodramáticas novelas de aventuras, como *La dama del sudario*—, y su delirante argumento sobrenatural y folletinesco, próximo también al Stoker más excéntrico de obras como *La madriguera del gusano blanco* o *La joya de las siete estrellas*, se ve aligerado por un sentido del humor a menudo brillante, que sobre todo en la parte protagonizada y narrada por Sydney Atherton, el cosmopolita inventor enamorado, adquiere los tintes de una genuina comedia de sociedad al estilo de Wilde o Max Beerbohm, despertando la hilaridad del lector pese a la naturaleza misteriosa y dramática de la aventura. El suspense es mantenido a todo lo largo de la acción de forma inteligente y

efectiva, gracias no solo a la alternancia de puntos de vista, sino también a la gradación de la amenaza, que finalmente desemboca en una trepidante persecución que lleva a los personajes desde los desolados suburbios londinenses hasta un fatídico tren condenado a la catástrofe. Y es también, como ha señalado una vez más Vuohelainen, la magistral descripción de una amenazadora atmósfera urbana, propia de un nuevo gótico industrial, la que atrapa al lector en el laberinto de un desértico Londres de extrarradio, alejado en buena parte de los tópicos callejones del Soho o de Whitechapel, sumergiéndole en un surreal escenario de edificios abandonados, casonas aisladas al borde de la carretera y calles que derivan en caminos rurales, que evoca en cierto modo los paisajes metafísicos de un Giorgio de Chirico, invadido por una lluvia espesa y neblinosa, que empapa a los personajes con una humedad fría y pegajosa capaz también de calar al lector hasta los huesos. Es en este marco psicogeográfico de unas afueras londinenses yermas y baldías, explotadas y abandonadas a su suerte por los especuladores de terrenos, donde encuentra su guarida el Escarabajo, haciendo su nido en el corazón mismo de la decadencia industrial de un capitalismo emergente, materialista e impío.

En definitiva, leamos y disfrutemos *El Escarabajo* no solo por sus muchas virtudes metafóricas y por servir de ejemplo para estudiosos de la representación traspuesta de valores, modelos y motivos históricos, culturales y psicosociales de su época a través de la literatura popular y de género, sino porque, efectivamente, supone uno de los últimos grandes clásicos del Gótico Victoriano por rescatar. Un clásico todo lo menor que se quiera, con sus defectos y virtudes, pero que merece de sobra pasar por fin a formar parte de la selecta galería de monstruos y villanos que señalaron el cambio del siglo XIX al XX y el nacimiento de la moderna literatura de horror y ficción fantástica. Y uno, por cierto, especialmente divertido, emocionante y lleno de sorpresas.

LIBRO I

LA CASA CON LA VENTANA ABIERTA

La sorprendente narración de Robert Holt

Capítulo 1

FUERA

—¡No hay sitio... estamos llenos!

Me cerró la puerta en las narices.

Esa fue la última gota.

Y pensar que había deambulado todo el día buscando trabajo... que había suplicado incluso por alguna pequeña faena que me reportara el suficiente dinero para comprarme un poco de comida, y todo ello en vano... eso era malo. Pero, con el corazón destrozado, deprimido y agotado, exhausto por el hambre y la fatiga, que me hubiera visto obligado a tragarme el poco orgullo que pudiera quedarme y, como el vagabundo sin techo y sin dinero que en efecto era, que tuviera que solicitar alojamiento por una noche en el refugio para indigentes —¡y solicitarlo en vano!—, eso era aún peor. Mucho peor. Todo lo malo que se puede imaginar.

Observé con expresión estúpida la puerta que acababan de cerrarme en las narices. No podía darle crédito. Difícilmente habría esperado que me consideraran un vagabundo; pero, suponiendo que fuera posible que me hubiera convertido en uno, el hecho de que me impidieran la entrada a aquella morada de la ignominia, a aquel refugio de vagabundos, suponía haber alcanzado unos niveles de miseria que ni tan siquiera había soñado en mis peores pesadillas.

Mientras estaba de pie preguntándome qué hacer, un hombre se acercó encorvado hacia mí, tras aparecer de las sombras de la pared.

—¿No te dejan pasar?

—Dice que está lleno.

—Así que dice que está lleno, ¿eh? Eso es un cuento chino... En el Fulham siempre dicen que está lleno. Quieren mantener las cifras bajas.

Miré al hombre de reojo. La cabeza le colgaba hacia delante, tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón y la ropa hecha jirones, y su acento era rudo.

—¿Quieres decir que informan de que está lleno pero no es cierto... que no me dejarán entrar aunque haya sitios libres?

—Así es... ese tipo te está tomando el pelo.

—Pero, si hay sitios libres, ¿no están obligados a dejarme entrar?

—Claro que sí... y, caramba, si yo fuera tú se lo haría saber. ¡Yaya, y tanto que lo haría!

Rompió en un rosario de imprecaciones.

—¿Pero qué puedo hacer?

—Bueno, dales otro toque... ¡que sepan que no vas a dejar que te tomen por idiota!

Vacilé; luego, siguiendo su sugerencia, llamé por segunda vez. La puerta se abrió

de par en par y el indigente canoso que antes había respondido a mi llamada apareció en el umbral. Si hubiera sido el mismísimo Presidente de la Junta de Guardianes y Celadores no se habría dirigido a mí con mayor desdén.

—¡Cómo! ¡Aquí otra vez! ¿A qué estás jugando? ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que abrir la puerta a tipos como tú?

—Quiero que me dejen entrar.

—¡Pues no vamos a dejarte entrar!

—Quiero ver a alguien que esté al cargo.

—¿Es que no estás viendo ya a alguien al cargo?

—Quiero ver a otra persona... quiero ver al dueño.

—¡Pues no vas a ver al dueño!

Movió la puerta rápidamente para cerrarla, pero preparado ante tal maniobra, lancé el pie lo suficientemente dentro para evitar que la cerrara. Continué hablándole.

—¿Estás seguro de que el refugio está lleno?

—¡Completo desde hace dos horas!

—¿Pero cómo me las voy a apañar?

—¡No sé cómo te las vas a apañar!

—¿Cuál es el refugio más cercano?

—Kensington.

Tras abrir repentinamente la puerta mientras me respondía, sacó el brazo y me empujó hacia atrás. Antes de que pudiera recuperarme la puerta se había cerrado. El hombre de los harapos permaneció como adusto espectador de la escena. Ahora habló.

—Un tipo agradable, ¿eh?

—Solo es uno de los mendigos... ¿tiene derecho a actuar como funcionario?

—Te aseguro que algunos de los mendigos son peores que los *funcionarios*... ¡*muchísimo* peor! Se creen que son los amos del lugar, malditos sean. ¡Oh, qué mundo... tan maravilloso!

El hombre calló. Yo vacilé. Durante un buen rato había habido atisbos de lluvia en el aire. Ahora estaba empezando a caer una fina pero continua llovizna. Eso fue suficiente para colmar el vaso. Mi compañero me observaba con una especie de taciturna curiosidad.

—¿No *tiés* dinero?

—Ni un chavo.

—¿Llevas mucho haciendo esta clase de cosas?

—Es la primera vez que voy a un refugio... y no parece que vaya a entrar ahora.

—Me pareció que estabas un poco verde... ¿Qué vas a hacer?

—¿A qué distancia está Kensington?

—¿El refugio?... A unas tres millas... pero si yo fuera tú, lo intentaría en St. George.

—¿Dónde está eso?

—En Fulham Road. El de Kensington es un lugar pequeño, no les va mal allí y se llena en cuanto las puertas se abren; tendrás más posibilidades en St. George.

Se quedó en silencio. Le di vueltas a sus palabras en mi cabeza, sintiéndome tan poco dispuesto a probar en un lugar como en otro. Finalmente, volvió a hablar.

—He viajado desde Reading hoy, sí señor... ¡He caminado cada metro desde allí! ... y durante todo el camino me decía que tendría un camastro en '*Ammersmith*... ¡y ahora estoy más lejos de allí que nunca! ¡Maravilloso país, sí señor!... ¡Ojalá todas las almas que hay en él fueran barridas al... mar! ¡Caramba, cómo me gustaría! Pero me niego a andar más... tendré una cama en '*Ammersmith*, o averiguaré la razón de por qué no.

—¿Y cómo lo vas a hacer?... ¿Tienes dinero?

—¿Que si tengo dinero?... ¡Caramba! ¿Es que doy la impresión de tener algo de dinero? ¿O sueño como si lo tuviera? No he tenido ni un clavo, solo algún que otro cobre, durante los últimos seis meses.

—¿Y cómo vas a conseguir un catre entonces?

—¿Que cómo lo voy a conseguir?... vaya, pues así.

Recogió dos piedras, una en cada mano; la de la izquierda la lanzó al cristal que había sobre la puerta del refugio. Lo atravesó y también atravesó la farola que había al otro lado.

—Así es como voy a conseguir una cama.

La puerta se abrió rápidamente. El mendigo canoso reapareció. Gritó mientras nos miraba en la oscuridad:

—¿Quién lo ha hecho?

—Yo lo he hecho, jefe... y, si quiere, puedo romper el otro. Podría venirle bien para mejorar las vistas.

Antes de que el mendigo canoso pudiera impedirlo, ya había lanzado la piedra de la mano derecha, atravesando el otro cristal. Sentí que ya era hora marcharme. Aquel hombre se estaba ganando una noche de descanso a un precio que, incluso en mis extremas circunstancias, no estaba dispuesto a pagar.

Según me alejaba, dos o tres personas aparecieron en escena y el hombre de los harapos se dirigió a ellos con una franqueza que, en ese sentido, dejaba muy poco a la imaginación. Me escabullí sin que se dieran cuenta. Pero no me había alejado mucho cuando a punto estuve de decidir que más me valdría apostar mi fortuna con aquel diablo descarado y romper una ventana también. En efecto, en más de una ocasión mis pies vacilaron, pero no regresé para llevar a cabo la hazaña que había dejado a medias.

No podría haber elegido una noche más penosa para una excursión por las calles. La lluvia era como una bruma y no solo me empapaba hasta los huesos, sino que además no permitía ver más que a una corta distancia en cualquier dirección. El vecindario estaba mal iluminado. Era un lugar que me resultaba extraño; había acudido a Hammersmith como último recurso. Tenía la sensación de que había

recorrido todo Londres buscando alguna ocupación que me permitiera mantener unidos mi cuerpo y mi alma, y ahora solo me quedaba Hammersmith. Y, en Hammersmith, ¡ni siquiera en el refugio querían saber nada de mí!

Alejándome del inhóspito portal del refugio, tomé el primer desvío a la izquierda... y, en ese momento, me alegré de haberlo hecho. En la oscuridad y bajo la lluvia, la zona en la que entraba parecía inacabada. Tenía la impresión de estar dejando la civilización a mis espaldas. El camino estaba sin asfaltar y la calzada era rugosa e irregular, como si nunca hubiera sido acabada del todo. Había pocas casas y estaban muy separadas. Las que encontré, bajo la luz imperfecta y entre la desolación del entorno, parecían casas de campo en estado ruinoso.

No sabría decir dónde me encontraba. Tenía una leve idea de que, si seguía caminando lo suficiente, al final llegaría a alguna parte de Walham Green. Cuánto tiempo tendría que seguir andando, tan solo podía adivinarlo. No había nadie en los alrededores a quien preguntar. Era como si me encontrara en una tierra desolada.

Supongo que eran entre las once en punto y la medianoche. No había cejado en mi empeño por encontrar trabajo hasta que todas las tiendas cerraron... y en Hammersmith, aquella noche al menos, no cerraban temprano. Después estuve deambulando desanimado, preguntándome qué sería lo siguiente que podía hacer. Fue solo el temor de que si intentaba pasar la noche al raso, sin comida, cuando la mañana llegara estaría hecho trizas y no valdría para nada, lo que me llevó a buscar un alojamiento y comida gratis para la noche. Realmente fue el hambre lo que me condujo a la puerta del refugio. Era miércoles. Desde la noche del domingo anterior no había entrado nada por mi boca a excepción del agua de las fuentes públicas... y unas migas de pan que me dio un hombre al que encontré agachado junto a las raíces de un árbol en Holland Park. Había estado ayunando durante tres días... y casi todo el tiempo de pie. Tenía la impresión de que si no comía nada hasta la mañana, me desmayaría... sería el final. Sin embargo, en aquel extraño e inhóspito lugar, ¿dónde iba a conseguir comida a esas horas de la noche? ¿Y cómo?

No sé qué distancia recorrí. Cada metro que avanzaba arrastraba más los pies. Estaba exhausto, por dentro y por fuera. Ya no me quedaban ni fuerzas, ni coraje. Y en mi interior sentía aquella espantosa ansia, que era como si aullara con fuerza. Me apoyé contra una valla, aturdido y mareado. Si al menos la muerte me hubiera llevado rápidamente, sin dolor, ¡qué gran amiga me habría parecido! Era la agonía del que muere poco a poco lo que resultaba tan difícil de soportar.

Pasaron algunos minutos antes de que me recompusiera lo suficiente para separarme de la valla y empezar de nuevo. Avancé a trompicones por la calzada irregular. En una ocasión, como un borracho, me abalancé hacia delante y caí sobre las rodillas. Era tal mi estado de desmadejamiento que durante unos segundos permanecí donde me encontraba, casi dispuesto a dejar que las cosas pasaran, a aceptar el destino que los dioses me habían enviado y pasar la noche allí mismo. Supongo que habría sido una larga noche que podría haberse extendido hasta la

eternidad.

Tras ponerme de nuevo en pie, avancé como unos doscientos metros por la calle —¡solo el Cielo sabe que me parecieron doscientos kilómetros!— cuando me volvió a embargar aquel agobiante vértigo que, supongo, era producido por el hambre agónica. Me tambaleé desesperado contra un muro bajo que, solo en aquel tramo, se alzaba a un lado de la calle. Sin ese muro me habría desplomado. El ataque pareció durar horas, pero supongo que fueron segundos, y cuando recobré el conocimiento fue como si me despertara de un sueño... y me hubiera despertado con un dolor intenso.

—¡Qué no haría por una barra de pan! —dije en voz alta.

Miré a mi alrededor presa de un ataque de pánico. Al hacerlo, por primera vez fui consciente de que se erguía una casa a mis espaldas. No era muy grande. Era una de las conocidas como villas que brotan a millares por los alrededores de Londres, y cuyos alquileres oscilan entre veinticinco y cuarenta libras al año. Era una casa no adosada. Hasta donde me alcanzaba la vista bajo aquella luz imperfecta, no se veía ningún otro edificio en un radio de unos veinte o treinta metros en cualquier dirección. Era un edificio de dos plantas. Había tres ventanas en el piso superior. Detrás de cada una, las cortinas estaban echadas. La puerta principal estaba a mi derecha y se accedía a ella a través de una pequeña portezuela de madera.

La propia casa estaba tan próxima a la calzada pública que simplemente inclinándome hacia la pared podría haber tocado cualquiera de las ventanas del piso inferior. Había dos. Una de ellas era un mirador y estaba abierta. La hoja inferior central estaba levantada unos quince centímetros.

Capítulo 2

DENTRO

Percibí y, por decirlo de alguna manera, fotografié mentalmente todos los pequeños detalles de la casa frente a la que me encontraba con lo que casi podría ser un reflejo de percepción prodigiosa. Un segundo antes el mundo giraba ante mis ojos. No veía nada. Ahora lo veía todo, con una claridad que resultaba sorprendente.

Sobre todo, vi la ventana abierta. La observé, consciente mientras lo hacía de que estaba conteniendo el aliento. Estaba tan cerca de mí, tan cerca... Solo tenía que alargar la mano para introducirla por la abertura. Una vez dentro, al menos mi mano estaría seca. ¡Cómo llovía aquí fuera! ¡Mis escasas ropas estaban empapadas y me había calado hasta los huesos! Estaba temblando. Y a medida que pasaban los segundos parecía que la lluvia arreciaba. Me castañeteaban los dientes. La humedad estaba licuando hasta el mismísimo tuétano de mis huesos.

¡Y, tras esa ventana abierta, estaba, debía estar, tan caliente, tan seco!

No se veía una sola alma por los alrededores. Ni un solo ser humano cerca. Agucé el oído; no se escuchaba ningún sonido. Estaba a solas a merced de la lluviosa noche. De todas las criaturas de Dios, la única expuesta a las fuentes que caían de los Cielos que Él había abierto. No había nadie que pudiera ver lo que hacía, nadie que se preocupara. No debía temer que me espieran. Quizás la casa estaba vacía; no, probablemente. Mi deber era llamar a la puerta, despertar a los inquilinos y advertirles de su descuido... la ventana abierta. Lo mínimo que podrían hacer sería recompensarme por mi esfuerzo. Pero supongamos que el lugar está vacío, ¿de qué serviría llamar a la puerta? Solo causaría un ruido innecesario. Posiblemente molestaría al vecindario por nada. Y aunque hubiera gente en la casa, podría acabar sin ninguna recompensa. Había aprendido a las malas que el mundo era ingrato. Arriesgarse a que cerraran la ventana —la atractiva ventana, la tentadora ventana, ¡la oportuna ventana!— y no sacar nada de ello después de todo, y seguir sin un duro, desesperado, hambriento, en la intemperie y bajo la lluvia... cualquier cosa antes que eso. En una situación tal, demasiado tarde, me habría dicho que la mía fue la conducta de un demente. Y además no me equivocaría. En absoluto.

Cuando me apoyé sobre el muro bajo descubrí que podía introducir con facilidad la mano dentro de la habitación. ¡Qué caliente se estaba allí dentro! Podía sentir la diferencia de temperatura en las yemas de los dedos. Me acerqué con mucho cuidado a la pared. Solo había espacio para estar de pie holgadamente entre la ventana y el muro. El tacto del suelo bajo los pies era de cemento.

Me agaché y eché una mirada por la abertura. No vi nada. El interior estaba a oscuras. La persiana estaba totalmente subida; parecía increíble que alguien pudiera estar en la casa y se hubiera ido a la cama dejando la persiana subida y la ventana

abierta. Acerqué la oreja a la rendija. ¡Qué silencio reinaba! Sin duda alguna, aquel lugar estaba vacío.

Decidí subir la ventana un centímetro o dos más para poder hacer un reconocimiento del terreno. Si alguien me pillaba en el acto, siempre tendría ocasión de describir las circunstancias y explicar que estaba a punto de dar la voz de alarma. Pero debía ir con cuidado. Con un tiempo tan húmedo probablemente el marco crujiría.

En absoluto. Subió tan fácil y silenciosamente como si acabara de ser engrasado. Este silencio del marco me envalentonó y lo levanté más de lo que había pretendido. De hecho, lo abrí hasta el final. Y no me delató con ningún ruido. Tras inclinarme sobre el alféizar, introduje la cabeza y la mitad del cuerpo en la habitación. Pero no avancé. No podía ver nada. Ni una sola cosa. A juzgar por lo poco que atisbaba, la habitación podría haber estado desamueblada. En efecto, la posibilidad de que ese fuera el caso empezó a convencerme. Tal vez había dado con una casa vacía. En la oscuridad no había nada que lo desmintiera. ¿Qué debía hacer?

Bueno, si la casa estaba vacía, en unas circunstancias como las mías se podría decir que tenía un derecho moral, si no legal, a guarecerme bajo su techo. ¿Quién con un corazón en su pecho me negaría ese refugio? Ni siquiera el casero más puntilloso. Me aupé apoyándome en el alféizar e introduje las piernas en la habitación.

En cuanto lo hice, fui consciente de que, sin duda alguna, la habitación no estaba vacía del todo. El suelo estaba cubierto por una alfombra. Mis pies habían pisado buenas alfombras en mis buenos tiempos; sé distinguir una buena alfombra, pero jamás pisé una tan mullida como esa. En cierta manera, me recordaba, incluso entonces, al césped de Richmond Park... acariciaba los empeines y se hundía a cada paso. Para mis pobres pies desollados de tanto caminar era un lujo después de haber recorrido las calles encharcadas y llenas de socavones. ¿Debería, ahora que había descubierto que la habitación estaba, al menos, parcialmente amueblada, batirme en retirada? ¿O debería ahondar en mi exploración? Habría disfrutado de un éxtasis si me hubiera arrancado la ropa y me hubiera hundido sobre la alfombra, allí mismo, para dormir. Pero... ¡tenía tanta hambre, estaba tan obsesionado por el hambre, que hubiera dado cualquier cosa con tal de haber encontrado algo decente que echarme a la boca!

Avancé uno o dos pasos, con cautela, palpando a oscuras para evitar golpearme contra algún objeto inadvertido. Cuando ya había dado tres o cuatro pasos sin encontrar ningún obstáculo, o, de hecho, nada en absoluto, de repente sentí el deseo de no haber visto jamás la casa; haber pasado de largo, no haber entrado por la ventana y estar de nuevo sano y salvo allá fuera. De repente, me percaté de que había algo conmigo en la habitación. No había ningún signo aparente que confirmara dicha convicción; podría ser que mis sentidos estuvieran extremadamente sensibilizados, pero, súbitamente, supe que había algo allí. Y lo que era más, estaba terriblemente convencido de que, aunque yo no veía nada, sí que estaba siendo observado... que

seguían cada uno de mis movimientos.

No sabía qué era lo que me acompañaba, ni siquiera podía intuirlo. Era como si mi estructura mental hubiera sufrido una parálisis repentina. Puede parecer un tanto infantil emplear este lenguaje, pero me sentía cargado, quemado; físicamente, estaba en las últimas y, en un segundo, sin previo aviso, fui consciente de una sensación muy curiosa que nunca había sentido y que espero no volver a sentir nunca más... una sensación de pánico aterrador. Me quedé clavado en el suelo, no me atrevía a moverme e incluso temía respirar. Sentía que la presencia que estaba conmigo en el cuarto era algo extraño, algo maligno.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, embelesado, pero sin duda fue un periodo considerable de tiempo. Poco a poco, al ver que no se movía nada, ni se veía nada, ni se oía nada, ni ocurría nada, me esforcé por comportarme como un hombre. Sabía que, hasta el momento, me había estado comportando como un perro. Y me esforcé por analizar a qué tenía miedo. Temblaba asustado por mi propia imaginación. ¿Qué podría haber en la habitación que me permitió abrir la ventana y entrar sin oponer resistencia? Fuera lo que fuese, sin duda era un gran cobarde, tal como yo mismo, o, de lo contrario, ¿por qué me había permitido entrar como un ladrón sin evitarlo? Como me habían permitido entrar, lo más probable es que pudiera retirarme libremente... y me invadió un deseo mucho más acuciante de marcharme de allí que el que había sentido por entrar.

Tuve que obligarme a reunir el suficiente coraje para poder siquiera girar la cabeza sobre los hombros... y cuando lo hice la aparté de inmediato. No habría podido saber lo que me paralizaba ni aunque me hubiera ido la vida en ello... pero estaba paralizado. El corazón me palpitaba con fuerza en el pecho; podía oírlo latir. Temblaba tanto que a duras penas me sostenía en pie. Estaba abrumado por una nueva ráfaga de terror. Miré frente a mí con unos ojos que si hubiera habido luz habrían revelado el frenesí del miedo irracional. Agucé tanto los oídos que la tensión de la escucha resultaba dolorosa.

Algo se movió. Levemente, produciendo un débil sonido que apenas habría sido audible a otros oídos distintos a los míos. Pero yo lo oí. Miré hacia el lugar de donde procedía el movimiento y, mientras miraba, vi frente a mí dos puntos de luz. No habían estado allí hacía un segundo, lo habría jurado. Y ahora estaban allí. Eran ojos... me dije a mí mismo que eran ojos. Había oído decir cómo brillaban los ojos de los gatos en la oscuridad, aunque nunca los había visto, y me dije que aquello que tenía delante de mí era solo un gato. Pero sabía que me estaba engañando. Sabía que eran ojos y sabía que no eran ojos de gato, pero no tenía ni idea de a qué animal pertenecían... ni me atrevía a pensarlo.

Estos se movieron... hacia mí. La criatura a quien pertenecían los ojos se acercaba. Sentía un deseo tan intenso de huir que habría preferido morirme allí mismo que quedarme quieto; sin embargo, era incapaz de controlar ninguna extremidad; era como si no fueran mis miembros. Los ojos se aproximaban...

silenciosamente. Al principio, se encontraban entre sesenta y noventa centímetros del suelo, pero, de repente, se escuchó un chapoteo, como si un cuerpo blando se hubiera desplomado sobre el piso. Los ojos desaparecieron... pero volvieron a aparecer un segundo después a unos quince centímetros del suelo. Y continuaron acercándose.

Así pues, daba la sensación de que la criatura a la que pertenecían aquellos ojos era, después de todo, pequeña. ¿Por qué no obedecí a aquel frenético instinto de huir de allí? Nunca lo sabré; solo sé que no pude. Supongo que la tensión y las privaciones que había padecido últimamente y que, incluso en esos momentos, seguía padeciendo, tuvieron mucho que ver con mi reacción de entonces y con mi comportamiento en todo lo que siguió. Por lo general, creo que poseo la misma vitalidad que cualquier otro hombre, y una determinación igual de sólida; pero cuando uno ha sido arrastrado por el Valle de la Humillación y se ha zambullido una y otra vez en las Aguas de la Amargura y la Privación, uno podría verse forzado a hacer algo que, en momentos más felices, jamás se hubiera considerado capaz. Y lo sé por propia experiencia.

Lentamente, los ojos se acercaban con una extraña parsimonia, y mientras se acercaban oscilaban de un lado a otro, como si su dueño cojeara. Nada podía sobrepasar el terror con el que esperé su cercanía... salvo mi incapacidad para escapar de ellos. Ni por un segundo aparté la vista —¡no habría podido cerrar los ojos ni por todo el oro del mundo!—, de manera que a medida que se acercaban tuve que ir bajando la mirada hasta lo que parecía ser la altura de mis pies. Y, por fin, llegaron a ellos. No se detuvieron. De repente, sentí algo sobre la bota y, embargado por una sensación de náusea aterradora y sobrecogedora que me dejó momentáneamente más desvalido, noté que la criatura comenzaba a ascender por mis piernas, a trepar por mi cuerpo. Incluso entonces no sabía qué era aquello... aparentemente, subía con tanta facilidad como si mi cuerpo hubiera estado horizontal en lugar de perpendicular. Daba la sensación de ser algún tipo de araña gigante... una araña de pesadilla; la reencarnación monstruosa de una visión aterradora. Presionaba levemente mi ropa con lo que cualquiera hubiera pensado que eran patas de araña. Había una sorprendente cantidad de patas... y sentía la presión de cada una de ellas. Me rodeaban suave y pegajosamente, como si la criatura las pegara y despegara cada vez que se movía.

¡Más y más arriba! Llegó a mi entrepierna. Se movía hacia la boca de mi estómago. La impotencia con la que sufrí su invasión no era la menor parte de mi agonía... era esa impotencia que sentimos en las pesadillas. Yo sabía perfectamente que si sacudía con fuerza, la criatura caería; pero no controlaba ningún músculo.

Mientras la criatura ascendía, los ojos comenzaron a cumplir la función de dos pequeñas lámparas; sin duda emitían rayos de luz. Y gracias a esta luz pude percibir levemente el contorno de su cuerpo. Parecía más grande de lo que había creído. O bien el propio cuerpo era fosforescente, o bien era de una peculiar tonalidad de amarillo. Brillaba en la oscuridad. Todavía no tenía la certeza de lo que era aquello,

pero fui convenciéndome de que debía de ser un espécimen de la familia de las arañas, un espécimen monstruoso del cual jamás había oído hablar ni leído nada. Era pesado, tan pesado de hecho que me sorprendió que con una sujeción tan liviana lograra sostenerse... estaba seguro de que lo hacía con la ayuda de algún tipo de sustancia adhesiva en la punta de las patas... las notaba pegajosas. Su peso aumentó a medida que ascendía... ¡y olía mal! Había percibido desde hacía un rato que de aquello emanaba un olor desagradable y fétido. Cuando se acercó a mi rostro se hizo tan intenso que resultaba insoportable.

Estaba en mi pecho. Era cada vez más consciente de un desagradable balanceo, como si cada vez que la criatura respiraba, su cuerpo se elevara. Con las patas delanteras me tocó la base del cuello; se pegaron a él... ¿podré olvidar alguna vez esa sensación? La revivo con frecuencia en sueños. Mientras colgaba de esas patas delanteras, recogió el resto detrás y siguió ascendiendo. Subió por mi cuello con una horripilante lentitud, avanzando medio centímetro en cada ocasión, y su peso me obligó a tensar los músculos de la espalda. Llegó a la barbilla, tocó los labios... y yo permanecí inmóvil y lo aguanté todo mientras aquello me envolvía el rostro con su enorme cuerpo baboso y pestilente, y me abrazó con su miríada de patas. El horror me enloqueció. Me sacudí convulsamente como si me hubieran entrado las fiebres palúdicas. Me sacudí la criatura de encima. Esta se agazapó contra el suelo. Gritando como un alma perdida, me di la vuelta y corrí hacia la ventana. Mientras huía, tropecé con un obstáculo y caí de bruces.

Me levanté lo más rápido que pude y volví a emprender la huida... lloviera o no lloviera, ¡oh, debía salir de esa habitación! Ya tenía la mano sobre el alféizar, un segundo más tarde lo habría saltado a pesar del hambre, de mis fatigas —¡que se atrevieran a detenerme si es que se creían capaces!—, cuando alguien a mis espaldas encendió una luz.

Capítulo 3

EL HOMBRE DE LA CAMA

La iluminación que siguió fue inesperada. Me asustó y me quedé paralizado unos segundos y, cuando ya me recuperaba, una voz dijo:

—¡No se mueva!

Había un matiz en la voz que no puedo describir. No era solo un tono de orden, sino algo malicioso, algo taciturno. Era un poco gutural, aunque no podría asegurar si era un hombre el que hablaba, pero no tuve ninguna duda de que era extranjero. Era la voz más desagradable que jamás hubiera oído y producía en mí un efecto de lo más terrible, porque cuando dijo «¡No se mueva!», yo no me moví. Era como si no pudiera hacer otra cosa.

—¡Dese la vuelta!

Me di la vuelta, mecánicamente, como un autómatas. Tal pasividad era más que indigna, era mortificante; lo sabía muy bien. Me lamenté con una ira secreta. Pero en esa habitación, en esa presencia, me había convertido en invertebrado.

Cuando me di la vuelta, me encontré frente a alguien que estaba acostado en una cama. En la cabecera había una estantería. Sobre la estantería había una lámpara pequeña que irradiaba la luz más brillante que jamás había visto. Me deslumbraba totalmente y me cegó durante unos segundos en los que no pude ver nada. Durante todo aquel extraño intercambio no puedo afirmar que viera algo con claridad; el brillo deslumbrante formaba puntitos que danzaban frente a mí y oscurecían mi visión. Sin embargo, tras un intervalo de tiempo, en efecto vi algo, y ojalá jamás lo hubiera visto.

Vi a alguien frente a mí que yacía en una cama. No pude determinar en un primer momento si era un hombre o una mujer. De hecho, en un principio dudé de que fuera un ser humano. Pero, después, supe que era un hombre... aunque fuera por una sola razón: que era imposible que tal criatura fuera femenina. Tenía las sábanas echadas hasta los hombros; solo sobresalía la cabeza. Estaba echado sobre el costado izquierdo con la cabeza apoyada sobre la mano izquierda; inmóvil, me miraba como si intentara leer en el interior de mi alma. Y, en honor a la verdad, creo que la leyó. No sabría decir qué edad tenía; nunca imaginé un rostro de esa edad. Si hubiera afirmado que llevaba siglos viviendo, me habría visto forzado a admitir que, al menos, su aspecto no lo desmentía. Y sin embargo, presentía que era muy probable que no fuera mayor que yo... había una vitalidad en sus ojos que resultaba sobrecogedora. Podría ser que padeciera alguna enfermedad terrible y que fuera esta la que le hacía parecer sobrenaturalmente feo.

No tenía ni un solo pelo en su rostro o cabeza, pero, para compensar, la piel, de color amarillo azafrán, era un increíble amasijo de arrugas. El cráneo y, de hecho, toda la calavera, era tan pequeño que sugería desagradablemente algo animal. La

nariz, por otro lado, era anormalmente grande; tan extravagante en sus dimensiones y tan peculiar en su forma que se asemejaba al pico de algún tipo de ave de presa. Una característica del rostro —bastante inquietante— era que prácticamente se acababa justo por debajo de la boca. La boca, con sus labios gruesos, estaba situada inmediatamente por debajo de la nariz, y no había ningún tipo de barbilla. Esta deformidad —porque la ausencia de barbilla llegaba a esa gravedad— era lo que aportaba al rostro la apariencia inhumana... eso, y los ojos. Porque uno de los rasgos más llamativos en el hombre eran sus ojos y, poco a poco, fue reforzándose la idea de que aquel hombre no era nada más que ojos.

Sus ojos ocupaban, literalmente, toda la parte superior del rostro... recuerden que su rostro era inusualmente pequeño y el tabique nasal parecía afilado como una cuchilla. Eran ojos alargados, miraban a través de unas rendijas estrechas y parecían iluminados por algún resplandor interno, porque brillaban como las luces de un faro. No podía escapar de ellos y, mientras yo intentaba por todos los medios cruzar nuestras miradas, fue como si me marchitara hasta desaparecer. Nunca antes me había dado cuenta de lo que significaba el poder de la mirada. Sus ojos me mantenían encadenado, desvalido, hechizado. Sentí que podían hacer conmigo lo que quisieran, y así lo hicieron. Su mirada no se apartaba y tenía la habilidad de los pájaros de no pestañear nunca; ese hombre podría haberme mirado durante horas sin mover ni un párpado.

Fue él quien rompió el silencio. Yo me había quedado sin habla.

—Cierra la ventana. —Hice lo que me ordenó—. Baja la persiana. —Le obedecí—. Vuélvete otra vez. —Seguí obedeciendo—. ¿Cómo te llamas?

Entonces hablé... para responderle. Pasaba algo extraño con las palabras que pronunciaba; salían de mi boca, pero no respondían a mi voluntad, sino a la suya. No era yo el que pensaba lo que debía hablar, era él. Respondí a todo lo que él quiso que le respondiera. Solo eso, nada más. En esos momentos ya no era un hombre; mi humanidad se había fundido con la suya. Yo era, en el sentido más extremo, un ejemplo de obediencia pasiva.

—Robert Holt.

—¿Qué eres?

—Administrativo.

—Tienes pinta de administrativo... —Había un atisbo de desprecio en su voz que me irritó incluso en ese momento—. ¿Qué clase de administrativo eres?

—Estoy en paro.

—Tienes aspecto de estar en paro... —De nuevo, el desprecio—. ¿Eres del tipo de administrativo que siempre está en paro? Eres un ladrón.

—No soy un ladrón.

—¿Es que los administrativos se cuelan por las ventanas? —Yo permanecí en silencio... él no me presionaba para que hablara—. ¿Por qué te colaste por la ventana?

—Porque estaba abierta.

—¡Vaya!... ¿Es que siempre te cueles por las ventanas que están abiertas?

—No.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste con esta?

—Porque la calle estaba mojada... y tenía frío... y hambre... y estoy cansado.

Las palabras salieron de mis labios como si él me las estuviera arrancando una a una... lo cual, de hecho, es lo que hacía.

—¿No tienes un hogar?

—No.

—¿Dinero?

—No.

—¿Amigos?

—No.

—Entonces, ¿qué clase de administrativo eres?

No le respondí... No sabía qué era lo que quería que dijera. Yo era víctima de la mala suerte, nada más... lo juro. Una desgracia era seguida por otra peor. La compañía para la que trabajé durante años presentó suspensión de pagos. Conseguí un puesto con uno de los acreedores, pero con un salario menor. Redujeron la plantilla, lo cual implicó mi despido. Tras un periodo de tiempo, conseguí un puesto temporal. La ocasión que produjo la contratación de mis servicios pasó, y yo con ella. Tras otro periodo aún más largo, volví a encontrar un trabajo temporal, pero a cambio de un salario ridículo. Cuando acabé ese trabajo no logré encontrar nada. De eso ya hace nueve meses y desde entonces no he ganado ni un penique. Es tan fácil que tu aspecto se deteriore cuando vagas de un lado a otro eternamente y vives con una sola muda de ropa. Me había arrastrado por todo Londres en busca de trabajo... cualquier tipo de trabajo sería bienvenido, siempre que me permitiera mantenerme a flote. Y me arrastré en vano. Y ahora me habían negado la entrada de transeúnte... ¡qué sencillo es caer! Pero no expresé todo esto al hombre que yacía en la cama. No deseaba oírlo... de ser así, me habría hecho decirlo.

Tal vez leyó mi historia, a pesar de que no se la había contado... es posible. Sus ojos tenían unos poderes de penetración muy peculiares... de eso estoy seguro.

—¡Desnúdate!

Cuando volvió a hablar, fue eso lo que dijo con aquellos tonos guturales suyos que retrotraían a tierras extrañas. Obedecí y dejé que mi ropa mojada y raída cayera al suelo. Una expresión se dibujó en su rostro mientras yo permanecía desnudo frente a él, la cual, si pretendía ser una sonrisa, era la sonrisa de un sátiro que me embargó con una sensación de estremecedora repulsión.

—¡Qué piel tan blanca tienes... qué blanca! Lo que daría por una piel tan blanca como esa... ¡oh, sí! —Hizo una pausa mientras me devoraba con los ojos, luego continuó—: Ve al armario. Encontrarás una capa, pónela.

Me acerqué al armario que estaba situado en un rincón del cuarto y sus ojos me

siguieron mientras me movía. El armario estaba lleno de ropa... trajes que podrían haber formado parte del ropero de un diseñador especializado en disfraces para bailes de máscaras. Una capa larga colgaba de un gancho. Mi mano se movió hacia ella, aparentemente por voluntad propia. Me la puse y sus amplios pliegues me llegaban hasta los pies.

—En el otro armario encontrarás carne, pan y vino. Come y bebe.

En la pared opuesta de la habitación, cerca de la cabecera de la cama, había un segundo armario. En este, sobre una repisa, encontré lo que parecía ser ternera prensada, varias tortas redondas de lo que sabía a pan de centeno y un poco de vino agrio y aguado en un frasco cubierto con un trozo de esparto. Pero no me encontraba con ánimo de criticar; me atiborré, creo, como un lobo hambriento, mientras él me observaba en silencio todo el tiempo. Cuando hube acabado, que fue cuando terminé de comer y beber todo lo que pude engullir, regresó a su rostro aquella mueca de sátiro.

—Ojalá pudiera comer y beber de esa manera... ¡oh, sí!... Guarda lo que ha sobrado... —Lo guardé, aunque me pareció un esfuerzo innecesario por lo poco que había quedado—. Mírame a los ojos.

Le miré a los ojos... e inmediatamente, en cuanto lo hice, fui consciente de que algo me abandonaba... la capacidad de ser yo mismo, tal como era. Sus ojos se hicieron más y más grandes, hasta que me dio la impresión de que llenaban todo el espacio... hasta que me perdí en su inmensidad. Él movió la mano y me hizo algo, no sé el qué, mientras atravesaba el aire... derribándome, de manera que caí de cabeza al suelo. Y allí donde caí permanecí como un tronco.

Y la luz se apagó.

Capítulo 4

UNA VIGILIA SOLITARIA

Fui consciente de que la luz se apagó. Porque lo más singular y más angustiante de mis circunstancias era el hecho de que, por lo que yo sé y creo, jamás perdí la consciencia durante las largas horas que siguieron. Fui consciente de que se apagó la lámpara y de la negra oscuridad que siguió. Escuché un crujido de tela, como si el hombre de la cama estuviera incorporándose entre las sábanas. Entonces, todo quedó en silencio. Y a lo largo de aquella noche interminable permanecí con el cerebro despierto pero el cuerpo muerto, vigilante y a la espera del nuevo día. No sabría decir lo que me ocurrió. Mi instinto me decía que probablemente llevaba algunas marcas externas mortales... sabía que las llevaba. Aunque suene paradójico, me sentía como un hombre que realmente hubiera muerto... como, en los momentos de reflexión en días ya pasados, me había imaginado que me sentiría. Es bastante improbable que los sentimientos necesariamente expiren cuando expira lo que llamamos vida. Continuamente me preguntaba si podía estar muerto... la pregunta me asaltaba con terrible frecuencia. ¿Puede morir el cuerpo... y el cerebro, el yo, el ego... seguir viviendo? Solo Dios lo sabe. Pero ¡ah!... esa agonía del pensamiento.

Las horas pasaron. Poco a poco, el silencio quedó eclipsado. Los ruidos del tráfico, de los pasos apresurándose... ¡la vida!... eran los ujieres de la mañana. Al otro lado de la ventana los gorriones trinaban, un gato maullaba y un perro ladraba... y el tintineo de las botellas de leche. Unos rayos de luz que se filtraban por la persiana iban aumentando de intensidad. Seguía lloviendo, de vez en cuando la lluvia repiqueteaba en los cristales. El viento debía de haber cambiado, porque, por primera vez, se escuchó repentinamente el toque de un reloj distante anunciando la hora... las siete. Entonces, con intervalos como vidas enteras entre cada toque, las ocho... las nueve... las diez.

Hasta el momento, no se había escuchado ni un sonido en la habitación. Cuando el reloj marcó las diez, después de transcurrir lo que me parecieron años, se escuchó un crujido de sábanas procedente de la cama. Los pies se apoyaron en el suelo... se movieron hacia donde yo yacía. Por supuesto, ahora era pleno día y yo, finalmente, percibí que una figura ataviada con un ropaje de extraños colores estaba de pie a mi lado, con la mirada bajada hacia mí. Se agachó y luego se arrodilló. Mi única prenda fue retirada sin miramientos, de manera que me quedé allí tumbado mostrando mi desnudez. Unos dedos se clavaron por mi cuerpo como si yo fuera un animal listo para el puesto del carnicero. Un rostro me miró y, delante de mí, estaban aquellos ojos terribles. Entonces, ya estuviera muerto o vivo, me dije que aquello no podía ser humano... nada a imagen y semejanza de Dios podía tener aquella forma. Los dedos me presionaban las mejillas, se introducían en mi boca, tocaban mis ojos abiertos,

cerraban mis párpados y luego los volvían a abrir y —¡horror de todos los horrores! — los gruesos labios se aplastaron contra los míos... el alma de algo maligno entró en mí disfrazada de beso.

Entonces, este travestido de virilidad se puso de pie y, no sé si dirigiéndose a mí o a sí mismo, dijo:

—¡Muerto!... ¡muerto!... ¡tal como si estuviera muerto!... ¡y mejor! Haremos que lo entierren.

Se alejó de mí. Oí que se abría y se cerraba una puerta y supe que se había marchado.

Y siguió fuera todo el día. No sabía si había salido a la calle, pero debió de hacerlo porque la casa parecía desierta. No sabía qué había pasado con la horrible criatura de la noche anterior. Mi principal temor era que la hubiera dejado en la habitación conmigo... lo cual era probable, como una especie de perro guardián. Pero a medida que los minutos y las horas pasaban y seguía sin haber rastro ni ruido alguno de ningún ser vivo, llegué a la conclusión de que si la criatura estaba allí probablemente estaba tan desvalida como yo mismo, y que durante la ausencia de su dueño, en cualquier caso, no tenía nada que temer de sus insistentes atenciones.

Advertí en más de una ocasión sólidas pruebas basadas en presunciones de que, a excepción de mí mismo, la casa no contenía nada humano. En varias ocasiones, tanto por la mañana como por la tarde, algunas personas en el exterior intentaron atraer la atención de los ocupantes de la casa. Algunos vehículos —probablemente carros de reparto— aparcaron delante de la puerta y, a continuación, se producían asaltos más o menos persistentes al llamador y al timbre. Pero en todos los casos, sus llamadas fueron desoídas. Fuera lo que fuese lo que quisieran, se tuvieron que marchar insatisfechos. Tendido allí, aletargado, sin nada que hacer más que escuchar, posiblemente prestaba poca atención a lo que me rodeaba, pero me pareció que uno de los visitantes fue más persistente que el resto.

El reloj lejano acababa de marcar las doce del mediodía cuando oí que se abría la puerta de la verja y que alguien avanzaba hacia la entrada principal. A continuación, no se escuchó nada más que silencio y supuse que el habitante de la casa había regresado y había decidido hacerlo tan sigilosamente como cuando se marchó. Sin embargo, finalmente, en la entrada se escuchó una llamada débil pero peculiar, como si una rata estuviera chillando. Se repitió tres veces y luego se escucharon unos pasos que se alejaban en silencio y la puerta de la verja se cerró. Entre la una y las dos el visitante regresó; se repitió la misma señal... una señal que me resultó inconfundible, seguida de la misma retirada. Alrededor de las tres, el visitante misterioso regresó. La señal se repitió y, cuando no recibió respuesta, unos dedos golpearon suavemente los paneles de la puerta principal. Cuando siguió sin recibir respuesta, unos pasos suaves se alejaron doblando la esquina de la casa y se volvió a escuchar la señal en la parte trasera... y entonces, de nuevo, el golpeteo de unos dedos contra lo que parecía ser la puerta trasera. Al no haber respuesta a ninguno de estos procedimientos, los pasos

retrocedieron sobre sí mismos y, como anteriormente, la puerta de la verja se cerró.

Poco después de que anocheciera, este visitante persistente regresó para realizar un cuarto y más decidido intento de llamar la atención sobre su presencia. Por el carácter peculiar de sus maniobras, parecía que sospechaba que quienquiera que estuviera dentro tenía razones concretas para ignorarlo. Volvió a realizar la ya conocida pantomima de los tres grititos tanto en la puerta principal como en la trasera, seguida del golpeteo de los dedos en los paneles de las puertas. Sin embargo, en esta ocasión también lo hizo en los cristales de las ventanas... pude oír muy claramente el sonido nítido y reconocible de lo que parecían unos nudillos golpeando las ventanas traseras. Al no recibir respuesta allí, volvió a intentarlo con las ventanas delanteras. Los pasos curiosamente silenciosos rodearon la casa y se detuvieron frente a la ventana de la habitación en la que yo me encontraba... y, entonces, algo singular ocurrió.

Mientras esperaba el habitual golpeteo, en lugar de eso escuché el sonido de alguien o algo arañando el alféizar de la ventana... como si alguna criatura, incapaz de llegar a la ventana desde el suelo, intentara con todas sus fuerzas alcanzar el alféizar. Alguna torpe criatura, incapacitada para escalar un obstáculo como una pared perpendicular de ladrillos. Se escuchaba un ruido como de garras arañando, como si experimentara dificultades para mantenerse en la rígida superficie. No sabía de qué tipo de criatura se trataba... de hecho, me quedé perplejo al pensar que fuera una criatura. Había dado por sentado que el visitante insistente era una mujer o un hombre. Si, por el contrario, como ahora parecía probable, era alguna clase de animal, esto explicaría los chillidos —aunque ¿qué animal, a excepción de una rata, chillaba de esa manera?—, y también que no hubiera llamado a la puerta o usado el timbre.

Fuera lo que fuese, había logrado coronar la cumbre de sus deseos... el alféizar. Jadeaba como si los esfuerzos de la escalada le hubieran dejado sin aliento. Luego comenzó a dar golpecitos. A la luz de mi nuevo descubrimiento, percibí con claridad meridiana que difícilmente aquellos golpes podían ser producto de unos dedos humanos... eran golpes secos y decididos, bastante similares al golpe de la punta de una uña contra el cristal. No sonaba fuerte, pero con el paso del tiempo —los golpes continuaron con mucha persistencia— se volvieron simplemente atroces. Iban acompañados por lo que solo puedo describir como los ruidos más extraordinarios. Se escuchaban chillidos, cada vez más furiosos y agudos a medida que pasaban los minutos, de lo que parecían ser boqueadas de una respiración dificultosa, y un peculiar zumbido parecido, pero distinto, al ronroneo de un gato.

La frustración de la criatura por su deseo de lograr atraer la atención era evidente. El golpeteo comenzó a sonar como el repiqueteo de granizo contra los cristales, al tiempo que seguía produciendo un ruido continuo de chillidos y jadeos; se escuchaba el sonido de un cuerpo voluminoso frotándose contra el cristal, como si estuviera estirándose contra la ventana, en un intento, por la fuerza o la presión, de colarse por

el cristal. Tan violentas se volvieron sus contorsiones que durante unos segundos temí que el cristal cediera y que el excitado asaltante penetrara rompiéndolo. Me alivió considerablemente comprobar que la ventana resultaba ser más inexpugnable de lo que me había parecido en un principio. La pertinaz resistencia resultó ser excesiva para la fuerza o la paciencia de la criatura. Mientras yo esperaba algún tipo de nueva expresión de furia, la criatura pareció dejarse caer, más que saltar, del alféizar; luego se escuchó una vez más el mismo sonido de pasos en sigilosa retirada y lo que, en aquellas circunstancias, resultaba aún más extraño, el mismo chirrido de la verja cerrándose.

Durante las dos o tres horas que siguieron no ocurrió nada fuera de lo común... y entonces tuvo lugar el incidente más sorprendente de todos. El reloj había anunciado las diez hacía ya un rato. Desde antes de que sonara la hora nada ni nadie había pasado —por lo que evidentemente era una calle poco transitada— por delante de aquella extraña casa. De repente, dos sonidos rompieron el silencio en el exterior: unos pasos apresurados de alguien corriendo y unos gritos. A juzgar por la premura de los pasos, acompañados de los curiosos gritos... alguien parecía estar huyendo para salvar la vida. Solo cuando el corredor llegó a la parte delantera de la casa reconocí los chillidos del insistente visitante. Imaginé que había regresado solo, como antes, para reanudar sus ataques contra la ventana... hasta que resultó evidente que con él iba alguna clase de acompañante. Inmediatamente desde el exterior llegaron los sonidos de una batalla. Dos criaturas, cuyos chillidos me resultaban de una naturaleza tan inusual que me era imposible adivinar su identidad, parecían estar batiéndose en un duelo a muerte en la entrada principal. Tras un minuto o dos de furiosa pelea, uno de los combatientes logró aparentemente la victoria, porque el otro huyó chillando como si estuviera herido. Mientras aguzaba el oído para escuchar el siguiente episodio de este extraño drama, esperando que se produjera otro asalto contra la ventana, para mi infinita sorpresa oí que una llave entraba en la cerradura, que se corría el cerrojo y que la puerta principal se abría con un golpe airado. Se cerró tan violentamente como había sido abierta. Luego la puerta de la habitación en la que yo me encontraba se abrió de par en par, con el mismo nerviosismo y barullo los pasos penetraron en la habitación, la puerta se cerró con tal fuerza que hizo temblar hasta los cimientos de la casa, se escuchó un crujido de sábanas, reapareció la iluminación brillante de la noche anterior y una voz, que recordaba por demasiadas buenas razones, dijo:

—Ponte de pie.

Me puse de pie automáticamente a la voz de mando y de cara a la cama.

Allí, entre las sábanas, con la cabeza apoyada en la mano y la actitud en que lo viera la última vez, estaba el ser al que había conocido bajo unas circunstancias que probablemente jamás olvidaría... el mismo ser, aunque no exactamente el mismo.

Capítulo 5

UNA ORDEN PARA COMETER UN ROBO

Que el hombre postrado en la cama fuera con quien, a mi pesar, me tropecé la noche anterior, era por supuesto indudable. Y sin embargo, en un primer vistazo advertí que una sorprendente alteración había tenido lugar en su apariencia. Para empezar, parecía más joven... la decrepitud de la vejez había dejado paso a algo muy parecido al ardor de la juventud. Sus rasgos habían experimentado algún cambio sutil. Su nariz, por ejemplo, no era en absoluto tan grotesca; el tabique aguileño no era tan visible. La mayoría de las arrugas habían desaparecido, como por arte de magia. Y aunque la piel todavía se veía amarilla como el azafrán, los contornos se habían redondeado... incluso ahora tenía un pequeño atisbo de barbilla. Pero la novedad más sorprendente era que en su rostro había algo que resultaba esencialmente femenino, tan femenino, de hecho, que me pregunté si tal vez me había equivocado y confundido a una mujer con un hombre; una versión macabra de su sexo, que se había rendido de tal manera a sus instintos depravados que tan solo conservaba una espantosa sombra de feminidad.

El efecto de los cambios que había experimentado su aspecto —porque, después de todo, me dije a mí mismo que era imposible haber sido tan idiota de confundirme en una cuestión como la del género de una persona— se vio aumentado por el hecho evidente de que, muy recientemente, había estado envuelto en una batalla enconada; un encuentro cuerpo a cuerpo, y probablemente vergonzoso, del que se había llevado desagradables muestras de la destreza de su oponente. Era imposible que su antagonista se hubiera comportado como un luchador caballeroso, porque su semblante estaba marcado por una docena de arañazos que parecían sugerir que las armas usadas habían sido las uñas de alguien. Tal vez, la razón de que se encontrara en tal estado de nerviosismo se debía a que el fragor de la batalla todavía corría por sus venas. Parecía casi sobrepasado por la fuerza de sus propios sentimientos. Sus ojos estaban literalmente en llamas. Los músculos del rostro se movían como si estuvieran descontrolados. Cuando habló, su acento sonó marcadamente extranjero; las palabras brotaban de sus labios en un torrente inarticulado; no paraba de repetir lo mismo una y otra vez de una forma que apuntaba bastante a la locura.

—¡Así que no estás muerto!... No estás muerto: ¡estás vivo!... ¡vivo! Bien... ¿qué tal sienta estar muerto? Dímelo... ¿A que se está bien muerto? Y seguir muerto es mejor... ¡es lo mejor de todo! Hacer que todo acabe, dejar de querer y de llorar, dejar de desear y de tener, dejar de molestar y de desear, y no preocuparse —¡no!— por nada más, arrebatarle la maldición de la vida, ¡para siempre! ¿No es eso lo mejor? ¡Oh, sí!... ¡Te lo aseguro!... Y tanto que lo sé. Pero este conocimiento todavía no es para ti. Para ti está el regreso a la vida, la salida de la muerte... ¡seguirás viviendo!...

¡para mí!... ¡Vive!

Hizo un movimiento con la mano y, de inmediato, pasó lo mismo que la noche anterior; tuvo lugar una metamorfosis en los mismísimos abismos de mi ser. Me desperté de mi letargo; como él había dicho regresaba de la muerte y ahora volvía a estar vivo. Todavía me faltaba mucho para volver a ser el mismo de antes; me di cuenta de que ejercía sobre mí un grado de fuerza hipnótica que jamás imaginé que una criatura pudiera ejercer sobre otra; pero, al menos, ya no tenía ninguna duda acerca de si estaba vivo o muerto. Sabía que estaba vivo.

Estaba tumbado, observándome, como si estuviera leyendo los pensamientos que ocupaban mi cerebro... y, que yo sepa, allí estaba.

—Robert Holt, eres un ladrón.

—No lo soy.

Mi propia voz, cuando la escuché, me sorprendió... hacía tanto tiempo que no resonaba en mis oídos.

—¡Eres un ladrón! Solo los ladrones se cuelan por las ventanas... ¿o no entraste por la ventana? —Me quedé en silencio... ¿de qué me habría valido llevarle la contraria?—. Pero está bien que entraras por la ventana... está bien que seas un ladrón... ¡bien para mí! ¡Para mí! Eres tú a quien quiero... en el feliz momento en que has caído en mis manos... justo a tiempo. Porque eres mi esclavo —y estás a mis órdenes—, mi espíritu familiar, para hacer contigo lo que me plazca... lo sabes, ¿verdad?

Lo sabía, y ese conocimiento de mi impotencia era terrible. Sentía que si pudiera alejarme de él, tan solo liberarme de las ataduras con las que me había rodeado, tan solo apartarme del terrible hechizo de su proximidad; tan solo conseguir una o dos comidas completas y tener oportunidad de recuperarme del estrés enervante de fatiga mental y corporal... sentía que entonces podría enfrentarme a él y que intentaría inútilmente someterme con su magia por segunda vez. Pero en realidad sabía que estaba desvalido y ese conocimiento era una agonía. Él insistía en reiterar su anterior falsedad.

—Repito, ¡eres un ladrón!... ¡Un ladrón, Robert Holt, un ladrón! Entraste por la ventana para tu solaz, y ahora atravesarás una ventana para el mío... No esta ventana, sino otra. —No detecté dónde estaba el chiste, pero a él le hizo gracia, porque un sonido chirriante que pretendía ser risa salió de su garganta—. En esta ocasión entrarás como ladrón... oh, sí, tenlo por seguro.

Hizo una pausa, aparentemente, para atravesarme con la mirada. Sus ojos fijos no abandonaron ni un solo instante mi rostro. Con qué terrible fascinación me apresaban... ¡y cómo los detestaba!

Cuando volvió a hablar, detecté otra entonación en su habla... algo amargo, cruel, despiadado.

—¿Conoces a Paul Lessingham?

Pronunció el nombre como si le diera asco... y, sin embargo, como si se deleitara

teniéndolo en sus labios.

—¿Qué Paul Lessingham?

—¡Solo hay un Paul Lessingham! ¡El único Paul Lessingham... el GRAN Paul Lessingham!

Esto último, más que pronunciarlo, lo gritó, con un estallido de ira tan enloquecido que por un instante pensé que iba a saltar sobre mí y hacerme trizas. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No dudo que cuando respondí mi voz sonó lo bastante temblorosa.

—Todo el mundo conoce a Paul Lessingham... el político... ¡el estadista!

Mientras me miraba con desdén, sus ojos se dilataron. Yo permanecí expectante por si se desataba un ataque físico. Pero, de momento, se contentó con meras palabras.

—¡Esta noche vas a colarte por su ventana como un ladrón!

Yo no tenía ni idea de lo que estaba diciendo... y, a juzgar por las siguientes palabras, en mi rostro se reflejó parte de la perplejidad que sentía.

—¿No lo entiendes?... ¡No!... ¡Es simple!... ¿Qué podría ser más simple? Digo que esta noche... ¡esta noche!... tú vas a colarte por su ventana como un ladrón. Entraste por mi ventana... ¿por qué no por la ventana de Paul Lessingham, el político... el estadista?

Repitió mis palabras con sorna. Yo soy —¡y me vanaglorio en decirlo!— parte de esa gran multitud que considera a Paul Lessingham como la mayor figura viva en la política pragmática, y que lo ve capaz de llevar a cabo ese enorme trabajo de reforma constitucional y social que se ha propuesto realizar. Me atrevería a decir que mi tono, al hablar de él, rebosaba admiración... lo cual, claramente, molestó al hombre de la cama. Yo seguía sin tener ni la más remota idea de qué quería decir con ese extraño comentario de que yo me colara por la ventana de Paul Lessingham como un ladrón. Sonaba a delirio de loco.

Mientras yo mantenía mi silencio y él seguía mirando, detecté en su tono otra nota... una nota de ternura... una nota que jamás le habría considerado capaz de articular.

—Es un hombre que tiene un aspecto estupendo, Paul Lessingham... ¿Verdad que tiene un aspecto estupendo?

Yo era consciente de que físicamente el señor Lessingham era un espécimen de virilidad de primera calidad, pero no estaba preparado para afirmar tal cosa en aquellas dependencias... ni tampoco para la actitud con la que el amo temporal de mi destino seguía dándole vueltas y abundando en el tema.

—Es un tipo recto, recto como el mástil de un barco. Es alto, tiene la piel blanca; es fuerte... cómo no voy a saber que es fuerte... ¡tan fuerte!... ¡oh, sí! ¿Hay algo mejor en esta vida que ser su esposa? ¿Su bien amada? ¿La luz de sus ojos? ¿Existe para una mujer una situación más dichosa? ¡No, ni una sola! ¡Su esposa!... ¡Paul Lessingham!

Mientras, con suave entonación, se deshacía en estos sentimientos inesperados, su semblante cambió. Una expresión de deseo apareció en su rostro —un deseo salvaje y frenético—, el cual, a pesar de lo repulsivo que pudiera resultar, de momento lo transformó. Pero era un estado de ánimo pasajero.

—Ser su esposa... ¡oh, sí!... ¡La esposa despreciada!... ¡Odiada y rechazada!

El regreso a la envenenada amargura anterior fue rápido... no pude más que pensar que ese era su verdadero yo. Aunque escapaba a mi comprensión el hecho de que una criatura como aquella perdiera así las formas para alabar de aquella manera a un político de la talla del señor Lessingham. Sin embargo, se aferraba a su tema como una lapa... como si sintiera un fascinado interés personal en el asunto.

—Es un demonio... duro como el granito... frío como las nieves del Ararat. En él no hay ni una gota de la cálida sangre de la vida... ¡está maldito! Es falso... sí, señor, falso como las fabulaciones de aquellos que mienten por su amor a la mentira... es todo traición. Y aquella a quien él abrazó contra su pecho, él la alejó de sí como si jamás hubiera existido... él le robó como un ladrón en la noche... ¡incluso se olvidó de la existencia de ella! Pero el vengador le persigue, acechando en las sombras, escondido entre las rocas, esperando, vigilando, hasta que llegue el momento. ¡Y llegará! ¡El día del vengador!... ¡Ay, cuando llegue el día!

Tras erguirse hasta quedar sentado, lanzó los brazos por encima de la cabeza y gritó con una furia demoniaca. Finalmente, se calmó un poco. Regresó a su posición horizontal, apoyó la cabeza sobre la mano y me miró fijamente; luego me hizo una pregunta que me pareció que, en aquellas circunstancias, resultaba de lo más peculiar.

—¿Conoces su casa... la casa del gran Paul Lessingham, el político, el estadista?

—No.

—¡Mientes! ¡Sí la conoces!

Las palabras salieron de él con una especie de gruñido... como si me las escupiera en la cara.

—No. Los hombres de mi clase no estamos familiarizados con las residencias de hombres como él. Tal vez, en alguna ocasión, vi su dirección impresa en algún lugar, pero, si es así, la he olvidado.

Clavó su mirada en mí durante unos segundos, como si quisiera averiguar si decía la verdad y, por fin, pareció convencido de que así era.

—¿No la conoces? ¡Bien!... Te la mostraré... Te mostraré la casa del gran Paul Lessingham.

No supe en ese momento lo que quería decir, pero lo averigüé pronto... y resultó ser una revelación asombrosa. Había en sus ademanes algo que no parecía humano, algo que, a falta de una mejor palabra, calificaré de vulpino. En su tono se distinguía una mezcla de burla y amargura, como si deseara que sus palabras tuvieran un efecto corrosivo y me perforaran la carne mientras las pronunciaba.

—Escucha atentamente. Préstame toda tu atención. Escucha mi mandato, para así poder hacer lo que te ordene. Y no es que tema no tener tu obediencia... ¡oh, no!

Hizo una pausa, como si quisiera permitirme que fuera totalmente consciente de mi indefensión provocada por sus burlas.

—Tú entraste por mi ventana, como un ladrón. Y saldrás por la ventana, como un idiota. Irás a la casa del gran Paul Lessingham. ¿Dices que no la conoces? Bueno, yo te la mostraré. Yo seré tu guía. Invisible, en la oscuridad y la noche, acecharé escondido junto a ti y te guiaré donde desee que vayas. Irás tal como estás ahora, descalzo y sin sombrero, y con tan solo una prenda para ocultar tu desnudez. Tendrás frío y tus pies se cortarán y sangrarán... ¿pero qué otra cosa merece un ladrón? Si alguien te ve, como mínimo te tomarán por un lunático; habrá problemas. Te cubriré con la capa de invisibilidad... para que así puedas entrar sano y salvo a la casa del gran Paul Lessingham.

Volvió a hacer una pausa. Lo que decía, a pesar de lo absurdo y sin sentido de todo ello, estaba llenándome de un extremo malestar. Sus frases, de una forma extraña e indescriptible, al salir de sus labios parecían envolver mis extremidades... me envolvían el cuerpo, para confinarme cada vez con más fuerza en su interior, como si fueran pañales, para dejarme cada vez más desvalido. Yo era ya consciente de que, cualquier cosa que aquel monstruo demente decidiera que yo hiciera, no tendría otra opción más que llevarla a cabo hasta el final.

—Cuando llegues a la casa, sitúate enfrente y observa, busca una ventana apropiada para entrar. Tal vez encuentres una abierta, como encontraste una en mi casa; si no es así, abre una. ¿Cómo? Eso es asunto tuyo, no mío. Practicarás las artes de un ladrón para meterte en su casa.

La monstruosidad de tal sugerencia luchaba contra el hechizo que ahora me lanzaba de nuevo, y me forzó a hablar... invistiéndome con el poder de mostrar que todavía quedaba en mí algo del hombre que había sido; aunque cada segundo que pasaba, los jirones de mi virilidad se escapaban más rápido entre mis dedos crispados para atraparlos.

—No lo haré.

Se quedó en silencio. Me miró. Las pupilas de los ojos se dilataron... hasta que todo el globo pareció una gran pupila.

—Lo harás. ¿Me oyes?... Yo digo que lo harás.

—No soy un ladrón, soy un hombre honesto... ¿por qué debería hacer tal cosa?

—Porque yo te lo ordeno.

—¡Ten piedad!

—¿Con quién?... ¿Contigo o con Paul Lessingham? ¿Quién, en algún momento, ha tenido piedad conmigo para que yo tenga que tener piedad con nadie?

Hizo una pausa y luego continuó... repitiendo su primera sugerencia increíble con un énfasis que pareció trepanarme el cerebro.

—Practicarás las artes del ladrón para meterte en su casa y, una vez dentro, prestarás atención. Si todo está en silencio, te dirigirás al cuarto que él llama su estudio.

—¿Cómo lo encontraré? No conozco su casa.

Me había arrancado esa pregunta de mis labios; noté que unas gruesas gotas de sudor me perlaban la frente.

—Yo te lo mostraré.

—¿Vendrás conmigo?

—Sí, señor... iré contigo. Estaré contigo todo el tiempo. No me verás, pero estaré allí. No temas.

Su pretensión de poseer poderes sobrenaturales, porque lo que decía no podía significar otra cosa, era, tras analizarla, un absurdo; pero, de todas formas, no me encontraba en condiciones de tan siquiera atisbar el sinsentido. Él continuó hablando.

—Cuando hayas llegado al estudio, deberás buscar cierto cajón, que está en cierto escritorio, en uno de los rincones del cuarto... ahora mismo lo estoy viendo; cuando tú estés allí también lo verás... y lo abrirás.

—¿Y si está cerrado?

—Aun así, lo abrirás.

—Pero ¿cómo lo abriré si está cerrado?

—Gracias a esas artes que dominan los ladrones. Te repito que eso es asunto tuyo, no mío.

No hice ningún esfuerzo por responderle. Incluso suponiendo que me forzara —por el maligno y desvergonzado uso de lo que yo suponía que eran poderes hipnóticos con los que la naturaleza le había dotado hasta niveles hartamente peligrosos— a llevar a cabo la aventura hasta ese punto, debido a que difícilmente podía dotarme de manera inmediata de la habilidad de abrir cerrojos, en caso de que el cajón al que aludía estuviera cerrado —¡y que la Providencia así lo permitiera!—, al final yo no sería capaz de lograrlo. Él leyó mis pensamientos.

—Lo abrirás... aunque esté cerrado con un cerrojo doble o triple, te digo que lo abrirás... En él encontrarás... —dudó, como si estuviera reflexionando— algunas cartas; puede que sean dos o tres... no sé cuántas son... están atadas con un lazo de seda. Las sacarás del cajón, las guardarás y saldrás lo más sigilosamente que puedas de la casa y me las traerás a mí.

—¿Y si alguien me sorprende mientras estoy ocupado con todo este infame asunto... por ejemplo, si me encontrara con el propio señor Lessingham? ¿Entonces, qué?

—¿Paul Lessingham?... No debe preocuparte encontrarte con él.

—¡No hace falta que me preocupe!... ¡Si me encuentra en su propia casa, en mitad de la noche, robando!

—No debes temer nada por su parte.

—¿No debo temer nada por mí o por ti?... Como mínimo me llevará a la horca.

—Te digo que no debes temerle. Y lo digo en serio.

—¿Y cómo, entonces, escaparé de su justa venganza? No es el tipo de hombre que dejaría marchar sin castigo a un ladrón de medianoche... ¿tengo que matarlo?

—No lo tocarás con un solo dedo... ni él te tocará a ti.

—¿Y con qué hechizo puedo evitarlo?

—Con el hechizo de dos palabras.

—¿Qué palabras son esas?

—En el caso de que Paul Lessingham te sorprendiera y te encontrara a ti, un ladrón, en su casa, y si intentara detenerte, no vacilarás ni huirás de él, sino que te quedarás quieto y dirás...

Algo en la entonación ascendente de su voz, algo extraño y funesto, hizo que el corazón se me encogiera, de manera que cuando se calló de nuevo, exclamé ansioso:

—¿Qué?

—¡EL ESCARABAJO!

Cuando aquellas palabras salieron de su boca en forma de alarido, el quinqué se apagó y el cuarto quedó a oscuras; entonces supe, y la certeza me embargó de repugnancia, que conmigo, en la habitación, estaba la presencia maligna de la noche anterior. Dos puntos brillantes aparecieron frente a mí, algo se dejó caer de la cama al suelo; la criatura se acercaba a mí avanzando por el piso. Se aproximaba despacio pero sin pausa. Me quedé inmóvil, mudo de terror. Hasta que me tocó los pies descalzos con unas antenas pegajosas, y el terror de que subiera por mi cuerpo desnudo me devolvió la voz y rompí a gritar como un alma en agonía.

Pudiera ser que mis alaridos lo ahuyentaran. Al menos, desapareció. Supe que había desaparecido. Y reinó el silencio. Hasta que, de repente, el quinqué volvió a encenderse y allí, tendido como antes, en la cama, mirándome ferozmente con ojos torvos, estaba el ser a quien, en mi locura o, más bien, en mi cordura —¡no sé cuál de las dos cosas!— estaba comenzando a creer poseedor de poderes impíos y prohibidos.

—Le dirás eso; esas dos palabras, solo esas, nada más. Y ya verás lo que pasará. Pero Paul Lessingham es un hombre resuelto. Si persiste en interferir o en detenerte, volverás a pronunciar esas dos palabras. No hace falta que hagas nada más. Dos veces serán suficientes, te lo prometo. Ahora, vete... Sube la persiana, abre la ventana, sal por ella. Date prisa en hacer lo que te he ordenado. Espero aquí a que regreses... y durante todo el camino estaré contigo.

Capítulo 6

UN DELITO SINGULAR

Me acerqué a la ventana, levanté la persiana, descorrí el pestillo, abrí la ventana y vestido, o más bien desvestido como iba, escalé por el marco y salí al aire libre. No solo me sentía incapaz de resistirme, sino también de formular siquiera el deseo de oponer alguna resistencia. Una fuerza irresistible me movía de un lado a otro, sin tomar en consideración si esa era mi voluntad o no.

Sin embargo, cuando me encontré fuera de la casa, fui consciente de una sensación de júbilo por haber escapado de la atmósfera miasmática de aquella estancia de recuerdos malditos. Y empecé a albergar una tenue esperanza en lo más hondo de mi ser de que, a medida que aumentara la distancia entre aquella casa y yo, tal vez pudiera sacudirme parte de ese desamparo de pesadilla que me aturdí y torturaba. Permanecí durante unos segundos junto a la ventana; luego, salté por encima del muro bajo que daba a la calle y de nuevo volví a quedarme rezagado.

Mi estado era de doble personalidad... mientras que físicamente estaba sometido, mentalmente me sentía libre hasta cierto punto. Pero esta sensación de libertad en mi parte mental no mejoraba mi difícil situación. Porque, entre otras cosas, era consciente de la ridícula figura que debía ofrecer, descalzo y sin sombrero, por las calles a tales horas de la noche, con un viento atronador que ahora descubrí que se había convertido en vendaval. Aparte de cualquier otra consideración, la idea de pasearme por las calles en tales condiciones me sumía en una profunda vergüenza. Y realmente creo que si mi tiránico opresor me hubiera permitido vestirme con mi ropa, habría comenzado con bastante mejor ánimo aquella misión delictiva a la que me había enviado. También creo que ser consciente de la incongruencia de mi atuendo aumentaba mi sensación de sometimiento y que, si hubiera estado vestido como acostumbra a vestir un inglés que sale a pasear a la calle, él no habría encontrado en mí, en esas circunstancias, un instrumento tan fácil de manejar como lo era ahora.

Hubo un momento en el que mis pies descalzos notaron el camino de gravilla y mi piel desnuda aquel viento cortante... creo que entonces, si hubiera apretado los dientes y acerado cada uno de mis nervios, me habría sido posible liberarme de las ataduras que me sometían y desafiar así al anciano pecador que, por lo que sabía, me observaba a través de la ventana. Pero estaba tan deprimido por el convencimiento de lo ridículo de mi apariencia que, antes de poder aprovechar el momento, este pasó... y ya no regresó aquella noche.

Pero sí pude aferrarme a uno de sus flecos mientras ese momento pasaba frente a mí, e hice un movimiento apresurado hacia un lado... el primero que hacía por iniciativa propia durante horas. Pero ya era demasiado tarde. Mi torturador —como si, aunque invisible, pudiera verme— apretó aún más la mano con la que me

manejaba, me hizo virar y corrí apresuradamente en una dirección hacia la que, sin duda, no tenía ningún deseo de ir.

Durante todo el camino no encontré a una sola persona. Desde entonces me he estado preguntando si, en ese sentido, mi experiencia era normal, si podría haberle pasado a cualquiera. Si es así, hay calles en Londres, largas hileras de calles que, durante un cierto periodo nocturno y en ciertas condiciones climáticas — probablemente el clima tuvo algo que ver— están totalmente desiertas; en las que no hay ni viandantes ni vehículos... ni siquiera un policía. La mayor parte de la ruta por la que fui conducido —no conozco palabra que se ajuste mejor— me resultaba un tanto familiar. Al principio atravesaba lo que creo que era parte de Walham Green, luego por Lillie Road a través de Brompton, cruzando Fulham Road, a través de la red de calles que conducen a Sloane Street, y desde Sloane Street hacia Lowndes Square. Quien recorre esta ruta camina una larga distancia y pasa por algunas calles principales; sin embargo, no vi ni a una sola criatura ni, supongo, ninguna criatura me vio. Mientras cruzaba Sloane Street me pareció oír el distante runrún de un vehículo por Knightsbridge Road, pero ese fue el único sonido que oí.

Me resulta incluso doloroso recordar la difícil situación en la que me encontraba cuando fui obligado a detenerme... porque me detuvo tan brusca y repentinamente como si fuera una bestia de carga con la brida en la boca, cuyo conductor frena en seco su carrera. Yo estaba mojado... ráfagas intermitentes de lluvia llegaban con el viento que soplaba. A pesar de la rápida marcha con la que había sido conducido hasta allí, se me había metido el frío hasta el tuétano y, aún peor, me dolían tanto los pies manchados de barro, cortados y sangrantes —ya que todavía era lo suficiente sensible al dolor— que resultó una agonía que entraran en contacto con la fría y pegajosa superficie del duro y resistente pavimento.

Me había detenido en la parte opuesta de la plaza... la más cercana al hospital, frente a una casa que me pareció más pequeña que el resto. Era una casa con pórtico; alrededor de los pilares del pórtico había una celosía, y sobre esta trepaba una enredadera. Mientras estaba allí de pie, temblando, preguntándome qué ocurriría a continuación, un extraño impulso se apoderó de mí e inmediatamente, para mi propia sorpresa sin límites, me encontré escalando por la celosía hacia el balcón superior. No soy un gimnasta, ni por naturaleza ni por entrenamiento; dudo si, anteriormente, había intentado escalar algo más difícil que una escalera de mano. El resultado fue que, aunque me podía insuflar el impulso, no podía otorgarme la habilidad; y cuando tan solo había ascendido un metro aproximadamente, me resbaló el pie y me deslicé hasta caer de espaldas. A pesar de estar conmocionado y magullado, no se me permitió examinarme las heridas. En un segundo, volví a ponerme en pie y de nuevo sentí el impulso de escalar... pero solo para volver a desplomarme dolorosamente. En esta ocasión, el demonio, o lo que fuera, que me había poseído, al comprobar la imposibilidad de hacerme escalar hasta el balcón, me dirigió para que intentara entrar de otra manera. Subí los escalones que conducían a la entrada principal, donde utilicé

un parapeto que había en un lateral para alzarme hasta el alféizar de la ventana adyacente... Si me hubiera resbalado en ese momento, la caída habría sido de al menos unos seis metros hasta los cimientos de la casa. Pero el alféizar era ancho y, si es que resulta apropiado emplear tal lenguaje en relación a una transacción de este tipo, la fortuna me sonrió. No caí. En mi puño sujetaba una piedra. Con ella golpeé el cristal, como si fuera un martillo. A través del agujero resultante, pude introducir la mano y alcanzar el pestillo interior. Un minuto más tarde, la ventana estaba levantada y yo dentro de la casa... Había cometido el delito de allanamiento de morada.

Cuando miro atrás y reflexiono sobre la audacia de todo el proceso, incluso ahora me echo a temblar. A pesar de ser realmente el desventurado esclavo de la voluntad de otro, nunca me cansaré de repetir que era totalmente consciente de lo que me obligaba a hacer, ¡un hecho que en absoluto hacía que mi situación resultara menos angustiosa!, y cada detalle de mis acciones involuntarias era proyectado en mi cerebro en una sucesión de imágenes, cuyos contornos claramente definidos no se borrarán jamás mientras tenga memoria. Ciertamente, ningún ladrón profesional ni, en efecto, ninguna criatura en sus cabales se habría arriesgado a emular mi sorprendente temeridad. El proceso de romper el cristal —era vidrio— no fue en absoluto silencioso. En primer lugar, el propio golpe, luego el repiqueteo del cristal, luego los trozos haciéndose añicos contra la superficie de abajo. Cualquiera habría pensado que todo aquel ruido debería haber despertado hasta a los Siete Durmientes de Éfeso. Pero de nuevo el clima jugó a mi favor. Justo en ese momento el viento comenzó a soplar con fuerza y atravesó la plaza aullando con fuerza. Es posible que el estruendo que causó ocultara cualquier otro sonido.

En cualquier caso, ahora estaba de pie en el cuarto que había allanado, atento a cualquier señal de que hubiera alguien alerta, pero no oí nada. En el interior de la casa parecía reinar un silencio de tumba. Bajé la ventana y me dirigí a la puerta.

Sin duda, no me resultó sencillo encontrarla. Las ventanas estaban cubiertas con pesadas cortinas, de manera que la habitación estaba oscura como boca de lobo. Parecía estar inusualmente abarrotada de muebles... una sensación debida, tal vez, a que yo era un extraño en medio de tal oscuridad cimeria. Tuve que avanzar a tientas, con mucha precaución, entre los diversos obstáculos. Por lo visto, me encontré con todos los obstáculos con que podía toparme, y en más de una ocasión me tropecé con taburetes y con lo que parecían ser pequeñas sillas. Era un milagro que mis movimientos todavía no hubieran sido oídos... pero creo que la explicación es que la casa estaba muy bien construida, que los sirvientes eran las únicas personas en la casa en esos momentos, que sus dormitorios se encontraban en el ático, que estaban profundamente dormidos y que era poco probable que nada de lo que pudiera ocurrir en la estancia por la que había entrado pudiera turbarles.

Cuando llegué por fin a la puerta, la abrí, atento para captar cualquier señal de ser interrumpido y, por adoptar una frase trillada, dirigido por el poder que me abocaba a mi fin, crucé el vestíbulo y subí las escaleras. Pasé el primer piso, y en el segundo me

dirigí a la puerta de la derecha. Giré el pomo y cedió, la puerta se abrió, entré y cerré. Me arrimé a la pared en el interior, encontré una clavija, tiré de ella y la luz eléctrica iluminó el cuarto... haciendo, sin duda alguna, que todos estos movimientos parecieran tan naturales desde el punto de vista de un espectador que un juez y un jurado difícilmente podrían ser disuadidos de que no fueron producto de mi propia voluntad.

Bajo el brillante resplandor de la luz eléctrica pude echar un pausado vistazo al contenido de la habitación. Era, tal como había dicho el hombre de la cama, un estudio... una estancia elegante y espaciosa destinada para trabajar más que para mostrar. Había tres escritorios separados, uno muy grande y dos más pequeños, todos cubiertos con una ordenada variedad de manuscritos y papeles. Había una máquina de escribir en el extremo de una de las mesas. En el suelo, debajo y alrededor de las mesas, había pilas de libros, carpetas y documentos de aspecto oficial. Cada milímetro disponible en las paredes de la habitación estaba ocupado por estanterías llenas hasta arriba de libros. En la pared frente a la puerta, había una librería de roble con cerradura y, en el rincón más alejado, un pintoresco y viejo buró. En cuanto vi el buró me dirigí allí, directo como una flecha impulsada por un arco... en efecto, y dicha metáfora de sentirme impulsado como una flecha por un arco no es ninguna exageración.

Tenía unos cajones abajo, unas puertas de cristal arriba y entre los cajones y las puertas había un panel abatible. Mi atención se dirigió a ese panel. Alargué la mano para abrirlo, pero estaba cerrado por la parte superior. Tiré de él con ambas manos, pero no cedió.

Así que aquella era la cerradura con la que, si fuera necesario, debía practicar mis habilidades como ladrón para abrirla. Yo no era un ladrón; me había asegurado a mí mismo que nada ni nadie podría obligarme a hacerlo. Sin embargo, ahora que me enfrentaba a aquel panel inquebrantable, noté una presión irresistible que actuaba sobre mí para acceder por cualquier medio posible al interior de ese receptáculo. No pude más que rendirme a esa presión. Miré a mi alrededor en busca de alguna herramienta con la que poder ejercer mi actividad delictiva. La encontré cerca de mí. Apoyadas contra la pared, a un metro de donde me encontraba, había varios tipos de armas y, entre estas, unas puntas de lanza. Tomé una de esas puntas de lanza, y con mucha dificultad inserté la punta entre el panel y el buró. Usando esa palanca, intenté forzar la cerradura. El panel no cedió; la punta de lanza se rompió en dos. Intenté con otra, pero con el mismo resultado; una tercera, y de nuevo fracasé. Ya no quedaban más. El único utensilio apropiado que vi era una extraña hacha de hoja pesada y afilada. La cogí y golpeé con todas mis fuerzas el reticente panel. El hacha lo atravesó... y antes de que acabara de destruirlo, lo abrí con saña.

Pero en esta mi primera, y confío que última, incursión en la profesión de ladrón, estaba predestinado a realizar el trabajo hasta el final. Había accedido al interior del cubículo que cubría el panel, pero solo para encontrar al fondo varios pequeños

cajones, y mi atención fue dirigida de manera irremediable hacia uno de ellos. De hecho, estaba cerrado con llave y, de nuevo, tuve que buscar algún instrumento que me sirviera de sustituto improvisado de la llave.

No había nada que me sirviera entre todas aquellas armas... no podía emplear el hacha; el cajón en cuestión era tan pequeño que si la hubiera usado habría dejado el cubículo hecho astillas. Sobre la repisa de la chimenea, dentro de un estuche de cuero, había un par de revólveres. Hoy en día, los hombres de estado en ocasiones se enfrentan a un verdadero peligro de perder la vida. Es posible que el señor Lessingham, consciente de encontrarse en perpetuo riesgo, llevara esos revólveres como protección necesaria. Eran armas fiables, grandes y un tanto pesadas... de la clase de armas que, creo, la policía utilizó en el pasado. No solo estaban los tambores totalmente cargados, sino que además, en el propio estuche había suficientes balas para volver a cargarlos de nuevo.

Estaba sujetando las armas, preguntándome —si es que en mi condición tal palabra puede aplicarse— qué uso podría darles para acceder a ese cajón, cuando, de repente, llegó desde la calle el sonido de unas ruedas aproximándose. Se produjo un zumbido en mi cerebro, como si alguien se empeñara en explicarme qué uso podía darle a los revólveres y yo, forzosamente, agucé cada una de mis terminaciones nerviosas para captar el significado de mi mentor invisible. Mientras lo hacía, las ruedas se acercaron y, justo cuando esperaba que pasaran de largo, pararon... delante de la vivienda. Me dio un vuelco el corazón. En un estallido de terror frenético, de nuevo durante un momento de locura, casi logré romper las ataduras que me sometían y huir, caóticamente, del peligro inminente. Pero las ataduras eran más fuertes que yo... y sentí como si estuviera clavado en el suelo.

Oí cómo una llave era introducida en la cerradura de la puerta principal, el cerrojo girando y la puerta abriéndose, y acto seguido unos pasos firmes entraron en la casa. Si hubiera podido, no me habría quedado paralizado sometido a la orden de mi misión, sino que me habría ido de inmediato, a cualquier lugar, de cualquier forma; pero, en ese momento, mis idas y venidas no eran cuestiones sobre las que yo fuera consultado. A pesar de que en mi interior bullía un pánico aterrador, exteriormente me comportaba con tanta calma como era posible, y me quedé allí, girando los revólveres una y otra vez, preguntándome qué se suponía que debía hacer con ellos. Y, de repente, me llegó en un destello clarificador... debía disparar con ellos al cerrojo del cajón para abrirlo.

No se podría haber pensado un plan más demente. Los sirvientes ya habían dormido profundamente el tiempo suficiente, pero creo que no seguirían dormidos después del estallido de un revólver en una habitación debajo de ellos... por no hablar de la persona que acababa de entrar en el edificio y cuyos pasos ya se oían subiendo por la escalera. Luché por protestar silenciosamente contra la insensata locura que me empujaba directamente a una destrucción indefectible, pero sin éxito. Solo me restaba obedecer. Con un revólver en cada mano, me dirigí al buró

despreocupadamente, como si no hubiera dado mi vida por haber escapado al desenlace inexorable al que estaba abocado, pero aún me quedaba un resquicio de sentido común. Coloqué el cañón de uno de los revólveres sobre el cerrojo del cajón hacia el que anteriormente mi guía invisible había dirigido mi atención, y apreté el gatillo. El cerrojo saltó hecho añicos y el contenido del cajón quedó a mi merced. Recogí un fardo de cartas unidas por un lazo rosa. Sobresaltado por un ruido a mis espaldas justo después del estallido del arma, miré por encima del hombro.

La puerta de la habitación se abrió y el señor Lessingham apareció en el vano con la mano en el pomo.

Capítulo 7

EL GRAN PAUL LESSINGHAM

Iba vestido con traje de noche. Llevaba una pequeña carpeta en la mano izquierda. Si descubrir mi presencia le sobresaltó, como con toda probabilidad ocurrió, no se permitió dejar escapar ninguna expresión de sorpresa. La impenetrabilidad de Paul Lessingham es proverbial. Ya sea sobre un estrado dirigiéndose a multitudes excitadas o en medio de una agitada discusión en la Cámara de los Comunes, todo el mundo sabe que su frialdad permanece intacta. Todos opinan que su éxito en la política se debe en no poca medida a las dotes que emanan de su presencia de ánimo invulnerable. En aquel momento me dio una muestra de aquella cualidad. De pie y con la actitud con la que nos han familiarizado los caricaturistas, sus ávidos ojos azules, que sugerían algo de ave de presa sopesando cuándo, dónde y cómo atacar, me observaron durante unos segundos en perfecto silencio... No sabría decir si me estremecí visiblemente, pero sí estoy seguro de que me estremecí en mi interior. Cuando habló, no se movió de donde se encontraba, y lo hizo con la entonación calmada y despreocupada con la que podría haberse dirigido a una amistad que acababa de visitarle.

—¿Podría preguntarle, señor, a qué debo el placer de su compañía?

Hizo una pausa, como si esperase mi respuesta. Cuando no llegó ninguna, formuló la pregunta de otra forma.

—Se lo ruego, señor, ¿quién es usted y quién le ha invitado a presentarse aquí?

Como yo seguía mudo, inmóvil y mirándole fijamente sin tan siquiera enarcar las cejas, ni un temblor en la mano, imagino que comenzó a observarme con una atención incluso mayor que antes. Y que, por decirlo de forma suave, la peculiaridad de mi apariencia le hizo sospechar que se enfrentaba a una singular aventura. No sabría decir si me tomó por un lunático, pero por su actitud posiblemente así fuera. Avanzó hacia mí desde el otro extremo del cuarto mientras me hablaba con suma suavidad y cortesía.

—Hágame el favor de darme el revólver y los papeles que está sujetando en la mano.

Mientras se acercaba, algo me invadió y se abrió camino entre mis labios, y entonces dije con una voz baja y casi susurrante, que juro que no era la mía:

—¡EL ESCARABAJO!

No sabría decir si se debió a un engaño de mi imaginación o no, pero, cuando sonaron esas palabras, tuve la impresión de que las luces bajaban de intensidad, de manera que el lugar se llenó de oscuridad y, de nuevo, me embargó la nauseabunda certeza de la presencia de algo maligno en la habitación. Pero si, en este sentido, mi imaginación anormalmente excitada me engañó, no había duda alguna en cuanto al

efecto que dichas palabras tuvieron en el señor Lessingham. Cuando la bruma de oscuridad —real o inventada— se apartó de mis ojos, vi que el hombre se había retirado hasta el rincón más alejado de la habitación y que estaba agachado con la espalda contra la librería, agarrado a esta, actuando como si hubiera recibido un fuerte puñetazo, del cual todavía no había podido recuperarse. Un cambio de lo más extraordinario había tenido lugar en la expresión de su rostro; en su semblante, el asombro, el miedo y el horror parecían estar luchando por dominar sus facciones. Me asaltó entonces una molesta náusea mientras contemplaba a aquella figura frente a mí, y me di cuenta de que aquel era el gran Paul Lessingham, el dios de mi idolatría política.

—¿Quién es usted?... Por amor de Dios, ¿quién es usted?

Hasta su voz parecía haber cambiado; aquel tono frenético y ahogado difícilmente habría sido reconocido por amigo o enemigo.

—¿Quién eres?... ¿Me oyes? ¿Quién eres? Por amor de Dios, ¡te ordeno que me lo digas!

Al percibir que yo estaba inmóvil, comenzó a realizar una serie de movimientos nerviosos que resultaban de lo más desagradables de observar, especialmente porque continuaba agachado junto a la estantería, como si temiera levantarse. Muy lejos de manifestar la impasibilidad que tanta fama le había dado, todos los músculos de su rostro y los miembros de su cuerpo parecían moverse al unísono; era como un hombre sufriendo un ataque de temblores palúdicos... agitaba los dedos sin control, estirados a ambos lados de su cuerpo, como si buscara un apoyo en la librería sobre la que estaba recostado.

—¿De dónde ha salido? ¿Qué quiere? ¿Quién le ha enviado aquí? ¿Qué piensa sacar de todo esto? ¿Es necesario que venga y se burle de mí de forma tan infantil? ¿Por qué? ¿Por qué?

Las preguntas salieron de su boca con asombrosa rapidez. Cuando vio que yo seguía en silencio, brotaron de sus labios aún más rápidamente, mezcladas con lo que me pareció un torrente de insultos no expresados.

—¿Por qué está ahí de pie con esa ropa tan estrafalaria?... Es peor que ir desnudo, sí, ¡peor que ir desnudo! ¡Solo por eso debería hacer que le condenaran, y lo haré! ¿Intenta pasar por loco? ¿Acaso cree que soy un niño al que cualquier necio puede amedrentar con un truco de magia? Si es así, se equivoca, como quienquiera que le envió aquí debería haber tenido la sensatez de informarle. Si me dice quién es usted y quién le envió aquí y qué es lo que busca, tendré piedad; si no, llamaré a la policía y la ley seguirá su curso... ¡hasta su amargo fin!... Se lo advierto... ¿Me oye? ¡Idiota! ¡Dígame quién es usted!

Las últimas palabras salieron de su boca con lo que parecía más bien una furia infantil. Él mismo pareció darse cuenta, un segundo después, de que su pasión carecía de toda dignidad y resultaba vergonzosa. Se irguió. Con un pañuelo que sacó del bolsillo interior del abrigo, se limpió los labios. Luego, sujetándolo con fuerza, me

miró con tal persistencia que, en cualquier otra circunstancia, me habría resultado insoportable.

—Bueno, señor, ¿es su continuo silencio parte del papel que se ha propuesto interpretar?

Su tono ahora era más firme y su actitud más acorde con su personalidad.

—Si es así, supongo que yo, al menos, tengo la libertad de hablar. Cuando conozco a un caballero, incluso a uno dotado con su elocuente silencio, haciendo el papel de ladrón, creo que admitirá que unas cuantas palabras por mi parte no pueden ser justamente consideradas como fuera de lugar.

De nuevo, hizo una pausa. No pude dejar de advertir que estaba echando mano de un sarcasmo pomposo para ganar tiempo y darse a sí mismo la oportunidad de recuperar, si es que era posible, su inmaculado coraje. Y sus esfuerzos por tratar todo el asunto con aquella especie de cínica ligereza hicieron más evidente que, por algún motivo desconocido para mí, las misteriosas palabras habían sacudido su naturaleza hasta sus cimientos más profundos.

—Para empezar, ¿me permite que le pregunte si ha caminado por Londres, o por alguna parte de esta ciudad, ataviado con esas ropas... o, más bien, ausencia de ellas? Sin duda, desentonaría en Cairne Street... ¿no cree?... incluso en la Rué de Rabagas... ¿No fue por la Rué de Rabagas?

Formuló la pregunta con un énfasis en las palabras que no entendí en absoluto. A lo que se refería entonces o lo que siguió inmediatamente, por supuesto, escapaba a mi comprensión... aunque probablemente me habría visto en aprietos para convencerle de mi total ignorancia.

—Supongo que es usted una reminiscencia de la Rué de Rabagas... claro, por supuesto. Está claro. La pequeña casa con las venecianas grises azuladas y el piano al que le falta la tecla de fa sostenido. ¿Todavía sigue allí el piano? Y el sonido metálico de la clave de sol... de hecho, toda la atmósfera, ¿no era metálica? ¿Está de acuerdo conmigo? No lo he olvidado. Ni siquiera temo recordarlo... ¿lo percibió usted?

Entonces pareció asaltarle una nueva idea... producida, tal vez, por mi continuado silencio.

—Parece inglés... ¿Puede ser que no sea usted inglés? ¿De dónde es? ¿Francés? ¡Vamos a ver!

Se dirigió a mí en una lengua que reconocí como francés, pero no estaba suficientemente familiarizado con ella como para entenderla. Aunque, al menos eso quiero pensar, tal como la presente narración debería mostrar, no he desaprovechado las oportunidades que he tenido para mejorar mi educación originalmente modesta, lamento no haber tenido ni el más mínimo atisbo de oportunidad de adquirir un conocimiento ni siquiera rudimentario de una lengua distinta a mi lengua materna. Al reconocer, supongo que por mi expresión, que se dirigía a mí en una lengua que me resultaba extraña, calló, añadió algo con una sonrisa, y luego me habló en una jerga que, por decirlo de alguna manera, aún me sonaba más extraña, y es que en esta

ocasión no tenía ni la menor idea de qué idioma se trataba... por lo que yo sabía, podría haber sido simplemente un galimatías. Al advertir que tenía aún menos éxito que antes, retomó el inglés.

—¿No sabe francés?... ¿Ni la jerga de la Rué de Rabagas? Muy bien... entonces, ¿qué sabe? ¿Está bajo un juramento de silencio, o es mudo cuando le conviene? Su rostro es inglés... o lo que puedo ver de él; entonces, debo suponer que su cerebro sí entiende las palabras en inglés. Así que escuche, señor, lo que debo decirle... hágame el favor de escuchar atentamente.

Iba recuperando su antiguo yo. En su clara y bien modulada voz había un atisbo de algo parecido a una amenaza... algo que iba más allá de sus palabras.

—Usted sabe algo de un periodo que yo he decidido olvidar... eso está claro; viene de parte de una persona que, probablemente, sepa aún más. Regrese con esa persona y dígame que lo olvidado, olvidado está; nadie saldrá ganando nada obligándome a recordar... asegúrese bien de transmitirle ese punto, que nadie saldrá ganando. Aquella ocasión fue un espejismo, una ilusión, una enfermedad. Yo estaba en unas condiciones físicas y mentales en las que podría haberme tragado cualquier argucia de cualquier estafador. Tales argucias se gastan. Ahora lo sé bien. No pretendo ser experto en el *modus operandi* del estafador profesional, pero sé que tiene un método, en todo caso, un método también susceptible a una explicación sencilla. Regrese con su amigo y dígame que probablemente no volverá a convertirme en el blanco de su viejo método... ni del nuevo tampoco... ¿Me ha oído, señor?

Permanecí inmóvil y en silencio, una actitud que, a todas luces, le incomodaba.

—¿Es que es sordomudo? Sin duda, no es mudo, porque me ha hablado hace un momento. Le advierto, y no me obligue a recurrir a medidas que serán sin duda causa de graves molestias para usted... ¿Me escucha bien, señor?

Yo seguí sin mostrar ningún tipo de comprensión... para su mayor irritación.

—Pues que así sea. Guárdese sus propios consejos, si es eso lo que desea. Para usted queda la amargura, no para mí. Puede hacerse el loco, y hacérselo excelentemente bien, pero está claro que entiende todo lo que le digo... Vayamos al grano, señor. Deme el revólver y el fajo de cartas que me ha robado del escritorio.

Había estado hablando con la actitud de alguien que deseaba en igual medida convencerse a sí mismo tanto como a mí... y en sus últimas palabras podía detectarse un cierto regusto a fanfarronería. Yo permanecí impertérrito.

—¿Va a hacer lo que le he solicitado o está lo bastante loco para rechazar mi oferta? En cuyo caso pediré ayuda y pronto todo habrá acabado. Por favor, no crea que puede engañarme haciéndome creer que no comprende la situación. No soy idiota. Le repito, ¿me va a dar ese revólver y esas cartas?

Pero no recibió respuesta. Su ira iba en aumento, así como su agitación. En mi primer encuentro en persona con Paul Lessingham no estaba destinado a descubrir en él ninguna de esas cualidades con las que todo el mundo le consideraba dotado. Muy al contrario, se mostró completamente distinto al estadista que yo había imaginado y

apreciado.

—¿Acaso piensa que tengo miedo de usted? ¡De usted!... ¡De un ser como usted! Haga lo que le digo o yo mismo me encargaré de usted... y, al mismo tiempo, le enseñaré la lección que está pidiendo a gritos.

Alzó la voz. En su actitud había lo que pretendía ser un tono desafiante. Quizás no era consciente de ello, pero la repetición de sus amenazas era, en sí misma, confesión de su debilidad. Se acercó uno o dos pasos... luego, parando en seco, se echó a temblar. El sudor le empapaba la frente; se la secaba con movimientos rápidos y espasmódicos con el pañuelo arrugado. La mirada se le iba de un lado a otro, como si buscara algo que temía ver pero que estaba obligado a buscar. Se puso a hablar consigo mismo, en voz alta, con frases extrañamente inconexas... aparentemente, ignorándose por completo.

—¿Qué ha sido eso?... No ha sido nada... Mi imaginación... Tengo los nervios destrozados... he estado trabajando demasiado... No me encuentro bien... ¿QUÉ ES ESO?

Esta última pregunta salió de sus labios con un grito ahogado, y en ese momento la puerta se abrió y asomó por ella la cabeza y el cuerpo de un anciano notablemente desvestido. Tenía la apariencia desaliñada de quien acaba de despertar y ha sido arrastrado fuera de la cama en contra de su voluntad. El señor Lessingham le miró como si fuera un fantasma, mientras este le devolvía la mirada al señor Lessingham como si le resultara difícil creer lo que sus ojos veían. Fue él quien rompió el silencio... tartamudeando.

—Estoy seguro de que sabrá disculparme, señor, pero una de las sirvientas creyó oír un disparo y bajé para ver qué ocurría... no tenía ni idea, señor, de que se encontraba usted aquí. —Su mirada vagó desde el señor Lessingham hacia mí, y sus ojos aumentaron el doble de su tamaño previo—. ¡Por Dios Bendito!, ¿quién es ese sujeto?

La obvia cobardía del hombre posiblemente terminó de convencer al señor Lessingham de que no debía estar ofreciendo su aspecto más digno. En cualquier caso, hizo un considerable esfuerzo para recobrar una actitud más firme.

—Tiene razón, Matthews, mucha razón. Le agradezco su vigilancia. De momento, puede abandonar el cuarto... me propongo encargarme personalmente de este sujeto, tan solo permanezca con los otros hombres en el rellano, de manera que si llamo puedan venir en mi ayuda.

Matthews hizo lo que se le ordenó y abandonó el cuarto con mayor rapidez que al entrar, o eso me pareció. El señor Lessingham volvió a mirarme y su actitud parecía más decidida, como si hubiera visto reforzada su determinación por la cercanía de sus criados.

—Veamos, amigo, ya ve cómo está la situación, solo me hace falta pronunciar una palabra y será derrotado y condenado a padecer un largo periodo de prisión. Sin embargo, todavía estoy dispuesto a seguir los dictados de la piedad. Baje ese

revólver, deme esas cartas... y le prometo que no le trataré con dureza.

Yo podría haber sido perfectamente una imagen grabada por la atención que le presté. Él malentendía, o fingía malentender la causa de mi silencio.

—Vamos, veo que me supone unas intenciones más duras de lo que realmente son... ¡no permita que montemos un escándalo, ni una escena, sea inteligente! ¡Deme esas cartas!

Volvió a moverse hacia mí y, de nuevo, tras dar uno o dos pasos, vaciló y se paró y me miró con ojos asustados. De nuevo, comenzó a rezongar para sus adentros en voz alta.

—¡Es un truco de ilusionismo! ¡Claro!... Nada más... ¿Qué otra cosa podría ser? No soy de los que se dejan engañar. Soy más viejo que la otra vez. Tan solo he estado exagerando... eso es todo.

De repente, rompió a llorar.

—¡Matthews! ¡Matthews!... ¡Ayuda! ¡Ayuda!

Matthews entró en la habitación seguido de otros tres hombres, más jóvenes que él. Evidentemente todos se habían vestido con las primeras prendas de vestir que tenían a mano y cada uno de ellos portaba un palo, o alguna otra arma rudimentaria.

Su señor los espoleó.

—¡Quitadle el revólver, Matthews! ¡Tíradlo al suelo! ¡Quitadle las cartas! ¡No tengáis miedo! ¡No tengáis miedo!

Como prueba de ello, corrió hacia mí como si estuviera medio cegado. Al acercarse, me sentí obligado a gritar en un tono de voz que no reconocí como mío:

—¡EL ESCARABAJO!

En ese momento, en la habitación reinaba la oscuridad y se escuchaban gritos, como si alguien estuviera angustiado por el terror o el dolor. Sentí que algo había penetrado en la habitación... algo aterrador... y no sabía cómo ni de dónde había llegado. Y la siguiente acción de la que fui consciente fue que, bajo ese manto de la oscuridad, salí huyendo de la habitación, impulsado no sé por qué.

Capítulo 8

EL HOMBRE DE LA CALLE

No sabría decir si alguien me siguió o no. Tengo tan solo el vago recuerdo, cuando salí de la habitación, de unas cuantas mujeres apiñadas contra la pared del descansillo y de sus gritos cuando pasé. Pero no sé si alguien se esforzó por detenerme. Mi propia impresión es que nadie hizo el más mínimo esfuerzo por impedir que saliera de allí huyendo a toda prisa.

No sabía en qué dirección iba. Era como un hombre huyendo a través de las fantasmagorías de un sueño, sin saber cómo ni adónde. Me abalancé hacia lo que suponía que era un pasillo ancho, y al final de este, y tras cruzar la puerta, entré en lo que me pareció un salón. Crucé la estancia a toda prisa derribando a mi paso en la penumbra partes del mobiliario, acabando sobre estas o, en otras ocasiones, debajo. Cada vez que caía, volvía a levantarme en un santiamén... hasta que choqué contra una ventana escondida tras unas cortinas. No habría sido de extrañar que la hubiera atravesado... pero lo evité. Tras echar a un lado las cortinas, busqué a tientas el pestillo de la ventana. Era una cristalera alta francesa que iba desde el suelo al techo. Cuando la abrí, pasé al balcón exterior y descubrí entonces que estaba en la parte superior del pórtico que anteriormente había intentado escalar en vano.

Bajé por la misma ruta por la que había subido antes, con tal temeridad vertiginosa que aún ahora me estremezco al pensar en ella. Probablemente, me encontraba a unos nueve metros por encima de la acera, pero descendí a toda prisa sin importarme arriesgar la vida ni mis miembros, como si tan solo hubiera habido un metro de distancia. Salté por encima del parapeto, alcanzando así con los pies descalzos el precario apoyo de la celosía, y luego, al bajar, comencé a trastabillar. No logré encontrar un punto de apoyo para el pie, y cuando ya había bajado más o menos hasta la mitad —desollándome, o eso me pareció, cada centímetro de piel de mi cuerpo en el proceso— perdí toda sujeción. Me desplomé en el suelo y rodé por la acera hasta dar con mis huesos en la calle embarrada. Fue un milagro que no me lesionara gravemente... pero en ese sentido, sin duda, aquella noche los milagros estaban de mi parte. En cuanto toqué el suelo, volví a levantarme rápidamente... embarrado y todo.

Justo cuando me levantaba, sentí que una mano me agarraba el hombro con fuerza. Al girarme, me encontré frente a un hombre alto de complexión delgada, con un bigote largo y lacio y un abrigo abrochado hasta la barbilla, que me sujetaba con mano de hierro. Me miró y yo le devolví la mirada.

—Buscando una pelota, ¿no?

Incluso en ese momento, detecté algo agradable en su voz, y una apariencia como de rayos de sol en su atractivo rostro.

Al ver que yo no decía nada, él continuó... con una sonrisa curiosa y burlona.

—¿Es esa manera de bajar deslizándose por el pilar del Apóstol? ¿Es simple robo o un asesinato aún más simple?... Confírmeme la buena nueva de que ha asesinado a nuestro San Paul, y le dejaré marchar.

No sabría decir si aquel hombre estaba loco o no... aunque había ciertos indicios para pensarlo. No parecía loco, aunque tanto sus palabras como sus acciones eran extrañas.

—Aunque se ha limitado a un delito menor, ¿no debería colmar de bendiciones a aquel que ha robado a Paul?... ¡Lárguese de aquí!

Me soltó, me dio un suave empujón al hacerlo... y salí de allí. Ni siquiera paré un segundo.

No sé mucho de récords, pero si alguien alguna vez ha logrado batir mi récord de esa noche entre Lowndes Square y Walham Green, me gustaría saber cuál fue su tiempo... y también me gustaría haberlo visto.

En un increíblemente breve lapso de tiempo me encontraba de nuevo delante de la casa con la ventana abierta... ¡y así con fuerza el fajo de cartas que tanto me había costado conseguir!

Capítulo 9

EL CONTENIDO DEL FAJO DE CARTAS

Frené abruptamente, como si, de repente y casi con crueldad, alguien me hubiera aplicado un freno para detenerme por completo. Permanecí temblando delante de la ventana. Había empezado a lloviznar... y las gotas de lluvia eran barridas por la brisa. Yo estaba sudando a chorros, y a la vez temblaba de frío... estaba cubierto de barro, lleno de moratones y cortes y sangrando: una visión de lo más lastimosa que uno pueda ver. Todas las extremidades me dolían; todos mis músculos estaban exhaustos; mental y físicamente estaba acabado y, de no ser por el hechizo que me mantenía en pie a toda costa, me habría derrumbado allí mismo, hecho un desesperado, desvalido y desventurado ovillo.

Pero mi torturador aún no había acabado conmigo.

Mientras permanecía allí de pie, como un caballo desfondado y golpeado, esperando órdenes, llegó aquello. Era como si una fuerte corriente magnética estuviera siendo proyectada hacia mí a través de la ventana para llevarme hasta la habitación. Escalé el muro bajo y entré apoyándome en el alféizar... De nuevo, estaba allí en aquel cuarto de humillación y vergüenza. Y, de nuevo, era consciente de aquella terrible sensación de presencia de algo maligno. No sabría decir cuánto de aquello era realidad y cuánto producto de mi imaginación, pero, echando la vista atrás, me parece que fue como si me hubieran sacado de mí yo corpóreo para ser lanzado a las estancias inferiores de todos los pecados indescriptibles. Se escuchó el sonido de algo dejándose caer de la cama al suelo y supe que la criatura se acercaba a mí cruzando el cuarto por el suelo. Se me revolvió el estómago y el corazón se derritió en mi interior... la misma angustia que me produjo aquel terror me dio fuerzas para gritar... ¡y gritar! En ocasiones, incluso ahora, me parece volver a escuchar mis gritos retumbando en la noche, y entonces escondo el rostro bajo la almohada y es como si estuviera pasando por el mismísimo Valle de las Sombras.

La criatura retrocedió... pude escucharla deslizándose y arrastrándose por el suelo. Se hizo el silencio. Y, finalmente, se encendió la lámpara y en la habitación reinó una luz brillante. Allí, en la cama, con su ya familiar actitud entre las sábanas, con la cabeza apoyada en la mano y los ojos ardiendo como brasas encendidas, se hallaba la terrible causa de mi agonía. Me observó con su mirada despiadada y sin pestañear.

—¡Vaya! ¡Por la ventana otra vez! ¡Como un ladrón!... ¿Siempre entras en las casas por ese acceso?

Hizo una pausa, como si quisiera darme tiempo para que digiriera su burla.

—Viste a Paul Lessingham. ¿Y bien? ¡El gran Paul Lessingham!... ¿Y qué tal, te pareció tan grande?

Su voz ronca, con su extraño deje extranjero, me recordaba desagradablemente el sonido de una sierra oxidada... las cosas que decía, la manera en la que las decía, todo estaba dirigido a incrementar mi desasosiego. Pero solo lo consiguió parcialmente por el mero hecho de que tal proeza resultaba ya casi imposible.

—Como un ladrón entraste en su casa... ¿no te aseguré que lo harías? Como un ladrón te encontró... ¿no te avergonzaste? Y, si te encontró robando, ¿cómo es que escapaste? ¿Qué artimaña de ladrón empleaste para salvarte de la horca?

Sus maneras cambiaron entonces... y, de repente, pareció gruñirme.

—¿Entonces es un gran tipo? ¡Bien! ¿Es un gran tipo el tal Paul Lessingham? Tú eres pequeño, pero él es aún más pequeño... ¡Tu gran Paul Lessingham!... ¿Alguna vez existió algún hombre que fuera tan menos que nada?

Con el recuerdo aún fresco del señor Lessingham tal como lo había visto por última vez, no podía dejar de pensar que algo de verdad había en lo que, con tan intensa amargura, sugería mi interlocutor. La imagen que, en mi galería mental, había colgado en un lugar de honor, parecía, como mínimo, un tanto manchada.

Como de costumbre, el hombre en la cama no pareció tener ninguna dificultad en descifrar lo que ahora pasaba por mi mente.

—Así es... tú y él, menuda pareja... el gran Paul Lessingham es un ladrón tan grande como tú... ¡y aún mayor!... porque al menos él tiene más coraje.

Durante unos segundos permaneció inmóvil y, a continuación, exclamó con una repentina ira:

—¡Dame lo que has robado!

Me aproximé a la cama, desganadamente, y le ofrecí el fajo de cartas que había sustraído del pequeño cajón. Al percibir el rechazo que sentía ante su proximidad, se dispuso a mortificarme. Ignorando mi mano extendida, me miró a los ojos.

—¿Qué te aflige? ¿No te sientes bien? ¿No te resulta agradable estar a mi lado? Tú, con tu piel blanca... si yo fuera una mujer, ¿no te casarías conmigo?

Había algo en la manera en que lo dijo tan esencialmente femenino que de nuevo me pregunté si no habría equivocado el sexo de la criatura. Habría dado cualquier cosa por poder golpearle el rostro... o, mejor, agarrarla por el cuello y lanzarla por la ventana y hacerla rodar por el barro.

Finalmente, se dignó a mirar lo que le ofrecía.

—¡Caramba! ¡Eso es lo que has robado!... Eso es lo que has sacado del cajón del buró... el cajón que estaba cerrado con llave con el cual empleaste las artes que domina un ladrón. ¡Dame eso... ladrón!

Me arrebató el fajo, y al hacerlo me arañó el dorso de la mano, como si sus uñas fueran garras. Le dio vueltas al fajo una y otra vez, mirándolo ferozmente mientras lo hacía... Me resultó extraño el gran alivio que sentí cuando su mirada se apartó de mi rostro.

—Lo guardabas en el cajón interior, Paul Lessingham, donde nadie pudiera verlo... ¿verdad? Lo escondías como el que esconde un tesoro. Algo debía de haber

aquí que valía la pena tener, que valía la pena ver, que valía la pena saber... ¡sí, que valía la pena saber!... ya que te tomaste tantas molestias en esconderlo con tanto secreto.

Como ya he dicho, el fajo estaba atado con un lazo rosa... un hecho que finalmente decidió comentar.

—Qué bonito lazo has usado para atarlo... ¡y qué nudo tan pulcro! Sin duda, solo la mano de una mujer podría atar un nudo así... ¿Quién habría sospechado que tenías unos dedos tan habilidosos?... ¡Caramba! ¡Una nota adjunta! ¿Qué es esto?... ¡Veamos qué pone!... «Las cartas de mi querida amada, Marjorie Lindon».

Al leer estas palabras que, como había dicho, estaban adjuntas en una hoja de papel exterior que servía de cubierta de las cartas, su rostro se transformó. Jamás pensé que la ira pudiera poseer de tal manera el semblante humano. La mandíbula se abrió cayendo de manera que a través de los labios entreabiertos brillaron unos colmillos amarillos... Contuvo la respiración durante tanto tiempo que a cada instante esperaba girarme y verlo desplomarse inconsciente; las venas sobresalían por todo su rostro y su cabeza como vetas de sangre. No sé cuánto tiempo permaneció mudo. Cuando recobró el aliento, entre ahogos y jadeos, susurró unas palabras, como si el mero paso de estas por su garganta estuviera a punto de estrangularlo.

—¡Las cartas de su querida amada!... ¡De su querida amada!... ¡La suya!... ¡De Paul Lessingham!... ¡Caramba! ¡Es tal como sospechaba, como sabía, como vi con mis propios ojos! ¡Marjorie Lindon!... ¡La dulce Marjorie!... ¡Su querida amada!... ¡La querida amada de Paul Lessingham!... ¡La del rostro de azucena y el cabello del color del maíz!... ¿Qué es lo que su querida amada encontró en su enamorado corazón y escribió a Paul Lessingham?

Sentado en la cama, abrió el fajo. Contenía, tal vez, ocho o nueve cartas... algunas eran simples notas, algunas largas epístolas. Pero ya fueran cortas o largas, las devoró con igual apetito, cada una de ellas una y otra vez, hasta que llegué a pensar que jamás terminaría de releerlas. Estaban escritas en grueso papel blanco, con un peculiar tono de blanco, con bordes sin desbarbar. En cada página había un blasón y una dirección estampados en oro, y todas las páginas eran de la misma forma y tamaño. Me dije a mí mismo que, si en algún sitio o momento volvía a ver papel de escribir como ese, sin duda lo reconocería. La caligrafía era, como el papel, poco común, tosca, decidida y, debería haberlo supuesto, escrita con una pluma.

Durante todo el tiempo que estuvo leyendo, emitía sonidos que se asemejaban más a aullidos y gruñidos que a cualquier sonido humano... como una bestia salvaje alimentando su ira contenida. Cuando acabó de leer, por el momento, dejó que su pasión se desatara por completo.

—¡Caramba!... ¡Eso es lo que su querida amada halló en su corazón para escribirle a Paul Lessingham! ¡Paul Lessingham!

Ninguna pluma podría describir el frenesí de odio concentrado con el que pronunció su nombre... resultaba demoniaco.

—¡Ya basta! ¡Es el fin! ¡Es su final! ¡Será machacado entre la piedra superior y la inferior de las torres de la agonía y lo que quede de él será lanzado al curso maldito de amargas aguas... para que se pudra bajo el sol ensangrentado! ¡Y para ella... para Marjorie Lindon! ¡Para su querida amada!... ¡Ella terminará deseando no haber nacido, y que él tampoco hubiera nacido! ¡Y los dioses de las sombras olfatearán el dulce incienso del sufrimiento de ella!... ¡Pasará! ¡Pasará! ¡Y lo digo yo... incluso yo!

En la locura de este frenesí rapsódico creo que se había olvidado de que yo estaba allí. Pero, de repente, volvió la mirada y me vio, y recordó... y rápidamente aprovechó la oportunidad de golpear con su ira algún objeto tangible.

—¡Eres tú!... ¡Ladrón!... ¡Todavía vives!... ¡Para ser la parodia de una de las criaturas de los dioses!

Saltó gritando de la cama y se abalanzó sobre mí, cerrando sus manos horrendas en mi cuello y tirándome hacia atrás sobre el suelo... sentí que su aliento se mezclaba con el mío...

... y entonces... Dios en Su Misericordia me envió a la inconsciencia.

LIBRO II

EL HOMBRE HECHIZADO

La historia según Sydney Atherton, Esquire

Capítulo 10

RECHAZADO

Lo hice después de nuestro segundo baile. En el habitual rincón apartado, que en ese momento estaba a la sombra de una palmera en el vestíbulo. Antes de que retomara el paso, ella me llamó la atención tocándome la manga con el abanico y girándose hacia mí con ojos espantados.

—¡Pare, por favor!

Pero yo no estaba dispuesto a pararme. Cliff Challoner pasó con Gerty Cazell. Tuve la impresión de que, al pasar, él me saludaba con la cabeza. Me daba igual. Estaba dispuesto a hacerlo y lo hice. Un hombre no sabe lo bien que puede hablar hasta que lo hace con la mujer con la que quiere casarse. Creo recordar que le recité algunos versos de poetas de la Restauración. Ella pareció sorprendida... porque no había detectado previamente esa vena poética en mí, e insistió en interrumpirme.

—Señor Atherton, lo siento.

Entonces, me dejé llevar.

—¿Que siente que la ame?... ¿por qué? ¿Por qué debería sentir haberse convertido en la razón de vivir de un hombre... aunque ese hombre sea yo? La razón de vivir... ¡el único ser al que amar por completo! ¿Es que es tan normal para una mujer encontrar a un hombre dispuesto a sacrificar su vida por ella, para que ella simplemente lo sienta cuando lo conoce?

—No sabía que albergaba esos sentimientos, aunque le debo confesar que he tenido mis... mis dudas.

—¡Dudas!... Gracias.

—Es usted perfectamente consciente, señor Atherton, de que me agrada mucho.

—¡Que le agrado! ¡Bah!

—No puedo evitar que me agrade... aunque a usted le provoque un simple «bah».

—No quiero agradarle... quiero que me ame.

—Precisamente... ese es su error.

—¡Mi error!... ¡Por esperar que me ame!... Cuando yo la amo...

—Entonces, no debería amarme... aunque no puedo evitar pensar que incluso en eso se equivoca.

—¡Que me equivoco al suponer que la amo... cuando lo estoy afirmando y reafirmando con todas las fuerzas de mi ser! ¿Qué es lo que quiere que haga para probarle que la amo... tomarla en mis brazos y estrecharla contra mi pecho y dar un espectáculo ante todas estas personas?

—Preferiría que no lo hiciera, y tal vez no le importe bajar la voz. El señor Challoner parece estar preguntándose qué es lo que anda gritando usted.

—No debería torturarme de esta manera.

Ella abrió y cerró el abanico. Cuando bajó la mirada creo que sonrió.

—Me alegro de que hayamos tenido esta pequeña charla, porque, por supuesto, usted es mi amigo.

—No soy su amigo.

—¿Disculpe? Sí lo es.

—Le digo que no... si no puedo ser algo más, no seré su amigo.

Ella continuó —ignorándome tranquilamente— jugando con el abanico.

—Pues da la casualidad de que, justamente ahora, me encuentro en una situación muy delicada, en la que un amigo sería de agradecer.

—¿Qué ocurre? ¿Qué le preocupa... su padre?

—Bueno... él no, de momento; pero pronto podría preocuparme también él.

—¿Qué ocurre?

—El señor Lessingham.

Ella bajó la voz... y la mirada. Durante unos segundos no comprendí sus palabras.

—¿Qué?

—Su amigo, el señor Lessingham.

—Discúlpeme, señorita Lindon, pero nadie, de ninguna manera, tiene derecho a llamar al señor Lessingham mi amigo.

—¿Qué?... ¿Ni siquiera ahora que voy a convertirme en su esposa?

Esta noticia me pilló por sorpresa. Yo había sospechado que Paul Lessingham pasaba más tiempo del que debería con Marjorie, pero jamás supuse que pudiera ver algo deseable en un hombre tan estirado. Por no hablar de otras ciento y una consideraciones: Lessingham en un extremo de la Cámara y el padre de ella en el otro, y el viejo Lindon burlándose de él en todas partes y en cualquier situación... con sus rancias ideas de Tory sobre su alcurnia familiar... por no hablar de su fortuna.

No sé si se reflejó en mi rostro lo que sentía; si fue así, se me vería inusualmente impasible.

—Señorita Lindon, ha elegido el momento apropiado para comunicarme tal hecho.

Ella decidió ignorar mi ironía.

—Me alegro de que lo piense, porque ahora entenderá la difícil posición en la que me encuentro.

—La felicito desde lo más hondo de mi corazón.

—Y yo se lo agradezco, señor Atherton, con el ánimo que lo hace, porque sé que significa mucho viniendo de usted.

Me mordí la lengua. Por más que lo intentaba, no sabía cómo deseaba ella que yo interpretara sus palabras.

—¿Debo entender que me comunica esto de forma pública?

—No. Es solo para usted, en privado, como amigo... como mi mejor amigo;

porque un marido es algo más que un amigo. —Los latidos de mi corazón se aceleraron—. ¿Estará de mi parte?

Ella hizo una pausa, y permaneció en silencio.

—¿De su parte... o de la del señor Lessingham?

—La parte de él es mi parte, y mi parte es la de él... ¿Estará usted de nuestra parte?

—No estoy seguro de entenderla del todo.

—Usted es la primera persona a la que se lo digo. Cuando mi padre lo descubra, es posible que haya problemas, como usted ya sabe. Él le tiene a usted y sus opiniones en tan alta consideración... Cuando surjan los problemas me gustaría tenerlo de nuestra parte... de mi parte.

—¿Y por qué debería hacerlo? ¿Qué más da? Usted es más fuerte que su padre... y es posible que Lessingham sea más fuerte que usted; juntos, por lo que se refiere a su padre, ustedes dos son invencibles.

—Usted es mi amigo... ¿o acaso no lo es?

—De hecho, me está ofreciendo una manzana envenenada.

—Gracias... no pensé que fuera tan cruel.

—Y usted... ¿no es usted cruel? Le estoy declarando mi amor e inmediatamente me pide que actúe como comparsa de su amor por otro.

—¿Y cómo iba a saber que usted me amaba... tal como dice? No tenía ni idea. Nos conocemos desde pequeños, y sin embargo jamás me ha insinuado ni una sola palabra al respecto... hasta ahora.

—¿Y si hubiera hablado antes?

Me pareció advertir un ligero movimiento que fue casi como si se encogiera de hombros.

—No sé si eso habría cambiado las cosas... no voy a pretender que habrían cambiado. Pero sí sé esto, creo que usted mismo acaba de ser consciente de sus sentimientos en la última media hora.

Si me hubiera abofeteado, no me habría sobresaltado más. No tenía ni idea de si había pronunciado esas palabras por decir algo, pero se aproximaban tanto a la verdad que me quedé sin aliento. Era un hecho que había sido justo en los últimos minutos cuando fui consciente de lo que me sucedía. Solo después de finalizar ese primer baile la llama que prendió me consumía ahora. Ella me había analizado en lo que parecía un destello de inspiración, y yo me quedé sin palabras. Intenté ser mordaz.

—Me halaga, señorita Lindon, me halaga con todo lo que me dice. Si me hubiera mostrado sus pensamientos un poco antes yo no le habría revelado los míos.

—Lo consideraremos *terra incognita*.

—Como lo desee. —Su provocadora calma me dolió, y la sospecha de que se estaba riendo de mí para sus adentros. Le mostré fugazmente mi lado oscuro—. Pero, al mismo tiempo, ya que afirma que ha sido totalmente ignorante durante tanto

tiempo, le ruego que deje de serlo. Al menos, su ignorancia ya no tendrá excusa alguna. Porque deseo que entienda que la amo, que la he amado y que la amaré. Cualquier entendimiento que pueda tener con el señor Lessingham no cambia nada. Le advierto, señorita Lindon, que, hasta la muerte, contará conmigo como su enamorado.

Ella me miró con los ojos muy abiertos, casi como si la hubiera asustado. Y, para ser franco, eso es lo que realmente deseaba hacer.

—¡Señor Atherton!

—¿Señorita Lindon?

—Me cuesta reconocerle.

—Parece que ambos estamos conociéndonos por primera vez.

Ella continuó mirándome con los ojos muy abiertos y, para ser sincero, me resultaba difícil mantener la mirada. De repente, su rostro se iluminó con una sonrisa... la cual me dolió.

—¡No me lo puedo creer después de todos estos años... no, después de todos estos años! Le conozco, y aunque me atrevería a decir que no es perfecto, tengo la impresión de que puede llegar a sonar muy convincente.

Su actitud era casi de hermana... de hermana mayor. Podría haberla zarandeado allí mismo. Entonces Hartridge llegó reclamando su baile y esto me dio la oportunidad de escapar con la poca dignidad que podía conservar. Hartridge se acercó con paso vacilante y con los pulgares, como siempre, en los bolsillos del chaleco.

—Creo, señorita Lindon, que este es nuestro baile.

Ella lo recibió con una reverencia y se irguió para tomarle del brazo. Me levanté y la dejé sin mediar palabra.

Cuando crucé el vestíbulo me encontré con Percy Woodville. Se encontraba en su habitual estado de aturdimiento y miraba a su alrededor como si hubiera extraviado el Koh-i-noor, y se estuviera preguntando dónde podría haber ido a parar. Cuando vio que era yo, me cogió por el brazo.

—Vaya, Atherton, ¿ha visto a la señorita Lindon?

—La he visto.

—¡No! ¿En serio? ¡Por Jehová!... ¿Dónde? He estado buscándola por todas partes, excepto en el sótano y el ático... y ahora iba a ponerme a buscar allí también. Este es nuestro baile.

—En ese caso, le ha dado esquinazo.

—¡No! ¡Imposible! —Abrió la boca como una gran O, y los ojos también, al tiempo que se le caía el monóculo rebotando sobre la camisa—. Supongo que el error es mío. La cuestión es que me he liado con mi programa de bailes. O bien es el último baile o este baile, o el siguiente el que he reservado con ella, pero que me aspen si sé cuál es. Bueno, sea un buen amigo, eche un vistazo a mi lista y dígame cuál piensa que es mi turno.

«Eché un vistazo», ya que me lo estaba poniendo a unos centímetros de la nariz y

difícilmente podía no hacerlo; un «vistazo» fue más que suficiente. Los programas de baile de algunos hombres son bocetos impresionistas, pero el de Percy me parecía un borrador de la locura. Estaba repleto de jeroglíficos, pero resultaba absurdo pensar que yo podría saber lo que significaban o qué función tenían allí —¡no había sido yo quien los había escrito!—. Todo el mundo sabe que Percy es una calamidad.

—Lamento, mi querido Percy, no ser un experto en escritura cuneiforme. Si tiene alguna duda de cuál es su baile, será mejor que se lo pregunte a la dama... se sentirá halagada.

Dejándole que hiciera sus propias averiguaciones, me alejé para retirar mi abrigo... jadeaba en busca de algo de aire fresco; en cuanto al baile, tenía la sensación de que lo detestaba. Cuando me acercaba al guardarropa, alguien me paró. Era Dora Grayling.

—¿Ha olvidado que este es nuestro baile?

Me había olvidado por completo. Y no le agradecí que me lo recordara. Aunque cuando miré sus dulces ojos grises y el suave contorno de su gentil rostro, sentí que merecía que me dieran una buena patada en el culo. Ella es un ángel... ¡una de las mejores! Pero yo no me sentía con ánimo para ángeles. Por nada del mundo habría bailado en ese momento, pero tampoco podía rechazar a una mujer como Dora Grayling, así que me comporté como un patán y cometí un gran error.

—Le ruego que me disculpe, señorita Grayling, pero... no me siento muy bien y... no creo que pueda seguir bailando. Buenas noches.

Capítulo 11

UN EPISODIO A MEDIANOCHE

El tiempo en la calle coincidía con mi estado mental... estaba de un humor de perros y hacía una noche de perros. Un viento penetrante del noreste, que amenazaba con arrancarle a uno la piel, jugaba al corre que te pillo con ráfagas intermitentes de lluvia cegadora. Como no hacía tiempo ni para sacar a pasear al perro, tampoco había taxis, así que no me quedaba más que recurrir al ejercicio pedestre.

Y eso hice.

Bajé hasta Park Lane y el viento y la lluvia me acompañaron, así como los pensamientos sobre Dora Grayling. Qué sinvergüenza había sido... ¡y era! Si hay algo de peor gusto que reservar el baile con una dama y luego dejarla tirada, me gustaría saber qué es... Cuando lo descubra, deberé anotarlo. Si algún conocido mío se permitiera ser culpable de una falta tan grave, lo desafiaría. Deseaba que alguien ahora intentara desafiarme a mí... me gustaría verle a él intentarlo.

Toda la culpa fue de Marjorie... ¡toda! La pasada, la presente y la que estaba por venir. La había conocido cuando aún iba vestida de largo —en ese periodo de nuestra relación yo lo había dejado hacía poco tiempo—, cuando avanzó al vestido corto y cuando, de nuevo, regresó al vestido largo. Y durante todo ese tiempo... bueno, yo estaba casi convencido de que la había amado durante todo ese tiempo. Si no lo había mencionado antes era porque había padecido mi afecto «como un gusano escondido en el capullo»... o lo que sea que dijera aquel tipo.

En cualquier caso, estaba totalmente seguro de que, si hubiera tenido la más ligera idea de que ella podría considerar seriamente aceptar a un hombre como Lessingham, le habría demostrado mi amor hacía mucho tiempo. ¡Lessingham! Caramba, lo suficientemente mayor para ser su padre... al menos era bastantes años mayor que yo. ¡Y un maldito radical! Es verdad que en algunos aspectos yo también soy lo que se podría considerar un radical... pero no un radical de su clase. ¡No, a Dios gracias! Es verdad que sentía cierta admiración por algunos rasgos de su personalidad, hasta que descubrí algo sobre él. Estoy incluso dispuesto a admitir que es una persona habilidosa... ¡a su manera! Distinta por completo a la mía. Pero pensar en él relacionado con una joven como Marjorie Lindon... ¡Eso es absurdo! ¡Caramba, el tipo es tan estirado como un palo... más estirado incluso! Y frío como un iceberg. No es más que un político, sin duda alguna. ¡Ese hombre, un enamorado!... Cómo disfrutaría yo que esa cómica ocurrencia hiciera rugir de risa todas las bancadas. Tanto por educación como por naturaleza, era incapaz ni tan siquiera de interpretar tal papel; en cuanto a ser el objeto... ¡absurdo! Si uno le hundiera una lanza desde la coronilla hasta la planta de los pies, dentro no encontraría nada más que huesos secos de partidos y de política.

¿Qué podía mi Marjorie —si alguien puede tener la suya propia, ella es mía y, en ese sentido, siempre será mía—, qué podía mi Marjorie haber visto en un tipo tan pomposo como para parecerme imposible que pudiera llegar a dominar ni tan siquiera los aspectos más rudimentarios que se esperan de un esposo?

Otras reflexiones igualmente agradables eran el perfecto acompañamiento para el viento y la lluvia, así que me hicieron compañía mientras recorría la calle. Crucé por la esquina, bordeé el hospital y me dirigí hacia la plaza. Este recorrido me condujo hasta la morada del apóstol Paul. Como el idiota que era, me quedé de pie durante un rato en medio de la calle para maldecirle a él y a su casa... En fin, si uno piensa que esa es la clase de hombre que yo puedo llegar a ser, entonces, tal vez, no es sorprendente que Marjorie me rechazara.

—¡Que todo su séquito —grité (¡es un hecho probado que grité aquellas palabras!)—, tanto en la Cámara como fuera de ella, no le considere nunca más su líder! ¡Que su partido persiga otros dioses! ¡Que se marchiten sus aspiraciones políticas y sus discursos solo sean escuchados por bancos vacíos! ¡Que el Speaker le impida persistente y agotadoramente mirarle a los ojos, y que en las próximas elecciones su circunscripción le rechace! ¡Por Joram!... ¿qué es eso?

No es extraño que lo preguntara. Hasta ese momento yo parecía ser el lunático suelto, tanto fuera como dentro de la casa, pero, de repente, un segundo lunático entró en escena, y en este caso lo parecía de verdad. Una ventana se hizo añicos desde dentro... la que estaba situada sobre la puerta principal, y alguien salió lanzado por ella hasta la parte superior del pórtico. Quise convencerme de que se trataba de un caso de intento de suicidio... y empecé a albergar esperanzas de que estaba a punto de ser testigo del suicidio de Paul. Pero dudé de las intenciones cuando el individuo en cuestión bajó por la columna del porche de la manera más extraordinaria que jamás haya visto. Ni siquiera estaba convencido de que tuviera intenciones suicidas cuando cayó a plomo y se quedó tirado en el barro a mis pies.

Imagino que si yo hubiera realizado esa parte de la acción, me habría quedado inmóvil en el suelo durante unos segundos, para examinar lo que me rodeaba y qué parte de mi cuerpo había quedado hacia arriba. Pero semejante torpeza no se manifestó en aquel singular y ágil desconocido... si es que no estaba hecho de caucho. Por decirlo de alguna manera, antes de que cayera al suelo ya estaba levantándose... lo único que pude hacer fue agarrarlo antes de que saliera disparado como un cohete.

Raras veces se ve una figura semejante... al menos en las calles de Londres. No estoy en posición de decir lo que había hecho con el resto de su indumentaria... lo único que le quedaba era una túnica larga y oscura con la que intentaba cubrirse el cuerpo. A excepción de esa prenda, ¡y el barro!, estaba desnudo como la palma de la mano. Sin embargo, fue su rostro lo que me retuvo allí. En mi juventud he visto expresiones extrañas en el rostro de algunas personas, pero jamás antes una expresión como la que vi en aquel. Su aspecto era como el de un hombre que, tras vivir una

vida de crimen disoluto, por fin se encuentra cara a cara con el demonio. No era la mirada de un demente... muy al contrario; era algo peor.

Fue la expresión grabada en el semblante de aquel hombre, más que cualquier otra cosa, lo que hizo que me comportara como lo hice. Le dije algo... algún sinsentido, no sé el qué. Él me miró con un silencio que pareció sobrenatural. Volví a hablarle; ni una sola palabra salió de aquellos labios rígidos; no se distinguía ningún estremecimiento en esos ojos terribles... ojos en los que estaba convencido de ver algo que jamás había visto, o que no debería haber visto. Entonces, retiré la mano de su hombro y le dejé marchar. No sé porqué... lo hice.

El hombre permaneció tan inmóvil como una estatua mientras yo le sujetaba... En efecto, ateniéndonos a los signos de vida que mostraba, perfectamente podría haber sido una estatua; pero cuando le solté, ¡cómo corría! Dobló la esquina y se perdió de vista antes de que yo pudiera exclamar: «¡Eh, tú!»

Solo entonces... cuando se hubo ido, fue cuando me di cuenta de la velocidad extra-doble-exprés de relámpago con la que partió, y pensé en el extremadamente sensible asunto del que era culpable al dejarle marchar. Allí había un individuo que había estado robando, o algo parecido, en el hogar de un colega ministro de gabinete, y que había acabado rodando en mis brazos, de forma que lo único que habría tenido que hacer era llamar a un policía para que lo enchironaran... y lo que había hecho era algo totalmente distinto.

—¡Eres un excelente tipo de ciudadano ejemplar! —Hablaban ahora conmigo—. Un ejemplar de primera de idiota rastrero... hacer la vista gorda ante la fuga del ladrón que ha estado robando a Paul. Ya que has dejado escapar al bellaco, lo menos que puedes hacer es dejar una nota en casa del apóstol y averiguar cómo se siente.

Me dirigí a la puerta principal de Lessingham y llamé... llamé una vez, dos veces, tres veces, y a la tercera, les doy mi palabra, escuché el eco de los golpes... pero aun así ni una sola alma respondió.

—Si este es un caso de un asesinato de siete o de setenta, y el caballero de la túnica ha liquidado a toda criatura viviente que hay en la casa, tal vez ha sido bueno que haya presenciado la escena... y todavía creo que alguno de los cadáveres podría levantarse y abrir la puerta. Si es posible hacer el suficiente ruido para despertar a los muertos, que no quepa duda de que lo haré.

Y lo hice... ¡Cómo castigué aquella aldaba! Hasta el punto de que puedo asegurar que los golpes eran audibles en el otro extremo de Green Park. Y, por fin, desperté a los muertos... o, más bien, desperté a Matthews de su inconsciencia advirtiéndole de que algo pasaba. Abrió la puerta unos quince centímetros y a través de la rendija introdujo su nariz añeja.

—¿Quién anda ahí?

—Nada, estimado señor, nada ni nadie. Debe de haber sido su vivaz imaginación lo que le ha llevado a pensar que había alguien... se ha dejado llevar por ella.

Entonces, me reconoció y abrió la puerta medio metro.

—Oh, es usted, señor Atherton. Le pido disculpas, señor... pensé que era la policía.

—¿Qué ocurre? ¿Tiene miedo de los secuaces de la ley... por fin?

Un sirviente de lo más discreto, el tal Matthews... justo el tipo adecuado para un ministro de gabinete en ciernes. Echó una mirada por encima del hombro... Yo había sospechado que un colega le cubría las espaldas, pero ese gesto me lo confirmó. Se tapó la boca con una mano y pensé entonces en el aspecto tan extremadamente discreto que presentaba, con sus pantalones y sus pies con calcetines de media, con el cabello despeinado y los tirantes colgando por detrás y el camión arrugado.

—Bueno, señor, he recibido instrucciones de no dejar entrar a la policía.

—¡Menuda situación! ¿De quién?

Tosiendo tras la mano e inclinándose a un mismo tiempo hacia delante, se dirigió a mí con un aire que resultaba halagadoramente confidencial.

—Del señor Lessingham, señor.

—Posiblemente el señor Lessingham no sepa que se ha cometido un robo en su edificio, que el ladrón acaba de salir por la ventana del salón, de un salto, y que salió despedido de la ventana como una pelota de tenis y huyó a toda prisa por la esquina de la calle como un cohete.

De nuevo, Matthews miró por encima del hombro, como si no tuviera muy claro hacia dónde debía dirigir su discreción, si hacia delante o hacia atrás.

—Gracias, señor. Creo que el señor Lessingham está al tanto de algo de ese tipo. —Pareció entonces tomar una decisión repentina y bajó la voz hasta convertirse en un susurro—. El hecho, señor, es que me parece que el señor Lessingham está muy disgustado.

—¿Disgustado? —Le miré a los ojos. Había algo en la actitud de aquel hombre que no llegaba a entender—. ¿Qué quiere decir con disgustado? ¿Intentó atacarle aquel rufián?

—¿Quién anda ahí?

Era la voz de Lessingham, que hablaba a Matthews desde la escalera, aunque, durante un segundo, apenas la reconocí porque sonaba peculiarmente petulante. Tras pasar junto a Matthews, entré al vestíbulo. Un hombre joven, supongo que un criado en el mismo estado de desnudez que Matthews, sostenía una vela... parecía la única luz del lugar. Su luz me permitió ver al señor Lessingham de pie a medio camino de las escaleras. Llevaba todas las pinturas de guerra... y como no es del tipo de hombre que se acicale demasiado para la Cámara, supuse que había estado mezclando placer con negocios.

—Soy yo, Lessingham... Atherton. ¿Sabe que un individuo acaba de saltar por la ventana de su salón?

Pasaron unos segundos antes de que respondiera. Cuando lo hizo, su voz había perdido todo el malhumor.

—¿Ha escapado?

—Como un rayo... debe de estar ya a un kilómetro y medio de aquí.

Me pareció que, cuando volvió a hablar, en el tono de su voz se distinguía una nota de alivio.

—Me preguntaba si lo había hecho. ¡Pobre tipo! ¡Más una víctima del pecado que un pecador! Siga mi consejo, Atherton, y manténgase alejado de la política. Le pone en contacto con todos los locos que andan sueltos. ¡Buenas noches! Y le agradezco mucho que haya llamado para advertirnos. Matthews, cierre la puerta.

Por mi honor que se comportó con razonable frialdad... Un hombre que aparece con noticias de importancia sobre el destino de Roma no espera recibir tal tratamiento. Espera ser escuchado con deferencia y escuchar todo lo que haya que escuchar, y no ser despedido inmediatamente sin tener la oportunidad de abrir los labios. Casi sin darme cuenta, la puerta se cerró y yo me encontré al otro lado de la entrada. ¡Maldita sea la insolencia del apóstol! ¡La próxima vez... que le quemem la casa... con él dentro!... antes siquiera de molestarme en tocar otra vez esa sucia aldaba.

¿A qué se refería con sus alusiones a los dementes en la política... es que quería engañarme? Había más en todo esto de lo que parecía a primera vista —y mucho más de lo que él quería que yo viera—, y de ahí su actitud insolente. Qué criatura tan peculiar.

Lo que Marjorie Lindon pudiera ver en tal alfeñique escapaba a mi comprensión, especialmente cuando había un hombre de mi clase cerca de ella, que adoraba hasta el suelo que pisaba.

Capítulo 12

UN VISITANTE MAÑANERO

¡Durante toda la noche, mientras me despertaba y me dormía, y en mis propios sueños, me preguntaba qué podría haber visto Marjorie en él! En esos mismos sueños me convencía de que tal vez no veía nada en él, sino en mí... ¡Oh, qué alivio! La desgracia era que cuando me despertaba era consciente de que era al contrario... lo cual era un triste despertar. Un despertar de pensamientos asesinos.

Así que, tragando sapos y culebras, me dirigí a mi laboratorio para planear el asesinato —asesinato legal— en mayor escala que jamás se hubiera planeado. Estaba desarrollando un arma que transformaría la guerra no solo en una cuestión de una sola campaña, sino de una simple media hora. No precisaría de un ejército para que funcionara, tampoco. En cuanto un solo individuo, o dos o tres como mucho, se situaran con mi futura arma a un kilómetro y medio aproximadamente de distancia del ejército más grande posible con las tropas más disciplinadas que jamás una nación haya enviado al campo de batalla... entonces, ¡puf!, en menos de lo que se tarda en pronunciarlo, todos estarían muertos. Si las armas de precisión que se pueden emplear para matar ayudan a preservar la paz —¡y el hombre que diga que no es así es un loco!—, entonces yo estaba a punto de crear el mayor guardián de la paz que la imaginación jamás haya concebido.

Qué idea tan sublime pensar que en el hueco de tu propia mano caben la vida y la muerte de naciones enteras... y era casi mía.

Tenía ante mí algunos de los mejores agentes destructivos que uno pueda desear: monóxido de carbono, trióxido de cloro, óxido mercúrico, cicutina, amida de potasio, óxido de carbono, cianógeno... cuando Edwards entró. Yo llevaba puesta una máscara de mi propia invención, un artilugio que me cubría las orejas, la cabeza y todo lo demás, algo parecido a un casco de buzo. Estaba manejando gases cuya sola aspiración suponía la muerte; tan solo unos días antes, trabajando sin máscara, había estado haciendo el tonto con un par de ácidos —ácido sulfúrico y cianuro de potasio— cuando, de alguna manera, me tembló la mano y, antes de que pudiera remediarlo, porciones diminutas de ambos se combinaron. Gracias a la misericordia de la Providencia caí hacia atrás en lugar de hacia delante; el resultado: alrededor de una hora más tarde Edwards me encontró en el suelo y me hicieron falta el resto de ese día y la mayoría de médicos de la ciudad para devolverme a la vida.

Edwards anunció su presencia tocándome en el hombro; cuando llevo puesta esa máscara no siempre me resulta fácil oír.

—Alguien desea verle, señor.

—Entonces dígle a ese alguien que no deseo verle.

Como un sirviente bien entrenado, Edwards salió con el mensaje tan

decorosamente como el que más. Pensé que el asunto estaba zanjado... pero no era así.

Estaba regulando la válvula de un cilindro en el que fusionaba óxidos cuando, de nuevo, alguien me tocó el hombro. Sin volverme, di por sentado que era Edwards otra vez.

—Solo tengo que darle una pequeña vuelta a este tapón, querido amigo, y estarás en la tierra donde proliferan los malos. ¿Por qué vienes donde no se te requiere? —Entonces, me volví—: ¿Quién diablos es usted?

Porque no era Edwards desde luego, sino una clase de personaje muy diferente.

Me encontré frente a un individuo que podría haber pasado por uno de los malos a los que acababa de aludir. Su atuendo recordaba a los «argelinos» que uno encuentra por toda Francia y que son los vendedores ambulantes más persistentes, insolentes y divertidos. Recuerdo uno que solía frecuentar los recitales en el Alcázar de Tours... pero ¡aquí! Este individuo era como los originales y, sin embargo, distinto... menos chabacano y mucho más sombrío de lo que los prototipos galos suelen ser. Además llevaba una chilaba amarilla y mugrienta de árabe del Sudán, no la impecable chilaba árabe del bulevar. La principal diferencia era que su rostro estaba afeitado... y ¿quién ha visto alguna vez a un argelino de París cuyo principal orgullo no sean su bigote y barba perfectamente arreglados?

Yo esperaba que se dirigiera a mí en la jerga que estos caballeros llaman francés... pero no lo hizo.

—¿Es usted el señor Atherton?

—Y usted es el señor... ¿quién?... ¿Cómo ha llegado aquí? ¿Dónde está mi sirviente?

El tipo levantó la mano. Al hacerlo, como si fuera una señal preestablecida, Edwards entró en el cuarto con una expresión de excesivo sobresalto. Me volví a él.

—¿Es esta la persona que quería verme?

—Sí, señor.

—¿No le ordené que le dijera que no deseaba verle?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿por qué no hizo lo que le pedí?

—Lo hice, señor.

—Entonces, ¿cómo es que está aquí?

—En realidad, señor... —Edwards se llevó la mano a la cabeza como si estuviera medio dormido—, no estoy muy seguro.

—¿A qué se refiere con lo de que no está muy seguro? ¿Por qué no lo detuvo?

—Creo, señor, que debo de haberme desmayado levemente, porque intenté sujetarle con la mano para detenerle y... no pude.

—Es un idiota... ¡Váyase! —Y se marchó. Me volví al extraño—. Por favor, señor, ¿es usted mago?

Respondió a mi pregunta con otra pregunta.

—Y usted, señor Atherton... ¿es usted también mago?

Miraba mi máscara con una manifiesta expresión de incompreensión.

—Llevo puesto esto porque, en este lugar, la muerte acecha en formas tan sutiles que sin ello no me atrevo a respirar... —El hombre inclinó la cabeza, aunque dudo que me entendiera—. Haga el favor de decirme qué desea de mí.

Deslizó la mano entre los pliegues de la chilaba y, tras sacar un trozo de papel, lo colocó en la estantería junto a la que se encontraba. Miré el papel, esperando encontrar allí alguna petición, o un testimonio, o una declaración verdadera de su triste caso; pero en lugar de eso tan solo encontré dos palabras: «Marjorie Lindon». La inesperada visión de aquel nombre tan amado provocó que la sangre se me agolpara en las mejillas.

—¿Viene de parte de la señorita Lindon? —Se encogió de hombros, unió las puntas de los dedos, inclinó la cabeza en una actitud peculiarmente oriental aunque no especialmente clarificadora... así que repetí la pregunta—. ¿Está queriendo decirme que viene de parte de la señorita Lindon?

De nuevo deslizó la mano en el interior de la chilaba, de nuevo sacó un trozo de papel, de nuevo lo colocó en la estantería, de nuevo le eché un vistazo y de nuevo no había escrito en él más que un nombre... «Paul Lessingham».

—¿Y bien?... Comprendo... Paul Lessingham... ¿Qué pasa con él?

—Ella es buena... él es malo... ¿no es cierto?

Tocó primero un trozo de papel y luego el otro. Yo le miré.

—Le ruego que me diga cómo lo ha sabido.

—Él nunca la tendrá... ¿verdad?

—¿A qué demonios se refiere?

—¡Ah!... ¡A qué me refiero!

—Exactamente, ¿a qué se refiere? Y también, ya que estamos, ¿quién demonios es usted?

—Vengo como amigo.

—En ese caso, puede marcharse; resulta que ya tengo el cupo de amistades lleno.

—¡No de la clase de amigos que soy yo!

—¡Por todos los santos!

—La ama... ¡Usted ama a la señorita Lindon! ¿Cómo puede soportar pensar que él pueda tenerla entre sus brazos?

Me quité la máscara; sentí que la ocasión lo requería. Cuando lo hice, él apartó los pliegues que colgaban de la capucha de la chilaba, de manera que pude ver algo más de su rostro. Fui inmediatamente consciente de que en sus ojos había, en un grado especial, lo que, a falta de un mejor término, se podría denominar una capacidad hipnótica. Que la suya era una de esas organizaciones morbosas que, gracias a Dios, se encuentran con mayor frecuencia en Oriente que en Occidente, y que son capaces de ejercer una poderosa influencia sobre las personas débiles y los idiotas con los que entran en contacto... la clase de criatura para la que siempre es

buena idea tener a mano una soga. Yo también era consciente de que él estaba aprovechando que me había quitado la máscara para poner a prueba sus fuerzas conmigo... con ella puesta habría precisado un mayor esfuerzo. Carezco por completo de esa sensibilidad que posee el sujeto hipnotizado.

—Veo que es usted un hipnotizador.

Él dio un respingo.

—¡No soy nada... solo una sombra!

—Y yo un científico. Con su permiso (¡o sin él!), me gustaría probar a hacer un experimento o dos con usted.

El hombre retrocedió un poco más. Apareció un brillo en sus ojos que sugería que poseía aquel terrible poder hasta niveles inusitados... y que, según el parecer de su propia gente, estaba cualificado para actuar como una especie de doctor brujo.

—Probaremos experimentos juntos, usted y yo... con Paul Lessingham.

—¿Por qué con él?

—¿Es que no lo sabe?

—No.

—¿Por qué me miente?

—No le miento... No tengo ni la más remota idea de cuál es la naturaleza del interés que muestra en el señor Lessingham.

—¿Mi interés?... eso es otra cosa; es del interés de usted de lo que estamos hablando.

—Discúlpeme... es el suyo.

—¡Escuche! ¡Usted la ama... y él! Pero una sola palabra de usted y él jamás la tendrá... ¡nunca! ¡Soy yo quien lo digo... yo!

—Y, una vez más, señor, ¿quién es usted?

—¡Soy de los hijos de Isis!

—¿Es eso cierto?... Me parece que ha cometido un ligero error: esto es Londres, no una madriguera en el desierto.

—¿Cree que no lo sé? ¿Qué más da? ¡Ya lo verá! Llegará un momento en el que usted me necesitará... descubrirá que no puede soportar pensar que ella está en sus brazos... ¡La mujer que ama! Me llamará y yo acudiré, y entonces será el fin de Paul Lessingham.

Mientras me preguntaba si aquel hombre estaba tan loco como sonaba, o si simplemente era un charlatán impúdico que tenía su propio interés personal y creía haber encontrado en mí la piedra de afilar que necesitaba, se desvaneció del cuarto. Salí tras él.

—¡Espere!... ¡Deténgase! —grité.

Debió de darse mucha prisa en huir, porque antes de que tuviera un pie puesto en el vestíbulo oí que se cerraba la puerta de un portazo y, cuando llegué a la calle e intenté llamarle, no vi señal alguna de él ni a izquierda ni a derecha.

Capítulo 13

EL CUADRO

«Me pregunto quién es y cuáles son las verdaderas intenciones de este fascinante mendigo». Esto es lo que me dije a mí mismo cuando regresé al laboratorio. «Si es verdad que, de vez en cuando, la Providencia hace que la personalidad de un hombre se refleje en su rostro, entonces no puede haber duda alguna de que la que refleja este hombre es realmente curiosa. Me pregunto cuál es su conexión con el Apóstol... o si es solo parte de su engaño».

Caminé a un lado y otro de la habitación; de momento, mi interés en los experimentos que estaba llevando a cabo se había esfumado.

«Si es un engaño, no he visto una actuación mejor... y, sin embargo, ¿qué clase de implicación puede tener en este asunto un puritano como San Paul?» Este individuo parecía estremecerse ante la sola mención del nombre de la gran esperanza de los Radicales. ¿Se trataría de una discrepancia política? Permítanme que considere la posibilidad: ¿qué ha hecho Lessingham para ofender las susceptibilidades religiosas o patrióticas de los orientales más fanáticos? En cuanto a la política, no recuerdo nada. En cuanto a asuntos extranjeros, por lo general le mantienen cautamente apartado. «Si ha ofendido a alguien —¡y si no lo ha hecho, todos los indicios apuntan en esa dirección!—, se deben buscar las causas en otro lugar. Pero, entonces, ¿dónde?»

Cuanto más intentaba encajar las piezas, más aumentaba el enigma.

«¡Es absurdo!»

«¡Absurdo!» Aquel bellaco no tenía mayor relación con San Paul que el propio San Pedro. Lo más probable es que fuera un lunático y, si no lo era, el tipo debía de estar intentando tenderme alguna trampa —¡en estrecha colaboración con su fuente de dinero!—, pero no lo había conseguido. En cuanto a... a Marjorie. ¡Mi Marjorie! ... ¡Aunque no es mía, maldita sea! Si tuviera mis facultades en perfecto estado, le habría roto la cabeza a aquel hombre por varias partes por permitirse el lujo de pronunciar su nombre... ¡ese mahometano impío! ¡Pero ahora volvamos a la búsqueda de un asesinato glorioso!

Me quité la máscara; por cierto, una de mis invenciones más ingeniosas de los últimos años. ¡Si los ejércitos del futuro llevan esta máscara, evitarán los efectos de mi arma! Estaba a punto de colocármela de nuevo cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Quién anda ahí? ¡Entre!

Era Edwards. Miró a su alrededor como si estuviera sorprendido.

—Le pido disculpas, señor... pensé que estaba ocupado. No sabía que... que el caballero se había marchado.

—Se marchó por la chimenea, como hacen los caballeros de esa clase. ¿Por qué

demonios lo dejó entrar cuando le dije que no lo hiciera?

—Créame, señor, no lo sé. Le comuniqué su mensaje y... me miró y... eso es todo lo que recuerdo hasta que me encontré de pie en esta habitación.

Si no hubiera sido Edwards, podría haber sospechado que se había dejado sobornar, pero sabía perfectamente que ese no era su caso. Era lo que había pensado: mi visitante era un hipnotizador de primera clase; de hecho, había empleado algunos de sus trucos, a plena luz del día, con mi sirviente, en la entrada de mi hogar... un hombre digno de ser estudiado. Edwards continuó.

—Señor, hay otra persona que desea verle... el señor Lessingham.

—¡El señor Lessingham! —En ese momento, la conjunción de ambos visitantes me pareció extraña, aunque me atrevería a decir que era más en apariencia que en la realidad—. Hágle pasar.

Finalmente, apareció Paul.

Me voy a permitir confesar —¡lo debería haber hecho antes!— que, en cierto sentido, admiro a ese hombre... siempre que no adopte ciertas posiciones extremas. Posee unas cualidades físicas que me resultan agradables a la vista... Hablando como simple biólogo, con cada una de sus posturas, sus movimientos, sugería un tenaz deseo de vivir, de una fuerza contenida, de un almacén de huesos y tendones sobre el que dejarse caer a voluntad. Es ágil y activo; no veloz, pero sí ágil; de complexión delgada, con buen porte; la clase de hombre que probablemente se recupera rápidamente. Uno podía tal vez ganarle a la carrera —tanto mental como física—, ¡aunque para hacerlo tendría que estar lleno de vitalidad!, pero en una carrera de fondo él saldría victorioso. No sé si sería exactamente la clase de hombre en el que confiaría, a menos que supiera que está cumpliendo con su deber... aunque dicho conocimiento, en su caso, sería inusitadamente difícil de obtener. Es demasiado calmado, demasiado contenido, con la manía de mirar a su alrededor incluso en momentos de peligro extremo, y siempre tiene una buena razón para todo lo que hace. Tiene fama, tanto en la Cámara como fuera de ella, de ser un hombre con los nervios de acero... y con razón; sin embargo, no estoy tan seguro. A menos que lo haya interpretado equivocadamente, es uno de esos individuos que, frente a ciertas eventualidades, se derrumban para levantarse una vez pasado el trago como el Ave Fénix de sus cenizas. A diferencia de muchos de sus partidarios, no mostraba jamás ni un solo indicio del contratiempo sufrido.

Pues bien, este era el hombre a quien Marjorie amaba. Tal vez tenía buenos motivos para ello. Era un hombre de buena posición social, destinado probablemente a ascender mucho más; un hombre de múltiples recursos y con la capacidad de sacar el mayor provecho de ellos; agraciado, de maneras agradables —cuando quería—, y se ajustaba al concepto que tenía la dama de un caballero: «siempre hacía lo correcto, en el momento y la forma adecuados». Y, sin embargo... Bueno, supongo que de alguna manera todos somos unos granujas y que la mayoría de nosotros tendemos a ser pedantes. Pero espero, por caridad, que no se nos note a todos.

Iba vestido como un caballero debiera ir vestido: levita negra, chaleco negro, pantalón gris oscuro, cuello rígido, una pajarita hábilmente anudada, guantes del tono adecuado, el cabello pulcramente cepillado y una sonrisa que, aunque no llegaba a ser infantil, resultaba un tanto insulsa.

—¿No le molesto?

—En absoluto.

—¿Está seguro? Siempre que entro en un lugar como este, donde un hombre se mide con la naturaleza para desentrañar sus secretos, tengo la sensación de que estoy atravesando el umbral hacia lo desconocido. La última vez que estuve en este cuarto fue cuando usted acababa de sacar sus patentes del Sistema de Telegrafía Marítima, que el Almirantazgo le compró, sabiamente... ¿A qué se dedica ahora?

—La muerte.

—No, ¿en serio?... ¿A qué se refiere?

—Si llega usted a ser miembro del próximo gobierno, probablemente lo descubra. Estoy a punto de ofrecerles el derecho de compra de un nuevo hito en el arte del asesinato.

—Ya veo... un nuevo tipo de proyectil. ¿Cuánto tiempo va a continuar esta carrera de ataque y defensa?

—Hasta que el sol se congele.

—¿Y entonces?

—No habrá defensa... nada que defender.

Me miró con sus ojos graves y plácidos.

—La teoría de que nos dirigimos hacia una Edad de Hielo no es muy halagüeña. —Se puso a toquetear una retorta de cristal que había en la mesa—. Por cierto, fue muy amable de su parte que pasara a advertirme ayer noche. Me temo que mi comportamiento fue un tanto errático... he venido a disculparme.

—No creo que fuera errático; solo me pareció... extraño.

—Sí. —Me miró con esa expresión vacua que podía adoptar a voluntad y que es el verdadero motivo de la creencia en sus nervios de acero—. Estaba preocupado y no me sentía bien. Además, no me hace gracia que fuerce la entrada un ladrón, y mucho menos un maniaco.

—¿Era un maniaco?

—¿Pudo verle?

—Muy claramente.

—¿Dónde?

—En la calle.

—¿A qué distancia estuvo de él?

—Más cerca de lo que estoy ahora de usted.

—Caramba. No sabía que estuviera tan cerca. ¿Intentó detenerle?

—Resulta más sencillo decirlo que hacerlo... se escapó a toda velocidad.

—¿Vio cómo iba vestido o, más bien, desvestido?

—Sí.

—Solo le cubría una túnica, y eso en una noche como la de ayer. ¿Quién sino un fanático habría intentado cometer un robo ataviado de esa manera?

—¿Se llevó alguna cosa?

—Nada en absoluto.

—Es un caso curioso.

Enarcó las cejas... según los miembros del Parlamento, el único gesto que se le conocía.

—Llegamos a acostumbrarnos a los sucesos curiosos. Hágame el favor de no mencionárselo a nadie... a nadie —repitió estas últimas palabras como si quisiera acentuarlas. Me pregunté si estaría pensando en Marjorie—. Estoy en contacto con la policía. Hasta que tomen medidas no quiero que salga en los periódicos, o que se comente. Es una preocupación... ¿lo entiende?

Asentí. Él cambió de tema.

—Y esto en lo que está trabajando ahora, ¿es un proyectil o un arma?

—Si llega a miembro del próximo gobierno lo sabrá; si no es así, probablemente no lo sepa nunca.

—Supongo que tiene que mantener este tipo de inventos en secreto.

—En efecto. Y me parece que usted desea mantener en secreto cuestiones de mucha menor importancia.

—¿Se refiere a lo de ayer noche? Si una nimiedad como esta sale en los periódicos, o se rumorea sobre ello (¡que es lo mismo!), ni se imagina lo que pueden llegar a incomodarnos. Es un incordio que se vuelve casi insoportable. Fulanito el Desconocido puede cometer un asesinato y sufrir menos molestias que Fulanito el Famoso si le roban la cartera... y no crea que exagero cuando digo esto... Adiós, gracias por su promesa. —Yo no le había prometido nada, pero ese era un detalle sin importancia. Se volvió como si fuera a marcharse, y luego se detuvo—. Hay otra cosa... tengo entendido que es usted experto en cuestiones de supersticiones antiguas y religiones desaparecidas.

—Estoy interesado en tales temas, pero no soy un experto.

—¿Podría decirme cuáles eran los principales dogmas de los adoradores de Isis?

—Ni yo ni ningún otro hombre se lo podrá decir... con certeza científica. Como ya sabe, ella tenía un hermano; el culto de Osiris e Isis eran el mismo. Nadie, hoy en día, puede afirmar con exactitud cuáles eran sus dogmas o sus prácticas, ni nada con relación a ese culto. Los papiros, los jeroglíficos que nos quedaron son escasos y nuestro conocimiento sobre los que llegaron a nuestras manos aún más.

—Supongo que todas las maravillas que se cuentan sobre ese culto son pura leyenda.

—¿A qué maravillas se refiere en concreto?

—¿No se atribuían a los sacerdotes de Isis unos poderes sobrenaturales?

—En general, en esa época, se atribuían poderes sobrenaturales a cualquier

sacerdote de cualquier credo.

—Comprendo... —Hizo una pausa, y continuó—: Supongo que el culto ha desaparecido hace tiempo... que no existe ningún adorador de Isis hoy en día.

Vacilé... me pregunté por qué habría abordado semejante tema; si realmente tenía algún motivo o si, simplemente, lanzaba esas preguntas para tapar otra cosa. Porque yo conocía bien a Paul.

—De eso no hay tanta certeza.

Me miró con esa mirada suya desapasionada, pero a un mismo tiempo escrutadora.

—¿Cree que todavía se la adora?

—Creo que es posible, incluso probable, que, aquí y allá, en África (¡África es una congregación enorme!), se le rinda culto a Isis de forma bastante parecida a como se hacía en la antigüedad.

—¿Lo sabe con certeza?

—Discúlpeme, pero... ¿«lo sabe con certeza»? ¿Es que me está tratando como si estuviera en el estrado de los testigos de un juicio? ¿Adónde pretende llegar con todas estas preguntas?

Sonrió.

—De alguna manera, lo sé. Recientemente, ha llegado hasta mí una historia bastante curiosa; estoy intentando llegar al fondo del asunto.

—¿Y cuál es esa historia?

—Me temo que por ahora no puedo contársela; cuando me autoricen, lo haré. Y le resultará de lo más interesante... como ejemplo de una supervivencia singular. ¿No creían los seguidores de Isis en la transmigración?

—Algunos de ellos... sin duda.

—¿Y qué entendían ellos por transmigración?

—Transmigración.

—Sí, ¿pero del alma o del cuerpo?

—¿A qué se refiere? La transmigración es transmigración. ¿Está intentando probar algo en particular? Si me dice abiertamente y sin rodeos de qué se trata, haré todo lo que pueda para proporcionarle la información que precise; de momento, sus preguntas son un tanto desconcertantes.

—Oh, da lo mismo... como usted dice: «la transmigración es transmigración». —Ahora yo le miraba atentamente; me dio la sensación de que su actitud traslucía una extraña reticencia a abundar en el tema que él mismo había iniciado. Siguió jugueteando con la retorta de la mesa—. ¿No poseían los seguidores de Isis un... cómo podría llamarlo?... ¿Un emblema sagrado?

—¿Cuál?

—No reverenciaban en especial a una clase de... ¿no era una clase de escarabajo?

—¿Se refiere al Scarabaeus Sacer... o, según Latreille, Scarabaeus Egyptiorum? Sin duda, el escarabajo ha sido venerado por todo Egipto. Y, en términos generales, la

mayoría de seres vivos, como por ejemplo los gatos; como sabe, Osiris continuó entre los hombres representado en la figura de Apis, el toro.

—¿Y no se suponía que los sacerdotes de Isis, o algunos de ellos, asumían tras la muerte la forma de un scarabaeus?

—Nunca oí hablar de ello.

—¿Está seguro? ¡Piénselo bien!

—No querría arriesgarme a responder a tal pregunta afirmativamente de forma improvisada, pero así a bote pronto no recuerdo ninguna superstición de ese tipo.

—No se ría de mí... ¡no soy ningún demente! Pero tengo entendido que en recientes investigaciones se ha demostrado que incluso en las leyendas antiguas más sorprendentes hay siempre un sustrato de verdad. ¿Es absolutamente cierto que no puede haber ni un solo atisbo de verdad en tal creencia?

—¿En qué creencia?

—En la creencia de que un sacerdote de Isis, o cualquiera, pudiera asumir tras su muerte la forma de un scarabaeus.

—Tengo la sensación, Lessingham, de que últimamente ha dado con datos inusualmente interesantes, de tal naturaleza que creo que es su deber compartirlos con el mundo... o, al menos, con esa porción del mundo representada por mí. Venga... ¡cuéntenos todo sobre ello! ¿De qué tiene miedo?

—No tengo miedo a nada... y algún día lo sabrá todo. Pero no ahora. De momento, respóndame a esa pregunta.

—Entonces fórmulela de nuevo... con claridad.

—¿Es totalmente cierto que es imposible que haya una base real en la creencia de que un sacerdote de Isis (o cualquier otro) pueda adoptar la forma de un escarabajo tras morir?

—No sé más sobre este asunto que sobre el hombre de la luna... ¿cómo diantre quiere que lo sepa? Tal creencia podría ser simbólica. Algunos cristianos creen que tras la muerte el cuerpo adopta forma de gusano... y, en cierta manera, así es... y, en ocasiones, de anguila.

—No me refiero a eso.

—Entonces, ¿a qué se refiere?

—Escuche. Si una persona, sobre cuya credibilidad no puede haber ni rastro de duda, le asegura que ha sido testigo de tal transformación, ¿podría el hecho ser explicado empleando solo nuestros conocimientos sobre la naturaleza?

—¿Es que ha visto como un sacerdote de Isis adopta la forma de escarabajo?

—O un seguidor de Isis.

—¿Antes o después de su muerte?

Vaciló. Pocas veces le había visto tan interesado en un tema... y, para serles franco, ¡yo mismo también estaba profundamente interesado! Pero, de repente, en sus ojos apareció un brillo de algo parecido al terror. Cuando habló, lo hizo intensamente turbado.

—En el mismo momento de su muerte.

—En el mismo momento de su muerte.

—Si hubiera visto a un seguidor de Isis en... en el mismo momento de su muerte, adoptar la forma de un escarabajo, ¿se podría explicar tal transformación mediante argumentos terrenales?

Le miré fijamente... ¿Y quién no lo hubiera hecho? Una pregunta tan extraordinaria resultaba aún más extraordinaria en boca de un hombre como él. Sin embargo, empecé a sospechar que tras esta pregunta había algo aún más extraordinario.

—Escuche, Lessingham, veo que tiene una historia de capital importancia que contar... ¡así que cuéntela, hombre! A menos que me equivoque, no es la clase de historia en la que los escrúpulos ordinarios tengan cabida... en todo caso, no es justo que incite mi curiosidad para luego dejarme con la miel en los labios.

Me miró fijamente, y aquella luz de interés fue apagándose en sus ojos hasta que, por fin, su rostro volvió a adoptar su habitual máscara inexpresiva... De alguna manera, yo era consciente de que no le había gustado del todo lo que había visto en mi rostro. Su voz volvió a sonar suave y contenida.

—Detecto que piensa que me han contado un cuento de hadas. Supongo que es así.

—Pero ¿cuál es ese cuento de hadas? ¿Es que no ve que me corroe la curiosidad?

—Desafortunadamente, Atherton, he dado mi palabra de honor. Hasta que no tenga el permiso de desvelarlo, mi boca permanecerá sellada. —Cogió el sombrero y el paraguas de donde los había colocado sobre la mesa. Mientras los sujetaba en la mano izquierda, se aproximó a mí ofreciéndome la mano derecha—. Es usted muy amable por permitir mis continuas interrupciones; sé, a mi pesar, lo que tales interrupciones pueden llegar a significar... créame, le estoy muy agradecido. ¿Qué es esto?

En la estantería, a unos treinta centímetros de donde yo me encontraba, había un trozo de papel del tamaño y forma de media hoja. Se inclinó para leerlo, y al hacerlo ocurrió algo sorprendente. En ese mismo instante, su rostro quedó demudado por una expresión que, literalmente, lo transfiguró. El sombrero y el paraguas cayeron de su mano al suelo. Retrocedió, farfullando y con las manos en alto como si quisiera protegerse de algo, hasta que llegó a la pared opuesta de la habitación. Jamás vi un espectáculo más asombroso.

—¡Lessingham! —exclamé—. ¿Qué le ocurre?

Mi primera impresión fue que estaba sufriendo un ataque de epilepsia, aunque sería difícil encontrar a alguien más alejado del perfil de un epiléptico que él. Obnubilado, miré a mi alrededor para ver cuál podría ser la causa inmediata de su reacción. Y, entonces, me fijé en el trozo de papel y lo observé con considerable sorpresa. No me había dado cuenta previamente de su presencia, pues yo no lo había puesto allí. ¿De dónde habría salido? Lo más curioso es que, en ese trozo de papel,

impreso aparentemente mediante algún proceso de fotograbado, había una ilustración de una especie de escarabajo con el que tenía la impresión de estar familiarizado, aunque no era capaz de recordar. Era de un color verde oscuro dorado; el color estaba tan bien conseguido en el grabado que parecía titilar, y toda la criatura estaba tan habilidosamente pintada que parecía estar viva. El parecido con la realidad era, en efecto, tan vívido que necesité un segundo vistazo para asegurarme de que era un simple truco del grabador. Su presencia resultaba extraña... después de lo que habíamos estado hablando parecía requerir una explicación; pero era absurdo suponer que tan solo eso pudiera provocar tal efecto en un hombre como Lessingham.

Con el trozo de papel en la mano, me acerqué a él, que aún se encontraba pegado a la pared y había ido desmoronándose centímetro a centímetro hasta quedar en cuclillas.

—¡Lessingham! Vamos, hombre, ¿qué le ocurre?

Tomándolo por el hombro, lo sacudí con fuerza. El toque de mi mano tuvo un efecto similar a como si le hubiera despertado de un sueño y le hubiera traído de vuelta al estado consciente como antídoto contra los horrores con los que estaba luchando. Posó su mirada en mí con esa expresión engañosa que uno asocia con un horror abyecto.

—¿Atherton? ¿Es usted?... Todo va bien, bastante bien... Estoy bien... muy bien. Mientras hablaba, se levantó lentamente hasta que se irguió por completo.

—Entonces, lo único que puedo decir es que tiene una extraña manera de sentirse bien.

Se llevó la mano a la boca, como si quisiera ocultar el temblor de los labios.

—Es por la presión del trabajo... he tenido ya uno o dos ataques como este... pero no es nada, solo... una lesión local.

Le observé con atención; en mi opinión había algo en él que me resultaba verdaderamente extraño.

—¡Solo una lesión local! Si me permite que le dé un consejo, yo de usted iría a que un médico le hiciera un diagnóstico sin tardanza... si es que no ha sido lo suficientemente prudente para haberlo hecho ya.

—Iré hoy, inmediatamente, pero sé que solo es agotamiento mental.

—¿Está seguro de que no tiene nada que ver con esto?

Y sujeté en alto el fotograbado del escarabajo. Cuando lo hice, él retrocedió alejándose de mí, gritando y tembloroso, como si le hubiera dado una parálisis cerebral.

—¡Apártelo! ¡Apártelo! —gritó.

Le miré fijamente durante unos segundos, enmudecido por la sorpresa. Luego recuperé el habla.

—¡Lessingham! ¡Solo es un grabado! ¿Es que se ha vuelto loco de remate?

El hombre insistió con sus exclamaciones.

—¡Aléjelo de mí! ¡Aléjelo!... ¡Rómpalo! ¡Quémelo!

Su agitación resultaba tan poco natural (¡fuera cual fuera la causa!) que, temiendo que volviera a sufrir un ataque como aquel del que acababa de recuperarse, hice lo que me pidió. Rompí la hoja de papel en cuatro y, tras encender una cerilla, quemé cada una de las partes. Él observó el proceso de la incineración con fascinación. Cuando acabó y solo quedaban cenizas, por fin dejó escapar un suspiro de alivio.

—Lessingham —dije—, o bien está ya loco, o se está volviendo loco... ¿de qué se trata?

—No creo que se trate de ninguna de las dos cosas. Creo que estoy tan cuerdo como usted. Es... es esa historia de la que le he estado hablando; parece... parece extraño, pero ya se lo contaré todo... algún día. Como ya he comentado, creo que le parecerá un ejemplo de lo más interesante de una supervivencia singular. —Estaba haciendo un obvio esfuerzo por volver a su ser habitual—. Es extremadamente desafortunado, Atherton, que le haya turbado con una muestra tal de debilidad... especialmente porque me veo impedido a ofrecerle más información. Solo le pido una cosa: que lo mantenga en la más estricta confidencialidad. Lo que ha pasado debe quedar entre nosotros. Estoy en sus manos, pero usted es mi amigo y sé que puedo confiar en que no lo comentará con nadie... en especial, que no se le escapará nada delante de la señorita Lindon.

—¿Por qué, en especial, la señorita Lindon?

—¿Es que no lo adivina?

Me encogí de hombros.

—Si lo que supongo es lo que realmente quiere decir, ¿no apoya esto aún más la idea de que el silencio sería injusto para ella?

—Soy yo el que debe decirlo, nadie más. No dejaré de hacer lo que se debe hacer. Prométame que no le contará nada de lo que usted desafortunadamente ha presenciado aquí.

Le ofrecí la promesa que me pedía.

... ..

No hubo más trabajo para mí ese día. El Apóstol, sus divagaciones, su ejemplo de los coleópteros, su amigo árabe... todas estas cosas eran como microbios que, actuando en un organismo ya predispuesto a su recepción, producían fiebres altas; yo estaba enfebrecido por la inquietud. ¡El cerebro me daba vueltas!... Marjorie, Paul, Isis, el escarabajo, hipnotismo, todo mezclado en un torbellino delirante. ¡El amor es perturbador!... Es, en sí mismo, una enfermedad grave, pero cuando intervienen ciertas complicaciones que sugieren misterio y novedad, de manera que no sabes si te estás moviendo en una atmósfera de sueños o de una realidad congelada... si, entonces, no te sube la fiebre, como uno de esos cohetes de M. Verne (que llegó a la luna), entonces es que usted es un bicho raro de una especie muy singular; y si los médicos no lo preservan y lo exponen en formol, deberían hacerlo para el futuro

beneficio de los escépticos de la historia, porque nadie creará que existió jamás un hombre como usted, a menos que usted mismo esté aún vivo en algún sitio para probarlo.

En mi caso, no soy de esa clase de hombres. Cuando me acaloro, me sube la temperatura, y cuando me sube la temperatura es probable que tenga lugar algún espectáculo vulgar y agitado. Cuando Paul se marchó, intenté reflexionar sobre el asunto y, si hubiera seguido intentándolo, seguramente habría pasado algo... así que, en lugar de eso, me fui a pasear por el río.

Capítulo 14

EL BAILE DE LA DUQUESA

Esa noche era el baile de la duquesa de Datchet y la primera persona que vi cuando entré en el salón de baile fue a Dora Grayling.

Me dirigí directamente hacia ella.

—Señorita Grayling, ayer noche me comporté de forma pésima; ¡vengo a ofrecerle mis disculpas y suplicar su perdón!

—¿Mi perdón? —Eché hacia atrás la cabeza... tenía una bonita manera de ladear la cabeza como un pajarillo—. Usted no se encontraba bien. ¿Está mejor?

—Bastante mejor... ¿me perdona? Entonces concédame una absolución plenaria y el baile que me perdí ayer noche.

Ella se levantó. Un hombre se acercó entonces; era un desconocido para mí; Dora Grayling es una de las mujeres más codiciadas de Inglaterra... con un millón de pretendientes.

—Este es mi baile, señorita Grayling.

Ella le miró.

—Debe disculparme. Me temo que he cometido un error. He olvidado que ya estaba comprometida.

No la hubiera creído capaz de hacer aquello. Me tomó del brazo y nos alejamos dejándolo allí.

—Ahora es él quien sufre —susurré mientras girábamos... (¡qué bien baila!)

—¿Eso cree? Anoche fui yo la que sufrió... Y no tenía intención, si podía evitarlo, de volver a sufrir. Para mí un baile con usted significa mucho. —Se ruborizó profundamente y añadió—: Hoy en día hay tan pocos hombres que sepan bailar... supongo que se debe a que usted baila muy bien.

—Gracias.

Bailamos el vals hasta el final y luego nos dirigimos a un apartado que había sido improvisado en uno de los balcones. Y hablamos. Hay una capacidad de empatía en la señorita Grayling que propicia que uno hable de sí mismo, y antes de que me diera cuenta ya le estaba contando todos mis planes y proyectos. De hecho, le conté mi última idea que, finalmente, provocaría la destrucción de ejércitos enteros tan rápido como un rayo. Ella mostró un interés sorprendente por el tema.

—Lo que realmente supone un obstáculo en este tipo de cosas no es la teoría sino la práctica... Uno puede ser capaz de probar los hechos que defiende sobre el papel o a pequeña escala en una habitación; lo que se requiere es una prueba a gran escala mediante el experimento real. Si, por ejemplo, pudiera llevarme mi laboratorio a uno de los bosques de Sudamérica, donde hay una rica vida animal pero no humana, podría demostrar la corrección de mi hipótesis allí mismo.

—¿Y por qué no lo hace?

—Tenga en cuenta el dinero que costaría.

—Pensé que me consideraba su amiga.

—Siempre pensé que lo era.

—Entonces, ¿por qué no me permite ayudarlo?

—¿Ayudarme? ¿Cómo?

—Prestándole el dinero para su experimento en Sudamérica; sería una inversión de la cual podría sacar unos buenos beneficios.

Me moví inquieto.

—Es muy amable de su parte, señorita Grayling, que me haga ese ofrecimiento.

Ella se mostró fría.

—¡Por favor, no sea absurdo! Puedo detectar con claridad que me está rechazando y que intenta hacerlo tan delicadamente como puede.

—¡Señorita Grayling!

—Entiendo que ha sido una impertinencia por mi parte ofrecer una ayuda que no ha sido requerida; me lo ha dejado suficientemente claro.

—Le aseguro...

—Por favor, no. Por supuesto, si hubiera sido la señorita Lindon habría sido distinto; al menos ella habría recibido una respuesta civilizada. Pero no todas somos la señorita Lindon.

Me quedé pasmado. El estallido parecía tan fuera de lugar... y yo no tenía ni la más remota idea de lo que había dicho o hecho para causarlo... y ella había mostrado una pasión sorprendente. ¡Y le sentaba bien! Pensé que jamás la había visto tan guapa y no pude más que quedarme mirándola. Así que ella continuó con la misma falta de sentido.

—Aquí llega alguien reclamando su turno y no puedo rechazar a todos mis compañeros de baile. ¿Le he ofendido tan irremediablemente para que me resulte imposible bailar con usted otra vez?

—¡Señorita Grayling! Será todo un placer. —Ella me dio su tarjeta—. ¿Qué lugar ocuparé?

—Por su propio bien, le aconsejo que tome el turno más alejado posible.

—Todos parecen ya reservados.

—Da igual; tache cualquier nombre que desee, en cualquiera de las posiciones, y escriba el suyo en su lugar.

Me estaba dando una carta blanca que me resultaba casi embarazosa. Reservé mi baile para el tercer turno... no me preocupé en averiguar quién tendría que cederme el sitio.

—¡Señor Atherton! ¡Está aquí!

En efecto, allí estaba... y también ella. ¡Era Marjorie! Y en cuanto la vi supe que solo había una mujer en el mundo para mí. Su sola visión hizo que la sangre me bullera por las venas. Tras volverse hacia su caballero acompañante, lo despidió con

un leve movimiento de cabeza.

—¿Hay una silla libre?

Se sentó en la silla que la señorita Grayling acababa de dejar. Me senté junto a ella. Me miró con ojos risueños. Yo estaba invadido por un estúpido temblor.

—¿Recuerda que ayer noche le dije que podría necesitar de su amistad para llevar a cabo una intervención diplomática? —Yo asentí... me pareció que la alusión no era justa—. Bueno, la ocasión ha llegado... o, al menos, está muy cerca. —Permaneció inmóvil y yo no dije nada para ayudarla—. Ya sabe lo poco razonable que puede llegar a ser papá.

Lo sabía. Jamás existió un hombre en Inglaterra más terco que Geoffrey Lindon o, en cierto sentido, más pesado. Pero, justo en ese momento, yo no estaba preparado para admitirlo ante su hija.

—Ya sabe la absurda objeción que tiene contra... Paul.

Advertí una reverencial pausa antes de pronunciar el nombre propio del individuo y, al pronunciarlo, lo hizo con un tono de ternura que me aguijoneó como un tábano. Que me hablara así, justamente a mí, de aquel tipo con un tono semejante era algo... algo tan femenino...

—¿Es que el señor Lindon ignora por completo cuál es la situación entre ustedes?

—Solo sabe lo que sospecha. Y ahí es donde entra usted. Papá tiene tan alto concepto de usted... Quiero que le cante alabanzas de Paul al oído, y prepararle así para lo que ha de venir. —¿Alguna vez un enamorado rechazado ha sido abrumado con una tarea semejante? La monstruosidad de todo ello me dejó bloqueado—. Sydney, siempre ha sido mi amigo... mi amigo más verdadero y querido. Cuando era una niña, solía interceder por mí ante papá para protegerme de su ira. Ahora que soy una mujer quiero tenerle a mi lado una vez más, y que me siga protegiendo.

El tono de su voz se suavizó. Posó la mano en mi brazo. Cuánto ardía mi piel bajo su tacto.

—Pero no llego a entender por qué es necesario todo este secretismo... Para empezar, ¿por qué debería mantenerse en secreto?

—Paul no deseaba que papá lo supiera.

—¿Se avergüenza el señor Lessingham de usted?

—¡Sydney!

—¿O es que teme a su padre?

—Es usted cruel. Sabe perfectamente bien que papá siempre ha mostrado prejuicios en su contra, sabe que su tendencia política es ahora uno de los mayores obstáculos, que todos sus nervios y músculos se ponen en tensión y que es de suma importancia que cualquier complicación de otro tipo sea evitada. Es consciente de que su petición no será aprobada por papá y el señor Lessingham simplemente desea que no se desvele nada sobre el asunto hasta el final de la sesión... eso es todo.

—¡Comprendo! El señor Lessingham es cauto incluso con sus amoríos... político antes que amante.

—¡Bueno! ¿Y por qué no? ¿Cree que sería mejor que echara a perder lo que su corazón anhela por culpa de la impaciencia?

—Depende de lo que su corazón anhele.

—¿Qué le ocurre? ¿Por qué me habla así? No parece el mismo. —Me miró con un perspicaz brillo en los ojos—. ¿Es posible que esté... celoso? ¿Que ayer noche lo dijera en serio? Pensé que esa era la clase de cosas que les dice a todas las mujeres.

Habría dado cualquier cosa por abrazarla en ese momento y apretar su cuerpo contra mi pecho allí mismo... Y pensar que se burlaba de mí diciendo que le había dicho la clase de cosas que digo a todas las mujeres.

—¿Qué sabe del señor Lessingham?

—Lo que todo el mundo sabe... que hará historia.

—Hay algunas historias en ciernes en las cuales es mejor no verse involucrado. ¿Qué sabe de su vida privada? Me estaba refiriendo a eso.

—En serio... creo que se está excediendo. Sé que es uno de los mejores y más grandes hombres y para mí es suficiente.

—Si lo sabe, es suficiente.

—Lo sé... todo el mundo lo sabe. Todas las personas con las que se ha relacionado son conscientes de ello... deben ser conscientes de que es incapaz de cualquier pensamiento o acción deshonorosos.

—Hágame caso, jamás valore demasiado a un hombre. En el libro de la vida de todos los hombres hay una página que desearía mantener oculta.

—No existe tal página en la vida de Paul... tal vez exista en la suya; me parece bastante probable.

—Gracias. Me temo que es más que probable. Me temo que, en mi caso, la página podría prolongarse a varias. No hay ni un ápice de apóstol en mí, ni siquiera el nombre.

—¡Sydney! ¡Es usted insoportable! Y aún me resulta más extraño oírle hablar así porque Paul le considera su amigo.

—Me halaga.

—¿Es que no es su amigo?

—¿No es ya suficiente que sea amigo de usted?

—No... quien está en contra de Paul, está en mi contra.

—Eso es duro.

—¿Por qué piensa que es duro? Quien está en contra del marido difícilmente puede estar a favor de la esposa... cuando marido y esposa son uno solo.

—Pero como todavía no son uno solo... ¿está mi causa ya perdida?

—¿A qué llama su causa? ¿Está pensando en ese sinsentido del que estuvo hablando ayer noche?

¡Ella se rio!

—Usted lo llama sinsentido. Me pide comprensión, y ofrece... ¡tan poca!

—Le daré toda la comprensión que necesite... ¡se lo prometo! ¡Mi pobre y

querido Sydney! ¡No sea absurdo! ¿Cree que no le conozco? Usted es el mejor de los amigos y el peor de los amantes: como amigo tan fiel y como amante tan voluble. Estoy segura de ello... ¿de cuántas jóvenes se ha enamorado y desenamorado? Es cierto que, hasta donde yo sé y creo, nunca ha estado enamorado de mí, pero este es el menor de los contratiempos. Créame, querido Sydney, se enamorará de otra mañana... si es que no está ya medio enamorado esta misma noche. Confieso, francamente, que en ese sentido toda la experiencia que he tenido con usted no ha fortalecido en absoluto mi instinto profético. ¡Anímese! ¡Nunca se sabe! ¿Quién es la que se acerca ahora?

Era Dora Grayling la que se acercaba. Me fui con ella sin mediar palabra, y ya estábamos a medio baile cuando ella me dirigió la palabra por primera vez.

—Lamento haberme enfadado y haber sido desagradable con usted. Por uno u otro motivo, parezco predestinada a mostrarle siempre mi peor cara.

—La culpa fue mía... ¿Qué tipo de cara le muestro yo a usted? Usted es mucho más amable conmigo de lo que realmente merezco... ahora y siempre.

—Eso es lo que usted dice.

—Discúlpeme, pero es verdad... Y si no es así, ¿cómo es posible que, a esta hora del día, no tenga ningún amigo en este mundo?

—¡Usted! ¡Sin amigos! ¡Nunca he conocido a un hombre que tuviera tantos como usted! ¡Nunca he conocido a una persona sobre la cual tanto hombres como mujeres coincidieran en hablar tan bien!

—¡Señorita Grayling!

—En cuanto a que nunca ha hecho nada que valga la pena, piense en todo lo que ha conseguido. Piense en sus descubrimientos, en sus inventos, piense en... ¡pero da igual! El mundo entero sabe que usted ha hecho grandes cosas y confía en que llegará a hacer cosas aún más grandes. Me habla de que no tiene amigos y, sin embargo, cuando le pido un favor (¡un gran favor!) que me permita hacer algo para mostrarle mi amistad, usted... bueno, usted me rechaza.

—¿Que yo la rechazo?

—Sabe que lo ha hecho.

—¿Me está diciendo en serio que está interesada en... en mi trabajo?

—Sabe que lo digo en serio.

Se volvió hacia mí con el rostro encendido... y entonces lo supe.

—¿Quiere venir a mi laboratorio mañana por la mañana?

—¡Y tanto que quiero!

—¿Con su tía?

—Sí, con mi tía.

—Le mostraré el lugar y le informaré de todo lo que debe saber y, entonces, si todavía piensa que puede interesarle, aceptaré su oferta sobre el experimento en Sudamérica; es decir, si todavía sigue en pie.

—Por supuesto que sigue en pie.

—Y entonces seremos socios...

—¿Socios? Sí... seremos socios.

—Costará una cantidad terrorífica.

—Hay ciertas cosas que nunca pueden costar demasiado.

—No es esa mi experiencia.

—Espero que sí sea la mía.

—¿Trato hecho?

—Por mi parte, le prometo que está hecho.

Cuando salí del salón, encontré a Percy Woodville junto a mí. Tenía su cara redonda, por decirlo de alguna manera, tan larga como mi brazo. Se quitó el monóculo y le sacó brillo con un pañuelo... y, en cuanto se lo colocó, volvió a quitárselo y lo frotó un poco más; creo que jamás le había visto en tal estado de nerviosismo y, tratándose de Woodville, es mucho decir.

—Atherton, estoy terriblemente preocupado. —Miró el monóculo—. ¡Hecho papilla!... ¡He recibido un golpe que jamás podré remontar!

—Pues dé un rodeo.

Woodville es uno de esos tipos que insisten en contarme sus asuntos más privados, incluso lo que le paga a su lavandera por arruinarle las camisas. Caramba, solo Dios sabe que no simpatizo en absoluto con él.

—¡No sea idiota! ¡No sabe lo mucho que sufro! ¡Estoy a punto de perder totalmente la cabeza!

—Cálmese, viejo amigo... Ya le he visto en estas circunstancias en más de una ocasión.

—No hable así... ¡no se porte como si fuera un perfecto animal!

—Le apuesto un chelín a que lo soy.

—¡No me torture... no lo es! ¡Atherton! —Me sujetó por las solapas del abrigo y parecía estar fuera de sí. Afortunadamente, me había empujado hacia un rincón, de manera que tan solo nos vieron unos cuantos invitados—. ¿Qué cree que ha pasado?

—Mi querido amigo, ¿cómo demonios quiere que lo sepa?

—¡Ella me ha rechazado!

—¡En serio! ¡Vaya, jamás lo hubiera pensado!... Arriba ese ánimo... llame a otra puerta... el mar está lleno de peces que pescar.

—Atherton, es usted un granuja.

Había arrugado el pañuelo hasta convertirlo en una bola, y de hecho ahora se inclinaba para limpiarse los ojos con él... La idea de que Percy Woodville se deshiciera en un mar de lágrimas resultaba terriblemente divertida... pero justo en ese momento no me vi con fuerzas para decírselo.

—No lo dude... es mi manera de mostrarle mi comprensión. No se deprima tanto, hombre... ¡Inténtelo de nuevo con ella!

—No serviría de nada... lo sé... por cómo me ha tratado.

—No esté tan seguro... las mujeres con frecuencia dicen justo lo contrario de lo

que piensan. ¿Y quién es la dama?

—¿Quién? ¿Es que existen, o han existido alguna vez, más mujeres en el mundo aparte de ella para mí? ¡Y me pregunta quién es ella! ¡Qué otra cosa puede significar la palabra mujer para mí más que Marjorie Lindon!

—¿Marjorie Lindon?

Supongo que me quedé con la boca abierta... o, por usar su propio localismo, «hecho papilla». Y así me sentía.

Me alejé a zancadas de allí dejándolo perplejo y a punto estuve de echarme en brazos de Marjorie.

—Me marchó. ¿Me acompaña al carruaje, señor Atherton? —La acompañé a su carruaje—. ¿Se marcha? ¿Quiere que le deje en algún sitio?

—Gracias, no tengo intención de marcharme todavía.

—Voy a la Cámara de los Comunes... ¿vendrá?

—¿Para qué va allí?

Antes de que ella hablara yo sabía por qué iba allí... y ella sabía que yo lo sabía, como dejaron entrever sus palabras.

—Usted es consciente de cuál es el motivo. No es tan ignorante para no saber que esta noche se vota la Ley de Enmienda Agrícola y que Paul va a hablar. Siempre intento estar allí cuando Paul sube al estrado, y tengo intención de seguir haciéndolo.

—Es un hombre afortunado.

—Sin duda. Aunque también es cierto que un hombre con un talento como el suyo es erróneamente descrito como afortunado... Pero debo marcharme. Esperaba subir al estrado antes, pero me llegaron noticias de que ha habido un retraso; seguramente, comenzará en la próxima media hora. Hasta pronto.

Cuando regresé a la casa, en el vestíbulo encontré a Percy Woodville. Tenía el sombrero puesto.

—¿Adónde va?

—Voy al Parlamento.

—¿A escuchar a Paul Lessingham?

—¡Maldito sea Paul Lessingham!

—¡Con todo mi corazón!

—Se espera que haya una votación... tengo que asistir.

—Alguien más ha ido a escuchar a Paul Lessingham... Marjorie Lindon.

—¡No! ¡No me diga! ¡Por Jehová!... Caramba, Atherton, ojalá yo supiera hacer un discurso... nunca he sabido. Cuando estoy en campaña alguien me escribe los discursos y luego yo los tengo que leer. Pero, por Jehová, si hubiera sabido que la señorita Lindon iba a estar en la tribuna, y si hubiera sabido algo sobre el asunto a tratar, o si le hubiera pedido a alguien que me contara algo, que me cuelguen si no habría salido a hablar... ¡y así le habría demostrado que no soy el idiota que cree que soy!

—¡Hable, Percy, hable! ¡Los dejaré boquiabiertos, señor! Le diré lo que haré...

¡iré con usted! ¡Al Parlamento también! ¡Paul Lessingham tendrá tres personas de público!

Capítulo 15

EL SEÑOR LESSINGHAM HABLA

La Cámara estaba llena. Percy y yo subimos las escaleras hacia la tribuna, que teóricamente está reservada a los que denominan «extraños distinguidos»... esos curiosos animales. Trumperton estaba en el estrado, martilleando esas frases que huelen no tanto a iluminado como a zoquete. Nadie le escuchaba, salvo los hombres situados en la tribuna de Prensa, donde se concentraban los cerebros de la Cámara y el noventa por ciento de su sabiduría.

No descubrí a Lessingham hasta que Trumperton hubo acabado. El tedioso anciano regresó a su asiento entre un murmullo de voces que, no me cabe duda, algunos de los periodistas interpretarían al día siguiente como «un sonoro y continuado aplauso». Hubo cierto movimiento en la Cámara, posiblemente un suspiro generalizado de alivio; un zumbido de voces y varios hombres entrando en tropel. Entonces, desde la bancada de la Oposición, se elevó un sonido de aplausos y advertí que, en la bancada de grupos independientes cercana al pasillo, Paul Lessingham estaba de pie con la cabeza descubierta.

Le observé con ojo crítico, como un coleccionista podría observar un valioso espécimen, o un patólogo un sujeto curioso. Durante las últimas veinticuatro horas mi interés por él había ido en aumento. Justo en ese momento, para mí era el hombre que más me interesaba del mundo.

Cuando recordé cómo le había visto esa misma mañana, un manojo de nervios y aterrado, farfullando como un perro cobarde, en el suelo, al borde de la catatonia, asustado por una sombra o menos que una sombra, me enfrenté a dos hipótesis. O bien yo había exagerado su estado mental entonces, o exageraba su estado mental ahora. En cuanto a su apariencia, era increíble que este hombre pudiera ser el mismo que aquel.

Confieso que mis sentimientos se transformaron rápidamente en admiración. Me gustan los luchadores. Enseguida reconocí que aquí teníamos uno en toda su perfección. No había fingimiento en él entonces... aquel hombre era un luchador nato, hasta la punta de los pies. Nunca antes me había percatado de forma tan clara. Era la personificación de la frialdad. Tenía todas sus facultades bajo control. Aunque nunca, ni por un segundo, se exponía realmente, percibía al momento la más ligera debilidad en la defensa de su oponente y, en cuanto la detectaba, asestaba un golpe contundente. Y si le derrotaban, era casi imposible que cayera en la deshonra, y no resultaba difícil creer que a sus atacantes las victorias les salían tan caras que, al final, estas realmente provocaban el triunfo de Paul.

«Que me aspen», me dije, «si, después de todo, sigo sorprendido de que Marjorie vea algo en él». Porque ahora comprendía cómo una joven dama inteligente e

imaginativa, viéndolo en su mejor momento, defendiendo su postura como un caballero andante en lucha contra fuerzas arrolladoras, en las filas en las que se sentía tan seguro, pudiera llegar a pensar en él solo en esta gloriosa faceta, ignorando la clase de hombre que era cuando la batalla había acabado.

Me hizo bien escucharle, de eso estoy seguro... y podía imaginar el efecto que causaba en una oyente en particular sentada ahora en el Gallinero de las Damas. El suyo era un discurso muy alejado de la «arenga» norteamericana; poseía muy poco o nada del fuego y la furia de la Tribuna Francesa; no estaba marcado por el énfasis y sentimiento del elocuente discurso alemán, pero resultaba tan convincente como cualquiera de los otros tres, produciendo, sin duda alguna, el efecto preciso que el orador quería imprimirle. Su voz era clara y calmada, no exactamente musical, pero marcadamente agradable y lograba que cada palabra que pronunciaba llegara a todos los presentes como si se estuviera dirigiendo a cada uno de ellos. Sus frases eran cortas y vibrantes; las palabras que usaba no eran palabras largas, pero salían de sus labios con una agradable fluidez y hablaba lo suficientemente rápido para mantener el interés del oyente sin necesidad de forzar su atención.

Inició su discurso realizando, de la forma más calmada y cortés, unos comentarios sarcásticos sobre los discursos y métodos de Trumperton y sus colegas que hicieron reír con júbilo a la Cámara. Pero no cometió el error de personalizar demasiado. Para un orador de cierto tipo no hay nada más fácil que provocar la locura. Si así lo desea, cada una de sus palabras es incisiva y mordaz. Las heridas que abre con ellas se pudren y no son fáciles de olvidar; es esencial para un político contar con sus más fieles amigos entre los locos o pronto acaban sus días de ascenso. A continuación, dejó a un lado los sarcasmos y empezó a cambiarlos por frases bellas. De hecho, dedicó algunas palabras de alabanza a sus oponentes, aparentemente para calmarles y devolverles el buen concepto de sí mismos. Señaló cuánta verdad había en lo que decían, y luego, como por accidente, con la misma facilidad y poco coste, procedió con las enmiendas. Analizaba sus argumentos y los hacía suyos, los elogiaba, con o sin razón, mostrando lo bien fundados que estaban en la realidad, y a partir de aquellos tejía otros argumentos de forma natural y los transformaba y llegaba más y más lejos, y por fin los llevaba (¡los propios argumentos de sus oponentes!) a una conclusión perfecta e irrefutable que resultaba ser diametralmente opuesta a la que habían llegado ellos. Y lo hacía todo con una pericia, una rapidez y una elegancia incontestables. De manera que, cuando se sentó, había realizado la más difícil de las hazañas: había pronunciado lo que, en la jerga de la Cámara de los Comunes, era un discurso práctico y de hombre de estado y, sin embargo, también habría logrado dejar a sus oyentes con un excelente estado de ánimo.

Fue todo un éxito... un inmenso éxito. Un triunfo parlamentario de primer orden. Paul Lessingham crecía a pasos agigantados. Cuando regresó a su asiento entre aplausos que, en esta ocasión, sí que eran realmente aplausos, fueron probablemente pocos los que dudaron que estaba predestinado a llegar más alto. Cuánto más alto,

solo el tiempo podría decirlo, pero, a juzgar por las apariencias, tenía al alcance de su mano todas las distinciones que representaban el culmen en la carrera de un hombre de estado.

Por mi parte, estaba encantado. Había disfrutado de un buen ejercicio intelectual, una clase de entretenimiento no tan común como debiera ser. El Apóstol casi me había persuadido de que el juego político valía la pena y que sus victorias eran algo deseable. Después de todo, siempre importa ser capaz de atraer con éxito las pasiones y aspiraciones de tus iguales, ganar sus aplausos, demostrar tu habilidad en un juego que tú mismo has elegido, ser respetado y admirado. Resulta agradable que los ojos de una mujer bajen la mirada hacia ti, que sus oídos beban cada una de tus palabras y que su corazón lata al mismo ritmo que el tuyo —cada hombre con su temperamento particular—, pero cuando esa mujer es la mujer a quien amas, saber que tu triunfo supone la gloria de ella y su alegría, esa sería para mí la mejor parte de todo.

Durante esa hora, ¡la hora del Apóstol!... ¡casi deseé ser también político!

La votación había terminado. Los asuntos de la noche prácticamente habían concluido. ¡Estaba de regreso en el vestíbulo! El tema de la conversación era el discurso del Apóstol... hablaban de él en todos los corrillos.

De repente, Marjorie apareció a mi lado. Tenía el rostro encendido. Jamás la había visto tan bella... o tan feliz. Parecía estar sola.

—¡Así que al final has venido! Ha sido espléndido, ¿verdad?, magnífico. ¿No es una maravilla poseer esos dones y darles tan buen uso? ¡Hable, Sydney! ¡No finja una frialdad tan ajena a su naturaleza!

Sabía que ella estaba deseando que yo alabara al hombre a quien ella se deleitaba en honrar. Pero, de alguna manera, su entusiasmo enfrió el mío.

—No ha sido un mal discurso, en cierto sentido.

—¡En cierto sentido! —¡Cómo lanzaron fuego sus ojos! ¡Con qué aire desdeñoso me miró!—. ¿A qué se refiere «en cierto sentido»? Mi querido Sydney, ¿no se da cuenta de que es un atributo de las mentes pequeñas intentar menospreciar a aquellos que son grandes? Aunque uno sea consciente de su inferioridad, lo inteligente es no mostrarla. El del señor Lessingham ha sido un discurso brillante, en todos los sentidos; su incapacidad de reconocer un hecho tan simple revela su carencia de sentido crítico.

—Qué afortunado es el señor Lessingham de que haya al menos una persona cuyo sentido crítico está desarrollado de una forma tan generosa. Aparentemente, en su opinión, el que tiene un criterio distinto está perdido.

Tuve la impresión de que Marjorie iba a estallar de pasión. Pero, en lugar de eso, riéndose, posó la mano en mi hombro.

—¡Pobre Sydney! ¡Lo entiendo! ¡Es tan triste! Parece un niño pequeño que, tras ser derrotado, declara que el vencedor ha hecho trampa. ¡Es igual! Aprenderá cuando madure.

Con estas palabras, me hirió más allá de lo que me resultaba soportable... no me

importaba ya lo que pudiera responderle.

—Usted, a menos que me equivoque, aprenderá antes de que madure.

—¿A qué se refiere?

Antes de que pudiera explicárselo (si es que hubiera tenido la intención de hacerlo, lo cual en modo alguno era así), Lessingham se acercó a nosotros.

—Espero no haberla hecho esperar; me han entretenido más de lo esperado.

—En absoluto... aunque ya estoy lista para marcharnos; es una pesadez esperar aquí.

Esto lo dijo con una mirada picara hacia mí... una mirada que atrajo la atención de Lessingham a mi persona.

—Vaya, no tenemos el placer de contar con su presencia con frecuencia.

—No. Me gusta emplear mi tiempo en algo más útil.

—Se equivoca. Está a la orden del día menospreciar la Cámara de los Comunes y el trabajo que se lleva a cabo allí; no se una usted al coro de los simples. Su tiempo no puede estar mejor empleado que en esforzarse por mejorar el cuerpo político.

—Le agradezco el consejo... Espero que se sienta mejor ahora que la última vez que le vi.

Vi un destello en sus ojos que se apagó tan rápido como había aparecido. No detecté en él ninguna otra señal de comprensión, sorpresa o resentimiento.

—Gracias. Me encuentro muy bien.

Marjorie percibió que mi pregunta significaba más de lo que parecía a primera vista y que lo que significaba no iba con una intención amigable.

—Venga... vámonos. Es el señor Atherton el que no se encuentra bien esta noche.

A continuación, deslizó el brazo por el de Lessingham cuando su padre se aproximó. El viejo Lindon observó sus brazos enlazados como si apenas diera crédito a que aquella mujer fuera su hija.

—Pensé que estarías en el baile de la Duquesa.

—Y he estado, papá, y ahora estoy aquí.

—¡Aquí! —El viejo Lindon comenzó a trabarse y tartamudear, y su rostro enrojeció, como acostumbraba a pasarle cuando se excitaba—. ¿Co... cómo que aquí? ¿Do... dónde está el carruaje?

—¿Dónde puede estar sino esperándome afuera?... a menos que los caballos hayan huido.

—Yo... yo... yo te acompañaré hasta allí. No... no... no me parece bien que andes es... es... esperando en un lugar como este.

—Gracias, papá, pero el señor Lessingham va a acompañarme. Te veré más tarde... Adiós.

Creo que jamás vi mayor frescura que la forma en la que ella se alejó andando. Esta es la era del progreso femenino. Las mujeres jóvenes no están interesadas en complacer a sus madres, no digamos ya a sus padres; pero la manera en la que esta mujer joven se alejó cogida del brazo del Apóstol, dejando allí plantado a su padre,

desde luego que resultaba todo un caso de estudio.

Lindon apenas parecía consciente de que la pareja ya se había marchado. Incluso después de que hubieran desaparecido entre la muchedumbre, se quedó mirándolos con el rostro cada vez más enrojecido, hasta que le sobresalieron las venas de la cara, y en ese momento pensé que amenazaba con sufrir un ataque de apoplejía. Entonces, con un jadeo, se volvió hacia mí.

—¡Maldito sinvergüenza! —Di por sentado que se refería al caballero, aunque las siguientes palabras que pronunció apenas lo mencionaron—. Esta mañana, sin ir más lejos, prohibí a mi hija que tuviera ninguna relación con él, y a-ahora ¡va y se la-larga con ella! ¡Condenado desaprensivo! Eso es lo que es, un desaprensivo, ¡y no pasarán muchas horas antes de que me tome la libertad de decírselo a la cara!

Hundió los puños en los bolsillos y, bufando como una oreja en apuros, se marchó pesadamente... y en buena hora, porque sus palabras tronaron y la gente ya se preguntaba qué ocurría. Woodville se acercó cuando Lindon ya se alejaba, tan profundamente alterado como siempre.

—Se marchó con Lessingham... ¿la vio?

—Claro que la vi. Cuando un hombre pronuncia un discurso como el de Lessingham, cualquier mujer se iría con él... y estaría orgullosa de ello. Cuando esté dotado con tales capacidades y las emplee para tan elevados propósitos, ella se marchará con usted, pero no antes.

Woodville retomó su movimiento nervioso de limpiarse el monóculo.

—Es muy duro. Cuando supe que ella estaba aquí, se me pasó por la cabeza subir al estrado y ofrecerle un discurso, le doy mi palabra, pero no sabía de qué hablar y, de todas formas, no se me da bien la oratoria... ¿Cómo puede un hombre hablar cuando es relegado a la tribuna?

—Es tal como dice, ¿cómo podría? Puede ponerse de pie junto a la barandilla y gritar... incluso un amigo podría sujetarle por detrás.

—Sé que un día hablaré... debo hacerlo, y entonces ella no estará allí.

—Será mejor para usted si no está.

—¿Eso cree? Tal vez tenga razón. Con toda probabilidad sería un desastre, y si ella me viera en tal circunstancia ¡sería mi final! Se lo juro, últimamente he deseado tanto ser inteligente...

Se rascó la nariz con el borde del monóculo y su figura resultaba cómicamente desconsolada.

—¡Deje las penas atrás, Percy! ¡Anímese, amigo! La votación ha acabado y es libre de marcharse... Y ahora nosotros nos vamos «pitando» de aquí.

Y, en efecto, nos fuimos «pitando» de allí.

Capítulo 16

EL VAPOR MÁGICO DE ATHERTON

Me lo llevé de allí para cenar en el Helicon. Durante todo el trayecto, montados en el coche de alquiler, intentó contarme la historia de cómo le había pedido la mano a Marjorie, y aún le quedaba un buen rato para acabarla cuando llegamos al club. Se encontraba allí el habitual grupo de comensales, pero conseguimos una mesa pequeña en un rincón del local y antes de que nos trajeran algo de comer ya volvía de nuevo con el tema. Muchos de los presentes hablaban casi a gritos, y como todos parecían hablar al mismo tiempo y la banda tocaba (y la super banda del Helicon no es un simple piano), Percy tenía que luchar contra los elementos, pero, considerando la delicadeza del tema, habló tan fuerte como le permitía su sentido del decoro... y fue aumentando el volumen a medida que iba relatando la historia. Pero Percy es un tipo peculiar.

—No sé cuántas veces he intentado decírselo... una y otra vez.

—¿Y lo ha intentado ahora?

—Sí, siempre me quedo a punto de hacerlo cada vez que la veo... pero nunca termino de abordar el tema, ¿sabe?

—¿Cómo es eso?

—Vaya, cuando estaba a punto de decir: «Señorita Lindon, me permite que le ofrezca el regalo de mi afecto...»

—¿Es así como tenía intención de comenzar en cada ocasión?

—Bueno, no siempre... una vez así, en otra ocasión de otra forma. La cuestión es que cuando me disponía a soltar mi discurso aprendido de memoria, nunca tuve ocasión de desarrollarlo, así que tomé la determinación de decir cualquier cosa.

—¿Y qué le decía?

—Bueno, nada... ¿comprende? Nunca llegué a ese punto. Justo cuando iniciaba mi acercamiento ella me preguntaba si prefería las mangas anchas o las estrechas, o si prefería los sombreros de copa a los bombines, o alguna otra tontería de esa clase.

—¿Y ahora ha hecho lo mismo?

—Sí... por supuesto he tenido que responderle, y cuando terminé de darle la respuesta, la ocasión había pasado. —Percy volvió a limpiar el monóculo—. He intentado abordar el tema tantas veces, y ella me ha dado con la puerta en las narices tantas veces, que no puedo evitar pensar que en todas las ocasiones sospechaba de cuáles eran mis verdaderas intenciones.

—¿Eso cree?

—Debe de haberlo sospechado. En una ocasión la seguí por Piccadilly y la perseguí hasta una tienda de guantes en Burlington Arcade. Tenía intención de pedirle la mano allí mismo... no había podido pegar ojo durante toda la noche anterior

pensando en ella y estaba desesperado.

—¿Y logró pedirle la mano?

—La chica de detrás del mostrador me hizo comprar una docena de guantes. Cuando llegué a casa descubrí que eran tres tallas más grandes que la mía. Creo que Marjorie pensó que había ido a galantear con la dependienta de la tienda... Salió y me dejó allí plantado. Aquella joven me endosó toda clase de artículos cuando se hubo ido... no pude zafarme de ella. Me clavó allí con su bendito ojo. Creo que era de cristal.

—¿El de la señorita Lindon... o el de la dependienta?

—La dependienta. Me envió a casa un carro cargado de corbatas verdes y me aseguró que yo se las había pedido. Jamás olvidaré ese día. No he vuelto a la Arcade desde entonces, y no tengo intención de hacerlo.

—Le dio a la señorita Lindon una impresión equivocada.

—No lo sé. Siempre le he dado la impresión equivocada. En una ocasión me dijo que sabía que yo no era un hombre de los que se casan, que yo era del tipo de hombres que jamás se casan porque lo veía en mi rostro.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, debió de ser duro.

—Muy duro. —Percy volvió a suspirar—. No me importaría si no estuviera tan deprimido. No soy un tipo que se deprima, pero cuando me ocurre me deprimos espantosamente.

—Le diré qué haremos, Percy... ¡brindemos!

—Soy abstemio... y lo sabe.

—Habla de que tiene el corazón roto y a un mismo tiempo me dice que es abstemio... Si su corazón estuviera realmente roto, echaría por la borda su abstinencia.

—¿Eso cree? ¿Por qué?

—Simplemente lo haría... los hombres con el corazón roto siempre lo hacen... Se tragaría una magnum al menos.

Percy gruñó.

—Cuando bebo siempre me pongo enfermo... pero lo probaré.

Y lo probó... y no empezó mal bebiéndose de un solo trago la copa que el camarero acababa de servir. A continuación, recayó en la melancolía.

—Dígame, Percy... ¡y sea sincero! ¿Realmente la ama?

—¿Que si la amo? —Abrió los ojos como platos—. ¿Es que no puede ver cuánto la amo?

—Sé lo que me dice, pero esa clase de cosas se adivinan fácilmente. ¿Cómo le hace sentir ese amor del que tanto habla?

—¿Que cómo me hace sentir? De cualquier manera y de ninguna. Debería mirar en mi interior y entonces lo sabría.

—Comprendo. Supongo que es así. Imagine que ella amara a otro hombre, ¿qué clase de sentimientos tendría hacia él?

—¿Es que está enamorada de otro hombre?

—He dicho que se lo imagine.

—Me atrevería a decir que lo está. Supongo que es eso... ¡Qué idiota he sido por no haberlo pensado antes! —Suspiró y volvió a llenarse la copa—. Pues es un tipo afortunado, sea quien sea. Me... me gustaría decírselo en persona.

—¿Le gustaría decírselo?

—Sí, que es un tipo muy afortunado, ya sabe.

—Posiblemente... pero su muy buena fortuna es la muy mala fortuna para usted. ¿Estaría dispuesto a perderla sin decir ni una sola palabra?

—Si ella le ama.

—Pero usted ha dicho que la ama.

—Claro que la amo.

—¿Y entonces?

—No creerá que, porque la amo, no quiero verla feliz. ¡No soy tan animal! Prefiero verla feliz más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Comprendo... ¿Aunque sea con otro? Me temo que mi filosofía de la vida no es como la suya. Si yo amara a la señorita Lindon y ella amara a, por ejemplo, Fulanito, me temo que no sentiría lo mismo que usted hacia Fulanito.

—¿Y qué sentiría?

—Instinto asesino. Percy, venga a casa conmigo... hemos comenzado la noche juntos, acabémosla juntos, y le mostraré una de las más brillantes invenciones para el asesinato a una escala de una magnificencia jamás antes soñada. Me gustaría usarlo como ejemplo de mis sentimientos hacia el supuesto Fulanito... él sabría cuáles son mis sentimientos en cuanto se los presentara.

Percy me acompañó sin mediar palabra. No había bebido mucho, pero era demasiado para él y se dejaba llevar por un sentimentalismo disperso. Le metí en un coche de alquiler y nos alejamos por Piccadilly.

Permaneció en silencio, sentado y mirando al frente con un aire de vacua hosquedad que al final se instaló funestamente en su semblante. Le ordené al conductor que pasara por Lowndes Square. Al pasar por la casa del Apóstol, le hice parar y le señalé el lugar a Woodville.

—¡Vea, Percy, ese es el hogar de Lessingham! ¡Esa es la casa del hombre que se llevó a Marjorie!

—Sí. —Las palabras salieron lentamente de sus labios, con un innecesario énfasis en cada una de ellas—. Porque dio un discurso... a mí me gustaría dar un discurso... Un día daré un discurso.

—Porque dio un discurso... ¡solo por eso y nada más! Cuando un hombre habla con la lengua del Apóstol, puede embrujar a cualquier mujer del mundo. Hola, ¿quién anda ahí? Lessingham, ¿es usted?

Vi, o creí ver, a alguien o algo deslizándose escaleras arriba y desaparecer tras las sombras de la entrada, como si no deseara que lo vieran. Cuando saludé nadie

respondió. Volví a llamarle.

—¡No sea tímido, amigo mío!

Salté del coche de caballos, corrí por la acera y subí los escalones. Para mi sorpresa, no había nadie en la entrada. Me parecía increíble, pero estaba vacía. Palpé a tientas a mi alrededor, como si estuviera jugando a la gallinita ciega y solo toqué el vacío. Bajé uno o dos escalones.

—Es evidente que está vacío, algo que va en contra de toda lógica. Dígame, conductor, ¿no vio a alguien subir las escaleras?

—Creo que sí, señor... hubiera jurado que así fue.

—Y yo también. Qué extraño.

—Tal vez, quienquiera que fuera se metió en la casa, señor.

—No sé cómo. Habríamos oído la puerta abriéndose... y deberíamos haberlo visto, no está tan oscuro... Estoy por llamar al timbre y preguntar.

—Yo no lo haría si fuera usted, señor... Suba de nuevo y nos marcharemos. Esta es la casa del señor Lessingham... la casa del gran señor Lessingham.

Creo que el cochero pensó que yo estaba borracho y que no era lo suficientemente respetable para tener alguna relación con el gran señor Lessingham.

—¡Despierte, Woodville! ¿Sabe?, creo que hay alguna clase de misterio en este lugar... estoy seguro. Percibo que estoy en presencia de algo extraño... algo que no puedo ver, oír ni tocar.

El conductor se inclinó en su asiento, intentando engatusarme.

—Suba, señor, y nos iremos.

Subí y nos marchamos... pero no muy lejos. Cuando habíamos avanzado una docena de metros, volví a bajarme sin esperar a que el conductor parara. Este frenó en seco, ofendido.

—Bueno, señor, ¿qué ocurre ahora? Va a hacerse daño antes de acabar el viaje y entonces me culpará a mí.

Había visto un gato agazapado a la sombra de la barandilla... un gato negro. Ese gato era mi presa. O la criatura estaba anormalmente dormida, o era un animal lento y estúpido, o había perdido el juicio (¡cosa rara en un gato!) En cualquier caso, no intentó escapar y me permitió agarrarle por el pellejo del cuello.

En cuanto estuvimos en mi laboratorio, coloqué al gato en la urna de cristal. Percy me observaba.

—¿Para qué lo ha metido ahí?

—Eso, mi querido Percy, es lo que verá en breve. Está a punto de presenciar un experimento al que un legislador (como usted) debería prestarle el mayor interés posible. Voy a demostrarle a pequeña escala la acción de la fuerza que, a gran escala, tengo intención de emplear en nombre de mi nación.

No mostró ningún interés. Se hundió en su asiento y retomó su tediosa letanía.

—¡Odio a los gatos! ¡Déjelo marchar! Siempre me siento fatal cuando hay un gato en el mismo cuarto que yo.

—Tonterías... ¡Eso es solo su imaginación! Lo que le hace falta es un sorbo de whisky... y se sentirá tan animado como un grillo.

—¡No quiero beber nada más! ¡Ya he tomado demasiado!

Hice caso omiso a lo que me decía. Serví dos buenas dosis en un par de vasos. Sin parecer consciente de lo que estaba haciendo, se bebió la mitad del vaso de un solo trago. Tras dejarlo sobre la mesa, bajó la cabeza, la ocultó entre las manos y gruñó.

—¿Qué pensaría Marjorie de mí si me viera ahora?

—¿Pensar?... nada. ¿Por qué tendría que pensar en un hombre como usted cuando tiene un producto de primera calidad?

—¡Me siento terriblemente mareado... voy a estar borracho antes de que haya acabado!

—¡Pues emborráchese! Pero, por amor de Dios, sea un borracho animado, no un mortal aburrimiento. ¡Anímese, Percy! —Le di una palmada en el hombro y casi lo tiré de su asiento—. ¡Y ahora voy a enseñarle ese pequeño experimento del que le he estado hablando!... ¿Ve ese gato?

—¡Claro que lo veo! ¡Es una alimaña! ¡Ojalá lo dejara marchar!

—¿Y por qué debería dejarlo marchar? ¿Sabe de quién es ese gato? Ese gato es de Paul Lessingham.

—¿De Paul Lessingham?

—Sí, de Paul Lessingham... el hombre que dio el discurso... el hombre con el que se fue Marjorie.

—¿Cómo sabe que es suyo?

—No lo sé, solo creo que lo es... ¡Decido creer que lo es! ¡Y tengo intención de creer que lo es! Estaba fuera de su casa, por lo tanto, es su gato. Así es como yo lo razono. No puedo meter ahí dentro a Paul Lessingham, así que he metido a su gato en su lugar.

—¿Para qué?

—Ahora lo verá... ¿Ve lo feliz que está?

—No parece muy feliz.

—Cada uno tiene su manera de parecer feliz... esta es su manera.

La criatura se comportaba como si hubiera perdido el juicio y se lanzaba contra los laterales de su prisión de cristal, saltando de delante hacia atrás y de un lado a otro, chillando enfurecido o aterrado, o ambas cosas. Quizás podía adivinar lo que iba a suceder... no hay manera de calibrar la inteligencia de lo que llamamos seres inferiores.

—Pues es una manera muy curiosa.

—Algunos de nosotros tenemos maneras muy curiosas, no solo los gatos. Veamos, ¡atención! Observe este pequeño juguete... seguro que ha visto algo parecido antes. Es una escopeta accionada mediante un resorte; se tira del resorte, cae la carga en el cañón, libera el resorte y la carga estalla. Ahora abriré esta caja fuerte

empotrada en la pared. Se abre con una combinación de letras, que ahora es «whisky»... ¿ve? Un guiño hacia usted. Verá que la caja fuerte está hecha de materiales sólidos, es hermética e ignífuga, la caja exterior es de acero de triple capa y a prueba de taladro. ¡El contenido es valioso para mí! Y endiabladamente peligroso... compadezco al ladrón que, en su inocente ignorancia, entrara a robar. Mire dentro. Ve que está lleno de bolas, bolas de cristal, y cada una de ellas en su propio cubículo por separado; ligeras como plumas; transparentes, se puede ver a través de ellas. Aquí puede ver un par de ellas, como píldoras pequeñas. No contienen ni dinamita, ni cordita, ni nada de ese tipo, pero si se les da el espacio suficiente y ninguna piedad, tienen unos efectos más destructivos que todos los explosivos inventados por el hombre. Sujete esta... ¡dice que tiene el corazón roto!... pellizque esta bajo su nariz, solo una leve presión, y en menos que canta un gallo se encontrará en la tierra donde dicen que no hay corazones rotos.

Se echó hacia atrás acobardado.

—No sé de lo que me habla... no quiero ver a ese animal... lléveselo.

—Piénselo bien... puede que no se le presente otra oportunidad.

—Le digo que no quiero.

—¿Seguro? ¡Piénselo bien!

—¡Por supuesto que estoy seguro!

—Entonces el gato recibirá su castigo.

—¡Deje marchar a la pobre bestia!

—La pobre bestia se va a marchar... a la tierra que está tan cerca, y a un mismo tiempo tan lejos. De nuevo, si es tan amable de prestar atención... Fíjese en lo que hago con esta arma de juguete. Tiro hacia atrás del resorte, inserto este pequeño perdigón de cristal, introduzco el cañón de la escopeta por la abertura de la urna de cristal en la que está el gato del Apóstol... Verá que es un espacio reducido, lo cual, a fin de cuentas, es mejor para nosotros. Estoy a punto de liberar el resorte. Preste atención, por favor. Fíjese en el efecto.

—¡Atherton, deje marchar al animal!

—¡El animal se ha marchado! He liberado el resorte, se ha descargado el perdigón, ha impactado contra el techo de la urna de cristal, se ha roto con el impacto y, ¡voilà! Ahí yace el gato muerto, y eso que cuenta con nueve vidas. Fíjese en lo inmóvil que está... ¡tan quieto! Esperemos que, ahora, sea realmente feliz. El gato que decidí creer que era de Paul Lessingham ha recibido su golpe de gracia; por la mañana se lo enviaré con mis más respetuosas felicitaciones. Lo echará en falta si no lo hago. ¡Piense! Imagine una bomba enorme llena de lo que llamaremos el Vapor Mágico de Atherton, lanzada, digamos, con un arma de ciento veinte toneladas, detonando a cierta elevación sobre las cabezas de una fuerza enemiga. Convenientemente manejada, en menos de un segundo, cientos de miles de hombres (¡posiblemente más!) caerían muertos como si hubieran sido alcanzados por un rayo de los cielos. ¿No cree que es un arma increíble?

—¡No me siento bien! ¡Quiero salir de aquí! ¡Ojalá nunca hubiera venido!

Eso es lo único que dijo Woodville.

—¡Tonterías! Cada segundo aquí aumentan sus reservas de información y, en estos tiempos, cuando se supone que un miembro del Parlamento debe saberlo todo, la información lo es todo. Vacíe su copa, amigo... ¡este es el momento de hacerlo!

Le pasé su vaso. Vacío lo que quedaba y luego, en un arranque infantil y ebrio de temperamento, dejó el vaso con fuerza sobre la mesa. Yo había colocado con el suficiente cuidado el segundo perdigón a unos treinta centímetros del borde de la mesa. El golpe del pesado vaso, al impactar cerca del perdigón, hizo que este empezara a rodar. Yo estaba en el otro extremo. Me lancé hacia delante para detener su movimiento, pero fue demasiado tarde. Antes de poder llegar a la esfera de cristal, esta rodó por el borde de la mesa y cayó al suelo a los pies de Woodville, y se rompió al caer. Cuando cayó, él estaba mirando hacia abajo, preguntándose, sin duda estúpidamente, a qué se debía todo aquel lío... porque yo estaba gritando y armando un gran jaleo al intentar prevenir la inminente catástrofe. En un segundo, cuando el vapor encerrado en el perdigón roto entró en contacto con el aire, Woodville se derrumbó boca abajo. Corrí hacia él, recogí su cuerpo inerte del suelo y lo arrastré a trompicones hacia la puerta que daba al patio. Abrí la puerta de par en par y lo saqué al aire libre.

Cuando lo hice, me encontré frente a alguien que esperaba allí fuera. Era el misterioso amigo egipcio-árabe de Lessingham... mi visitante de esa mañana.

Capítulo 17

¿MAGIA?... ¿O MILAGRO?

El paso desde el laboratorio iluminado eléctricamente hacia el patio era un pasaje del resplandor a la penumbra. La figura embozada, de pie tras las sombras, era como el objeto de un sueño. La cabeza me daba vueltas. Se debía a que había estado conteniendo la respiración con firmeza y apartando la cabeza para no acabar igual que Woodville. Si hubiera tardado un segundo más en salir al aire libre, habría sido demasiado tarde. Cuando coloqué a Woodville en el suelo, me tropecé con él y caí. Mis sentidos me abandonaron. Justo en el momento en que me dejaban, fui consciente de que exclamaba (recordando la historia del ingeniero que voló por los aires con su propio explosivo):

—¡El Vapor Mágico de Atherton!

Las sensaciones al recobrar la consciencia fueron curiosas. Me encontré apoyado en los brazos de alguien; el rostro de un extraño se inclinaba sobre mí y el par de ojos más extraordinarios que jamás hubiera visto miraban fijamente a los míos.

—¿Quién demonios es usted? —pregunté.

Entonces, al identificar a mi visitante no invitado, sin mucha ceremonia me aparté de él. A la luz que se colaba por la puerta del laboratorio vi que Woodville yacía cerca de mí... una figura cruda e inmóvil.

—¿Está muerto? —exclamé—. Percy... ¡Hábleme, amigo!... ¡No ha podido afectarle tanto!

Pero sí le había afectado... tanto que, cuando me incliné sobre él y le miré, el corazón comenzó a latirme fatigosamente rápido ante la idea de que hubiera ocurrido lo peor. El corazón parecía estar parado... el vapor había afectado directamente su músculo cardíaco. Era indispensable reanimarlo para que volviera a funcionar. Sin embargo, mi cerebro estaba en tal estado de aturdimiento que ni siquiera era capaz de pensar en cómo empezar a actuar. Si hubiera estado solo, lo más probable es que Woodville hubiera muerto. Mientras le observaba, sin expresión alguna y sin rumbo, el extraño pasó los brazos por debajo de su cuerpo y se tumbó por entero sobre aquel cuerpo inerte. Tras posar sus labios en los de Percy, pareció insuflar vida de su propio cuerpo al cuerpo del hombre inconsciente. Mientras le observaba atónito, finalmente detecté movimiento en el cuerpo de Percy. Sus extremidades se agitaron, como si le dolieran. Poco a poco, los movimientos se transformaron en convulsiones, hasta que, de repente, se sacudió con tanta fuerza que el extraño rodó por el suelo. Me incliné... para descubrir que el estado en el que se encontraba el joven caballero no era desde luego nada satisfactorio. Había cierta rigidez en los músculos del rostro, una pastosidad en la piel y una desagradable insinuación en la manera en la que los dientes y el blanco de los ojos estaban expuestos, que resultaba inquietante

contemplar.

El extraño debió de detectar lo que en ese momento pasaba por mi mente... algo no muy difícil de ver. Tras señalar a Percy, dijo con su peculiar deje extranjero que, a pesar de lo que hubiera podido parecerme por la mañana, ahora me sonó bastante musical.

—Se pondrá bien.

—No estoy tan seguro.

El extranjero no se dignó a contestar. Estaba arrodillado a un lado de la víctima de la ciencia moderna, y yo al otro. Tras pasar las manos por delante del rostro inconsciente como si fuera un truco de magia, cualquier vestigio de malestar se desvaneció de los rasgos de Percy, y todo parecía indicar que estaba plácidamente dormido.

—¿Lo ha hipnotizado?

—¿Y qué más da?

Si se trataba de un caso de hipnotismo, desde luego que se había realizado con sumo cuidado. Las condiciones eran tan poco usuales y difíciles que el efecto producido era todo lo bueno que se podía esperar. El cambio efectuado en media docena de segundos era asombroso. Comencé a ser consciente de un sentimiento de respeto por el amigo de Paul Lessingham. Su moral tal vez fuera peculiar y tal vez careciera de maneras, pero en este caso, sin duda alguna, el fin parecía haber justificado los medios. El extranjero continuó hablando.

—Ahora duerme. Cuando se despierte no recordará nada de lo que ha pasado. Déjelo... la noche es cálida... todo irá bien.

Como decía él, la noche era cálida... y yo estaba seco. Percy no sufriría daño alguno si le permitía disfrutar durante un rato de la agradable brisa. Así que seguí el consejo del extraño y lo dejé allí tumbado en el patio, mientras yo mantenía una breve conversación con el médico improvisado.

Capítulo 18

LA APOTEOSIS DEL ESCARABAJO

La puerta del laboratorio estaba cerrada. El extraño estaba de pie a unos cincuenta centímetros de esta. Yo estaba dentro de la habitación y le estaba sometiendo a un escrutinio tan escrupuloso como me permitían las circunstancias. Sin duda, él era consciente de mi mirada, y sin embargo desprendía un aire de apatía que sugería una total indiferencia. El tipo era oriental hasta la punta de los dedos... de eso estaba seguro; sin embargo, a pesar de poseer un conocimiento personal bastante amplio sobre los orientales, no estaba seguro de qué parte de Asia procedía. Desde luego no era árabe, no era un fellah... no era, si no me equivocaba, mahometano. Había algo en él que lo diferenciaba claramente de los musulmanes. En cuanto a su apariencia, no es que fuera un ejemplar especialmente agraciado de su raza, cualquiera que fuera. El portentoso tamaño de su nariz picuda habría sido, por sí solo, suficiente para ser condenado por cualquier jurado de belleza. Sus labios eran gruesos y deformes... y esto, unido a la peculiaridad de su apariencia, parecía sugerir que por sus venas corría más de una gota de sangre negra. La peculiaridad a la que he aludido era la apariencia de poseer una edad provecta. Cuando uno le miraba, le venían a la mente leyendas sobre personas que se suponía que habían retenido su vigor intacto tras haber vivido durante siglos. Sin embargo, cuando uno continuaba mirando, comenzaba a preguntarse si realmente era tan viejo como parecía... si, en efecto, era tan excepcionalmente viejo. Los negros, especialmente las negras, suelen envejecer rápidamente. Entre las gentes de color uno encuentra a veces mujeres cuyos rostros parecen haber sido surcados por el paso de los siglos, pero, por cuyas edades reales, en Inglaterra serían consideradas en la flor de la vida. La senilidad del semblante de aquel individuo, además, contradecía la juventud de sus ojos. Ningún hombre realmente viejo tendría unos ojos así. Tenían una forma singular y me recordaban los ojos alargados y facetados de alguna extraña criatura, con cuya apariencia estaba familiarizado, aunque no podía, en ese momento, recordar su nombre. Brillaban no solo con la fuerza del fuego, sino también con el delirio de la juventud. Jamás vi ojos tan extraños como aquellos... Su dueño no podía ser, en ningún sentido de la palabra, una persona sociable. Debido, probablemente, a alguna disposición peculiar del nervio óptico, al cruzarse con su mirada, uno sentía que le atravesaba con ella. Nunca criatura alguna poseyó tantos signos de peligro juntos en un solo rostro. El individuo que tras haberlo contemplado deseara todavía cultivar la amistad con su propietario, solo podría culparse a sí mismo si en breve se desencadenaba el peor de los resultados por frecuentar tan malignas compañías.

Da la casualidad de que yo mismo estoy dotado de una inusual tenacidad visual. Podría, por ejemplo, hacer apartar la mirada a cualquier hombre. Sin embargo,

mientras seguía contemplando a ese individuo, era consciente de que solo gracias a la fuerza de voluntad podía resistir aquel hilo siniestro que parecía estar pasando desde sus ojos a los míos. Tal vez fuera mi imaginación, pero, en ese sentido, no es que yo sea un hombre muy imaginativo y, si lo era, desde luego era una imaginación desagradablemente realista. Podía entender que, en el caso de enfrentarse a un temperamento nervioso o sensible, el tipo pudiera ejercer, mediante esa cualidad tan peculiar de la mirada, una influencia totalmente desastrosa, la cual podía rozar casi lo sobrenatural cuando el sujeto era propicio a esta manifestación de su poder. Si existió una persona dotada del tradicional mal de ojo, en el cual los italianos, entre las naciones modernas, son tan profundos creyentes, esa persona sin duda era él.

Cuando nos hubimos observado el uno al otro durante, me atrevería a decir, al menos cinco minutos, comencé a pensar que ya había tenido suficiente. Así que, para romper el hielo, le formulé una pregunta.

—¿Me permite que le pregunte cómo ha entrado a mi patio?

No contestó con palabras, pero levantó las manos y las bajó con las palmas hacia abajo con un gesto típicamente oriental.

—¿En serio? ¿De veras? El significado de su gesto puede que sea perfectamente diáfano para usted, pero le pediría que me lo tradujera en palabras. De nuevo, le pregunto, ¿cómo ha entrado en el patio?

De nuevo, nada más que el gesto.

—Posiblemente no esté lo suficientemente versado en las maneras y costumbres inglesas para saber que se ha expuesto al sufrimiento y penalidades de la ley. Si ahora llamara a la policía, se encontraría en una situación muy comprometida y, a menos que sepa explicarse un poco mejor, eso es lo que pienso hacer.

Por toda respuesta, el hombre se permitió distorsionar el gesto en lo que podría pretender ser una sonrisa que parecía sugerir un desdén hacia la policía demasiado grande para expresarlo con palabras.

—¿Por qué sonrío...? ¿Cree que ser amenazado con la policía es una broma? No creo que se lo parezca cuando se presenten aquí... ¿Es que ha sido despojado de la capacidad de hablar?

Mostró que no era así, empleándola.

—Todavía poseo la capacidad de hablar.

—Algo es algo. Tal vez, ya que parece que el asunto de cómo entró en mi patio trasero resulta un tanto delicado, podrá decirme por qué entró.

—Usted sabe por qué he venido.

—Discúlpeme si parece que le contradigo rotundamente, pero eso es precisamente lo que no sé.

—Sí lo sabe.

—¿En serio? Entonces, si es así, supongo que está usted aquí por lo que veo a primera vista... para cometer un delito.

—¿Me está llamando ladrón?

—¿Y qué otra cosa puede ser?

—No soy un ladrón. Usted sabe por qué he venido.

Levantó levemente la cabeza. Me miró y sentí que debía entender aquella mirada, pero el significado de esta, en ese momento, se me escapaba por completo. Me encogí de hombros.

—He venido porque usted quería que viniera.

—¡Porque quería que viniera! ¡Caramba! ¡Sublime!

—Durante toda la noche ha querido que viniera... ¿cree que no lo sé? Cuando ella le habló de él y la sangre le hirvió en las venas, cuando él habló y todos le escucharon y usted le odió porque se había ganado el respeto de ella.

Me quedé atónito. O bien quería decir lo que era imposible que pudiera querer decir o... había algún tipo de confusión.

—Hágame caso, amigo, y no intente estafarme... yo mismo estoy versado en ese campo, ya sabe.

En esta ocasión, fui yo el que gané el punto... él se quedó atónito.

—No sé de lo que me habla.

—En ese caso, estamos empatados... yo tampoco sé de lo que usted habla.

Su actitud, para alguien como él, resultaba un tanto pueril e insegura.

—¿Qué es lo que no sabe? ¿No le dije esta mañana que, si quería que viniera, entonces vendría?

—Imagino que recuerdo vagamente algo acerca de su amabilidad al decirme alguna cosa de esa clase, pero... ¿qué significa en la práctica?

—¿Es que no siente por él lo mismo que yo?

—¿Y quién es él?

—Paul Lessingham.

Lo pronunció en voz baja, pero con un grado de rencor, por decirlo suavemente, que revelaba que no le faltaba al menos la voluntad de lastimar al Apóstol.

—Y, dígame, ¿cuál es ese sentimiento que compartimos?

—El odio.

Estaba claro que, para este caballero, odio significaba odio... en el consistente sentido oriental. No me habría sorprendido mucho si la mera pronunciación de esa palabra le hubiera quemado los labios.

—No estoy en absoluto preparado para admitir ese sentimiento que me atribuye, pero, suponiendo que así fuera, ¿qué?

—Los que odian son hermanos.

—Eso, de nuevo, también me costaría admitirlo, pero, por ir un paso más allá, ¿qué tiene todo esto que ver con su presencia en mi casa a estas horas de la noche?

—Usted la ama. —En esta ocasión no le pedí que me dijera a quién se refería; no quería que su nombre quedara mancillado al pasar por sus labios—. Ella le ama a él... eso no está bien. Si lo decide, ella le amará a usted... y eso estará bien.

—Sin duda... Pero dígame, ¿cómo va a tener lugar este desenlace tan

devotamente deseado?

—Ponga su mano en la mía. Diga que lo desea. Y ocurrirá.

Se adelantó un paso y alargó una mano hacia mí. Yo vacilé. Había algo en el comportamiento de aquel tipo que, por lo pronto, me provocaba una fascinación malsana. Recordé entonces algunas historias estúpidas sobre pactos con el demonio. Casi me sentí en presencia de uno de los poderes del mal. Pensé en mi amor por Marjorie... que se había revelado por fin después de todos estos años, en el placer de tenerla entre mis brazos, de sentir la presión de sus labios sobre los míos. Cuando nuestras miradas se cruzaron, los detalles más íntimos de lo que conllevaba la conquista de esta bella dama, ardían en mi cerebro; fogosas visiones estallaban ante mis ojos. ¡Tenerla!... ¡Tan solo tenerla a ella!

¡Cuántas tonterías soltaba aquel hombre por la boca! ¡Qué burdo farol pretendía colarme! Supongamos, solo por seguirle la broma, que posara mi mano en la suya y deseara algo que estaba claro que él sabía. ¿Qué daño podría hacer que pidiera un deseo? Se trataría de una pura pantomima. Él mismo se delataría por su propia boca, porque, sin duda alguna, nada saldría de ella. Entonces, ¿por qué no hacerlo?

Haría lo que me había sugerido y llegaría hasta el final. Ya avanzaba hacia él cuando me paré en seco. No sé por qué. En ese instante mis pensamientos se dispersaron.

¿Qué clase de canalla era para tomar el nombre de una mujer en vano, simplemente por seguirle la broma a una escoria de la tierra como aquel asqueroso vagabundo que tenía frente a mí, y que el nombre de la mujer fuera el de la mujer a la que amaba? Me embargó la ira.

—¡Perro rastrero! —grité.

En ese repentino paso de un estado de ánimo a otro, me invadió el deseo de quitarle la vida a puñetazos. Pero en cuanto me moví en su dirección, en son de guerra y no de paz, él cambió la posición de la mano y la dirigió hacia mí como si me prohibiera avanzar. En cuanto lo hizo, en contra de mi voluntad, me paré en seco... como si unos barrotes de hierro o una pared de acero me impidieran el paso.

En ese momento me quedé atónito y al borde de la estupefacción. Tenía una sensación extraña. Era incapaz de avanzar ni un milímetro más, como si hubiera perdido la movilidad de mis miembros... incluso era incapaz de pensar en intentar avanzar. Al principio solo pude mirar boquiabierto. Finalmente, comencé a sospechar lo que había pasado.

El malandrín casi había logrado hipnotizarme.

¡Y que le ocurriera esto a un hombre de mi clase en ese momento de mi vida! Un escalofrío me recorrió la espalda... ¡qué habría podido pasar si no me hubiera parado a tiempo! Qué trucos podría haber estado dispuesta a utilizar una criatura de tal naturaleza. Era la vieja historia del peligro de jugar con objetos punzantes; yo había cometido el peligroso error de infravalorar la fuerza del enemigo. Evidentemente, a su manera, el tipo era algo fuera de lo común.

Creo que incluso entonces él pensaba que me tenía en sus manos. Cuando me di la vuelta y me apoyé en la mesa que tenía a mis espaldas, me pareció que tembló levemente... como si aquella prueba de que yo todavía estaba en posesión de mis facultades le resultara totalmente inesperada. Me quedé en silencio y tardé varios segundos en recuperarme de la impresión de descubrir el peligro al que había estado expuesto. Entonces tomé la decisión de intentar hacer algo que me permitiera estar en igualdad de condiciones con un caballero de tantos talentos.

—Hágame caso, amigo mío, y no intente colármela otra vez.

—No sé de qué me habla.

—No me mienta, o haré que arda hasta que solo queden sus cenizas.

Detrás de mí había una máquina eléctrica que producía una chispa de cuarenta y cinco centímetros. Se accionaba con una palanca situada en la mesa a la que podía llegar fácilmente desde donde estaba sentado. Mientras hablaba le ofrecí al visitante una pequeña exhibición de la electricidad. El cambio en su semblante me resultó divertido. Se conmovió aterrado. Se inclinó realizando un gesto de respeto.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! ¡Tenga piedad, oh mi señor!

—Entonces, tenga cuidado, eso es todo. Tal vez se crea una especie de mago, pero resulta que, desafortunadamente para usted, yo mismo tengo algunos conocimientos al respecto, tal vez sea incluso mejor en este juego que usted. Especialmente porque se ha aventurado a entrar en mi fortaleza, que contiene la magia suficiente para dejar a cien mil como usted a la altura del betún.

Bajé una botella de una estantería y vertí un par de gotas de su contenido en el suelo. Inmediatamente, las llamas prendieron, acompañadas por unos vapores cegadores. Era una demostración lo suficientemente simple de una de las cualidades del bromuro de fósforo, pero el efecto en mi visitante fue tan sorprendente como inesperado. Si tuviera que dar crédito a lo que vieron mis ojos, aquel hombre desapareció en el mismo instante en que dejó escapar un grito de terror; no había nada que indicara cómo, ni por qué, ni adónde había ido... en el lugar donde había estado parecía haber una especie de objeto borroso en un estado de frenética agitación sobre el suelo. El vapor fosforescente me confundía la visión; de repente, me pareció que las luces bajaban de intensidad; antes de que pudiera pensar en ir a ver si había algo allí y, si era así, comprobar de qué se trataba, las llamas desaparecieron, el hombre reapareció y, postrado sobre sus rodillas, se inclinaba en una actitud de terror abyecto.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! —lloriqueó—. ¡Le suplico, mi señor, que me acepte como esclavo!

—¡Será mi esclavo! —Resultaba difícil saber quién se sentía más agitado en ese instante, si él o yo, pero yo al menos no dejé entrever mis sentimientos tan claramente como él—. ¡Póngase de pie!

Se puso de pie. Mientras lo hacía le observé con un interés que se me antojó marcadamente nuevo y original. No estaba seguro de si había sido víctima de alguna

suerte de espejismo. Era increíble pensar que podía haber desaparecido tal como aparentemente lo había hecho... era algo tan inverosímil que perfectamente podría haberme imaginado su desaparición. Si era un truco, no tenía ni la menor idea de cómo lo había llevado a cabo, y si no era un truco, entonces, ¿qué era? ¿Una nueva maravilla de la ciencia? ¿Podría él aportarme tantos conocimientos de la naturaleza de las fuerzas ocultas como yo a él?

Mientras tanto, él permanecía en una actitud de total sumisión, con la mirada baja y las manos cruzadas sobre el pecho. Decidí interrogarle:

—Voy a formularle algunas preguntas. Si las contesta rápida y sinceramente, no tendrá problemas. De lo contrario, será mejor que se prepare.

—Pregúnteme, oh, mi señor.

—¿Cuál es la naturaleza de sus objeciones al señor Lessingham?

—La venganza.

—¿Y qué le ha hecho para que quiera vengarse?

—Es una venganza por sangre inocente.

—¿A qué se refiere?

—Sus manos están manchadas con la sangre de mi gente. Y esta clama venganza.

—¿A quién ha matado?

—Eso, mi señor, queda para mí... y para él.

—Comprendo... ¿Debo entender entonces que prefiere no contestarme y que voy a tener que usar de nuevo mi... magia?

Ví cómo temblaba.

—Mi señor, ha derramado la sangre de la que yació sobre su pecho.

Dudé. Lo que decía parecía estar lo suficientemente claro. Tal vez era mejor no intentar ahondar en más detalles. Las palabras apuntaban hacia algo que cortésmente podría ser denominado como un Romance Oriental... aunque era difícil imaginar al Apóstol como el héroe de tal trama. Era el viejo cuento vuelto a contar, que en la vida de todo hombre siempre hay un pasado, que es precisamente en los casos más improbables en los que se dan los pasados más oscuros. ¿Qué haría ese petimetre de opereta, la Conciencia Inconformista, si tal historia fuera proclamada a los cuatro vientos? ¿No se derrumbaría Paul como un castillo de naipes?

—«Derramar sangre» es una figura retórica; bella, tal vez, pero ambigua. Si quiere decir que el señor Lessingham ha matado a alguien, su venganza más segura y efectiva sería acudir a la ley.

—¿Y qué tiene que ver la ley inglesa conmigo?

—Si puede probar que es culpable de asesinato, tendría mucho que ver con usted. Le aseguro que, en cualquier caso y en cualquier sentido, la ley de los ingleses no hace distinción entre las personas. Si se demostrara que es culpable, ahorcarían a Paul Lessingham con tanta indiferencia y alegría como ahorcarían a Bill Brown.

—¿Es eso cierto?

—Es cierto, como podría fácilmente comprobar para su total satisfacción si así lo

desea.

Había levantado la cabeza y miraba algo que parecía estar delante de él con un destello maléfico en sus sensibles y desagradables ojos.

—¿Y sería deshonorado?

—Y tanto que sería deshonorado.

—¿Ante todos los hombres?

—Ante todos los hombres... y, créame, ante todas las mujeres también.

—¿Y le ahorcarían?

—Si se demostrara su culpabilidad por asesinato premeditado, sí.

Su rostro repugnante se iluminó con una especie de exultación diabólica que todavía lo hacía más repugnante. Al parecer, yo le había ofrecido una alternativa que le complacía sumamente.

—Tal vez lo haga al final... ¡al final! —Abrió los ojos desorbitadamente y luego los cerró con fuerza, como si quisiera regodearse en la imagen que dibujaba su mente. Luego volvió a abrirlos—. Mientras tanto, me vengaré a mi manera. Él ya sabe que el vengador le acecha, tiene buenas razones para saberlo. Y a lo largo de los días y las noches, esa certeza seguirá con él, y será para él tan amarga como la muerte... ah, sí, muchas muertes. Porque sabrá que no hay salida y que para él ya no habrá más días de sol, y que el terror le acompañará noche y día, al levantarse y al acostarse, y allá donde mire, allá estará... ¡Pero, escuche, el principal ingrediente de mi venganza es que, aunque él esté muy seguro de que los días que vive son días de muerte, sin embargo, también sabrá que LA MUERTE, LA GRAN MUERTE, se acerca... poco a poco... y que caerá sobre él... cuando yo así lo desee!

El tipo se expresaba como un demente inspirado. Si decía en serio la mitad de todo aquello (¡y, si no era así, sus miradas y tonos de voz le contradecían!), entonces el señor Lessingham parecía tener un futuro de lo más prometedor... y, también, tal como estaban las cosas, Marjorie. Fue esta última reflexión la que hizo que me detuviera. O bien el propio Lessingham o alguien actuando en su nombre debían deshacerse de aquel fanático blasfemo... y, en cuanto a su capacidad de causar daño, sus grandilocuentes palabras no eran más que frases vacías, o bien Marjorie tendría que ser alertada de que había al menos una faceta en la vida de su pretendiente que, a no ser que fuera demasiado tarde, era aconsejable investigar. No quería ni pensar en permitir que Marjorie uniera irremediabilmente su sino al del Apóstol sin ser consciente de que él era, a todos los efectos, un hombre acosado.

—Está usando frases muy largas.

Mis palabras enfriaron la sangre caliente del hombre. De nuevo, bajó la mirada y cruzó las manos sobre el pecho.

—Ansío el perdón de mi señor. Mi herida permanecerá siempre abierta.

—A propósito, ¿cuál era la historia secreta, esta mañana, de ese pequeño incidente de la cucaracha?

Levantó rápidamente la mirada.

—¿Cucaracha?... No sé de qué me habla.

—Bueno... ¿era un escarabajo entonces?

—¡Un escarabajo!

Parecía como si de repente hubiera perdido la voz... esta última palabra la susurró.

—Cuando se fue encontré en una hoja de papel un dibujo magníficamente realizado de un escarabajo, el cual, supongo, debe de haber dejado usted... El *Scaraboeus sacer*, ¿verdad?

—No sé de qué me habla.

—Su descubrimiento pareció provocar un efecto de lo más curioso en el señor Lessingham. Dígame, ¿por qué?

—No sé nada.

—Oh, sí sabe... y antes de que se vaya tengo intención de saberlo yo también.

El hombre temblaba y miraba a un lado y a otro revelando una profunda inquietud. Esto me confirmó que había algo en el antiguo escarabajo, que figura en tantos ignotos laberintos de la mitología egipcia, y en el efecto que la simple visión de sus jeroglíficos (porque el dibujo se asemejaba a algo similar) había tenido en un receptor tan experimentado como Paul Lessingham, que sin duda valía la pena investigar... La actitud del hombre cuando volví a abordar el tema lo atestiguaba. Tomé la determinación de que si era posible indagaría en el asunto a fondo, en ese momento y lugar.

—Escúcheme, amigo. Soy un hombre directo y hablo sin rodeos... es una afición que tengo. Me dará la información que necesito, y rápido, o le lanzaré mi magia... en cuyo caso creo bastante probable que sea usted quien salga peor parado.

Alargué el brazo hacia la palanca y volvió a iniciarse la exhibición de electricidad. Inmediatamente, se duplicaron sus temblores.

—Mi señor, no sé de lo que me habla.

—No me venga con mentiras... Dígame por qué, al ver aquella cosa en la hoja de papel, Paul Lessingham se puso blanco.

—Pregúntele a él, mi señor.

—Probablemente, lo haga más tarde. Mientras tanto, le pregunto a usted. Responda... o prepárese para lo peor.

La demostración de electricidad continuaba. Él la miraba aterrado y deseando que cesara. Como si se avergonzara de su cobardía, de repente hizo un último y desesperado intento de sacar el mejor provecho de su miedo... y le salió mejor de lo que yo hubiera esperado o deseado. Se levantó con lo que, en él, podría considerarse un cierto aire de dignidad.

—¡Soy un hijo de Isis!

Me sorprendió que realizara esta afirmación, no porque me impresionara, sino por la forma en la que había logrado elevar su propia moral.

—¿Lo es? En ese caso, me temo que no me veo capaz de felicitar a la dama por

su vástago.

Cuando dije esto, en su voz escuché un tono que no había detectado antes.

—¡Silencio! ¡No sabe de lo que habla! Le advierto, al igual que advertí a Paul Lessingham, tenga cuidado de no ir demasiado lejos. No sea como él... hágame caso.

—¿Y con qué tengo que tener cuidado... con el escarabajo?

—¡Sí... el escarabajo!

Si estuviera bajo juramento y esta declaración se realizara en presencia de testigos, digamos, en el bufete de un procurador, enfrentado a penalidades y sufrimientos, creo que en este punto dejaría el resto de papeles en blanco. Nadie quiere considerarse a sí mismo idiota, o reconocer que alguna vez lo fue... y desde entonces me he estado preguntando si, en esa ocasión, aquel «hijo de Isis» me estaba tomando por un idiota o no. Que su actuación fue lo suficientemente realista en aquel momento, solo Dios lo sabe. Pero, a medida que va alejándose con el paso del tiempo, me pregunto cada vez más convencido si, después de todo, no fue simplemente un inteligente truco de magia... un truco de magia de una inteligencia sobrehumana, incluso, pero solo eso y nada más. Y si fue algo más que un truco de magia, ¡entonces, mejor que mejor! Hay bastante más en el cielo y en la tierra de lo que jamás ha imaginado nuestra filosofía. La mera posibilidad abre nuevas dimensiones que la mente sana teme contemplar.

Pero como no estoy bajo juramento, y aunque no logre transmitirlo con toda la exactitud verbal necesaria, no debo temer que la maquinaria de la ley se vuelva contra mí, lo que aparentemente ocurrió fue lo siguiente.

Él estaba a unos tres metros de donde yo me encontraba, apoyado en el borde de la mesa. La luz estaba encendida, así que sería difícil suponer que pudiera equivocarme acerca de lo que ocurría delante de mí. Cuando me contestó repitiendo mi alusión burlona al escarabajo, desapareció o, más bien, lo vi adoptar una forma diferente ante mis ojos. Sus ropajes sueltos cayeron de su cuerpo y, en el mismo instante en el que caían, manó de ellos, o pareció manar, una criatura monstruosa con apariencia de escarabajo... y el hombre se esfumó. Me gustaría ser claro en el asunto del tamaño de aquella criatura. Cuando la vi al principio, me pareció que era igual de grande que el hombre, y que estaba, de alguna manera, erguida sobre un extremo y con las patas apuntando hacia mí. Pero, en cuanto apareció, comenzó a menguar y lo hizo a tal velocidad que, en un par de segundos como mucho, tan solo quedaba un ovillo de ropas en el suelo, sobre las que había un ejemplar verdaderamente asombroso de *coleóptero*. Parecía ser un escarabajo. Medía, tal vez, unos dieciocho centímetros de alto y unos treinta centímetros de largo. Sus élitros eran de un brillante verde dorado. Podía ver claramente dónde estaban plegadas las alas por el costado y, al agitarse levemente, tuve la impresión de que en cualquier momento las vería desplegarse y que la criatura saldría volando de allí.

Me quedé tan perplejo (¿y quién no lo habría estado?) que permanecí en un estado de casi total estupefacción durante un tiempo considerable. No podía hacer

nada más que mirar. Conocía las legendarias transmigraciones de Isis y la historia del escarabajo que sale del útero de la mujer durante toda la eternidad, y todos los demás hermosos cuentos, pero esto que estaba presenciando yo mismo era algo nuevo, incluso en las leyendas. Si el hombre, con el cual acababa de hablar, se había evaporado, ¿dónde había ido? Si esta criatura reluciente estaba allí, en su lugar, ¿cómo había llegado hasta allí?

Aunque debo decir que, tras la primera sorpresa, fui capaz de mantener la calma. Me sentía como debe de sentirse un investigador que ha realizado fortuitamente uno de esos asombrosos descubrimientos que hacen época. Era consciente de que tendría que emplear con más eficacia mis facultades mentales si quería sacar el mayor provecho de un accidente tan sorprendente. Mantuve la mirada clavada en la criatura con la idea de fotografiarla en mi cerebro. Creo que si es posible realizar una impresión a partir de la retina (lo cual, sin duda, será posible algún día), uno puede obtener una imagen perfecta de lo que ha visto. Más allá de toda duda, se trataba de un ejemplar de lamelicornia, un *coleóptero*. Con la sola excepción de su monstruoso tamaño, estas eran sus características a primera vista: el cuerpo convexo, la cabeza grande, el clipeo protuberante. Además, su suave cabeza y tórax parecían sugerir que era una hembra. E igualmente sin duda alguna, a excepción del tamaño, también mostraba unos rasgos inusuales. Los ojos no solo destacaban llamativamente, además brillaban como si estuvieran iluminados con unas llamas interiores... de una manera indescriptible que me recordaba a mi visitante desaparecido. El colorido era soberbio y la criatura parecía tener la facultad camaleónica de intensificar o atenuar los tonos a voluntad. Y uno de sus rasgos más curiosos era su agitación. Estaba en un estado continuo de agitación y, como si le afectara mi observación, cuanto más la observaba, mayor era su agitación. Como he dicho, tenía la impresión de que en cualquier momento levantaría el vuelo y se pondría a volar en círculos por el aire.

Durante todo el tiempo me debatía en cuanto a los medios que podría emplear para capturarlo. Pensé en matarlo y, visto lo visto, más me valdría haber intentado acabar con aquello... había docenas de objetos al alcance de mi mano, y cualquiera de ellos habría dañado gravemente su cuerpo, pero, en el calor del momento, el único método de atraparlo vivo que se me ocurrió fue colocar sobre él un bote que había contenido cal sodada. El bote se encontraba en el suelo a mi izquierda. Me acerqué a él, tan disimuladamente como pude y manteniendo la mirada en aquella brillante maravilla en todo momento. En cuanto me moví, su agitación aumentó visiblemente... era, por decirlo de alguna manera, un remolino de *temblores*; centelleaba como si sus élitros coloreados fueran prismas y comenzó a desplegar las alas como si finalmente hubiera decidido utilizarlas. Tras recoger el bote y quitarle la tapa, di un salto hacia la víctima. Abrió las alas de par en par, obviamente a punto de elevarse; pero ya era demasiado tarde. Antes de que despegara del suelo, el bote metálico ya estaba sobre él.

Pero tan solo permaneció encima durante un segundo. Con las prisas, me tropecé

y, al intentar evitar caerme y golpearme la cara con el suelo, me vi obligado a soltar el bote. Antes de que pudiera recuperarlo, el bote salió volando y, mientras me encontraba aún parcialmente tumbado, a unos cincuenta centímetros de mí, aquel escarabajo se hinchó más y más hasta alcanzar sus portentosas dimensiones del principio, cuando, aparentemente, quedó envuelto por una forma humana, en menos de un segundo, y allí frente a mí apareció desnudo desde la cabeza hasta los dedos de los pies mi versátil amigo oriental. Y un hecho sorprendente que reveló su desnudez... es que yo había estado enormemente equivocado en la cuestión de su sexo. Mi visitante no era un hombre, sino una mujer y, a juzgar por la fugaz visión que tuve de su cuerpo, en absoluto deforme o vieja.

Si aquella transformación no era desconcertante, entonces es que dos y dos son cinco. Hasta el científico más sensato habría perdido temporalmente su estabilidad mental al presenciar un cambio tan rápido como ese a tan solo un palmo o dos de sus narices. No solo estaba aturdido, también me había quedado sin aliento... solo podía jadear. Y mientras miraba boquiabierto, la mujer, tras inclinarse y recoger sus ropajes, comenzó a colocárselos de cierta manera y, también, a escabullirse hacia la puerta que daba al patio. Cuando observé esta última maniobra, estuve hasta cierto punto a la altura de las circunstancias. Salté y corrí veloz para detener su huida.

—¡Deténgase! —grité.

Pero ella se marchó demasiado rápido para mí. Antes de que pudiera alcanzarla, ya había abierto la puerta y había salido... y más aún, me había dado con la puerta en las narices. En mi estado de nerviosismo, forcejeé con el pomo. Cuando por fin llegué al patio, ella se había esfumado. Me pareció ver una figura desapareciendo por el muro en el otro extremo y me dirigí hacia allí tan rápido como pude. Escalé el muro, miré a un lado y a otro, pero no se veía nada ni a nadie. Agucé el oído esperando escuchar pasos alejándose, pero reinaba el silencio. Aparentemente, tenía el barrio a mi total disposición. Mi visitante había desaparecido. Y presentí que el tiempo que empleara en perseguirla sería tiempo malgastado.

Cuando atravesé el patio de regreso, Woodville, que todavía descansaba bajo el ancho toldo del cielo, se incorporó. Por lo visto, al acercarme le había sacado de su sueño. Cuando me vio, se frotó los ojos, bostezó y parpadeó.

—Vaya —exclamó, y con razón—, ¿dónde estoy?

—Está en tierra santa, o tierra embrujada... ¡que me cuelguen si sé en cuál de las dos! Pero ahí es donde se encuentra, mi joven amigo.

—¡Por Jehová... me siento raro! Tengo dolor de cabeza, ¿sabe?

—No me sorprendería en absoluto de nada que pueda tener, o no tener... ya soy incapaz de sorprenderme por nada. Lo que necesita es un trago de whisky... y yo también... ¡por amor de Dios, pero no me eche uno de sus tragos! ¡Yo soy más de tomarme al menos una botella!

Pasé el brazo por el suyo y le conduje al laboratorio. Y, cuando estuvimos dentro, cerré la puerta con llave y eché la cancela.

Capítulo 19

LA DAMA SE ENFURECE

Dora Grayling estaba en la puerta.

—Le dije a su sirviente que no hacía falta que me acompañara... he venido sin mi tía. Espero no molestar.

Pero así era... por desgracia, y estuve a punto de decírselo. Entró en la habitación, con ojos brillantes y con un semblante radiante y feliz... esa clase de aspecto que hace que incluso una joven no muy agraciada resulte atractiva.

—¿Molesto? Creo que sí.

Me ofreció la mano cuando aún se encontraba a unos pasos de mí y, cuando vio que no me abalanzaba rápidamente para tomársela, sacudió la cabeza y frunció los labios.

—¿Qué le ocurre? ¿No se encuentra bien?

Yo no me encontraba bien... nada bien. Estaba todo lo mal que puede uno sentirse sin llegar a estar enfermo, y cualquier persona con sentido común lo habría detectado a primera vista. Al mismo tiempo, no tenía intención de admitir algo así ante ella.

—Gracias... Estoy perfectamente bien.

—Entonces, si yo fuera usted, me esforzaría por estar imperfectamente bien; un poco de imperfección en ese sentido podría favorecerle.

—Me temo que soy de esas personas que jamás resultan favorecidas... ¿no se lo comenté ayer noche?

—Creo que dijo algo al respecto... está muy bien que lo recuerde. ¿Ha olvidado alguna cosa más de las que dijo ayer noche?

—No puede esperar que mantenga frescas en mi memoria todas las tonterías que salen por mi boca.

—Gracias... Ya he tenido suficiente. Buenos días.

Se volvió como si fuera a irse.

—¡Señorita Grayling!

—¿Señor Atherton?

—¿Qué ocurre? ¿Qué he dicho ahora?

—Ayer noche usted me invitó a venir a verle por la mañana... ¿es esa una de las tonterías que salieron por su boca?

La realidad era que se me había olvidado por completo, y mi expresión me delató.

—¿Lo había olvidado? —Las mejillas se le encendieron y los ojos echaron chispas—. Le pido que disculpe mi estupidez por no entender que se trataba de una de esas invitaciones lanzadas alegremente, pero sin intención de que sean recogidas.

Ya estaba a medio camino de la puerta antes de que pudiera detenerla... tuve que

sujetarla por el hombro para hacerlo.

—¡Señorita Grayling! No sea tan dura conmigo.

—Supongo que lo soy... ¿Hay algo más duro que te interrumpa una visita no deseada e inesperada?

—Y ahora está siendo aún más dura. Si supiera por lo que he pasado desde nuestra conversación de ayer noche, aun siendo una mujer dura, se apiadaría de mí.

—¿En serio? ¿Qué le ha pasado?

Vacilé. No tenía intención de contarle lo que realmente había sucedido. Entre otras cosas, no deseaba parecer aún más loco de lo que debo admitir que estoy... y carecía de la suficiente capacidad de verosimilitud para improvisar alguna historia creíble acerca de las andanzas de mi visitante de medianoche que pudiera indicar que el narrador estaba en sus cabales. Así que me defendí con evasivas... o, al menos, lo intenté.

—Para empezar... No he dormido nada.

Y no lo había hecho... no había pegado ojo. Cuando me metí en la cama, «permanecí toda la noche sufriendo horriblemente» por la peor de las pesadillas: la pesadilla del hombre que está totalmente despierto. Ante mis ojos febriles aparecía la extraña figura de aquella Cosa Innombrable. En muchas ocasiones me he sonreído al escuchar historias de personas hechizadas... y ahora yo era una de ellas. Y no me hizo sentir mejor el pensar en que si al menos hubiera mantenido la actitud normal del observador científico, con casi toda probabilidad habría podido resolver el misterio de mi amigo oriental, y que podría tener un ejemplar del orden de los coleópteros ensartado —¡con una aguja enorme!— en un trozo —¡un trozo monstruoso!— de corcho. Me mortificaba pensar que él y yo habíamos estado representando tan solo una burda pantomima... un juego en el que la civilización demostraba una vez más haber fracasado.

Era imposible que ella pudiera ver todo aquello en mi rostro; pero vio algo... porque su mirada se ablandó.

—Sí que parece cansado... —Parecía estar reflexionando sobre cuál podría ser la causa—. Se ha estado preocupando por alguna cosa. —Eché un vistazo por el amplio laboratorio—. ¿Ha pasado toda la noche en esta... cueva de hechicero?

—Casi toda.

—¡Oh!

El monosílabo, al pronunciarlo, se llenó de significado. Sin que le ofreciera asiento, se acomodó en un sillón, un viejo mueble de piel de zapa, que podría haber alojado a una docena como ella. Se la veía tímida y algo coqueta, como un agradable souvenir, vivo y un poco actualizado, de las mujeres antiguas. Sus ojos gris perla parecían percibir muchas cosas que se esforzaba por no mostrar.

—¿Cómo es que se olvidó de que me había pedido venir? ¿Es que no lo dijo en serio?

—Por supuesto que lo dije en serio.

—Entonces, ¿cómo es que se olvidó?

—No lo olvidé.

—No me mienta... Algo pasa... dígame lo que es. ¿Tal vez he llegado demasiado pronto?

—En absoluto, nunca podría llegar demasiado pronto.

—Gracias... Cuando haga un cumplido, incluso uno tan claro como ese, de vez en cuando debería al menos mostrar que lo dice en serio. Es pronto, sé que es pronto, pero después quiero que venga a comer. Le dije a mi tía que le llevaría conmigo a casa.

—Es más buena conmigo de lo que realmente merezco.

—Tal vez... —Su voz adoptó un tono casi lastimero—. Creo que, para algunos hombres, las mujeres son más buenas de lo que realmente merecen. No sé por qué. Supongo que les agrada. Es extraño. —Ahora adoptó otra entonación más seca—. ¿Es que ha olvidado para qué he venido?

—Ni una sola coma... no soy tan bruto como lo que aparento. Ha venido a ver una demostración de esa agradable afición mía de masacrar a mis congéneres. El hecho es que, justamente ahora, no estoy con ánimo para ello... ya he hecho suficientes demostraciones.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, para empezar, he matado al gato de Lessingham.

—¿El gato del señor Lessingham?

—Y luego, casi mato a Percy Woodville.

—¡Señor Atherton! Ojalá no hablara de esa manera.

—Es un hecho. Fue un accidente... y si no hubiera ocurrido un milagro, yo mismo estaría muerto.

—Ojalá no tuviera usted nada que ver con ese tipo de cosas... las detesto.

La miré.

—¿Las detesta? Pensé que había venido a ver una demostración.

—Pero, dígame, ¿cuál era su idea de una demostración?

—Bueno, al menos tendría que sacrificar otro gato.

—¿Y cree que yo me hubiera quedado sentada mientras se sacrifica un gato en aras de mi... aprendizaje?

—No habría sido necesario un gato, pero algo tendría que ser sacrificado... ¿Cómo se puede hacer una demostración de las capacidades letales de un arma de ese tipo sin hacer algo así?

—¿Cómo es posible que piense que vine aquí para ver un asesinato?

—Entonces, ¿para qué vino?

No sé qué pudo sorprenderla de la pregunta que le formulaba, pero en cuanto la pronuncié se puso roja de ira.

—Porque fui una idiota.

Me quedé perplejo. O bien ella se había levantado con el pie torcido, o yo... o los

dos. Y allí estaba ella, atacándome a brazo partido, por lo que yo podía ver, por absolutamente nada.

—Le agrada mostrarse irónica a mi costa.

—Jamás me atrevería. Usted lo detectaría dolorosamente rápido.

No tenía ánimo para más juegos de palabras. Me aparté un poco de ella. Inmediatamente se acercó a mí por detrás.

—¿Señor Atherton?

—Señorita Grayling.

—¿Está enfadado conmigo?

—¿Y por qué debería estarlo? Si le agrada reírse de mi estupidez, tiene todo el derecho a hacerlo.

—Pero usted no es estúpido.

—¿No?... Ni usted irónica.

—Usted no es estúpido... sabe que no es estúpido; fue una idiotez por mi parte fingir que lo decía en serio.

—Le agradezco que lo diga. Pero me temo que he sido un pésimo anfitrión. Aunque no quiera ver una demostración, tal vez haya otras cosas que puedan interesarle.

—¿Por qué me hace esos constantes desaires?

—¡Que la desairo!

—Siempre lo hace... lo sabe. A veces, me parece que le odio.

—¡Señorita Grayling!

—¡Le odio! ¡Le odio! ¡Le odio!

—Después de todo, es normal.

—Así es como me habla, como si fuera una niña y usted fuera... oh, no sé qué. Bueno, señor Atherton, lamento verme obligada a dejarle. He disfrutado mucho de la visita. Solo espero no haberle interrumpido demasiado.

Salió haciendo aspavientos —«aspavientos» es la única palabra apropiada— de la habitación antes de que pudiera pararla. La alcancé en el pasillo.

—Señorita Grayling. Le suplico...

—Por favor, no me suplique, señor Atherton. —Erguida con el cuerpo rígido se volvió hacia mí—. Prefiero ir sola a la puerta, igual que he entrado sola, pero, si no es posible, ¿podría pedirle que no me hable de camino hasta la calle?

La insinuación fue lo suficientemente clara, incluso para mí. La acompañé por el vestíbulo sin pronunciar una sola palabra... En total silencio, se sacudió el polvo de mi morada de los pies.

La había liado parda. Tuve la certeza mientras permanecía en lo alto de la escalera y la veía marcharse... y ella se alejaba a seis kilómetros por hora; ni siquiera me había atrevido a pedirle que me dejara parar un cabriolé.

Estaba comenzando a pensar que era un caso en que echar una cabezadita podría ser, como mínimo, aconsejable... y cuando justamente estaba regresando a casa con

la intención de ponerme el pijama, un coche se detuvo allí y el viejo Lindon bajó de él.

Capítulo 20

UN PADRE PESADO

El señor Lindon estaba nervioso... no hay duda alguna de cuando lo está, porque ese nerviosismo hace que sude, y en cuanto salió del coche que había tomado se quitó el sombrero y se puso a secar el forro interior.

—Atherton, quiero hablar con usted, en concreto, y en algún lugar privado.

Le llevé a mi laboratorio. Tengo por norma no llevar a nadie allí; es un lugar de trabajo, no un salón de recreo... es un lugar privado; pero, últimamente, mis normas se están convirtiendo en papel mojado. En cuanto estuvo dentro, Lindon comenzó a bufar y sudar, mientras se secaba la frente y sacaba pecho como si se sintiera oprimido por su propia importancia. Luego habló con el tono más alto posible... y la suya no es que sea una voz grave.

—Atherton, siempre le he tenido por un hombre sensato, un hombre del cual se puede esperar un buen consejo cuando es más necesario.

—Eso también es muy amable de su parte.

—Y, por lo tanto, no me disculparé por recurrir a usted para... para lo que podría ser considerado como... como una crisis estrictamente doméstica, en un momento del devenir de los Lindon en el que la delicadeza y el sentido común son... esenciales.

En esta ocasión me limité a asentir. Ya había adivinado lo que iba a decirme; de alguna manera, cuando estoy con un hombre me siento con la cabeza mucho más clara que cuando estoy con una mujer, estoy mucho más seguro sobre el terreno que piso.

—¿Qué sabe del tal Lessingham?

Sabía que lo preguntaría.

—Lo que todo el mundo sabe.

—¿Y qué sabe todo el mundo de él? ¡Eso es lo que le pregunto! Que es un prepotente y convincente oportunista político con un cerebro de mosquito... eso es lo que todo el mundo sabe de él. Que es un aventurero político; que busca una notoriedad precaria y delictiva manipulando las debilidades de sus compatriotas. Que carece de toda decencia, que está desprovisto de principios y es impermeable a cualquier sentimiento propio de un caballero. ¿Qué sabe de él aparte de todo esto?

—No creo poder admitir que sé todo eso.

—¡Oh, sí lo sabe! ¡No diga tonterías! ¡Ha decidido proteger a ese individuo! Digo lo que pienso... siempre lo he dicho y siempre lo diré. ¿Qué sabe de él más allá de la política, sobre su familia y su vida privada?

—Bueno... no mucho.

—¡Claro, cómo lo va a saber! ¡Al igual que no lo sabe nadie más! ¡Ese hombre es una ostra... o una almeja, más bien! Debió de brotar en una sola noche,

aparentemente en alguna sucia acequia. Caramba, señor, no solo carece de la sabiduría común, ni siquiera posee los más burdos rudimentos de las buenas maneras.

Se había acalorado tanto que su semblante mostraba una variedad no muy agradable de rojos y morados. Se apoltronó en un sillón, se abrió el abrigo, así como los brazos, y tomó de nuevo la palabra.

—La familia de los Lindon, en estos momentos, está representada por una... joven dama... mi hija, señor. Ella me representa y su deber es hacerlo adecuadamente... ¡adecuadamente, señor! Y, lo que es más, entre nosotros dos, señor, también es su deber casarse. Las propiedades que poseo son mías y no querría bajo ningún concepto que cayeran en manos de mis malditos hermanos. Son unos idiotas y... no me representan en ningún sentido de la palabra. Mi hija, señor, puede casarse con quien desee... ¡con quien desee! No hay nadie en Inglaterra, noble o plebeyo, que no considerara un honor tenerla por esposa... y así se lo he dicho a ella, sí señor, se lo he dicho, aunque usted... ¿usted no cree que, de todas las personas del mundo, ella sería la que más debiera saberlo? Sin embargo, ¿qué cree que hace? ¡De hecho, persiste en lo que no puedo evitar ya considerar su compromiso con el tal Lessingham!

—¡No!

—¡Pues yo le digo que sí! Y ojalá no fuera cierto. Le... le he advertido acerca de ese canalla en más de una ocasión; le... le he dicho que corte con él por lo sano. Y, sin embargo, como... como ya ha visto usted mismo, ayer noche, delante de toda la Cámara de los Comunes, después de esa sarta de tonterías que soltó durante su discurso, en el cual no puso ni una gota de sentimiento, ni una sola idea que... que pudiera sostenerse, ella sin pensárselo dos veces se marchó con él, de la manera más ostentosa y... y descarada, de... de su brazo, y... y no dudó en hacer un desaire a su padre. Es algo monstruoso que un padre... ¡un padre!... tenga que verse sometido a un trato semejante por su vástago.

El pobre hombre se secó la frente con el pañuelo del bolsillo.

—Cuando llegué a casa, le dije lo que pensaba de ella, se lo juro, y le dije también lo... lo que pensaba de él. Y no tuve ningún miramiento. Hay ocasiones en las que es necesario hablar claro, y esta era una de ellas. Le prohibí expresamente hablar con ese fulano nunca más, o saludarle si se lo encontraba por la calle. Le indiqué, con total franqueza, que el individuo era un crápula infernal... ¡eso y solo eso!... y que tan solo traería la deshonra a quienquiera que entrara en contacto con él, incluso con la punta de un palo... ¿Y qué cree que me dijo?

—Le prometió obedecerle, sin duda alguna.

—¿Eso cree, señor? ¡Por Dios, eso cree! ¡Eso demuestra lo mucho que la conoce! Ella dijo, y, por Dios, por su actitud y por la manera en la que habló, uno... uno habría pensado que ella era el padre y yo el hijo... Dijo que yo... yo la había disgustado, que la había decepcionado, que los tiempos habían cambiado... sí, señor, ¡dijo que los tiempos han cambiado!... que hoy los padres ya no son autócratas

rusos... no, señor, ¡nada de autócratas rusos! Que lamentaba mucho no poder obedecerme... sí, señor, así es como lo expresó; que lamentaba mucho no poder obedecerme, pero que quedaba totalmente fuera de cuestión que ella pusiera punto final a una amistad que tanto valoraba, simplemente por culpa de mis absurdos prejuicios... y... y... y, en resumen, ella... ¡ella me mandó al diablo, señor!

—Y usted...

Estuve a punto de preguntarle si él se fue al diablo, pero me reprimí a tiempo.

—Analicemos la cuestión como hombres de mundo. ¿Qué tiene en contra de Lessingham, aparte de su ideología política?

—Eso es todo... no sé nada más.

—Y, en cierto sentido, ¿eso no le favorece?

—No sé cómo puede pensar eso. No... no me importa decirle que he... he realizado algunas pesquisas. No lleva en la Cámara ni seis años... este es su segundo curso parlamentario... ha aparecido como un conejo de la chistera. Su primera circunscripción fue Harwick... y todavía lo tienen, ¡y que les aproveche! Pero nadie parece tener ni la menor idea de cómo llegó a lograr el puesto... o quién, o qué o dónde estaba antes de presentarse aquí.

—¿No ha sido un gran viajero?

—Nunca oí tal cosa.

—¿No ha estado en Oriente?

—¿Eso le ha dicho?

—No... solo me preguntaba. Bueno, me parece que no encontrar nada en su contra es algo que juega a su favor.

—Mi querido Sydney, no diga tonterías. Lo único que prueba es que es un don nadie. Si hubiera sido algo o alguien, se sabría algo de él, a favor o en contra. No quiero que mi hija se case con un hombre que... que... que ha salido de la nada simplemente porque no se conoce nada en su contra. Que... que me cuelguen si no preferiría diez veces más que se casara con usted.

Cuando lo dijo, el corazón me dio un vuelco. Tuve que girarme.

—Me temo que eso queda totalmente descartado.

Hizo una pausa en su perorata y me miró con desconfianza.

—¿Por qué?

Tuve la sensación de que, si no tenía cuidado, estaría acabado... y, probablemente, en el estado de ánimo del señor Lindon, Marjorie también.

—Mi estimado Lindon, no sé cómo expresarle mi agradecimiento por su sugerencia, pero tan solo puedo repetir que, desafortunadamente, esa opción está descartada.

—No veo por qué.

—Tal vez no.

—¡Menudo par estáis hechos, válgame el cielo!

—Eso me temo.

—Quie... quiero decirle que Lessingham es un maldito canalla.

—Comprendo. Pero sugiero que, si voy a tener que emplear esa influencia que usted me atribuye de la mejor manera posible, o para preservar algo de ella, no creo que fuera buena idea exponer los hechos de forma tan brusca.

—Me da igual cómo los exponga... hágalo como le plazca. Solo... solo quiero que le presente al tipo bajo la peor luz posible; quie... quie... quiero que se lo muestre tal como es en realidad; de... de... hecho, quie... quiero que corte por lo sano.

Mientras él seguía luchando con las palabras y el sudor en la frente, Edwards entró. Me volví hacia él.

—¿Qué ocurre?

—La señorita Lindon, señor, desea verle a usted en concreto, e inmediatamente.

En ese momento, el anuncio me pareció un tanto sorprendente... y complació grandemente a Lindon. Este comenzó a tartamudear y atropellarse con las palabras.

—¡Ju-ju-justo lo que quería! ¡No-no-no podía haber salido mejor!... ¡Déjela pasar aquí! ¡Yo-yo me esconderé en algún lugar... da igual dónde... detrás de ese biombo! U-use su influencia con ella; háblele claro; di-dígale lo que le he dicho yo a usted y en... en el momento crítico entraré yo, y entonces... entonces, difícil será que entre los dos no podamos arreglárnoslas.

¡La proposición me dejó anonadado!

—Pero, mi querido señor Lindon, me temo que no puedo...

Me cortó en seco.

—¡Aquí viene!

Antes de que pudiera detenerle, se escondió tras el biombo (¡nunca le había visto moverse con tanta agilidad!), y antes de que pudiera protestar, Marjorie estaba ya en la habitación. Algo en su aspecto, en su rostro, en sus ojos, aceleró el latido de mi corazón... parecía como si le hubiera pasado algo que le hubiera arrebatado toda alegría.

Capítulo 21

EL TERROR EN LA NOCHE

—¡Sydney! —exclamó ella—. ¡Me alegra tanto verle!

Tal vez se alegrara, pero yo, en ese momento, a duras penas podía afirmar que compartiera esa alegría.

—Le dije que si tenía problemas acudiría a usted, y... ahora tengo problemas. Un problema de lo más extraño.

También yo los tenía, así como una gran perplejidad. Entonces se me ocurrió que sería más listo que su padre, que escuchaba a escondidas.

—Venga conmigo a la casa... cuénteme todo allí.

Ella se negó a moverse.

—No... Se lo contaré todo aquí. —Miró a su alrededor, lo cual me pareció extraño—. Esta es exactamente la clase de lugar en el que contarle esta historia. Parece misterioso.

—Pero...

—¡Pero no me ponga más peros! Sydney, no me torture... déjeme aquí donde estoy. ¿Es que no ve que estoy hechizada?

Se había sentado hacía un momento. Y ahora se levantó, con las manos frente a ella y en un profundo estado de agitación, y su actitud fue igual de violenta que sus palabras.

—¿Por qué me mira de esa manera? ¿Es que cree que estoy loca?... Me pregunto si me estoy volviendo loca. Sydney, ¿puede alguien volverse loco de repente? Usted sabe un poco de todo y también es un poco doctor, tómeme el pulso... ¡Tome! ¡Dígame si estoy enferma!

Le tomé el pulso, no necesitaba su rápido latido para informarme de que le invadía la fiebre. Le di algo en un vaso. Lo sujetó a la altura de los ojos.

—¿Qué es?

—Es un remedio que preparo yo mismo. Igual no lo cree, pero a veces me da vueltas la cabeza. Lo uso como sedante. Le hará sentirse bien.

Vació el vaso.

—Ya me ha hecho sentir bien... creo. Eso es ser como un doctor. Bueno, Sydney, está a punto de desatarse la tormenta. Ayer noche papá me prohibió hablar con Paul Lessingham... no sin antes soltarme todo un prelude.

—Exactamente. El señor Lindon...

—Sí, el señor Lindon... ese es papá. Creo que casi discutimos. Sé que papá dijo algunas cosas sorprendentes, pero es un don que tiene; es capaz de decir cosas sorprendentes. Es el mejor padre del mundo, pero no es dado a que le gusten las personas verdaderamente inteligentes; a esos rancios y viejos Tories nunca se les ha

dado bien; siempre he pensado que esa es la razón de que usted le guste tanto.

—Gracias, supongo que será ese el motivo, aunque no se me había ocurrido antes.

Desde su entrada al cuarto yo había estado dándole vueltas al asunto lo mejor que podía. Llegué a la conclusión de que, teniendo todo en cuenta, su padre tenía probablemente tanto derecho a compartir las confidencias de su hija como yo, incluso desde el escondite del biombo... y que el hecho de que escuchara algunas verdades de boca de su hija podría ayudar a aclarar el ambiente. De tal aclaración probablemente no sería la dama la que saliera peor parada. No tenía ni la menor idea de cuál era el propósito de la visita de Marjorie.

Ella se salió por la tangente, o eso me pareció.

—¿Le dije ayer por la noche lo que había sucedido esa mañana... el incidente del hombre que encontré?

—Ni una sola palabra.

—Creo que tenía intención de hacerlo... Estoy casi convencida de que me ha traído mala suerte. ¿No existe alguna superstición sobre la desgracia que puede recaer en la persona que dé cobijo a un extraño sin hogar?

—Bueno, espero que no, por el bien de la humanidad.

—Me imagino que existe algo así... estoy segura de que es así. De todas formas, escuche mi historia. Ayer por la mañana, antes de desayunar, para ser exactos entre las ocho y las nueve, me asomé a la ventana y vi una multitud en la calle. Envié a Peter para que averiguara qué pasaba. Regresó y dijo que le había dado un ataque a un hombre. Salí para ver al hombre del ataque. Encontré, tirado en el suelo, en medio de la multitud, a un hombre que, a excepción de los raídos restos de lo que aparentemente había sido una túnica, estaba totalmente desnudo. Estaba cubierto de polvo, tierra y sangre... una visión terrible. Como ya sabe, he hecho mis pinitos en instrucción de primeros auxilios a los heridos y ese tipo de cosas, así que, como nadie más parecía saber qué hacer, y el hombre parecía estar medio muerto, pensé que podría intentarlo. Inmediatamente, me arrodillé a su lado y ¿qué cree que me dijo?

—Gracias.

—Qué va. Dijo, con una voz muy extraña, hueca y ronca: «Paul Lessingham». Me quedé terriblemente sorprendida. Escuchar de un perfecto extraño, un hombre en sus condiciones, pronunciar ese nombre de aquella manera... ¡justamente a mí!... me desconcertó. El policía que le sujetaba la cabeza dijo: «Es la primera vez que abre la boca. Pensé que estaba muerto». Y abrió la boca una segunda vez. Una convulsión le recorrió el cuerpo y exclamó, con una extraña franqueza y en voz tan alta que se le podía escuchar desde el otro extremo de la calle: «¡Cuidado, Paul Lessingham, cuidado!» Tal vez fue estúpido por mi parte, pero no puedo expresar lo mucho que sus palabras y su actitud, las dos cosas, me afectaron. Bueno, resumiendo, ordené que lo llevaran a la casa, que lo lavaran y lo metieran en la cama... y también llamé al médico. El médico no sabía qué diagnosticar. Informó que el hombre parecía haber estado sufriendo alguna clase de ataque cataléptico... y me pareció que pensaba que

podría tratarse de un caso interesante, al igual que yo.

—¿Informó a su padre de esta incorporación a la casa?

Me miró burlonamente.

—Escuche, cuando uno tiene un padre como el mío no se le puede contar todo de golpe. Hay situaciones en las que se necesita tiempo.

Pensé que escuchar aquello iba a sentarle bien al viejo Lindon.

—Ayer noche, después de que papá y yo intercambiáramos unas cuantas cortesías (que, espero, satisficieran a papá, ya que a mí no), fui a ver al paciente. Me dijeron que no había comido ni bebido, ni se había movido ni hablado. Pero, en cuanto me acerqué a la cama, mostró algunos signos de agitación. Se incorporó a medias sobre la almohada y llamó como si estuviera dirigiéndose a una gran audiencia... no puedo describirle ese algo terrible que había en su voz y en su rostro: «¡Paul Lessingham! ¡Cuidado! ¡El Escarabajo!»

Cuando pronunció esa palabra, di un respingo.

—¿Está segura de que fueron esas las palabras que pronunció?

—Bastante segura. ¿Cree que podría equivocarme... especialmente después de lo que ha pasado desde entonces? Las escucho resonando en mis oídos... me acosan todo el tiempo.

Se llevó las manos a la cara, como si quisiera ocultar algo a sus ojos. Yo cada vez estaba más convencido de que había algo sobre la relación del Apóstol con su amigo oriental que debía ser investigado a fondo.

—¿Y qué aspecto tiene ese paciente de usted?

Yo tenía mis dudas en cuanto a la identidad del caballero... que fueron disipadas cuando ella habló, aunque solo para aumentar mi perplejidad en otra dirección.

—Parece tener entre treinta y cuarenta años. Tiene el cabello claro y unas patillas rubias y despeinadas. Está tan delgado que no es más que un saco de huesos... el médico dice que es un caso de inanición.

—Dice que tiene el pelo claro y las patillas rubias. ¿Está segura de que las patillas son reales?

Ella abrió mucho los ojos.

—Claro que son reales. ¿Por qué no deberían serlo?

—¿Le parece que pueda ser un... extranjero?

—No, en absoluto. Parece inglés y habla como un inglés, y debo decir que no con un habla de clase baja. Es cierto que su voz posee un tono peculiar y extraño, o lo que he oído de ella, pero no suena a acento extranjero. Si lo que sufre es una catalepsia, entonces se trata de una catalepsia de la que no he oído hablar. ¿Ha visto alguna vez a un clarividente? —Yo asentí—. Me da la impresión de que está en un estado de clarividencia. Por supuesto, el médico se rio cuando se lo sugerí, pero ya sabemos cómo son los médicos, y sigo convencida de que se encuentra en un estado de ese tipo. Cuando ayer noche dijo aquello, me dio la impresión de que estaba, como lo llaman algunos, «hipnotizado», y que quienquiera que lo había hipnotizado le forzaba

a hablar en contra de su voluntad, porque las palabras salían de sus labios como si se las hubieran arrancado de ellos en su agonía.

Sabiendo lo que yo sabía, me sorprendió que ella hubiera llegado a tal conclusión tan solo con la ayuda de su intuición... pero decidí no hacérselo saber.

—¡Mi querida Marjorie! ¡Usted que se vanagloria tanto de mantener a raya su imaginación! ¡De esforzarse tanto para que no salga volando!

—¿Y no es ese orgullo mío prueba suficiente de que no soy dada a afirmar cosas a tontas y a locas... una prueba al menos para usted? Escúcheme. Cuando dejé la habitación de aquella desdichada criatura, hice que viniera una enfermera y la dejé a su cargo... me marché a mi dormitorio y me invadió una profunda convicción de que alguna clase de terrible peligro intangible pero muy real estaba en ese momento amenazando a Paul.

—Recuerde... había tenido una tarde ajetreada, y una discusión con su padre. Las palabras de su paciente tan solo fueron como el punto álgido.

—Eso es lo que me dije... o, más bien, lo que he intentado decirme a mí misma; porque, de la forma más extraordinaria, había perdido el control de mis capacidades de reflexión.

—Exactamente.

—No exactamente... o, al menos, no en el sentido en el que lo dice usted. Puede reírse de mí si quiere, Sydney, pero yo tenía un presentimiento indescriptible, una sensación que llegaba a ser conocimiento, de que estaba en presencia de lo sobrenatural.

—¡Tonterías!

—No eran tonterías... ojalá hubieran sido tonterías. Como ya he dicho, era consciente, totalmente consciente, de que un terrible peligro se cernía sobre Paul. No sabía lo que era, pero sabía que era algo terrible cuya sola idea me hacía estremecerme. Quería ir a ayudarlo. Lo intenté en más de una ocasión, pero no podía, y sabía que no podía... sabía que no podía mover ni un dedo para ayudarlo. ¡Calle! ¡Déjeme acabar!... Me dije a mí misma que era absurdo, pero no sirvió de nada; fuera o no fuera absurdo, había algo aterrador conmigo en la habitación. Me arrodillé y recé, pero las palabras no salieron de mi boca. Intenté pedirle a Dios que liberara mi cerebro de aquella carga, pero mis deseos no se tradujeron en palabras y mi lengua quedó paralizada. No sé cuánto tiempo luché por hablar, pero por fin comprendí que por algún motivo Dios había decidido dejarme sola en esa lucha. Así que me levanté, me desvestí y me metí en la cama... y eso fue lo peor. Había despedido a mi sirvienta durante el primer ataque de terror, temerosa y avergonzada, creo, de que me viera en ese estado de pavor. Ahora habría dado cualquier cosa por traerla de vuelta, pero no podía hacerlo. No podía ni siquiera tocar el timbre. Así que, como he dicho, me metí en la cama...

Hizo una pausa como si quisiera ordenar sus pensamientos. Escuchar esas palabras y pensar en el sufrimiento que conllevaban para ella, era algo que casi me

resultaba imposible de soportar. Habría dado cualquier cosa por poder abrazarla y calmar sus miedos. Sabía que, de todas las mujeres jóvenes, era la menos histérica y poco proclive a ser presa de simples delirios. Y, aunque sonara increíble, tenía la profunda convicción de que, incluso en sus pasajes más sorprendentes, su historia tenía cierta base de realidad. Hasta dónde llegaba esa base era el asunto que, a toda costa, yo debía determinar rápidamente.

—Usted sabe que siempre se ha reído de mí por mi rechazo a... a las cucarachas, y que en primavera, la cercanía de las mariquitas siempre me ha hecho sentir incómoda. En cuanto me metí en la cama sentí que había algo de esa especie en la habitación.

—¿Algo de qué especie?

—Alguna especie de... escarabajo. Podía oír el chirrido de las alas; podía oír el zumbido en el aire; sabía que planeaba por encima de mi cabeza; que bajaba cada vez más y se acercaba a mí. Me escondí; me cubrí con las mantas y luego sentí que saltaba sobre la colcha. Y, ¡Sydney! —Se acercó a mí ahora; sus pálidas mejillas y ojos asustados me destrozaron el corazón. Su voz no era más que un eco de sí misma —. Me persiguió.

—¡Marjorie!

—Se metió en la cama.

—Lo imaginó.

—No lo imaginé. Lo escuché arrastrarse por las sábanas hasta que encontró un hueco por donde entrar y luego se arrastró hacia mí. Y lo sentí, sobre mi cara... Y ahora está ahí.

—¿Dónde?

Levantó el dedo índice de la mano izquierda.

—¡Allí! ¿No oye el zumbido?

Marjorie prestó atención, absorta. Yo también agucé el oído. Y, extrañamente, en ese mismo instante empecé a escuchar el zumbido de un insecto.

—Solo es una abeja, niña, que ha entrado por la ventana.

—Ojalá solo fuera una abeja, ojalá... Sydney, ¿no siente como si estuviera en presencia de algo maligno? ¿No tiene ganas de alejarse y encontrarse ante la presencia de Dios?

—¡Marjorie!

—¡Se lo suplico, Sydney, se lo suplico! ¡No puedo! ¡No sé por qué, pero no puedo!

Lanzó los brazos alrededor de mi cuello y se abrazó a mí hecha un manojo de nervios. La violencia de sus emociones a punto estuvo de desarmarme. No parecía la misma mujer de siempre... y habría dado mi vida por evitarle un dolor de muelas. Ella seguía repitiendo las mismas palabras... como si no pudiera impedirlo.

—¡Se lo suplico, Sydney, se lo suplico!

Por fin, hice lo que ella deseaba que hiciera. Al menos, no hay nada malo en

rezar... nunca he oído que hiciera daño a nadie. Repetí en voz alta el Padre Nuestro, por primera vez desde hacía no sé cuánto tiempo. Mientras las divinas frases salían de mi boca, lo suficientemente vacilantes, no tengo ninguna duda de que sus temblores cesaron. Hasta que, cuando llegué a la última gran súplica, «Líbranos de todo mal», soltó los brazos de mi cuello y se arrodilló cerca de mis pies. Y se unió en las palabras de cierre, como una especie de coro.

—«Porque Tuyo es el Reino, y el Poder y la Gloria, por los siglos de los siglos. Amén».

Cuando hubo acabado la oración, nos quedamos en silencio. Ella con la cabeza baja y las manos unidas, y yo sintiendo que me había tocado la fibra como desde hacía muchos años que no lo sentía, casi como si fuera la mano de mi madre quien la tocara; me atrevería a decir que ella, en ocasiones, alarga su mano desde aquel lugar que ocupa entre los ángeles, para tocarme el corazón sin que yo me entere de nada.

Mientras continuaba el silencio, me atreví a levantar la mirada... y allí estaba el viejo Lindon mirándonos desde su escondite de detrás del biombo. La mirada de atónita perplejidad en su enorme y rojo rostro me provocó tal profunda sensación de incongruencia que me costó no reírme. Aparentemente, el ser testigo de nuestra conversación no había aclarado la bruma que llenaba su cerebro, porque tartamudeó en lo que posiblemente pretendía ser un susurro:

—¿Está... está loca?

El susurro, si es que pretendía serlo, fue lo suficiente audible para alcanzar los oídos de su hija. Esta se sobresaltó, levantó la cabeza, se puso de pie, se dio la vuelta y vio a su padre.

—¡Papá!

De inmediato, su padre experimentó un ataque de tartamudeo.

—¿Qué-qué-qué demonios sig-sig-significa esto?

Su respuesta fue lo suficientemente clara, y supongo que para su padre dolorosamente clara.

—¡Más bien me corresponde a mí preguntar qué significa todo esto! ¿Es posible que, durante todo el tiempo, hayas estado escondido tras ese... biombo?

A menos que me equivoque, el anciano se acobardó ante la franqueza de la mirada de su hija e intentó ocultar el hecho contraatacando con una explosión de pasión.

—¡No-no me hables a mí de e-e-esa manera, niña desobediente! ¡So-soy tu padre!

—Sin duda lo eres, aunque no era consciente hasta ahora de que mi padre fuera capaz de espiar las conversaciones ajenas.

La ira lo dejó sin habla... o, al menos, decidió hacernos creer que esa era la causa determinante de su silencio continuado. Así que Marjorie se volvió hacia mí, aunque, en tal situación, habría preferido que no lo hiciera. Su actitud era muy diferente de la que había mostrado hasta ese momento... era más civilizada, helada.

—¿Debo asumir, señor Atherton, que esto ha ocurrido con su conocimiento?

¿Que mientras dejaba que yo le abriera mi corazón en confianza, usted era consciente durante todo el tiempo de que había alguien escuchando tras el biombo?

De repente fui dolorosamente consciente de que yo también había puesto de mi parte en aquel burdo engaño... me entraron ganas de lanzar al viejo Lindon por la ventana.

—No ha sido idea mía. Si hubiera tenido la oportunidad, habría obligado al señor Lindon a enfrentarse con usted cuando entró. Pero su angustia hizo que perdiera el control. Y le ruego que sea justa conmigo y recuerde que me esforcé por convencerla de que se viniera a otro cuarto.

—Pero no recuerdo que me hiciera saber de alguna forma que había un motivo concreto por el que deberíamos habernos ido.

—No me dio la oportunidad.

—¡Sydney! ¡Jamás pensé que me tendería semejante trampa!

Cuando dijo eso —¡y en ese tono!, ¡la mujer a la que amaba!—, me habría dado de golpes en la cabeza contra la pared. ¡Menudo canalla era por haberla tratado de forma tan vil!

Al advertir que yo estaba derrotado, se volvió de nuevo hacia su padre, fría, calmada y majestuosa; de repente, era de nuevo la Marjorie que yo conocía. Los comportamientos de padre e hija contrastaban sorprendentemente. Si de algo sirven las apariencias, todo parecía indicar que en cualquier enfrentamiento venidero, el padre iba a sufrir.

—Papá, espero que me digas que ha habido algún error imprevisto y que no era tu intención espiar mis conversaciones. ¿Qué habrías pensado, y dicho, si yo hubiera intentado espiarte? Siempre me han dado a entender que los hombres son muy escrupulosos en cuestiones de honor.

El viejo Lindon no podía hacer nada más que balbucear... Desde luego, no estaba preparado para enfrentarse a frases cortantes de una dama con lengua afilada.

—¡N-no me hables de e-esa manera, jovencita! ¡Cre-creo que estás como una cabra! —Se volvió hacia mí—. ¿Qué-qué eran todas esas tonterías de las que le estaba hablando?

—¿A qué te refieres?

—Lo del mal-maldito es-escarabajo, y Di-Dios sabe qué más. ¡Una imaginación en-enferma y desbocada, ali-alimentada con literatura de alcantarillas!... ¡Jamás pensé que un hijo mío podría caer tan bajo!... Bueno, Atherton, le pido que me diga la verdad... ¿qué opinión tiene de un hijo que se comporta como lo ha hecho ella? ¿Quién de-deja entrar a un vagabundo sin nombre en la casa y oculta tal presencia a su padre? ¡Y no se pierda lo que sigue! ¡Hasta el vagabundo le advierte en contra del canalla de Lessingham!... Entonces, Atherton, dígame lo que piensa de una joven que se comporta de esa manera. —Me encogí de hombros—. Sé-sé muy bien lo que piensa de ella... no tenga miedo de decirlo en su presencia.

—No, Sydney, no tenga miedo.

Vi que le titilaban los ojos... en cierta manera, su belleza se iluminaba bajo el sol del disgusto de su padre.

—¡Díganos lo que piensa de ella... como hombre de mundo que es!

—¡Se lo suplico, Sydney, dígalo!

—¿Qué es lo que siente por ella en el... el fondo de su corazón?

—Sí, Sydney, ¿qué es lo que siente por mí en el fondo de su corazón?

La muy bruja sonrió radiante con una dulzura despiadada... se burlaba de mí. Su padre se volvió hacia ella como si fuera a darle una paliza.

—¡No-no hables hasta que no te dirijan la palabra! Atherton, es-espere no haberme equivocado con usted; es-espere que sea el hombre que siempre he creído que era y que está dispuesto a... a actuar como un amigo honesto con esta idiota desnortada. No es el momento de medir las palabras, es... es el momento de hablar con franqueza. Dígale a esta... a esta joven mentecata ahora mismo si el tal Lessingham es, o no es, una maldita sabandija.

—¡Papá! ¿De verdad piensas que la opinión de Sydney o tu opinión van a poder cambiar los hechos?

—¿La escucha, Atherton? ¡Dígale la verdad a esta desgraciada!

—Mi querido señor Lindon, ya le he dicho que no tengo nada a favor o en contra del señor Lessingham más allá de lo que todo el mundo ya sabe.

—Exactamente... todo el mundo sabe que es un miserable oportunista que ha urdido un plan para atrapar a mi hija.

—Me veo obligado a decirle, ya que me presiona, que su lenguaje me resulta innecesariamente fuerte.

—Atherton, me... ¡me avergüenzo de usted!

—Mire, Sydney, hasta papá se avergüenza de usted, ya no cuenta con su beneplácito... Mi querido papá, si me permites que hable, te diré lo que sé que es la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad: que el señor Lessingham es un hombre de enormes talentos está fuera de toda duda... ¡Déjame hablar, papá! Es un genio. Es un hombre de honor. Es un hombre de altas ambiciones y nobles ideales. Ha dedicado toda su vida a mejorar las condiciones que sus compatriotas menos afortunados se ven obligados a soportar. Ese me parece un objetivo que vale la pena. Me ha pedido que comparta con él su vida y su trabajo y le he dicho que lo haría... cuando, donde y de la manera que quiera. Y lo haré. Sé que habrá cometido deslices en su vida. No me engañe en este sentido. ¿Y qué hombre no los ha cometido? ¿Quién entre los hombres puede declararse libre de pecado? Hasta los miembros de nuestras familias de mayor alcurnia en ocasiones se esconden tras biombo. Pero al menos sé que es un hombre tan bueno como cualquiera que haya conocido, y estoy convencida que jamás conoceré a otro mejor, y le doy gracias a Dios de que él se haya fijado en mí. Adiós, Sydney. Supongo que te veré luego, papá.

Y con un leve movimiento de cabeza hacia nosotros, abandonó la habitación de inmediato. Lindon quiso detenerla.

—Que-quédete, es-espera —tartamudeó.

Pero le cogí del brazo.

—Si me permite que le dé un consejo, déjela marchar. No servirá de nada agobiarla ahora con palabras.

—Atherton, me-me ha decepcionado. No... no se ha portado como esperaba. No-no he recibido la ayuda que le pedí.

—Mi querido Lindon, tengo la impresión de que su método de apartar a su joven hija de la senda que está determinada a tomar tan solo logrará empujarla por ella con más fuerza.

—¡Malditas sean las mujeres! ¡Malditas sean! No me importa contarle, en confianza, que en-en ocasiones, su madre era un demonio, y que me-me ahorquen si la hija no es aún peor. ¿De qué tonterías estaba hablando? ¿Es que se ha vuelto loca?

—No... no creo que esté loca.

—Nunca he escuchado algo parecido, se me heló la sangre al oírla. ¿Qué le ocurre a esta chica?

—Bueno... debe disculparme si le digo que no creo que usted entienda del todo a las mujeres.

—No... no las entiendo, y tam-tam-tampoco quiero entenderlas.

Vacilé y luego decidí mentir para ayudar a Marjorie ante su padre:

—Marjorie está muy nerviosa y extremadamente sensible. Su imaginación se inflama enseguida. Tal vez, ayer noche, la forzó más de lo que debiera. Usted ha podido oír hace un momento cómo ha sufrido las consecuencias. Y no creo que quiera que la gente comente que ha acabado en un manicomio por su culpa.

—¡Yo... Dios Santo, no! Llamaré inmediatamente al médico en cuanto llegue a casa... Tengo una reputación que mantener.

—No debe hacer nada de eso... solo conseguirá empeorar las cosas. Lo mejor es tener paciencia con ella y dejarla en paz. En cuanto a este asunto de Lessingham, tengo la sospecha de que no es tan trigo limpio como ella supone.

—¿A qué se refiere?

—No me refiero a nada. Solo deseo que entienda que será mejor que no fuerce las cosas hasta que vuelva a hablar de nuevo con usted. Déjela a su aire.

—¡Que la deje a su aire! ¡Es que no la he de-dejado a su a-aire to-toda su vi-vida! —Miró su reloj—. ¡Caramba, casi ha pasado medio día! —Después se apresuró a la puerta de entrada y yo le seguí pisándole los talones—. Tengo una reunión del comité del club... ¡sumamente importante! Nos han estado sirviendo la peor comida que haya probado en su vida... me desarregló la digestión y voy-voy a decirles que si... no cambian las cosas, tendrán... tendrán que pagar la factura de mi médico. En cuando al tal Lessingham...

Mientras hablaba, él mismo se abrió la puerta de entrada y allí, de pie en las escaleras, estaba «el tal Lessingham» en persona. La cara de Lindon era todo un poema. El Apóstol permaneció tan impertérrito como un pepino. Y le ofreció la

mano.

—Buenos días, señor Lindon. Qué tiempo tan bueno estamos disfrutando.

Lindon se llevó la mano a la espalda y se comportó todo lo estúpidamente que era capaz.

—Comprenderá, señor Lessingham, que en el futuro no le salude, y me negaré a reconocerle en cualquier lugar, y esto que digo lo hago extensible de igual manera a cualquier miembro de mi familia.

Con el sombrero medio caído hacia atrás, bajó los escalones como un pavo hinchado.

Capítulo 22

EL HOMBRE HECHIZADO

Haber recibido una negativa tan descortés de su futuro suegro debía de ser el más habitual de los incidentes para Lessingham, pues no manifestó ni una sola muestra de inquietud. Por lo que pude ver, me pareció que hacía caso omiso del incidente y se comportó como si nada hubiera pasado. Simplemente, esperó a que el señor Lindon estuviera alejado de los escalones y luego, volviéndose hacia mí, comentó plácidamente:

—Vengo a interrumpirle de nuevo... ¿Me permite?

Al verle, me hirvió la sangre en las venas de tal manera que, de momento, no pude confiar en poder controlarme al hablar. Lo que más deseaba ahora era una explicación de su parte... y rápida. La Providencia no podría haberlo puesto en mi camino más oportunamente. Si antes de que se marchara no llegábamos a entendernos de forma clara sobre ciertos asuntos, no sería por mi culpa. Sin responderle, giré sobre mis talones y le conduje al laboratorio.

No sabría decir si detectó algo extraño en mi comportamiento. Una vez dentro, miró a su alrededor con esa sonrisa puramente facial que siempre me había producido tanta desconfianza.

—¿Siempre recibe a sus visitas aquí?

—En absoluto.

—¿Qué es esto?

Se inclinó y recogió algo del suelo. Era el monedero de una dama... un precioso objeto de piel escarlata y reluciente oro. No sabría decir si era de Marjorie o de la señorita Grayling. Él me miró mientras yo lo examinaba.

—¿Es suyo?

—No. No es mío.

Tras colocar el sombrero y el paraguas sobre una silla, se acomodó en otra, muy relajado. Cruzó las piernas y, tras apoyar las manos en las rodillas, me miró. Yo era bastante consciente de su escrutinio, pero lo sufrí en silencio deseando que comenzara a hablar.

Por fin, supongo que cansado ya de mirarme, habló.

—Atherton, ¿qué le ocurre? ¿He hecho algo que le haya ofendido?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Su actitud me resulta un tanto peculiar.

—¿Eso cree?

—Sí.

—¿Para qué ha venido a verme?

—Ahora, para nada... Me gustaría saber en qué posición me encuentro.

Sus maneras eran corteses, relajadas y elegantes. Me había superado tácticamente. Entendía a aquel hombre lo bastante bien para ser consciente de que en cuanto se pusiera a la defensiva, yo sería el que tendría que asestar el primer golpe. Así que lo asesté.

—A mí también me gusta saber en qué posición me encuentro... Lessingham, soy consciente, y sé que usted sabe que lo soy, de que ha entablado cierta relación con la señorita Lindon. Y ese es un hecho en el que estoy sumamente interesado.

—¿Por qué?

—Los Lindon y los Atherton no son familias amigas de hace tan solo una generación. Marjorie Lindon y yo hemos sido amigos desde la niñez. Ella me ve como a un hermano...

—¿Como un hermano?

—Como un hermano.

—Sí.

—El señor Lindon me considera un hijo. Tengo su total confianza y, como creo que usted ya sabe, también la de Marjorie; y ahora quiero que usted también me la ofrezca.

—¿Qué quiere saber?

—Me gustaría explicarle mi posición antes de decir lo que tengo que decir, porque quiero que me entienda con claridad. Creo, honestamente, que lo que más deseo en este mundo es ver a Marjorie Lindon feliz. Si pensara que iba a ser feliz con usted, ¡entonces rezaría para que Dios se diera prisa en unirles! Y le felicitaría con todo mi corazón, porque creo que habría logrado casarse con la mejor mujer del mundo.

—Yo también lo pienso.

—Pero, antes de hacerlo, tendría que comprobar que al menos existe una probabilidad razonable de que ella fuera feliz con usted.

—¿Y por qué no lo iba a ser?

—¿Me responderá una pregunta?

—¿Qué pregunta?

—¿Cuál es esa historia que hay en su vida que tanto horror le provoca?

Hizo una pausa perceptible antes de contestar.

—Explíquese.

—No es necesaria ninguna explicación... sabe perfectamente bien lo que quiero decir.

—Me otorga una perspicacia milagrosa.

—No juegue conmigo, Lessingham, ¡sea franco!

—La franqueza no debería recaer solo en una parte. Hay algo en su franqueza, aunque usted no sea consciente de ello, que puede molestar, y con razón, a algunos hombres.

—¿A usted le molesta?

—Depende. Si usted se está arrogando el derecho de situarse entre la señorita Lindon y yo, me molesta, y mucho.

—¡Responda a mi pregunta!

—No respondo ninguna pregunta dirigida a mí en ese tono.

Se mostraba todo lo calmado que uno pudiera desear. Yo reconocí que ya estaba en peligro de perder los nervios... lo cual no deseaba en absoluto. Le miré fijamente y él me devolvió la mirada. Su semblante no mostró ninguna señal de sentimiento de culpa; jamás lo había visto más complacido consigo mismo. Sonrió... una sonrisa forzada y también, o eso me pareció, un poco burlona. Juraría que su actitud no revelaba ni la más tenue sombra de resentimiento y que en sus ojos había una amabilidad y suavidad que no había detectado antes... casi podría haber intuido que estaba siendo afable.

—En esta cuestión, debo decírselo, yo ocupo el lugar del señor Lindon.

—¿Y bien?

—Sin duda, entiende que antes de que nadie pueda pensar en casarse con Marjorie Lindon deberá demostrar que su pasado, como se dice en los anuncios, resistirá hasta la investigación más exhaustiva.

—Oh, vaya... ¿y su pasado resistirá hasta la investigación más exhaustiva?

Me estremecí.

—En cualquier caso, es conocido por todo el mundo.

—¿Lo es? Perdóneme si le digo que lo dudo mucho. Dudo que eso se pueda decir de ningún hombre inteligente. Todos nos guardamos para nosotros ciertos episodios de nuestra vida.

Me pareció que lo que decía era tan cierto que, durante unos segundos, no supe qué decir.

—Pero hay episodios y episodios, y cuando se trata de un hombre hechizado, uno debe fijar ciertos límites.

—¿Hechizado?

—Como lo está usted.

Se levantó.

—Atherton, creo que ya le entiendo, pero me temo que usted no me entiende a mí. —Se acercó a una bomba automática de aire de mercurio situada sobre una repisa—. ¿Qué es este curioso artefacto de tubos de cristal y bombillas?

—No creo que me entienda, o de lo contrario sabría que no estoy con ánimo para andar con rodeos.

—¿Es alguna clase de extractor de gases?

—Mi querido Lessingham, estoy a su entera disposición. Tengo la intención de obtener una respuesta a mi pregunta antes de que abandone esta habitación, pero, mientras tanto, podemos hacer lo que más le plazca. Hay unas cuantas cosas de interés por aquí que tal vez quiera ver.

—Es maravilloso, ¿verdad?, cómo evoluciona el intelecto humano... de conquista

en conquista.

—Entre los antiguos, la evolución fue mucho mayor que la nuestra.

—¿En qué sentido?

—Por ejemplo, en el asunto de la Apoteosis del Escarabajo; vi cómo ocurría ayer noche.

—¿Dónde?

—Aquí... a unos pocos centímetros de donde se encuentra usted ahora.

—¿Lo dice en serio?

—Totalmente.

—¿Y qué vio?

—Vi la ejecución de la legendaria Apoteosis del Escarabajo, ayer noche, ante mis ojos, con un esplendor deslumbrante jamás mencionado en las leyendas.

—Es extraño. En una ocasión me pareció ver algo parecido a lo que cuenta.

—Eso tengo entendido.

—¿Quién se lo dijo?

—Un amigo suyo.

—¿Un amigo mío? ¿Está seguro de que era un amigo mío?

El esfuerzo de Lessingham por mantener su cordial frialdad decía mucho de él, pero no me engañó. Pude percibir claramente que pensaba que yo quería sonsacarle su secreto, y yo estaba empezando a sospechar que era un secreto que solo revelaría con su vida. Si no hubiera sido por Marjorie, no me habría importado en absoluto... sus asuntos eran sus asuntos; aunque era perfectamente consciente de que había algo en aquel hombre que, desde el punto de vista del explorador científico, podría valer la pena desentrañar. Sin embargo, como ya he dicho, si no hubiera sido por Marjorie, lo habría dejado pasar. Pero, al estar tan íntimamente involucrada en todo esto, cada vez me picaba más la curiosidad sobre lo que podría ser.

Mi actitud, hacia lo que se denomina el mundo sobrenatural es bastante abierta. Creo sin duda alguna que todo es posible... E incluso en un cierto periodo de mi vida he visto muchas cosas supuestamente imposibles que han resultado no serlo. Dudo que lo sepamos todo... Creo que es probable que nuestros ta-ta-ta-tarabuelos, nuestros antepasados de hace miles de años, de civilizaciones desaparecidas, supieran más de algunos asuntos que nosotros. No es posible que todas las leyendas sean falsas.

Debido a que los hombres en aquellos tiempos se proclamaban capaces de hacer cosas que nosotros no sabemos hacer, y a que no sabemos cómo se hicieron, tendemos a pensar que todas esas afirmaciones son falacias. Pero no está tan claro.

Por mi parte, yo había visto lo que había visto. Había sido testigo de algunos trucos endiablados ante mis propios ojos. Algunos trucos del mismo tipo de los que habían practicado con mi Marjorie... repito que escribo «mi Marjorie» porque para mí ¡ella siempre será «mi» Marjorie! Y ella casi se había vuelto loca. Mientras miraba a Lessingham, imaginé a Marjorie a su lado, como la había visto no hacía

mucho, con su rostro pálido y demacrado, y los ojos fijos y aturridos por un terror agónico. Su vida iba a quedar unida a la de él... ¿Qué clase de rituales del horror habían penetrado hasta la médula de aquel hombre? No soportaba la idea de que la dulce pureza de Marjorie pudiera quedar ahogada bajo la ciénaga de maldad en la que él chapoteaba. Al advertir que aquel hombre era mejor que yo en el juego que yo pretendía jugar (¡y del cual dependían tan vitales intereses!), me entraron ganas de rodearle el cuello con mis manos e intentarlo de otra manera.

Sin duda, mi rostro reveló tales pensamientos, porque, finalmente, dijo:

—¿Es consciente de la extraña mirada con la que me está observando, Atherton? Si mi cara fuera un espejo, creo que se sorprendería al verse reflejado.

Me aparté de él, me atrevería a decir, hoscamente.

—No tan sorprendido como ayer por la mañana hubiera estado usted al ver reflejado el suyo... ante la simple visión del dibujo de un escarabajo.

—Qué fácil es hacerle discutir.

—Yo no discuto.

—En ese caso, tal vez sea yo. Si es así, entonces, la discusión ha acabado... ¡puf! Ya está. Me temo que el señor Lindon, debido a que diferimos políticamente, me considera una aberración... ¿Será que le ha insuflado parte de sus sentimientos a usted? Vamos, usted es más inteligente.

—Sé que usted es aficionado a las palabras. Pero este es un caso en el que solo las palabras no serán suficientes.

—Y, entonces, ¿qué lo será?

—Yo mismo estoy empezando a preguntármelo.

—Y yo.

—Como usted sugiere tan cortésmente, creo que soy más inteligente que Lindon. Me importa un rábano su ideología, o lo que usted llama su ideología. ¡Me da igual si, como otros hombres y como yo mismo, no se encuentra usted libre de pecado! Pero sí me importa si es un leproso. Y creo que lo es.

—¡Atherton!

—Desde la primera vez que le vi, he advertido que había algo en usted que me resultaba difícil de diagnosticar; en resumidas cuentas, algo fuera de lo común, no natural; una atmósfera suya propia. Los acontecimientos, en lo que a usted se refiere, se han precipitado en el transcurso de estos últimos días. Y han arrojado una luz inquietantemente escabrosa sobre esa peculiaridad suya que acabo de comentar. A menos que pueda explicarme esos acontecimientos de forma convincente, se abstendrá de sus pretensiones de obtener la mano de la señorita Lindon, o presentaré ciertos hechos a la dama y, si fuera necesario, los publicaría para el resto del mundo.

Palideció visiblemente, pero sonrió... de forma artificial.

—Se ve que tiene su manera de mantener una conversación, señor Atherton... ¿Y cuáles son esos acontecimientos que se han precipitado a los que alude?

—¿Quién era el individuo prácticamente desnudo que salió de su casa de esa

manera tan peculiar en mitad de la noche?

—¿Es ese uno de los hechos que se propone hacer públicos?

—¿Es esa toda la explicación que puede ofrecerme?

—Proceda, de momento, con su crítica.

—No soy tan poco observador como puede suponer. Hubo algunos aspectos del episodio que me sorprendieron profundamente en ese momento y que me han sorprendido aún más desde entonces. Sugerir, como hizo usted ayer por la mañana, que se trataba de un caso normal de robo, o que el hombre era un lunático, resulta a todas luces absurdo.

—Discúlpeme... pero no sugerí nada de eso.

—Entonces, ¿qué sugirió?

—Ni antes ni ahora he sugerido nada. Todas las sugerencias vienen de su parte.

—Usted incluso me pidió que no hablara del asunto. Eso parece sugerir algo.

—Juzga todas mis acciones de forma negativa, señor Atherton. Aunque nada podría parecerme más normal... No obstante... proceda.

Tenía las manos detrás de la espalda, descansando sobre el borde de la mesa en la que estaba apoyado. Sin duda se encontraba incómodo, pero hasta el momento no había logrado causar en él la impresión, ya fuera mental o moral, que deseaba.

—¿Quién es esa amistad suya de Oriente?

—No le sigo.

—¿Está seguro?

—Totalmente. Repítame la pregunta.

—¿Quién es esa amistad suya de Oriente?

—No soy consciente de tener ninguna.

—¿Podría jurármelo?

Se rio, con una risa extraña.

—¿Es que pretende pillarme desprevenido? Veo que está llevando este caso con mucho ahínco. Tendrá que permitirme que comprenda del todo el propósito de su pregunta antes de testificar bajo juramento.

—¿No es usted consciente de que hay ahora en Londres una persona que afirma haber tenido una relación muy cercana y muy curiosa con usted en Oriente?

—No, no lo soy.

—¿Lo puede jurar?

—Lo juro.

—Qué raro.

—¿Por qué es raro?

—Porque tengo la impresión de que esa persona le ha hechizado.

—¿Me ha hechizado?

—Le ha hechizado.

—Está de broma.

—¿Eso cree?... ¿No recuerda esa ilustración del *scarabaeus* que, ayer por la

mañana, lo asustó hasta dejarlo en un estado de semiidiocia?

—Emplea un lenguaje muy directo... Sé a lo que se refiere.

—¿Me quiere decir en serio que no sabe que ese episodio se debe a su amistad de Oriente?

—No le entiendo.

—¿Está seguro?

—Totalmente seguro. Estoy empezando a pensar, señor Atherton, que es usted quien me debe una explicación, y no yo. ¿Es consciente de que el propósito de mi presencia aquí es preguntarle cómo llegó ese dibujo a su habitación?

—Fue arrojado aquí por el Señor del Escarabajo.

Escogí las palabras de manera fortuita... pero dieron en el blanco.

—El Señor... —titubeó, y luego calló. No dio ninguna otra muestra de inquietud—. Seré franco con usted... ya que es franqueza lo que quiere. —En esta ocasión su sonrisa estaba obviamente forzada—. Recientemente, he sido víctima de delirios —hizo una pausa antes de proseguir—... de cierto tipo. Temía que fueran resultado de una sobrecarga mental. ¿Es posible que pueda usted ayudarme a conocer su origen?

Permanecí en silencio. Él estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano, pero el temblor de los labios le traicionó. Un paso más y lograría llegar al fondo del señor Lessingham... ese lado que mantenía oculto al resto del mundo.

—¿Quién es esa... persona a la que llama mi... amistad oriental?

—Siendo su amistad, usted debería saberlo mejor que yo.

—¿Qué aspecto tiene ese hombre?

—No he dicho que fuera un hombre.

—Pero supongo que era un hombre.

—No he dicho eso.

Durante unos segundos, pareció contener el aliento... y me miró con unos ojos nada amistosos. Luego, con una muestra de autocontrol que lo honraba, se irguió con un aire de dignidad muy propio de él.

—Atherton, consciente o inconscientemente, está cometiendo conmigo una grave injusticia. No sé qué concepto se ha formado de mí, o en qué se basa ese concepto, pero debo protestar puesto que, por todo lo que conozco y creo, soy un hombre igual de honorable, honesto y limpio como usted.

—Pero está hechizado.

—¿Hechizado? —Se irguió aún más mirándome a los ojos. Entonces le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo; los músculos de la boca palpitaron y, en un segundo, se puso pálido. Se echó hacia atrás contra la mesa—. Sí, bien sabe Dios que es cierto... estoy hechizado.

—Así que, o bien está loco y por lo tanto no apto para el matrimonio, o bien ha hecho algo que le coloca fuera de los tolerablemente generosos límites de la sociedad civilizada, y por lo tanto, aún es menos apto para el matrimonio. Está en una encrucijada.

—Soy... soy víctima de un delirio.

—¿Y cuál es la naturaleza de tal delirio? ¿Adopta la forma de un... escarabajo?

—¡Atherton!

Sin previo aviso, se derrumbó... se transformó; no puedo describir el cambio que se operó en él de ninguna otra manera. Se quedó hecho un ovillo en el suelo, levantó las manos por encima de la cabeza y balbuceó... como un animal aterrado. Sería difícil encontrar un espectáculo más inquietante que el que presentaba. Los he visto parecidos en los cuartos acolchados de los manicomios, pero en ningún otro lugar. La visión de aquel hombre me enervó profundamente.

—En nombre del Cielo, ¿qué le ocurre, amigo? ¿Es que se ha vuelto loco de remate? Tenga... ¡bébase esto!

Llené un vaso de brandy y se lo di forzándolo entre sus dedos temblorosos. Luego tardé varios segundos en hacerle comprender lo que quería que hiciera. Cuando se llevó el vaso a los labios, se bebió el contenido como si fuera agua. Poco a poco, recobró el sentido. Se incorporó. Miró a su alrededor con una sonrisa ciertamente funesta.

—Es... es un delirio.

—Es un delirio muy extraño, si es que lo es.

Lo miré con curiosidad. Evidentemente estaba haciendo unos esfuerzos tremendos para recobrar el control... y durante todo el tiempo mantuvo esa horrible sonrisa en los labios.

—Atherton, ¡creo que me lleva ventaja! —Yo permanecí en silencio—. ¿Quién esa amistad oriental de usted?

—¿Mi amistad oriental? Quiere decir la suya. Al principio pensé que esa persona en concreto era un hombre, pero parece ser que es una mujer.

—¿Una mujer? Oh... ¿A qué se refiere?

—Bueno, el rostro es como el de un hombre... bastante desagradable... ¡espero que las fuerzas de la naturaleza no permitan que abunden! Y la voz era la de un hombre (¡también bastante peculiar!), pero el cuerpo, como terminé descubriendo ayer noche, es el de una mujer.

—Eso suena muy extraño. —Cerró los ojos; pude ver que tenía las mejillas húmedas—. ¿Usted... usted cree en la brujería?

—Depende.

—¿Ha oído hablar alguna vez del Obi?

—Sí.

—Me han contado que un *obeah* es capaz de hechizar a una persona y hacer que esa persona vea cualquier cosa que él, el *obeah*, desee. ¿Usted cree que eso es posible?

—No es una cuestión que estuviera dispuesto a responder con un simple sí o un no.

Me miró con los ojos medio cerrados. Me dio la impresión de que estaba

intentando alargar la conversación... hablando sobre cualquier cosa para ganar tiempo.

—Recuerdo haber leído un libro titulado *Oscuras enfermedades del cerebro*. Aportaba algunos datos interesantes sobre el tema de las alucinaciones.

—No lo dudo.

—Ahora, francamente, ¿me recomendaría que me pusiera en manos de un patólogo mental?

—No creo que esté usted loco, si es eso a lo que se refiere.

—¿No? Me alegra oírsele decir. De todas las enfermedades, la locura es la que debe ser más temida. Bueno, Atherton, estoy entreteniéndole. La verdad es que, demente o no, desde luego que no estoy bien. Creo que debería tomarme unas vacaciones.

Se dirigió hacia el sombrero y el paraguas.

—Hay algo más que debe hacer usted.

—¿Y qué es?

—Debe renunciar a sus pretensiones de obtener la mano de la señorita Lindon.

—Mi querido Atherton, si mi salud realmente me está fallando, entonces renunciaré a todo, ¡a todo!

Repitió esa última palabra con un leve movimiento de las manos que resultó patético.

—Entiéndame, Lessingham. Lo que usted haga en cualquier otro terreno no es asunto mío. Estoy preocupado solo por la señorita Lindon. Debe prometerme firmemente, antes de abandonar este cuarto, que finalizará su relación con ella antes de esta noche.

Me estaba dando la espalda.

—Llegaré el día en el que su conciencia le recrimine el trato que me está dando; cuando se dé cuenta de que soy el hombre más desafortunado de la tierra.

—De eso me doy cuenta ahora. Y precisamente por eso ansío tanto que la sombra de su mala suerte no afecte a una joven inocente.

Lessingham se volvió.

—Atherton, ¿cuál es su posición actual con relación a Marjorie Lindon?

—Ella me considera un hermano.

—¿Y usted la considera una hermana? ¿Son sus sentimientos hacia ella puramente fraternales?

—Usted sabe que yo la amo.

—¿Y piensa usted que si me aparto dejaré el camino libre para usted?

—No pienso eso en absoluto. Puede que me crea o puede que no, pero mi único deseo es su felicidad y, sin duda, si usted la ama, también debe ser ese su deseo.

—Así es... —Hizo una pausa; en su rostro se dibujó una expresión de una tristeza de la cual no creía que fuera capaz—. Y la amo hasta un punto que usted no podría ni imaginar. A ningún hombre le gusta que le fuercen a hacer algo, especialmente

cuando quien lo hace es un posible rival. Pero le diré algo. Si la ruina que ha recaído en mi vida continúa, no desearía... que Dios me guarde de unir mi sino al de ella... ni por nada que el mundo pudiera ofrecerme.

Se calló. Y yo me quedé en silencio. Por fin, continuó.

—Cuando era más joven, sufrí un... delirio similar. Pero desapareció... no volví a padecerlo durante años, y pensé que había desaparecido del todo. Sin embargo, hace poco ha regresado... como ha podido ver usted. Voy a llevar a cabo las pesquisas que me ayuden a descubrir la causa de su reaparición; si resulta que es incurable, o incluso si se determina que será por un periodo prolongado, no solo, como usted dice, renunciaré a cualquier pretensión de obtener la mano de la señorita Lindon, sino también a todas mis otras ambiciones. Mientras tanto, en cuanto a la señorita Lindon se refiere, tendré cuidado en mantener nuestra relación en el umbral de una mera amistad.

—¿Me lo promete?

—Se lo prometo... Y por su parte, Atherton, mientras tanto trátame con mayor delicadeza. Todavía no se ha dictado veredicto en mi juicio. Descubrirá que no soy el desgraciado culpable que al parecer piensa que soy. Y hay pocas cosas más desagradables para la autoestima que descubrir, demasiado tarde, que uno ha persistido en prejuzgar a otro hombre demasiado duramente. Piense en todo lo que el mundo tiene que ofrecerme en este momento, y lo que significará para mí darle la espalda a todo ello... y solo por una mala tirada en la rueda de la fortuna.

Se volvió como si fuera a irse, pero entonces se detuvo, miró a su alrededor y aguzó el oído como si estuviera escuchando algo.

—¿Qué es eso?

Se escuchó un zumbido... y recordé lo que Marjorie había dicho acerca de sus experiencias de la noche anterior, que era como el zumbido de un escarabajo. En cuanto el Apóstol lo oyó, su semblante empezó a cambiar... resultaba una visión penosa. Corrí hacia él.

—¡Lessingham! ¡No sea idiota! ¡Compórtese como un hombre!

Me agarró el brazo izquierdo con la mano derecha hasta que me pareció que me la estaba aplastando un torno.

—Entonces... tendré que tomar un poco más de ese brandy.

Afortunadamente, tenía la botella a mano en el lugar donde me encontraba; de lo contrario, dudo que me hubiera soltado el brazo para ir a por ella. Le ofrecí el decantador y el vaso. Él mismo se sirvió una buena dosis. Cuando se lo hubo tragado, el zumbido ya había cesado. Dejó el vaso vacío encima de la mesa.

—Cuando un hombre tiene que recurrir al alcohol para afinar los nervios, desde luego que no le puede ir peor, de eso no hay duda... pero claro, usted nunca ha estado a la espera de un *tête-a-tête* con el demonio.

De nuevo se volvió para abandonar el cuarto... y en esta ocasión se marchó. Dejé que se fuera solo. Escuché sus pisadas por el pasillo y la puerta del vestíbulo

cerrándose. Luego me senté en un sillón, estiré las piernas, me metí las manos en los bolsillos de los pantalones... y comencé a hacerme preguntas.

Estuve allí, digamos, cuatro o cinco minutos, cuando escuché un tenue ruido a mi lado. Al girarme, vi que una hoja de papel se colaba revoloteando por la ventana abierta. Cayó casi a mis pies. La recogí. Era el dibujo de un escarabajo... una copia del que había causado tan extraordinario efecto en el señor Lessingham un día antes.

—Si pretendían que San Paul viera esto, han llegado un poco tarde... a menos que...

Oí que alguien se aproximaba por el pasillo. Alcé la mirada esperando ver reaparecer al Apóstol, pero mis expectativas se vieron agradablemente defraudadas. El recién llegado era una mujer. Se trataba de la señorita Grayling. Mientras permanecía de pie en el umbral de la puerta, vi que tenía las mejillas rojas como rosas.

—Espero que no esté interrumpiéndole de nuevo, pero... me dejé aquí el monedero... —Hizo una pausa y luego, como si se le ocurriera en ese momento, dijo —: Y quiero que venga a almorzar conmigo.

Guardé bajo llave el dibujo del escarabajo en el cajón... y almorcé con Dora Grayling.

LIBRO III

EL TERROR DE LA NOCHE Y EL TERROR DEL DÍA

La señorita Lindon relata la historia

Capítulo 23

CÓMO ÉL SE LO CONTÓ A ELLA

¡Soy la mujer más feliz del mundo! Me pregunto cuántas mujeres habrán dicho eso mismo en su momento... pero yo, realmente, lo soy. Paul me ha dicho que me ama. ¿Desde hace cuánto tiempo he estado confesándome secretamente que le amo? Me avergonzaría decirlo. Suena prosaico, pero creo que es un hecho que la primera agitación de mi pulso me la provocó la transcripción de uno de sus discursos en el *Times*. Trataba sobre la Ley de las Ocho Horas. Papá fue sumamente crítico. Dijo que solo era un charlatán zalamero, un agitador ignorante, un revoltoso irresponsable y muchas otras cosas por el estilo. Recuerdo muy bien que papá agitaba el periódico declarando que sonaba aún peor leído que escuchado, y bien sabía el cielo que había sonado lo suficientemente fuerte. Se mostró tan enfático que cuando se hubo ido, pensé en comprobar a qué venía tanto revuelo y leí el discurso para sacar mis propias conclusiones. Así que lo leí. Y me afectó de forma bastante distinta. Las palabras del orador mostraban tanto conocimiento, caridad y comprensión que me llegaron directamente al corazón.

Después de eso empecé a leer todo lo que se publicaba de Paul Lessingham que caía en mis manos. Y cuanto más leía, más impresionada estaba. Pero esto era un poco antes de que nos conociéramos. Considerando las opiniones de papá, no era probable que él se prestara a facilitar un encuentro. Para él, la mera mención de su nombre era como mostrarle un trapo rojo a un toro. Pero por fin nos conocimos. Y entonces supe que era más fuerte, más grande y mejor que sus propias palabras. Con frecuencia, ocurre lo contrario; una llega a descubrir que los hombres, y también las mujeres, son tan dados a mostrar lo mejor de sí mismos en el escaparate que en este caso el descubrimiento me resultó tan novedoso como placentero.

En cuanto se rompió el hielo, nos vimos con frecuencia. No sé muy bien cómo sucedió. No planeábamos nuestros encuentros... por lo menos, al principio. Sin embargo, siempre parecíamos encontrarnos por casualidad. Raro era el día que pasaba sin que nos encontráramos... en ocasiones dos y hasta tres veces. Resultaba extraño que siempre nos viéramos en los lugares más insospechados. Creo que no lo advertimos en aquel momento, pero echando la vista atrás puedo ver que ambos organizamos nuestras actividades de manera que, en algún lugar, de alguna manera, nos asegurábamos de tener una oportunidad de intercambiar media docena de palabras. Es imposible que todos esos encuentros fueran fortuitos.

Pero nunca pensé que me amara... jamás. Ni siquiera estoy segura de que, durante un tiempo, yo misma fuera consciente de que le amaba. Éramos grandes amigos, nosotros dos... Era totalmente consciente de que era su amiga... que él me consideraba su amiga, y así me lo hizo saber en más de una ocasión.

—Le digo esto —decía él, en relación a aquello o lo otro—, porque sé que al hablar con usted estoy hablando con una amiga.

Y tratándose de él, esas palabras no eran simple charlatanería. Todo el mundo habla de esa manera, especialmente los hombres; es una especie de muletilla que usan con toda mujer que se muestra dispuesta a escucharlos. Pero Paul no es así. Es cauteloso con las palabras, y desde luego no se puede decir que sea un hombre acostumbrado a tratar con mujeres. Le aseguro que es uno de sus puntos débiles. Si la leyenda no se aparta de la realidad tanto como acostumbra, pocos políticos han alcanzado la prosperidad sin ayuda de las mujeres. Él responde que no es un político y que nunca ha tenido intención de serlo. Simplemente desea trabajar para su país; si su país no necesita sus servicios... bueno, pues que así sea. Los amigos políticos de papá siempre han tenido tantos intereses propios y ajenos que atender que, al principio, escuchar a un miembro del Parlamento hablar de esa manera resulta casi inquietante. Yo había soñado con hombres así, pero nunca encontré a ninguno hasta que conocí a Paul Lessingham.

Nuestra amistad era muy agradable. Y fue haciéndose cada vez más agradable. Hasta que llegó un momento en el que me contó todo; los sueños que tenía, los planes que había ideado, los grandes propósitos que, si la salud y la fuerza se lo permitían, tenía intención de llevar a cabo hasta el final. Y, por fin, me dijo algo más.

Fue después de una asamblea en el Club de las Mujeres Trabajadoras de Westminster. Él había hablado y yo también había hablado. No sé qué habría dicho papá si lo hubiera sabido, pero lo hice. Se había propuesto una resolución formal y yo la secundé... en, tal vez, un par de cientos de palabras; pero eso habría sido suficiente para que papá me hubiera tachado de Desdichada Disoluta... papá siempre pone esa clase de palabras con mayúscula. Papá considera que una mujer oradora es algo horroroso... lo he visto mirar con recelo a una Dama de la Liga Primrose.

La noche era magnífica. Paul propuso que paseara con él por Westminster Bridge Road, hasta llegar al Parlamento, y que luego me conseguiría un coche. Hice lo que me sugirió. Todavía era temprano, ni siquiera eran las diez, y las calles eran un hervidero de gente. Nuestra conversación, mientras paseábamos, versó sobre cuestiones puramente políticas. La Ley de Reforma Agraria se había presentado entonces ante los Comunes y Paul estaba convencido de que se trataba de una de esas medidas que lo que dan por un lado lo quitan por el otro. La comisión iba a celebrarse pronto y ya se habían anunciado varias enmiendas, cuyo efecto sería fortalecer al terrateniente a expensas del arrendado. Más de una de estas enmiendas, y no las más moderadas, iban a ser propuestas por papá. Paul señalaba en ese momento que su deber era oponerse con uñas y dientes a estas cuando, de repente, se detuvo.

—A veces me pregunto cómo se siente con este asunto.

—¿Qué asunto?

—El de la diferencia de opiniones en cuestiones políticas que existe entre su padre y yo. Soy consciente de que el señor Lindon considera mis acciones siempre

como una afrenta personal, y parecen incomodarle tanto que me pregunto si parte de ese resentimiento no es compartido por usted.

—Ya le he explicado; considero a mi padre el político como una persona, y al padre como otra del todo distinta.

—Pero usted es su hija.

—Sin duda, lo soy... pero ¿qué le parecería, por ese motivo, que yo compartiera sus opiniones políticas a pesar de que creo que son erróneas?

—Usted le ama.

—Claro que sí... es el mejor de los padres.

—Su desertión supondrá para él una dolorosa decepción.

Le miré por el rabillo del ojo. Me pregunté qué se le estaba pasando ahora por la cabeza. Mi relación con papá era un tema que, sin explicitarlo, ambos habíamos consentido en considerar tabú.

—No estoy segura. Estoy casi convencida de que papá no tiene ninguna política.

—¡Señorita Lindon!... Creo que podría presentar pruebas de lo contrario.

—Creo que si papá volviera a casarse otra vez, digamos, con una presidenta de la Cámara, en tres semanas las opiniones políticas de su esposa serían las suyas propias.

Paul reflexionó antes de hablar, luego sonrió.

—Supongo que los hombres cambian a veces de chaqueta para agradar a sus esposas... incluso su chaqueta política.

—Las opiniones de papá son las opiniones de aquellos con los que se relaciona. La razón de que apoye a los Tories de la vieja escuela es porque teme que si se asocia con cualquier otro (con los radicales, por ejemplo), antes de que se diera cuenta, sería también un convencido radical. Para él, la asociación es sinónimo de lógica.

Paul se rio abiertamente. Para entonces ya habíamos llegado a Westminster Bridge. De pie, miramos el río pasar. Una larga línea de faroles flotaba misteriosamente sobre el agua; era un barco remolcador tirando de una hilera de barcazas. Durante unos segundos no hablamos. Luego Paul retomó lo que yo había estado comentando.

—Y usted... ¿cree usted que el matrimonio influenciaría sus convicciones?

—¿Y las suyas?

—Depende... —Se quedó en silencio. Luego, en un tono que había aprendido a detectar cuando se expresaba con mayor vehemencia—: Depende de si usted aceptara casarse conmigo o no.

Me quedé en silencio. Sus palabras me pillaron tan por sorpresa que me dejaron sin aliento. No sabía cómo interpretarlas. La cabeza me daba vueltas. Luego se dirigió a mí con una pregunta monosilábica.

—¿Bien?

Recuperé la voz... o parte de ella.

—¿Bien qué?

Se acercó un poco más a mí.

—¿Quiere ser mi esposa?

La parte de voz que había logrado recuperar, volvió a esfumarse. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Y me estremecí. Jamás pensé que podía reaccionar de forma tan absurda. Justo entonces la luna salió de detrás de una nube y las ondas del agua quedaron teñidas de plata. Él volvió a hablar, tan suavemente que sus palabras apenas llegaron a mis oídos.

—Sabe que la amo.

Y entonces supe que yo también le amaba. Que lo que había creído un sentimiento de amistad era algo muy diferente. Era como si alguien, al apartar un velo de delante de mis ojos, hubiera revelado un espectáculo que me deslumbraba. Me quedé sin habla. Él malinterpretó mi silencio.

—¿La he ofendido?

—No.

Creo que advirtió el temblor de mi voz y entonces me interpretó correctamente. Porque ahora también él se quedó en silencio. Por fin, deslizó la mano por la barandilla, la posó sobre la mía y la sujetó con fuerza.

Y así es como ocurrió. Se dijeron otras cosas, pero no eran de primera importancia. Aunque creo que nos llevó un buen rato decírnoslas. En cuanto a mí, puedo decir sin equivocarme que mi corazón estaba demasiado lleno para poder hablar; estaba muda por una enorme felicidad. Y creo que puedo decir lo mismo de Paul. Eso me dijo cuando ya nos despedíamos.

Parecía que acabábamos de llegar allí cuando Paul dio un respingo. Se volvió y miró el Big Ben.

—¡Medianoche! ¡La Cámara está reunida! ¡Imposible!

Pero era más que posible, era un hecho. En realidad, habíamos estado en el Puente durante dos horas y nos habían parecido menos de diez minutos. Nunca había supuesto que el transcurso del tiempo pudiera pasar tan desapercibido. Paul estaba desconcertado. Su sentido de responsabilidad legislativa le desasosegaba. Se excusó... a su manera.

—Afortunadamente, por una vez mis asuntos en la Cámara no son tan importantes como mis asuntos fuera de ella.

Deslizó su brazo por el mío. Y nos quedamos mirándonos frente a frente.

—¡Así que considera esto un asunto!

Él se rio.

No solo se aseguró de que me montara en un coche, sino que me acompañó hasta el interior. Y entonces me besó... Creo que yo estaba un poco indisputada esa noche. Mi sistema nervioso estaba, tal vez, algo decaído. Porque, cuando me besó, hice algo que nunca haría... tengo mi propio código de conducta y ese tipo de cosas quedan totalmente fuera de este; me comporté como una niña sentimental. Lloré. Y él tuvo que reconfortarme el resto del trayecto hasta casa.

Solo me queda esperar que, consciente de la singularidad de la ocasión, él tuviera

a bien disculparme.

Capítulo 24

EL PUNTO DE VISTA DE UNA MUJER

Sydney Atherton me ha pedido en matrimonio. No solo resulta molesto; peor aún, es absurdo.

Este es el resultado del deseo de Paul de que nuestro compromiso no fuera anunciado. Teme a papá... en realidad, no, pero sí de momento. El ambiente de la Cámara está cargado de electricidad. Los ánimos en los partidos andan caldeados. Se atacan unos a otros con cuchillos en la boca por la Ley de Reforma Agraria. La presión sobre Paul es tremenda. Estoy empezando a preocuparme en serio. Algunos pequeños detalles me confirman que está con los nervios de punta. Sospecho que se pasa las noches en vela. La cantidad de trabajo que ha estado realizando últimamente es excesiva para un solo ser humano, sea quien sea. El mismo admite que se sentirá aliviado cuando acabe la sesión. Y yo también.

Mientras tanto, es su voluntad que no se anuncie nada sobre nuestro compromiso hasta que se levante el Parlamento. Me parece bastante razonable. Sin duda, papá se pondrá violento... últimamente, hasta la más mínima mención del nombre de Paul es suficiente para que explote. Cuando lo descubra, será incontrolable... lo puedo ver claramente. A raíz de pequeños incidentes que han tenido lugar recientemente, me espero lo peor. Es capaz de montar una escena dentro de la propia Cámara. Y, como dice Paul, hay cierta verdad en el dicho de la última gota que colma el vaso. Podrá enfrentarse mucho mejor con la ira salvaje de papá cuando la sesión haya acabado.

Así que las noticias tendrán que esperar un poco. Por supuesto, Paul tiene razón. Y sus deseos también son los míos. Sin embargo, no todo me resulta tan sencillo como cree. El ambiente doméstico está casi tan cargado de electricidad como la Cámara. Papá es como un terrier que ha olido una rata... siempre anda olisqueando el aire. De hecho, no me ha prohibido hablar con Paul... todavía no ha reunido el coraje suficiente; pero siempre hace referencias incómodas a personas que cuenta entre sus conocidos como «aventureros políticos», «oportunistas aprovechados» y «morralla radical», y esa clase de cosas. A veces me aventuro a expresar mi propia opinión, pero siempre provoca tal tempestad que tan pronto como puedo vuelvo a mi discreción habitual. Así que, por regla general, sufro en silencio.

Sin embargo, desearía con todo mi corazón que este secretismo acabara. No es necesario que nadie crea que me avergüenzo de estar a punto de casarme con Paul... papá menos aún. Por otro lado, estoy tan orgullosa de ello como la más orgullosa de las mujeres. En ocasiones, cuando Paul ha dicho o hecho algo inusualmente maravilloso, temo que mi orgullo me delate... lo siento con tanta fuerza en mi interior. Me encantaría medir las fuerzas con papá; en cualquier lugar y en cualquier momento... y no tendría por qué ser tan grosera como él lo sería conmigo. En el

fondo de su corazón, papá sabe que yo soy la más inteligente de los dos; tras una o dos batallas campales lo entendería mejor todavía. ¡Conozco a papá! No he sido su hija durante todos estos años en vano. Me siento como el soldado de sangre ardiente que, ansioso por atacar al enemigo en campo abierto, recibe la orden de acechar tras los arbustos a esperar que le disparen.

Una consecuencia de este estado de cosas es que Sydney me ha pedido en matrimonio... ¡precisamente él! Resulta demasiado cómico. Lo mejor de todo es que se lo tomó bastante en serio. No sé cuántas veces me ha confiado los sufrimientos que ha padecido por amor a otras mujeres... algunas de ellas, lamento decir, decentes mujeres casadas; pero esta es la primera vez en que el tema ha sido personal. Estaba tan frenético, como acostumbra a estar, que para calmarlo le dije lo de Paul... lo cual, dadas las circunstancias, me sentí en libertad de contarle. A su vez, él se mostró bastante melodramático, haciendo sutiles alusiones a no sé bien qué cosas, y casi me enfadé con él.

Sydney Atherton es una persona curiosa. Supongo que es porque lo conozco de toda la vida y siempre he recurrido a él en momentos de necesidad como principal sustituto de un hermano, por lo que puedo criticarle con tanta franqueza. En algunos aspectos es un genio; en otros... no diré que es un loco, porque nunca lo ha sido, aunque con frecuencia ha hecho locuras. El éxito de sus inventos es comentado por todos; aunque no se conocen ni la mitad de ellos. Es una mezcla extraordinaria. Las cosas que la mayoría de la gente querría proclamar en plena calle, él se las calla y guarda en su interior; mientras que las cosas que esas mismas personas desearían esconder, él las grita por los tejados. Un hombre muy famoso me dijo en una ocasión que, si el señor Atherton decidiera especializarse en algo y desarrollar una rama de investigación y dedicar su vida a ello, su fama, antes de morir, atravesaría los océanos. Pero dedicarse a una sola cosa no es algo que esté en la naturaleza de Sydney. Como las abejas, prefiere revolotear de flor en flor.

En cuanto a su pretensión de estar enamorado de mí, es ridícula. Está tan enamorado de mí como de la luna. No se me ocurre cómo puede habersele metido esa idea en la cabeza. Alguna jovencita debe de haberle tratado mal, o él piensa que lo ha tratado mal. La mujer con la que debería casarse, y con la que finalmente se casará, es Dora Grayling. Es joven, encantadora, inmensamente rica, y está perdidamente enamorada de él; si no lo estuviera, entonces él estaría perdidamente enamorado de ella. Creo que no le falta mucho para estarlo... a veces es tan grosero con ella... Es una característica de Sydney, capaz de ser grosero con la chica que realmente le gusta. En cuanto a Dora, sospecho que sueña con él. Es alto, correcto, muy atractivo, con un enorme bigote y unos ojos extraordinarios... supongo que esos ojos tienen más que ver con el estado en el que se encuentra Dora que cualquier otra cosa. He oído decir que posee un poder hipnótico hasta grados inusitados y que, si decidiera ejercerlo, podría llegar a ser un peligro para la sociedad. Creo que ha hipnotizado a Dora.

Desde luego que es un excelente hermano. He acudido a él en muchísimas ocasiones, cuando he necesitado ayuda, y me ha dado algunos consejos excelentes. Me atrevería a decir que volveré a consultarle. Hay cuestiones sobre las que jamás me atrevería a hablar con Paul. En todos los sentidos, Paul es el gran hombre, y no creo que se rebajara a este tipo de trivialidades. Pero Sydney sabe hacerlo y lo hace. Cuando está de humor, una mujer no podría acudir a una autoridad mejor en el vital tema de los adornos femeninos. Muchas veces le digo que, si se hubiera hecho modisto, habría sido espléndido. Estoy segura de ello.

Capítulo 25

EL HOMBRE DE LA CALLE

Esta mañana he tenido una aventura.

Estaba en la habitación del desayuno. Papá, como es habitual, llegó tarde y me pregunté si debía empezar sin él, cuando, mientras echaba una mirada a mi alrededor, algo en la calle me llamó la atención. Me asomé a la ventana para ver de qué se trataba. Un pequeño grupo de gente se apiñaba en medio de la calle y observaban algo que, aparentemente, estaba tirado en el suelo. Pero no podía ver de qué se trataba.

El mayordomo se encontraba en ese momento en la habitación y me dirigí a él.

—Peter, ¿qué ocurre en la calle? Vaya a ver.

Peter salió y observó, y finalmente regresó. Es un sirviente excelente, pero su forma de hablar, incluso cuando se trata de la información más trivial, es levemente ampulosa. Sin duda hubiera sido un excelente ministro de gabinete durante el turno de preguntas... envuelve hasta la más pequeña de las peticiones en las palabras más largas.

—Un desafortunado individuo parece haber sido víctima de algún tipo de catástrofe. Me informan de que está muerto. Pero el agente del orden afirma que está borracho.

—¿Borracho? ¿Muerto?... ¿Quiere decir que se ha matado a beber? ¡A estas horas!

—Una de las dos cosas. No contemplé al individuo con mis propios ojos. Obtuve la información de un viandante.

Pero aquello no me resultó lo suficientemente explícito. Me dejé llevar por un impulso de curiosidad aparentemente gratuita y salí a la calle tal como me hallaba, para verlo por mí misma. Tal vez no fue lo más sensato, y seguro que papá se habría quedado consternado... pero siempre estoy escandalizando a papá. Había estado lloviendo por la noche y los zapatos que llevaba puestos no estaban preparados para enfrentarse al barro.

Me abrí paso hasta el lugar que atraía todas las miradas.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Un trabajador, con una bolsa de herramientas colgada del hombro, me respondió.

—Algo le ha sucedido a alguien. El policía dice que está borracho, pero a mí me da la impresión de que es algo peor.

—¿Me permite pasar, por favor?

Cuando vieron que yo era una mujer, me permitieron llegar hasta el centro de la muchedumbre.

Había un hombre tumbado boca arriba sobre la tierra y la mugre del suelo. Estaba

tan cubierto de barro que al principio resultaba difícil saber si realmente se trataba de un hombre. Tenía la cabeza descubierta y los pies descalzos. Llevaba el cuerpo parcialmente cubierto con una túnica larga y desgarrada. Era obvio que aquel trapo destrozado, manchado y empapado era lo único que lo tapaba. Un policía bastante corpulento le sujetaba los hombros con las manos y le miraba como si no entendiera nada en absoluto. Parecía no estar seguro de si estaba fingiendo o no.

Le hablaba como si fuera un niño desobediente.

—¡Venga, amigo, esto no le va a servir de nada!... ¡Despierte! ¿Qué le ocurre?

Pero ni se despertaba ni explicaba qué le sucedía. Le cogí de la mano. Estaba fría como el hielo. Aparentemente, no se sentía pulso en su muñeca. Estaba claro que no se trataba de un caso normal de ebriedad.

—Algo grave le sucede a este hombre, agente. Deberíamos solicitar ayuda médica de inmediato.

—¿Cree que ha sufrido un ataque, señorita?

—Eso se lo podrá decir mejor un médico. No le noto el pulso. No me sorprendería descubrir que está...

De hecho, tenía la palabra «muerto» en la punta de la lengua, cuando el extraño me ahorró el bochorno de dejar expuesta mi ignorancia y alejó la muñeca de mí, tras lo cual se incorporó en el barro. Extendió las manos frente a él, abrió los ojos y exclamó con un tono de voz fuerte pero dolorosamente ronco, como si padeciera un fuerte resfriado.

—¡Paul Lessingham!

Me quedé tan sorprendida que estuve a punto de quedarme sentada sobre el barro. No había esperado en absoluto escuchar el nombre de Paul (¡mi Paul!) en boca de un individuo de tal aspecto, y pronunciado de esa forma. En cuanto hubo pronunciado las palabras, cerró otra vez los ojos y se echó hacia atrás; aparentemente volvió a perder el sentido... el policía le sujetó por el hombro justo a tiempo para evitar que se golpeará la nuca contra el suelo.

El agente le zarandeó, un tanto violentamente.

—¡Vamos, amigo, está claro que no está muerto!... ¿Qué significa todo esto?... ¡Levántese!

Miré a mi alrededor y vi que Peter estaba cerca, detrás de mí. Por lo visto, le había sorprendido la peculiaridad del comportamiento de su señora y la había seguido para evitar que pudiera ocurrir lo que tal conducta merecía. Me dirigí a él.

—¡Peter, envíe a alguien para que traiga al doctor Cotes inmediatamente!

El doctor Cotes vivía al doblar la esquina y, como resultaba evidente que el lapso consciente del hombre había hecho aumentar el escepticismo del policía sobre la aparente gravedad del caso, pensé que sería recomendable intentar obtener lo antes posible una opinión competente.

Peter se disponía a salir, cuando de nuevo el extraño recuperó la consciencia... es decir, si es que realmente era consciencia, de lo cual tenía no pocas dudas. Repitió su

anterior pantomima; se incorporó en el barro, estiró los brazos, abrió los ojos desorbitadamente... ¡y aun así no parecían ver nada! Entonces le sobrevino una especie de convulsión y gritó (llegó realmente a gritar) como podría gritar un hombre mortalmente aterrado.

—¡Cuidado, Paul Lessingham... cuidado!

Por mi parte, eso terminó de decidirme. Aquí había un misterio que debía ser resuelto. Había mencionado el nombre de Paul dos veces... ¡y de la forma más extraña! Me correspondía a mí averiguar todos los detalles, descubrir qué conexión existía entre aquella criatura sin vida y Paul Lessingham. Tal vez la Providencia lo había arrojado a las puertas de mi hogar. Podría estar atendiendo a un ángel inadvertidamente. Tomé la decisión en ese mismo instante.

—Peter, dese prisa en traer al doctor Cotes...

Peter pasó la orden e inmediatamente un criado echó a correr tan rápido como le daban las piernas.

—Agente, haré que lleven a este hombre a la casa de mi padre... ¿Querrían algunos de ustedes ayudar a llevarlo dentro?

Hubo suficientes voluntarios, y sobraron. Hablé con Peter en el vestíbulo.

—¿Ha bajado ya papá?

—El señor Lindon ha mandado decir que no le espere para desayunar. Ha dado instrucciones para que le lleven el desayuno arriba a su cuarto.

—Está bien... —Señalé con un movimiento de cabeza hacia el pobre desgraciado que ahora transportaban al vestíbulo—. No le diga nada de todo esto a menos que se lo pregunte en concreto. ¿Me entiende?

Peter inclinó la cabeza. Es la discreción personificada. Sabe que tengo mis locuras y no es culpa suya si estas locuras llegan a oídos de papá.

El médico llegó a la casa casi al mismo tiempo que el extraño.

—Necesita que lo laven —afirmó en cuanto lo vio.

Y, ciertamente, era verdad... jamás vi a un hombre que necesitara con más urgencia los beneficios de un poco de agua y jabón. Luego llevó a cabo el habitual protocolo médico mientras yo le observaba todo el tiempo. Por lo que pude ver, el hombre no mostraba ni el más mínimo rastro de vida.

—¿Está muerto?

—Lo estará pronto si no come algo. Este hombre está hambriento.

El médico le preguntó al policía qué sabía de él.

La respuesta de aquel sagaz agente fue vaga. Un chico había llegado corriendo y gritando que había un hombre muerto en la calle. Inmediatamente siguió al chico y descubrió al extraño. Eso era todo lo que sabía.

—¿Qué le ocurre a este hombre? —pregunté al médico cuando el policía se hubo ido.

—No lo sé. Podría tratarse de catalepsia, pero podría no serlo. Cuando lo averigüe, puede volver a preguntármelo.

Las maneras del doctor Cotes eran un tanto bruscas... en particular, creo, hacia mí. Recuerdo que en una ocasión me amenazó con darme un capón. Cuando era pequeña no dudaba en que se lo devolvería.

Viendo que no iba a obtener ninguna respuesta de un hombre mudo (en concreto, sobre sus misteriosas referencias a Paul), subí al piso de arriba. Encontré a papá con la sensación de que estaba sufriendo un grave ataque de gota. Pero al verle comer un enorme desayuno y aparentemente disfrutarlo (mientras yo seguía en ayunas), supuse que no estaba tan grave como él temía.

No le mencioné nada de la persona que había encontrado en la calle... no fuera a empeorar su gota. Cuando se encuentra así, cuanto menos mejor.

Capítulo 26

LA NEGATIVA DE UN PADRE

Paul ha irrumpido en la Cámara de los Comunes con uno de los más grandiosos discursos que jamás haya pronunciado, y me he peleado con papá. Y, además, he estado a punto de pelearme con Sydney.

El pequeño asunto de Sydney no es nada. De hecho, insiste en pensar que está enamorado de mí... como si, desde ayer noche, cuando según él «me pidió la mano», no hubiera tenido tiempo de desenamorarse y enamorarse media docena de veces y, basándose en ello, parece que se cree con el derecho de mostrarse tan desagradable conmigo como puede. No debería importarme... porque el Sydney desagradable es casi tan simpático como Sydney en cualquier otro estado; pero cuando lanza sus dardos envenenados contra Paul le paro los pies. Si cree que cualquier cosa que diga, o sugiera, va a disminuir mi estima por Paul Lessingham un solo milímetro, entonces es que tiene menos sabiduría de la que le había atribuido. Por cierto, Percy Woodville me pidió en matrimonio esta noche... lo cual tampoco tiene ninguna importancia; lleva intentándolo los últimos tres años... aunque, en las circunstancias actuales, resulta un tanto engorroso; pero al menos él no escupe veneno porque prefiero a otro hombre... y creo que realmente se preocupa por mí.

El asunto de papá es grave. Es el primer choque de floretes... y en esta ocasión me imagino que sin duda se arrancarán los botones. Esta mañana me dirigió unas pocas palabras, no muchas. Me informó de que se esperaba que Paul hablara esa noche (¡como si yo no lo supiera!) y aprovechó la noticia para lanzarle toda clase de exabruptos que, en su caso, no cree impropios de un caballero. No sé... o, más bien, sé lo que pensaría si escuchara a otro hombre emplear en presencia de una mujer un lenguaje como el que él emplea habitualmente. Sin embargo, no dije nada. Tenía un motivo para dejar que pasara la tormenta.

Pero esa noche el tema continuó.

Yo, por supuesto, acudí a escuchar el discurso de Paul... como ya había hecho en varias ocasiones. Después, Paul vino para recogerme del gallinero. Tuvo que dejarme un momento mientras le daba un mensaje a alguien, y en el vestíbulo estaba Sydney... ¡todo desdén! Le habría pellizcado. Y justo cuando estaba llegando a la conclusión de que iba a verme obligada a clavarle una aguja en el brazo, Paul regresó y, sin duda alguna, Sydney fue grosero con él. Me sentí avergonzada, ya que el señor Atherton no lo estaba. Y por si fuera poco ser insultado por un pisaverde sin importancia, en el preciso momento en el que él estaba aportando otra piedra al muro de la gloria de su país... llegó papá. De hecho, dijo que quería apartarme de Paul. Me habría gustado ver cómo lo hacía. Por supuesto, me marché con Paul hasta el coche y dejé que papá me siguiera si así lo deseaba. Pero no lo hizo... sin embargo, se las

apañó para presentarse en casa tan solo tres minutos después de que yo regresara.

Y entonces se desató la batalla.

Me es imposible dar una idea de la ira de papá. Puede que haya hombres a los que les siente bien perder los nervios, pero, si existen, desde luego papá no es uno de ellos. Siempre habla sobre la grandeza y alta cuna de los Lindon, pero es difícil imaginar algo de más baja alcurnia que la cabeza visible de los Lindon en sus momentos de ira. No intentaré reproducir su lenguaje... pero sus observaciones consistieron básicamente en denigrar a Paul, glorificar a los Lindon y darme órdenes.

—Te prohíbo... te prohíbo... —Cuando papá quiere impresionar repite sus propias palabras tres o cuatro veces; no sé si es que cree que mejoran al repetirlas, pero si es así se equivoca—. Te prohíbo que vuelvas a hablar con ese... ese... ese... y aquí siguen unos cuantos exabruptos.

Yo permanecí en silencio.

Mi estrategia era mantenerme fría. Creo que, con excepción tal vez de estar un poco pálida y lamentar profundamente que papá perdiera así los papeles, me encontraba como normalmente estoy.

—¿Me oyes? ¿Me oyes lo que estoy diciendo? ¿Me oyes... señorita?

—Sí, papá, te oigo.

—Entonces... entonces... ¡entonces, prométemelo! ¡Prométeme que harás lo que te he ordenado! ¡Escúchame bien, jovencita, lo prometerás antes de abandonar esta habitación!

—¡Mi querido papá! ¿Es que pretendes que pase el resto de mi vida en el salón?

—¡No seas impertinente!... ¡no-no-no me hables de esa manera! ¡No-no-no voy a tolerarlo!

—Te diré la verdad... si no te cuidas vas a tener otro ataque de gota.

—Maldita gota.

Eso fue lo más sensato de todo lo que dijo; si un tormento como la gota puede ser enviado al averno gracias a la simple mención de una palabra, por supuesto que debe ser pronunciada. Y, de nuevo, volvió a explotar.

—Ese hombre es un rufián y un granuja... No hay peor y más vil vagabundo... —y lindezas de ese tipo—. Y te lo ordeno... ¡soy un Lindon y te lo ordeno! ¡Soy tu padre y te lo ordeno! Te prohíbo hablar con tal-tal-tal... —Tras varios exabruptos repetidos continuó—: ¡otra vez y... y... y te prohíbo que vuelvas a mirarle!

—Escúchame, papá. Te prometo que jamás volveré a hablar con Paul Lessingham si tú me prometes que no volverás a hablar jamás con Lord Cantilever... o a saludarle si te lo encuentras por la calle.

La cara de papá era un poema. Lord Cantilever es el presidente de su partido. Su líder augusto y, supongo, reverenciado. Es el fetiche particular de papá. No estoy segura de que le considere algo menos que un ángel venido de los cielos, pero si es así, debe ser por muy poco. Mi sugerencia le pareció tan atroz como me pareció a mí la suya. Pero desafortunadamente papá solo es capaz de ver una sola versión de los

hechos, y siempre es la suya.

—¡Cómo... cómo te atreves a comparar a Lord Cantilever con... con ese... ese... ese...!

—No estoy comparándolos. No soy consciente de que haya nada en concreto en contra de Lord Cantilever... es decir, contra su persona. Pero, por supuesto, jamás soñaría comparar a un hombre de su calibre con otro de verdaderas capacidades, como Paul Lessingham. Sería tratar al pobre lord con demasiada severidad.

No pude evitarlo... pero eso bastó. El resto de la conversación de papá fue un batiburrillo de explosiones. Fue todo tan triste...

Papá derramó todo el veneno de su ira contra Paul... consiguiendo así desfigurarse amargamente. Me amenazó con todos los sufrimientos y penalidades de la inquisición si no le prometía inmediatamente que no mantendría comunicación alguna con el señor Lessingham. Por supuesto, no hice nada de ese tipo. Me maldijo por la campana, el libro y la vela... y por otras cosas más. Me propinó los nombres más terribles... ¡a mí, su única hija! Me advirtió de que acabaría en la cárcel... y no estoy segura de que no estuviera sugiriendo oscuramente la horca. Finalmente, me hizo salir del cuarto envuelta en un torbellino de anatemas.

Capítulo 27

EL TERROR DE NOCHE

Cuando dejé a papá (o, más bien, cuando papá me apartó de él), me dirigí inmediatamente al hombre que había encontrado en la calle. Era tarde y me sentía tan cansada como preocupada, así que se me ocurrió ir a ver por mí misma cómo se encontraba. De alguna manera, parecía ser una conexión entre Paul y yo; y, como en ese momento, conexiones de ese tipo significaban tanto, no podía irme a dormir sin saber algo sobre su estado.

La enfermera me recibió en la puerta.

—Y bien, enfermera, ¿cómo está el paciente?

La enfermera era una mujer regordeta y maternal que había cuidado a más de uno de mis protegidos, y que mantenía con bastante frecuencia a mi disposición. La mujer extendió las manos.

—Es difícil saberlo. No se ha movido desde que llegué.

—¿No se ha movido? ¿Sigue inconsciente?

—Parece encontrarse en alguna clase de trance. No parece respirar y no detecto pulso, pero el doctor dice que sigue con vida... es el caso más extraño que jamás haya visto.

Entré en la habitación. En cuanto lo hice, el hombre postrado en la cama mostró signos suficientemente inconfundibles de vida. La enfermera se apresuró hacia él.

—¡Caramba! —exclamó la mujer—. ¡Se está moviendo! ¡Tal vez la haya oído entrar!

No solo podía haberme oído entrar, sino que además parecía que fuera ese el verdadero motivo. Cuando me aproximé a la cama, se incorporó hasta sentarse, como había hecho por la mañana en la calle, y exclamó, como si se dirigiera a alguien que veía delante... soy incapaz de describir el agónico grito casi sobrehumano que era su voz:

—¡Paul Lessingham!... ¡Cuidado!... ¡El Escarabajo!

No tenía ni la más remota idea de lo que quería decir. Probablemente por eso, lo que parecía más una expresión de delirio que cualquier otra cosa, produjo un efecto tan extraordinario en mis nervios. En cuanto hubo hablado, una especie de horror vacuo pareció invadir mi mente. De hecho, advertí que me temblaban las rodillas. Me sentí, de repente, como si estuviera ante la inminente presencia de algo terrible pero aún no visible.

En cuanto al hombre que había hablado, nada más salir las palabras de su boca, como había ocurrido por la mañana, volvió a caer en un estado de trance. La enfermera, tras inclinarse sobre él, informó del hecho.

—¡Ha vuelto a apagarse!... ¡Qué cosa tan curiosa!... Supongo que es real. —

Estaba claro que, por el tono de su voz, la enfermera compartía la duda que había estado rondando por la cabeza del policía—. No hay ni rastro de pulso. Todo indica que debería estar muerto. Pero de una cosa sí estoy segura, hay algo que no es natural en ese hombre. Ninguna enfermedad que conozca deja a un hombre en tal estado. — Al levantar la vista, vio algo inusual en mi rostro; un aspecto que la asustó—. ¡Caramba, señorita Marjorie! ¿Qué le ocurre?... ¡Se la ve muy enferma!

Me sentía enferma, peor que enferma; pero, al mismo tiempo, era incapaz de describir a la enfermera cómo me sentía. Por alguna razón inexplicable, incluso perdí el control de mi lengua... tartamudeé.

—Yo... yo... yo no me siento muy bien, enfermera; cre-cre-creo que estaré mejor en la cama.

Mientras hablaba, me dirigí tambaleándome hacia la puerta, consciente todo el tiempo de que la enfermera me miraba con ojos desorbitados. Cuando salí del cuarto, me pareció —de una forma inexplicable— que algo había salido de allí conmigo, y que Aquello y yo estábamos solos en el pasillo. Tan abrumada estaba por la certeza de su cercanía que, de repente, me sorprendí encogiéndome de miedo contra la pared... como si esperara que algo o alguien fuera a golpearme.

No sé cómo llegué a mi dormitorio. Encontré a Fanchette esperándome. En ese momento su presencia resultó positiva... hasta que me di cuenta de la expresión de asombro con la que me estaba mirando.

—¿Mademoiselle no se encuentra bien?

—Gracias, Fanchette, yo... estoy bastante cansada. Esta noche me desvestiré sola... puedes irte a dormir.

—Pero si mademoiselle está tan cansada, ¿por qué no me permite que la ayude?

La sugerencia parecía bastante razonable... y también amable; porque, como mínimo, ella tenía tantos motivos como yo para estar fatigada. Vacilé. Me apeteció rodearle el cuello con mis brazos y suplicarle que no me dejara, pero la cruda realidad es que tuve vergüenza. En mi interior, estaba convencida de que esa sensación de terror que tan repentinamente me había invadido tenía tan poco fundamento que no podía soportar la idea de amilanarme ante los ojos de mi sirvienta. Mientras vacilaba así, me pareció que algo pasaba rozándome por el aire y que me tocaba la mejilla al pasar. Me aferré al brazo de Fanchette.

—¡Fanchette!... ¿Hay algo aquí con nosotras en la habitación?

—¿Algo con nosotras en la habitación... mademoiselle?... ¿A qué se refiere, mademoiselle?

Fanchette parecía afectada, lo cual era comprensible. Fanchette no es una persona resuelta, y desde luego no la más adecuada para proporcionar apoyo cuando más se necesita. Si iba a hacer el ridículo, yo sería mi propio público. Así que le dije que se fuera.

—¿No te he dicho ya que me desvestiré sola?... Debes irte a dormir.

Se marchó a dormir... con el suficiente convencimiento.

En cuando dejó la habitación, deseé que volviera. Se apoderó de mí tal ataque de miedo que era incapaz de moverme del lugar donde me encontraba, y era lo único que podía hacer para evitar caerme como un fardo en el suelo. Hasta entonces nunca había creído ser cobarde. Ni tampoco que poseyera «nervios de acero». No era muy dada a que me asustaran las sombras. Me dije a mí misma que todo este asunto no era más que un absurdo total y que estaría profundamente avergonzada de mi propia conducta cuando amaneciera. «Si no quieres tenerte por una idiota despreciable, Marjorie Lindon, será mejor que reúnas todo el coraje que puedas y estos estúpidos temores desaparecerán». Pero no funcionó. En lugar de desaparecer, empeoraron. Llegué a convencerme (¡y el proceso de convencimiento resultó indescriptiblemente terrible!) de que en realidad había algo en el cuarto conmigo, un horror invisible... el cual, en cualquier momento, se haría visible. Me pareció entender (¡con una sensación agónica que no puede ser comparada con nada!) que aquella cosa que estaba conmigo estaba también con Paul. Que estábamos conectados por el vínculo de un terror espantoso. Que, en ese momento, ese mismo horrible peligro que me amenazaba, también le amenazaba a él, y que yo era incapaz de mover ni un solo dedo para ayudarlo. Como con una especie de segunda visión, vi más allá de la habitación en la que me encontraba, y observé otra en la que Paul estaba acurrucado en el suelo, cubriéndose el rostro con las manos y gritando. La visión apareció una y otra vez, con un grado de viveza para el que carezco de explicación. Por fin, el horror y el realismo de aquella visión me provocó un ataque de nervios. «¡Paul! ¡Paul!», grité. En cuanto recuperé la voz, la visión desapareció. De nuevo, interpreté que, en resumidas cuentas, seguía de pie en mi propio dormitorio, que las luces ardían brillantes y que yo ni siquiera había empezado a quitarme ni una sola prenda de ropa. «¿Me estoy volviendo loca?», me pregunté. Había oído que la locura puede adoptar formas extraordinarias, pero no tenía ni la menor idea de qué podría haber causado ese reblandecimiento de mi cerebro. ¡Sin duda, ese tipo de cosas no le suceden a una... de una forma tan virulenta!... y sin el menor aviso previo... Estaba segura de que mis facultades mentales habían estado en perfecto estado hacía tan solo unos minutos. La primera premonición de esa clase me asaltó con la melodramática frase del hombre que encontré en la calle.

—¡Paul Lessingham!... ¡Cuidado!... ¡El Escarabajo!

Las palabras resonaban en mis oídos... ¿Qué era aquello?... Escuché un zumbido a mis espaldas. Me volví para ver lo que era. Se movía al mismo tiempo que yo, de manera que continuaba detrás de mí. Me giré rápidamente sobre los talones. Pero me eludió de nuevo... seguía detrás.

Me quedé escuchándolo... ¿Qué era aquello que revoloteaba tan persistentemente a mis espaldas?

El zumbido era claramente audible. Era como el zumbido de una abeja. ¿O... tal vez era un escarabajo?

Durante toda mi vida he sentido repulsión por los escarabajos... de cualquier

género o tipo. No tengo problema con las ratas o los ratones, ni las vacas, toros, serpientes, arañas, sapos, lagartos o cualquiera de las mil y una criaturas, animadas o inanimadas, hacia las que la gente profesa un desagrado profundo y, aparentemente, ilógico. Mi único terror de pesadilla han sido los escarabajos. La simple sospecha de la presencia de una cucaracha inofensiva y, según me dicen, bastante necesaria, a tan solo unos metros de mí siempre me ha provocado incomodidad. La idea de que un enorme escarabajo alado (¡para mí, un escarabajo con alas es el horror de los horrores!) estuviera conmigo en el cuarto (¡solo Dios sabe cómo había entrado allí!) resultaba insoportable. Cualquiera que me hubiera visto durante los siguientes segundos sin duda habría creído que estaba demente. Me volví y giré, salté de un lado a otro, me encogí en posturas imposibles para poder ver aunque fuera fugazmente a aquel visitante detestable... pero todo fue en vano. Podía oírlo todo el tiempo; pero verlo... ¡nunca! El zumbido permanecía en todo momento a mis espaldas.

El terror volvió... empecé a pensar que se me debía de estar reblandeciendo el cerebro. Corrí a la cama. Salté de rodillas sobre ella e intenté rezar. Pero me había quedado sin palabras... no me salía ninguna; mis pensamientos no lograban tomar forma. De repente, fui consciente, mientras me esforzaba por pedir ayuda a Dios, de que luchaba contra algo maligno... que, si pudiera suplicar ayuda a nuestro Señor, el mal huiría. Pero no podía. Estaba desvalida... dominada. Escondí el rostro entre las sábanas y me tapé los oídos con los dedos. Pero el zumbido seguía detrás de mí todo el tiempo.

Salté y me puse a dar manotazos a ciegas, violentamente, a derecha e izquierda, sin golpear nada... el zumbido siempre provenía de un punto al que yo no podía llegar en ese momento.

Me rasgué la ropa. Tenía puesto un precioso vestido que había estrenado esa noche; lo había encargado especialmente para la ocasión del baile de la Duquesa y, más especialmente, en honor del grandioso discurso de Paul. Me había dicho a mí misma cuando me vi en un espejo que era el vestido más exquisito que hubiera tenido, y me sentaba a la perfección, y que seguiría en mi armario por mucho tiempo, aunque solo fuera como recuerdo de una noche tan memorable. Pues bien, en la locura de mi terror, todas las reflexiones de ese tipo quedaron en el olvido. Mi único deseo era quitármelo. De alguna manera, logré arrancármelo y dejé que cayera en el suelo hecho jirones a mis pies. El resto de prendas voló de igual manera; era un verdadero holocausto de prendas delicadas... Yo actuaba como un verdugo implacable, cuando, por lo general, trato con tanto cuidado mis cosas. Salté sobre la cama, apagué la luz eléctrica y me metí entre las mantas hasta quedar enterrada en ellas, cabeza incluida.

Había albergado la esperanza de que, al apagar la luz, pudiera recobrar la cordura. Que en la oscuridad podría tener alguna posibilidad de pensar con cordura. Pero cometí un error lamentable. Las cosas fueron de mal en peor. La oscuridad añadió nuevos terrores. La luz no llevaba apagada ni cinco segundos antes de que hubiera

dado la vida por encenderla otra vez.

Mientras me acurrucaba bajo las mantas escuché el zumbido por encima de mi cabeza... el repentino silencio de la oscuridad lo hizo más audible que antes. La criatura, fuera lo que fuera, volaba sobre la cama. Fue acercándose más y más, y se hizo cada vez más claro. Sentí que se posaba en el cubrecama... ¿podré olvidar alguna vez la sensación que me provocó? Me pesaba como una tonelada de plomo. No fingiré saber cuánto era real y cuánto imaginario, pero era mucho más pesado que cualquier escarabajo que jamás haya visto, de eso estoy segura.

Durante un rato estuvo quieto... y durante ese tiempo dudo que me atreviera ni a respirar. Luego sentí que comenzaba a moverse tambaleándose, con paso lento y torpe, y se paraba de vez en cuando como si necesitara descansar. Yo era consciente de que lentamente, pero sin pausa, avanzaba hacia el cabecero de la cama. La sensación de horror que me invadió al ser consciente de lo que podría significar tal avance, me temo que permanecerá dentro de mí hasta el fin de mis días... no solo en sueños, sino con demasiada frecuencia, también en mis horas de vigilia. Mi corazón, como dicen los Salmos, se deritió en mi interior, era incapaz de moverme... sometida por algo tan espantoso e infinitamente más poderoso que la fascinación de la serpiente.

Cuando llegó al cabecero de la cama, lo que temía que ocurriera —¡lo que tanto temía!—, ocurrió. Comenzó a abrirse paso al interior de la cama y a arrastrarse entre las sábanas... ¡fue un milagro que no me muriera en ese instante! Sentía que cada vez se aproximaba más a mí, centímetro a centímetro; sabía que estaba sobre mí, que no tenía escapatoria; y sentí que algo tocaba mi cabello.

Y, entonces, la inconsciencia llegó en mi ayuda. Por primera vez en mi vida me desmayé.

Capítulo 28

LA EXTRAÑA HISTORIA DEL HOMBRE DE LA CALLE

He estado presintiendo desde hace ya varias semanas que las cosas iban a ponerse emocionantes... y así ha sido. Pero en absoluto como yo había previsto. Es la vieja historia de lo inesperado. De repente, acontecimientos de una naturaleza extraordinaria me han estado asaltando en los lugares más insospechados.

Permítanme que intente exponerlos en el orden correcto.

Para empezar, Sydney se ha estado portando muy mal. Tan mal que lo más probable es que me vea obligada a replantearme el concepto que tengo de él. Eran casi las nueve en punto de la mañana cuando —no puedo decir que me despertara porque no creo que hubiera dormido realmente— recobré la consciencia. Me encontré sentada en la cama, temblando como una niña asustada. No sabía lo que me había sucedido... ni podía adivinarlo. Era consciente de una náusea aplastante y, en general, no me sentía nada bien. Me esforcé por ordenar mis ideas y decidir qué plan de acción tomar. Finalmente, decidí buscar consejo y ayuda donde tantas otras veces había acudido... a Sydney Atherton.

Acudí a él. Le conté la espantosa historia de cabo a rabo. Él vio... no le quedó más remedio que ver la profunda impresión que los sucesos de la noche anterior habían causado en mí. Me escuchó hasta el final dando toda clase de muestras de comprensión... y, entonces, de repente, descubrí que durante todo el tiempo papá había estado escondido tras un biombo que había en la habitación, escuchando todas y cada una de las palabras que yo había pronunciado. No hará falta decir que me quedé muda de asombro. Ya era bastante grave que papá lo hubiera hecho, pero en el caso de Sydney, tal y como estaban las cosas, resultaba una traición incalificable. Sydney y yo nos hemos contado secretos durante toda nuestra vida; jamás me habría imaginado, como bien sabe él, que pudiera mentirme ni en una sola coma, y siempre he tenido entendido que, en este tipo de asuntos, los hombres se vanaglorian de que su sentido del honor es mucho más sólido que el de las mujeres. Les dije algunas verdades e imagino que dejé a ambos sintiéndose profundamente avergonzados de sí mismos.

Uno de los efectos que esta experiencia tuvo en mi ánimo es que de alguna manera me activó. Me produjo el efecto revitalizante de una ducha fría. Fui consciente entonces de que me encontraba en una situación en la que tendría que apañármelas por mí misma.

Cuando regresé a casa me informaron de que el hombre a quien había encontrado en la calle había vuelto a su ser y estaba todo lo consciente que podría esperarse. Ardiendo de curiosidad por saber la naturaleza de la relación que existía entre Paul y él y por el significado de sus exclamaciones proféticas, me detuve simplemente para

quitarme el sombrero antes de correr a su habitación.

Cuando me vio y supo quién era yo, las expresiones de gratitud fueron dolorosas por su intensidad. Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Me miró como un hombre al que le queda muy poca vida. Parecía débil y pálido, una sombra de sí mismo. Probablemente, nunca fue un hombre robusto y resultaba demasiado claro que el hambre le había arrebatado las pocas fuerzas que pudiera haber tenido. No era más que piel y huesos.

Todo en él delataba su debilidad física y mental.

No era mal parecido... poseía un atractivo un tanto insípido, tenía ojos azules y cabello rubio, y me atrevería a decir que en algún momento de su vida había sido un pulcro oficinista. Era difícil adivinar su edad, uno envejece tan rápidamente cuando se encuentra bajo la presión del infortunio, pero yo hubiera dicho que tenía unos cuarenta años. Su voz, aunque al principio sonó débil, era la de un hombre educado, y cuando continuó y reunió el suficiente coraje y fue mostrándose más sincero, habló con una franqueza sin adornos que fue asemejándose a la elocuencia. Y era una historia curiosa la que tenía que contar.

Tan curiosa y, de hecho, tan sorprendente, que cuando hubo acabado estaba en tal estado mental que no podía pensar en ninguna otra alternativa más que en perdonar a Sydney y, a pesar de su reciente y escandaloso mal comportamiento, suplicarle de nuevo su ayuda. Parecía, si era cierta la historia que había contado el hombre que encontré en la calle (¡y aunque pudiera parecer increíble, hablaba como un hombre sincero!), que Paul estaba amenazado por algún peligro terrible y para mí totalmente incomprensible, que se trataba de un caso en que cada segundo contaba y también sentí que, incluso con la mejor voluntad del mundo, estaba en una situación en la que no podía moverme sola. La sombra del terror de la noche seguía conmigo, y con ella aún fresca en mi recuerdo ¿cómo podía esperar actuar sola de forma efectiva contra aquel ser misterioso cuya asombrosa historia me habían relatado? ¡No! Creía que Sydney se preocupaba por mí, a su extraña manera; sabía que era rápido y frío en sus juicios, y fértil en cuanto a recursos, y capaz de sacar ventaja de una situación difícil; tal vez sí que poseyera algún tipo de conciencia, y en esta ocasión mi petición no cayera en saco roto.

Así que envié al sirviente para que fuera a buscarlo sin pensármelo dos veces.

Tuve suerte y el sirviente regresó con él en tan solo cinco minutos. Por lo visto había estado almorzando con Dora Grayling, que vive justo al final de la calle, y el sirviente se lo había encontrado bajando las escaleras. Le dije que lo hiciera pasar a mi habitación.

—Quiero que vaya a ver al hombre que encontré en la calle y escuche lo que tiene que decir.

—Con mucho gusto.

—¿Puedo fiarme de usted?

—¿De que escuche lo que tiene que decir?... Creo que sí.

—¿Puedo fiarme de que no desvelará mi confidencia?

No parecía nada avergonzado... Jamás vi a Sydney Atherton avergonzado. Cualquiera que fuera la ofensa de la que era culpable, siempre parecía tranquilo. Le brillaron los ojos.

—Puede... no soplaré ni una sola sílaba a papá.

—¡En ese caso, venga! Pero, entiéndame, voy a poner a prueba todas las afirmaciones que ha hecho usted a lo largo de todos estos años, y probar si sus sentimientos hacia mí son los que usted afirma.

En cuanto entramos en el cuarto del extraño, Sydney se dirigió directamente a la cama, observó al hombre que yacía allí, hundió las manos en los bolsillos de sus pantalones y silbó. Yo estaba atónita.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Si es usted!

—¿Conoce a este hombre? —pregunté.

—Difícilmente podría afirmar que lo conozco, pero el caso es que tengo buena memoria para las caras y resulta que he coincidido con este caballero al menos en una ocasión previa. Quizás me recuerde... ¿Me recuerda?

El extraño pareció incomodarse... como si el tono y la actitud de Sydney le desconcertaran.

—Le recuerdo. Usted es el hombre de la calle.

—Exactamente. Yo soy ese... individuo. Y usted es el hombre que salió por la ventana. Y parece que ahora está en una situación bastante más confortable que cuando le vi por primera vez. —Sydney se volvió hacia mí—. Es posible, señorita Lindon, que pueda intercambiar algunas palabras con este caballero que convendría que fueran privadas... si no le importa.

—Pero sí me importa... me importa mucho. ¿Para qué supone que le pedí que viniera aquí?

Sydney me ofreció esa sonrisa absurda y provocadora suya... como si la ocasión no fuera ya lo suficientemente grave.

—Para mostrar que todavía queda un resquicio de su confianza en mí.

—No diga tonterías. Este hombre me ha contado una historia extraordinaria y le he mandado llamar, como comprenderá, a mi pesar —Sydney inclinó la cabeza—, para que él pueda repetirla en su presencia y la mía.

—Oh, ¿así son las cosas?... Bueno, permítame ofrecerle una silla... este cuento puede que resulte un poco largo.

Para complacerle, acepté la silla que me ofrecía, aunque hubiera preferido quedarme de pie; él también se sentó a un lado de la cama y clavó en aquel extraño esos ojos penetrantes, burlones y no muy piadosos suyos.

—Bueno, señor, estamos a su servicio... si fuera tan amable de ofrecernos una segunda edición de ese agradable cuento que ha estado urdiendo. Pero... ¡comencemos justo por el final! ¿Cómo se llama?

—Me llamo Robert Holt.

—¿En serio? Entonces, señor Robert Holt... ¡adelante!

Y tras esa orden, el señor Holt repitió la historia que me había contado a mí, aunque ahora de forma más ordenada que antes. Supongo que la mirada de Sydney ejercía sobre él una especie de efecto hipnótico y esto lo mantuvo centrado... apenas precisó de una sola palabra de ánimo desde la primera hasta la última sílaba.

Contó que cansado, mojado, hambriento, desesperado y desesperanzado, le negaron la entrada en el refugio para indigentes... ese recurso infalible o, al menos, eso es lo que uno suponía, de aquellos que han abandonado toda esperanza. Nos contó cómo había llegado frente a una ventana abierta en una casa aparentemente vacía y, pensando solo en resguardarse de una noche tan inclemente, cómo se introdujo a través de esta. Cómo se encontró en presencia de un ser extraordinario que a él, en el estado de debilidad y nervios en que se encontraba, le pareció ser solo medio humano. Cómo aquella terrible criatura había expresado unos violentos sentimientos de odio hacia Paul Lessingham... ¡mi Paul! Cómo se había aprovechado del estado de debilidad de Holt para ejercer sobre él un dominio total, horrible y, en efecto, casi increíble. Cómo, de hecho, había enviado a Holt prácticamente desnudo a las calles bajo el diluvio para forzar la entrada de la casa de Paul, y cómo él, Holt, había hecho todo sin ser capaz de ofrecer ni la más mínima sombra de resistencia. Cómo Paul, al volver de repente a casa, encontró a Holt en el mismo acto del robo y cómo, al escuchar a Holt pronunciar una referencia cabalística a un misterioso escarabajo, toda su hombría le abandonó y dejó que el intruso escapara sin esforzarse por detenerle.

La historia me había parecido ya bastante sorprendente la primera vez, pero me pareció aún más sorprendente la segunda... Entonces, al observar a Sydney mientras escuchaba, lo que más me impresionó fue la convicción de que él ya había oído antes todo esto. Y de tal cosa le acusé en cuanto Holt hubo acabado.

—Esta no es la primera vez que oye esta historia.

—Discúlpeme... pero lo es. ¿Acaso cree que vivo en un mundo de cuentos de hadas?

Algo en su actitud me confirmó que estaba mintiéndome.

—¡Sydney! ¡No me venga con cuentos! ¡Paul se lo ha contado!

—No le estoy contando cuentos... al menos en esta ocasión, y el señor Lessingham no me lo ha contado. ¿Qué tal si posponemos estos detalles para un poco más tarde? Y, tal vez, mientras tanto, me permita formular una o dos preguntas al señor Holt.

Le dejé que se saliera con la suya... aunque sabía que me ocultaba algo; que tenía una relación más íntima con la extraña historia del señor Holt que la que había decidido confesar. Y, por alguna razón, su reticencia me irritó.

Miró al señor Holt en silencio durante unos segundos.

Luego, con el burlón y leve aire de impertinencia que tan peculiarmente lo define, dijo:

—Supongo, señor Holt, que nos ha estado entreteniendo con una fábula y que no espera que creamos este interesante cuento suyo.

—No espero nada. Les he contado la verdad. Y lo sabe.

Esto pareció desconcertar a Sydney.

—Protesto; al igual que la señorita Lindon, me otorga un conocimiento más extenso del que realmente poseo. Sin embargo, lo dejaremos pasar. Entiendo que prestó una especial atención al misterioso habitante de aquel misterioso edificio.

Vi que el señor Holt se estremecía.

—No creo que pueda olvidarlo nunca.

—Bien, en ese caso, podrá describirlo.

—Hacerlo correctamente queda más allá de mis capacidades. Pero lo haré lo mejor que pueda.

Si el original era más asombroso que la descripción que hizo de él, entonces debió de ser sin duda verdaderamente asombroso. A mí me dio la impresión de que estuviera hablando más de un monstruo que de un ser humano. Observé a Sydney atentamente mientras prestaba atención al escabroso lenguaje, y había algo en su conducta que me persuadía cada vez más de que estaba más metido en este extraño asunto de lo que mostraba, o de lo que el narrador sospechaba. Le formuló una pregunta que no parecía estar justificada por nada de lo que el señor Holt había contado.

—¿Y está seguro de que esa bella criatura era un hombre?

—No, señor, eso es exactamente de lo que no estoy seguro.

Había un matiz en la voz de Sydney que sugería que había recibido precisamente la respuesta que esperaba.

—¿Pensó que podría ser una mujer?

—Lo pensé, en más de una ocasión. Aunque a duras penas puedo explicar qué me hizo pensar eso. Desde luego, no había nada femenino en su rostro. —Hizo una pausa para reflexionar, y luego añadió—: Supongo que era una cuestión de instinto.

—Comprendo. Exactamente igual. Se me ocurre, señor Holt, que lo del instinto es su fuerte. —Sydney se levantó de la cama y se estiró como si estuviera fatigado... una costumbre que tiene—. No cometeré la injusticia con usted de sugerir que no creo ni una sola palabra de su encantadora y simple narración. Por el contrario, le demostraré que creo en su verdad afirmando que no tengo ni la más mínima duda de que podrá señalarme la extraordinaria residencia en la que esta historia comienza.

El señor Holt se ruborizó... el tono de Sydney no podría haber estado más cargado de significado.

—Debe recordar, señor, que era de noche y estaba oscuro, que jamás había estado en ese vecindario y que no estaba en condiciones de prestar mucha atención al lugar.

—Todo lo cual se da por sentado, pero... ¿a qué distancia se encuentra del refugio para pobres de Hammersmith?

—Posiblemente a menos de seiscientos metros.

—En ese caso, sin duda puede recordar qué camino tomó al dejar atrás el refugio de Hammersmith... supongo que no hay muchas rutas que pudiera tomar.

—Creo que podría recordarlo.

—Entonces tendrá oportunidad de probar lo que ha contado. No está a mucha distancia de Hammersmith... ¿no cree que ya está lo suficientemente recuperado para que vayamos ahora hasta allí, usted y yo juntos, en un coche?

—Creo que sí. Quería levantarme esta mañana. He permanecido en cama por prescripción médica.

—Entonces, por esta vez, tendremos que ignorar esa prescripción médica... yo le prescribo aire fresco. —Sydney se volvió hacia mí—. Ya que el señor Holt anda escaso de vestuario, ¿no cree que algún traje de hombre podría servirle? Si es que al señor Holt no le importa llevarlo de momento... Cuando haya terminado de vestirse, señor Holt, estaré listo.

Mientras decidían qué traje se adaptaba mejor a su figura, fui con Sydney a mi habitación. En cuanto entramos, le hice saber que no estaba dispuesta a que jugaran conmigo en este asunto.

—Por supuesto, Sydney, entenderá que voy a ir con usted.

Fingió no saber a qué me refería.

—¿Viene conmigo? Me alegra saberlo... pero ¿adónde?

—A la casa de la que hablaba el señor Holt.

—Nada me complacería más, pero ¿me permite que se lo señale?, el señor Holt todavía tiene que averiguarlo.

—Iré para ayudarles a encontrarla.

Sydney se rio... pero pude ver que la idea no le hacía ninguna gracia.

—¿Tres en un cabriolet?

—También hay coches de cuatro ruedas... o podría pedir un carruaje si lo prefiere.

Sydney me miró por el rabillo del ojo, luego echó a andar por el cuarto de un lado a otro, con las manos en los bolsillos de los pantalones. Finalmente, empezó a decir cosas sin sentido.

—No hace falta que diga qué sensación de alegría me produciría realizar el trayecto con usted... incluso en un coche de cuatro ruedas; pero, si yo estuviera en su lugar, imagino que permitiría que Holt y su humilde servidor, que soy yo, fueran en busca de esa casa solos. Probablemente sea un asunto mucho más tedioso de lo que se imagina. Le prometo que, en cuanto la búsqueda haya acabado, le describiré todo lo acaecido con la máxima precisión.

—Me atrevería a decir... ¿Es que cree que no sé que ha estado mintiéndome todo el tiempo?

—¿Mintiéndole? ¿Yo?

—Sí... ¡usted! ¿Cree que soy idiota?

—¡Mi querida Marjorie!

—¿Cree que no me he dado cuenta de que usted ya sabía todo lo que el señor Holt nos ha estado contando... e incluso más de lo que él mismo sabe?

—¡Válgame el Cielo! Me otorga demasiados conocimientos.

—Así es... o más bien le recrimino ciertos conocimientos. Si me fiara de usted, me contaría solo lo que usted decidiera contarme... que sería nada. Voy a ir con usted... y no se hable más.

—Muy bien. ¿Sabe si hay revólveres en la casa?

—¿Revólveres? ¿Para qué?

—Porque me gustaría tomar uno prestado. No voy a ocultarle, ya que me presiona, que este es un caso en el que probablemente haga falta tener a mano un revólver.

—Está intentando asustarme.

—En absoluto, solo me veo en la obligación, en las presentes circunstancias, de advertirle de lo que podría ocurrir.

—Oh, así que cree estar en la obligación de advertirme, ¿verdad?... Entonces ya ha cumplido con su obligación. En cuanto a si hay revólveres en la casa, papá guarda un arsenal entero... ¿quiere llevárselos todos?

—Gracias, pero creo que podré apañármelas con uno solo... a menos que usted también quiera llevar uno. Tal vez lo necesite.

—Se lo agradezco, pero en esta ocasión no creo que vaya a tener problemas. Me arriesgaré. ¡Oh, Sydney, qué hipócrita es!

—Es por su bien, si es que soy capaz... Le digo en serio que le aconsejo encarecidamente que nos permita al señor Holt y a mí encargarnos de este asunto solos. Y no me importa ir más allá y decirle que este es un asunto con el que, en días venideros, deseará no haber estado relacionada nunca.

—¿Qué quiere decir? ¿Se atreve a insinuar algo contra... Paul?

—No insinúo nada. Lo que quiero decir, lo digo claramente y, mi estimada Marjorie, lo que realmente quiero decir es esto: que si, a pesar de mis insistentes súplicas, persiste en acompañarnos, la expedición, en cuanto a mí respecta, quedará pospuesta.

—Eso es lo que quiere decir, ¿verdad? Entonces, está decidido. —Toqué el timbre y un sirviente entró—. Pida un coche de cuatro ruedas inmediatamente. Y avíseme cuando el señor Holt esté listo. —El sirviente se marchó y me volví hacia Sydney—. Si me disculpa ahora, iré y me pondré el sombrero. Usted, por supuesto, tiene total libertad de hacer lo que le plazca en cuanto a venir o no, pero, si no viene, yo iré sola con el señor Holt.

Me dirigí a la puerta. Él me detuvo.

—Mi querida Marjorie, ¿por qué insiste en tratarme con tanta injusticia? Créame, no tiene ni idea de en qué clase de aventura está a punto de embarcarse... o atendería a razones. Le aseguro que se está exponiendo innecesariamente a un peligro inminente.

—¿Qué clase de peligro? ¿Por qué marea tanto la perdiz? ¿Por qué no habla con claridad?

—No puedo hablar con claridad; hay circunstancias que lo hacen prácticamente imposible... y esa es la cruda realidad... pero no por ello el peligro es menos real. No estoy bromeando... lo digo en serio; ¿no se fiará de mi palabra?

—No es solo una cuestión de fiarme de su palabra... es algo más. No he olvidado lo que me sucedió ayer noche... y la historia del señor Holt es, en sí misma, lo bastante misteriosa; pero hay algo más misterioso todavía en el fondo del asunto... algo que usted parece sugerir que señala desagradablemente a Paul. Mi deber es incuestionable y nada de lo que pueda decirme me hará desistir. Paul, como usted mismo sabe perfectamente, ya está demasiado abrumado con asuntos de estado; de hecho, está casi consumido por ellos... de lo contrario le contaría a él la historia y él podría hablar con usted a su manera. Pero tal como están las cosas, aunque todavía no soy la esposa de Paul, puedo considerar que sus intereses son también los míos, tal y como si ya lo fuera. Por lo tanto, tan solo puedo repetirle que decida usted mismo lo que quiere hacer; pero, si prefiere quedarse, yo iré con el señor Holt... sola.

—Entienda que, cuando llegue el momento de las lamentaciones (¡como sin duda llegará!) no debe culparme a mí por haber hecho lo que yo le aconsejé no hacer.

—Mi querido señor Atherton, me comprometo a hacer todo lo posible para salvaguardar su impoluta reputación; lamentaría que alguien pudiera hacerle responsable por cualquier cosa dicha o hecha.

—¡Muy bien! ¡Su sangre recaerá sobre su propia cabeza!

—¿Mi sangre?

—Sí... su sangre. No me sorprendería que llegáramos a la sangre antes de que hayamos acabado. Tal vez quiera complacerme y prestarme uno de esos revólveres del arsenal del que me ha hablado.

Le dejé que se llevara su dichoso revólver... o, más bien, uno de los revólveres nuevos de papá. Se lo introdujo en el bolsillo del pantalón. Y la expedición partió... en un coche de cuatro ruedas.

Capítulo 29

LA CASA DEL CAMINO DESDE EL REFUGIO PARA POBRES

El señor Holt tenía el aspecto de ir vestido con la ropa de otro. Estaba tan delgado, maltrecho y consumido que el traje de paño que uno de los hombres le había prestado colgaba de su cuerpo como si fuera un espantapájaros. Estaba casi avergonzada de mí misma por mi parte de responsabilidad en sacarlo de la cama. Parecía tan débil y pálido que no me habría sorprendido que se desmayara en la calle. Me preocupé de que comiera todo lo que pudiera digerir antes de salir (¡la imagen de hambruna que traía a la mente era terrible!) y me llevé un termo con brandy por si acaso ocurría algún accidente, pero, a pesar de todo, no podía ocultarme a mí misma que aquel hombre debería estar en casa en su lecho de enfermo en lugar de en un coche dando tumbos.

No fue un trayecto ameno. Había en la actitud de Sydney hacia mí un aire de protección que me incomodaba instintivamente... me parecía que me miraba como una cuidadosa y nerviosa enfermera podría mirar a una niña obcecada y desobediente. La conversación languideció en un silencio patente. Ya que Sydney parecía dispuesto a tratarme con esa condescendencia, yo me empeñé en desairarle. El resultado fue que la mayor parte de frases que se pronunciaron fueron dirigidas al señor Holt.

El coche se detuvo... después de lo que me pareció un trayecto interminable. Me alivió pensar que aquel era el punto de destino. Sydney asomó la cabeza por la ventanilla. A continuación, siguió una breve conversación con el cochero.

—El refugio para pobres de *'Ammersmith* es un edificio grande, señor... ¿a qué parte quiere ir?

Sydney consultó con el señor Holt. Este, a su vez, sacó la cabeza por la ventana... no pareció reconocer los alrededores.

—Hemos venido por un lugar distinto... este no es el trayecto que yo recorrí. Yo fui por Hammersmith, hacia el servicio de urgencias; no lo veo aquí.

Sydney habló con el cochero.

—Oiga, ¿dónde está el servicio de urgencias?

—Está en el otro extremo, señor.

—Pues llévenos allí.

Nos llevó allí. Entonces Sydney volvió a consultar con el señor Holt.

—¿Le digo al cochero que se marche... o no se siente con fuerzas para caminar?

—Gracias, me siento con fuerzas suficientes para caminar... creo que el ejercicio me sentará bien.

Así que despedimos al cochero; una decisión de la cual nosotros, y yo en concreto, nos arrepentiríamos más tarde. El señor Holt se orientó. Señaló a una puerta justo delante de nosotros.

—Esa es la entrada al servicio de urgencias, y esa de allí es la ventana a la que el otro hombre lanzó una piedra. Yo me fui a la derecha... retrocediendo por donde había llegado. —Nos dirigimos a la derecha—. Llegué a la esquina.

Cuando llegamos a la esquina el señor Holt miró a su alrededor, esforzándose por recordar el camino que había tomado. Varias calles convergían en ese punto, de manera que podría haberse alejado en varias direcciones.

Finalmente llegó a algo parecido a una decisión.

—Creo que esta es la ruta que tomé... estoy casi seguro.

Encabezó la marcha con cierto aire de duda y le seguimos. La calle que había elegido no parecía llevar a ninguna parte. No habíamos recorrido muchos metros desde las puertas del asilo de pobres cuando nos topamos con algo parecido al caos. Frente a nosotros y a ambos lados había enormes espacios de terrenos baldíos. En épocas más o menos lejanas se hicieron al parecer varios intentos de construir algo allí... y como prueba, había montones desordenados de ladrillos amarillentos. Aquí y allá, grandes carteles desvaídos por el paso del tiempo anunciaban que «Estos maravillosos terrenos han sido cedidos para construcción». La propia calle estaba sin acabar. No había pavimento y teníamos apenas un accidentado camino por toda acera. Por lo que pude juzgar, la calle parecía perderse en el espacio y ser engullida por la salvaje maleza de los «maravillosos terrenos» que había más allá. En las cercanías había algunas casas con cierta clase. Pero estaban en otras calles. En la calle donde nos encontrábamos, a la derecha, al final, había una hilera de edificios vacíos, pero solo dos de ellos parecían en condiciones de ofrecer alojamiento. Estaban en partes opuestas de la calle, pero no enfrente el uno del otro... había una distancia entre ellos de unos cincuenta metros. La visión de estos edificios provocó bastante más interés en el señor Holt que en mí. Avanzamos rápidamente y nos detuvimos delante del edificio de la izquierda, el más cercano de los dos.

—¡Esta es la casa! —exclamó.

Parecía casi eufórico... pero confieso que yo estaba deprimida. Era imposible imaginar una vivienda de aspecto más lamentable. Era una de esas horribles casas construidas toscamente con materiales de tercera que, a pesar de ser nuevas, parecen viejas. Quizás fuera construida hacía tan solo un año o dos y, sin embargo, debido al abandono, o a la pobreza de los materiales, o a una combinación de ambas cosas, ya parecía a punto de derrumbarse. Era un edificio pequeño de un par de plantas de altura y habría resultado caro (¡estoy segura!) pagar más de treinta libras al año por vivir allí. Los cristales de la ventana sin duda no habían sido lavados desde la construcción de la casa... los de las ventanas superiores parecían todos agrietados o rotos. La única señal de que pudiera alojar a alguien era una persiana bajada tras la ventana de la habitación. No había cortinas. Un pequeño muro flanqueaba la fachada del edificio, el cual parecía haber sujetado alguna clase de riel de hierro en el pasado... había un trozo de metal oxidado en un extremo; pero, como solo había unos treinta centímetros entre este muro y el edificio, que estaba prácticamente pegado a la

calle, no estaba claro si el muro pretendía proporcionar privacidad o era un mero ornamento.

—¡Esta es la casa! —repitió el señor Holt, mostrando más vitalidad que nunca.

Sydney examinó el edificio de arriba abajo... aparentemente atraía su gusto estético tan poco como el mío.

—¿Está seguro?

—Estoy seguro.

—Parece vacía.

—También me pareció vacía aquella noche... por eso entré para cobijarme.

—¿Qué ventana le sirvió de entrada?

—Esta. —El señor Holt señaló a la ventana de la planta baja... la que parecía cubierta con una persiana—. No había rastro de que hubiera una persiana cuando la vi aquella vez, y la hoja de la ventana estaba levantada... fue eso lo que atrajo mi atención.

De nuevo, Sydney inspeccionó el lugar de forma exhaustiva, desde el tejado hasta el sótano... luego miró escrutadoramente al señor Holt.

—¿Está completamente seguro de que es esta la casa? Sería un inconveniente que se equivocara. Voy a llamar a la puerta, y si resulta que ese conocido misterioso suyo no vive ni ha vivido nunca aquí, podría resultar difícil encontrar una explicación.

—Estoy seguro de que esta es la casa... ¡seguro! Lo sé... Lo siento aquí... y aquí.

El señor Holt se tocó el pecho y la frente. Su comportamiento era manifiestamente extraño. Temblaba, y en sus ojos brillaba una expresión enfebrecida. Sydney le miró de soslayo durante un segundo en silencio. Luego, dirigió su atención hacia mí.

—¿Le importa que le pregunte si puedo confiar en que sabrá controlarse?

La mera duda me irritó.

—¿A qué se refiere?

—Lo que digo. Voy a llamar a la puerta y voy a entrar de una u otra forma. Es bastante probable que, cuando haya entrado, tengan lugar acontecimientos extraños... como los que hemos escuchado de boca del señor Holt. La casa parece un edificio de lo más común por fuera, pero tal vez no sea tan común por dentro. Podría verse involucrada en alguna situación en la que sea esencial saber controlar los nervios.

—No soy de las que tienden a perderlos.

—Siendo así, me alegro. ¿Entiendo entonces que tiene intención de entrar conmigo?

—Por supuesto que sí... ¿para qué cree que he venido? ¿De qué tonterías está hablando?

—Espero que continúe considerándolas tonterías cuando haya acabado esta pequeña aventura.

No hace falta decir que me incomodó su impertinencia... que Sydney Atherton me hablara en ese tono, él, a quien había tenido sometido desde que llevaba

pantalones cortos, resultaba un tanto humillante... pero me veo forzada a admitir que estaba más impresionada por su actitud o sus palabras, o por la actitud del señor Holt, o por lo que fuera, de lo que hubiera querido reconocer. No tenía ni la más remota idea de lo que iba a suceder, o qué horrores albergaba aquella vivienda desvencijada. Pero la historia del señor Holt había sido muy sorprendente, mis experiencias de la noche anterior seguían frescas en mi memoria y, en general, ahora que estaba tan cerca de lo Desconocido (¡con una D mayúscula!), y a pesar de estar a plena luz del día, se cernía sobre mí una sombra para la cual (¡inocentemente!) no estaba preparada.

Jamás vi una puerta con aspecto menos respetable... en perfecta armonía con el resto del edificio. La pintura descascarillada, la madera de puertas y ventanas arañada y abollada, la aldaba roja de óxido. Cuando Sydney la sujetó en la mano fui consciente del momento de leve suspense. Cuando la bajó con dos golpes secos, esperaba ver la puerta abrirse de par en par y que apareciera en el umbral alguna cosa espantosa mirándonos con odio. Pero nada de eso ocurrió; la puerta no se abrió... nada pasó. Sydney esperó un segundo o dos, luego volvió a llamar; otro segundo o dos, luego otro aldabonazo. Seguía sin haber muestra de que alguien hubiera advertido nuestra presencia. Sydney se volvió al señor Holt.

—Tiene todo el aspecto de que el lugar está desierto.

El señor Holt mostraba un peculiar estado de agitación... me incomodaba mirarle.

—No lo sabe... no lo puede saber; podría haber alguien ahí que escucha, pero no hace caso.

—Les daré otra oportunidad.

Sydney volvió a golpear con el aldabón produciendo un eco atronador. El estruendo debió de oírse a medio kilómetro. Pero en el interior de la casa seguían sin dar muestras de que se hubiera oído. Sydney bajó el escalón.

—Lo intentaré de otra manera... tal vez tenga más suerte por la parte trasera.

Lideró la marcha hacia la parte de atrás, mientras el señor Holt y yo le seguíamos en fila india. Allí la casa tenía aún peor aspecto que la fachada. Había dos habitaciones vacías en la planta baja... y no cabía duda alguna de que estaban vacías; pudimos ver el interior sin la menor dificultad. Una de ellas era cocina y lavandería en una sola estancia, la otra un salón. No había ni un solo mueble en ninguna de las dos, ni el mínimo rastro de que allí viviera un ser humano. Sydney comentó el hecho.

—No solo está claro que nadie vive en estos encantadores apartamentos, además parece extrañamente como si nadie hubiera vivido nunca en ellos.

Tuve la impresión de que el nerviosismo del señor Holt aumentaba a cada segundo que pasaba. Por algún motivo, Sydney hacía caso omiso del comportamiento de este... posiblemente porque creía que al hacerlo empeoraría aún más su estado. Un extraño cambio tuvo lugar en la voz del señor Holt... hablaba ahora con una especie de trémulo falsete.

—Yo solo vi la estancia principal.

—Muy bien; entonces, no falta mucho para que vuelva a ver esa estancia principal otra vez.

Sydney golpeó con los nudillos los paneles de cristal de la puerta trasera. Probó el pomo y, al ver que no se abría, lo sacudió enérgicamente. Hizo señales hacia las sucias ventanas... pero resultó del todo inútil en cuanto a lograr atraer la atención de alguien. Entonces se volvió de nuevo hacia el señor Holt con una expresión medio burlona.

—Usted es testigo de que he empleado todos los medios legales posibles para llamar la atención de nuestro misterioso amigo. Por lo tanto, le ruego que me disculpe si intento algo un poco ilegal para variar. Es cierto que usted encontró la ventana ya abierta, pero, en mi caso, pronto lo estará.

Sacó una navaja del bolsillo y con el filo forzó el pestillo... como tengo entendido que hacen los ladrones. Luego levantó la hoja de la ventana.

—¡Observen! —exclamó—. ¿Qué les había dicho?... Veamos, mi querida Marjorie, si entro yo primero y el señor Holt después de mí, estaremos en condiciones de abrir la puerta para que entre usted.

Advertí de inmediato su plan.

—No, señor Atherton, usted entrará primero y yo iré después de usted, por la ventana... antes del señor Holt. No tengo intención de esperar a que me abra la puerta.

Sydney levantó las manos y abrió los ojos, como si lamentara mi falta de confianza en él. Pero no iba a consentir que me dejaran tirada allí fuera, a esperar hasta que les diera la gana, mientras fingiendo que iban a abrir la puerta, registraban la casa. Así que Sydney entró primero, yo segunda (no me resultó muy difícil porque el alféizar estaba a menos de un metro del suelo) y el señor Holt el último. En cuanto estuvimos dentro, Sydney se llevó la mano a la boca y gritó.

—¿Hay alguien en esta casa? Si es así, ¿sería tan amable de acercarse?, hay alguien que desea verle.

Sus palabras retumbaron en las habitaciones vacías de una forma casi misteriosa. De repente, me di cuenta de que si, después de todo, había alguien en la casa y resultaba ser desagradable, nuestra presencia allí podría resultar bastante difícil de explicar. Sin embargo, nadie respondió. Mientras esperaba a que Sydney diera el siguiente paso, este atrajo mi atención hacia el señor Holt.

—Eh, Holt, ¿qué le pasa? ¡Amigo, no es momento para bromas!

Algo le ocurría al señor Holt. Temblaba de arriba abajo como si estuviera sufriendo una apoplejía. Daba la impresión de que todos los músculos de su cuerpo se contraían y dilataban al unísono. En su semblante se dibujó una expresión de sufrimiento que no resultaba nada agradable ver. Habló como si le costara.

—Estoy bien... no es nada.

—Oh, ¿no es nada? Entonces quizás pueda parar. ¿Dónde está ese brandy? —Pasé el termo a Sydney—. Tenga, beba esto.

El señor Holt se bebió de un trago la taza de licor puro que Sydney le ofreció sin chistar. Aparte de devolverle un rastro de color a sus mejillas cenicientas, no pareció tener ningún otro efecto en él. Sydney le observó con una mirada cargada de significado, pero que no pude captar.

—Escúcheme, amigo. No creo que pueda engañarme haciendo este tipo de estúpidos trucos, y no se engañe a sí mismo creyendo que no lo voy a tratar como una amenaza si continúa. Mire esto. —Le mostró el revólver que papá le había prestado—. No crea que la presencia de la señorita Lindon me impedirá usarlo.

Se me escapaba por completo por qué se dirigía al señor Holt con tanta violencia. El señor Holt, sin embargo, no mostró ni el menor signo de reproche... De repente, comenzó a comportarse más como un autómatas que un hombre. Sydney continuó mirándolo como si quisiera penetrar con la mirada en su interior.

—Manténgase delante de mí, si no le importa, señor Holt, y condúzcanos a la misteriosa alcoba en la que usted afirma que sufrió tan sobrecogedora experiencia.

Y a mí me preguntó en un susurro:

—¿Se trajo un revólver?

Yo me sobresalté.

—¿Un revólver? ¡Qué idea! ¡Qué absurdo es!

Sydney dijo algo que era tan grosero (¡tan gratuito!) que podría ser comparado con los exabruptos de papá en sus momentos más violentos.

—Prefiero ser absurdo que un idiota con enaguas... —Me enfadé tanto que no supe qué decir... y antes de que pudiera hablar, él continuó—: Mantenga los ojos y oídos bien abiertos; no se sobresalte por nada que oiga o vea. Péguese a mí. Y, por amor de Dios, contrólese todo lo que pueda, de la forma que considere usted conveniente.

No tenía ni la menor idea de lo que quería decir con todo aquello. No me parecía que hubiera nada por lo que preocuparse tanto. Y, sin embargo, era consciente de que el corazón me latía como si pronto fuera a ocurrir algo. Conocía a Sydney lo suficientemente bien para saber que sería uno de los últimos hombres del mundo que exageraría sin motivo alguno... y que tampoco era probable que creyera que había un motivo cuando en realidad no había ninguno.

El señor Holt encabezó la marcha, tal como Sydney le había pedido, o más bien ordenado, hacia la puerta de la habitación delantera de la casa. Estaba cerrada. Sydney llamó a la puerta. Tan solo silencio. Volvió a llamar.

—¿Hay alguien ahí dentro? —preguntó.

Al no recibir respuesta, probó el pomo. La puerta estaba cerrada con llave.

—Es la primera señal de presencia humana hasta el momento... las puertas no se cierran con llave solas. Tal vez, después de todo, es posible que alguien o algo habitara el edificio, en un momento u otro.

Agarró el pomo con vigor y lo sacudió con todas sus fuerzas... como había hecho con la puerta trasera. El lugar estaba tan precariamente construido que hizo que

temblaran hasta las paredes.

—¡Ahí dentro! ¡Si hay alguien ahí dentro!... Si no abren la puerta, lo haré yo.

No hubo respuesta.

—¡Pues que así sea!... Continuaré con mi carrera de desafío a la ley y el orden establecidos y entraré de una manera u otra.

Tras apoyar el hombro derecho en la puerta, empujó con todas sus fuerzas. Sydney es un hombre grande y muy fuerte, y la puerta era débil. En breve, la cerradura cedió ante la presión constante y la puerta se abrió de par en par. Sydney silbó.

—¡Caramba! Estoy empezando a pensar, señor Holt, que esa historia suya podría no ser tan fantástica como parece.

Estaba bastante claro que, en cualquier caso, aquella habitación había estado ocupada, y recientemente, por un excéntrico ocupante (si sus gustos en el mobiliario elegido significaban algo). Mi primera impresión fue que había alguien, o algo, que todavía vivía allí, y el desagradable olor que inundó nuestras fosas nasales sugería la presencia de alguna alimaña apestosa. Por lo visto, Sydney compartió mi impresión.

—¡Qué agradable aroma, válgame el Cielo! Arrojemos un poco más de luz en el asunto y veamos qué provoca este hedor. Marjorie, quédese quieta donde está hasta que se lo diga.

Desde el exterior no había advertido nada peculiar en el aspecto de la persiana que cubría la ventana, pero debía de estar hecha de algún material inusualmente grueso porque, en el interior, la habitación estaba invadida por una extraña oscuridad. Sydney entró con la intención de subir la persiana, pero, después de dar un par de pasos, se detuvo.

—¿Qué es eso?

—La cosa... —dijo el señor Holt con una voz tan distinta a la suya que apenas era reconocible.

—¿La cosa?... ¿Qué quiere decir?

—¡El Escarabajo!

A juzgar por el tono de su voz, Sydney de repente pareció embargado por una extraña excitación.

—¡Oh, eso es!... Entonces, si en esta ocasión no averiguo cómo, por qué y de qué manera funciona ese curioso conjuro, le permitiré que me considere un Zopenco... con una enorme, enorme Z.

Penetró rápidamente en el cuarto... aparentemente, sus esfuerzos por iluminar la estancia no fueron los esperados en un primer momento.

—¿Qué ocurre con esta maldita persiana? ¡No hay correa! ¿Cómo se puede subir? ... ¿Qué diablos...?

A mitad de la frase, Sydney dejó de hablar. De repente, el señor Holt, que estaba de pie a mi lado en el umbral, sufrió tal ataque de temblores que, temiendo que cayera, le cogí del brazo. En su rostro había una expresión de lo más extraordinaria.

Tenía los ojos totalmente distendidos, como si estuviera aterrado por lo que tenía frente a ellos. Gruesas gotas de sudor le caían por la frente.

—¡Se acerca! —gritó.

No sé qué pasó exactamente. Pero, mientras hablaba, escuché desde dentro de la habitación el zumbido de unas alas. Inmediatamente recordé mi experiencia de la noche anterior... y al hacerlo fui consciente de una desagradable náusea. Sydney maldijo con un gran juramento, como si estuviera fuera de sí por la ira.

—Pues si no subes, bajarás.

Supongo que, al no encontrar la correa, sujetó la persiana por debajo y tiró de ella... Esta cayó con barra y todo contra el suelo provocando un gran estruendo. La habitación se llenó de luz. Corrí dentro. Sydney estaba de pie junto a la ventana, con una expresión de perplejidad en el rostro que, en cualquier otra circunstancia, habría sido cómica. Sujetaba el revólver de papá en la mano y miraba atentamente a un lado y otro del cuarto, como si fuera incapaz de entender cómo era posible que no pudiera ver lo que estaba buscando.

—¡Marjorie! —exclamó—. ¿Ha oído algo?

—Claro que sí. Era el mismo sonido que escuché ayer noche... y que tanto me asustó.

—Oh, ¿en serio? Entonces, por... —Llevado por su nerviosismo debió de olvidarse de mi presencia, porque empleó la expresión más desagradable—, cuando lo encuentre, tendremos una pequeña charla. No puede haber salido del cuarto... sé que la criatura está aquí dentro; no solo la oigo, también he notado que me rozaba la cara. Holt, entre y cierre la puerta.

El señor Holt levantó los brazos, como si se esforzara por avanzar... pero permaneció clavado en el suelo donde estaba.

—¡No puedo! —gritó.

—¿No puede? ¿Por qué?

—No me deja.

—¿Qué es lo que no le deja?

—¡El Escarabajo!

Sydney se aproximó hasta quedar frente a él. Lo examinó con ojos ávidos. Yo estaba a su espalda y le escuché murmurar... posiblemente a mí:

—¡Por San Jorge! ¡Es justo tal como pensaba! ¡El mendigo está hipnotizado!

Entonces, dijo en voz alta:

—¿Puede verlo ahora?

—Sí.

—¿Dónde?

—Detrás de usted.

Cuando el señor Holt habló volví a escuchar aquel zumbido muy cerca de mí. Sydney pareció oírlo también; se giró sobre sus talones tan rápidamente que casi me lanzó despedida al suelo.

—Le pido disculpas, Marjorie, pero no existe en la naturaleza un caso comparable... ¿No ha oído algo ahora?

—Sí... claramente; estaba cerca de mí... como a unos dos o tres centímetros de la cara.

Miramos a nuestro alrededor y luego a la espalda del otro... no se veía nada en absoluto. Sydney se rio sin mucha convicción.

—Es inusitadamente extraño. No quiero sugerir que estemos sufriendo visiones, o podría sospechar que se me está reblandeciendo el cerebro. Pero... es extraño. Debe de haber un truco en algún lugar, estoy convencido, y no dudo que debe ser lo bastante simple una vez que se sabe cómo funciona... pero lo difícil es descubrirlo. ¿Cree que nuestro amigo está fingiendo?

—A mí me parece que está enfermo.

—Sí parece enfermo. También parece hipnotizado. Si es así, debe de ser por sugestión... y eso es lo que me hace dudar, porque sería el primer caso claramente probado de hipnotismo por sugestión con el que me he topado... ¡Holt!

—Sí.

—Esas —me susurró Sydney al oído— son la voz y la actitud de un hombre hipnotizado; pero, por otro lado, alguien bajo ese influjo generalmente responde solo al hipnotizador... lo cual es otro aspecto de nuestro singular amigo que provoca mis sospechas... —y después, en voz alta—: No se quede ahí parado como un idiota... entre.

De nuevo, el señor Holt llevó a cabo lo que al parecer eran esfuerzos inútiles por obedecer. Resultaba doloroso observarle... era como un niño tambaleante, débil y asustado, que quiere andar, pero no puede.

—No puedo.

—¡Déjese de tonterías, amigo! ¿Es que cree que esto es una actuación en un teatrillo y que yo voy a tragarme toda la palabrería del hipnotizador profesional? Haga lo que digo... entre en el cuarto.

Volvió a repetirse la lamentable lucha por parte del señor Holt, y en esta ocasión la libró durante más tiempo, pero el resultado fue el mismo.

—¡No puedo! —gimió.

—Entonces diga que puede... ¡y podrá! Si lo levanto y lo llevo quizás no se sienta tan desvalido como quiere usted hacerme creer.

Sydney avanzó para ejecutar su amenaza. Al hacerlo, una extraña alteración tuvo lugar en el comportamiento del señor Holt.

Capítulo 30

EL SINGULAR COMPORTAMIENTO DEL SEÑOR HOLT

Yo estaba de pie en medio de la habitación, Sydney entre la puerta y donde yo me encontraba; el señor Holt estaba en el vestíbulo, justo al otro lado de la puerta, en la que, por decirlo de alguna manera, estaba enmarcado. Cuando Sydney avanzó hacia él, Holt sufrió una especie de convulsión... tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para evitar caer. Sydney se detuvo y le observó. Los espasmos desaparecieron igual de rápido que habían aparecido... y el señor Holt se quedó tan inmóvil como agitado acababa de mostrarse. Permaneció en una actitud de expectación febril: la barbilla levantada, la cabeza echada hacia atrás, los ojos mirando hacia arriba... con la terrible mirada fija que se había instalado en ellos desde que entramos en la casa. Me miraba como si todos sus sentidos estuvieran aguzados a la escucha de algo... ni un solo músculo de su cuerpo parecía moverse; estaba rígido como una figura tallada en piedra. Finalmente, la rigidez dio paso a lo que a un simple espectador le hubiera parecido una agitación sin motivo aparente.

—¡Ya oigo! —exclamó, con la voz más peculiar que jamás hubiera oído—. ¡Ya voy!

Era como si estuviera hablando con alguien muy distante. Tras girarse, caminó por el pasillo hasta la puerta principal.

—¡Eh! —gritó Sydney—. ¿Adónde va?

Ambos nos apresuramos para comprobarlo. Estaba manipulando torpemente el pestillo; antes de que pudiéramos alcanzarle, había abierto la puerta y cruzado el umbral. Sydney corrió tras él, lo atrapó en el escalón y lo sujetó por el brazo.

—¿A qué viene esta pequeña travesura? ¿Dónde cree que va ahora?

El señor Holt no se dignó a darse la vuelta y mirarle. Habló con el mismo tono de voz distante, sobrenatural y de ensueño... y continuó con la mirada fija en lo que aparentemente era algún objeto distante que solo veía él.

—Voy hacia él. Me llama.

—¿Quién le llama?

—El Señor del Escarabajo.

No podría decir si fue Sydney el que soltó su brazo o no. Mientras hablaba, me pareció que se zafaba de la mano de este. Tras pasar por la verja, giró a la derecha y comenzó a desandar el camino que habíamos recorrido para llegar allí. Sydney lo vio alejarse con una inequívoca expresión de sorpresa. Luego me miró.

—¡Bueno! ¡Menuda situación! ¿Y ahora qué hacemos?

—¿Qué le ocurre? —pregunté—. ¿Está loco?

—Hay cierto método en su locura, si es que está loco. Está en las mismas condiciones en las que estaba aquella noche en que lo vi salir por la ventana del

Apóstol. —Sydney tiene la horrible costumbre de llamar a Paul «el Apóstol»; lo he hablado con él una y otra vez... pero por lo visto mis palabras no han surtido ningún efecto—. Deberíamos seguirlo... podría estar dirigiéndose hacia ese misterioso amigo en este mismo instante. Pero, por otro lado, puede que no sea así y que se trate simplemente de un truco de nuestro amigo el ilusionista para apartarnos de su elegante morada. Ya me lo ha hecho dos veces y no quiero caer de nuevo en la trampa... y además no quiero que regrese y no me encuentre. Es muy capaz de notar nuestra presencia y escapar hacia la... Eternidad... y entonces la pista de uno de los más bellos misterios que jamás haya encontrado se habrá esfumado.

—Yo puedo quedarme —dije.

—¿Usted? ¿Sola?

Me miró con expresión de duda... evidentemente no le entusiasmaba la propuesta.

—¿Por qué no? Puede usted enviar aquí a la primera persona con la que se encuentre (un policía, un cochero o quienquiera que sea) para que me haga compañía. Qué lástima que despidiéramos al cochero que nos trajo.

—Sí, es una lástima. —Sydney se estaba mordiendo el labio—. ¡Maldito sea el tipo! ¡Qué rápido se mueve!

El señor Holt estaba llegando ya al final de la calle.

—Si lo cree necesario, sígale para ver adónde va... seguro que encontrará a alguien que pueda ayudar no muy lejos de aquí.

—Supongo que debería ir... ¿no le importa que la deje a solas?

—¿Por qué iba a importarme? No soy una cría.

El señor Holt dobló la esquina y desapareció de nuestra vista. Sydney dejó escapar una exclamación de impaciencia.

—Si no me doy prisa lo perderé. Haré lo que me sugiere... enviaré aquí al primer individuo con el que me cruce para que vigile con usted.

—Está bien.

Echó a correr al tiempo que me gritaba mientras se alejaba:

—¡No pasarán ni cinco minutos antes de que alguien llegue aquí!

Le hice una señal con la mano. Le miré mientras se alejaba hasta que llegó al final de la calle. Al torcer la esquina, me devolvió la señal. Luego desapareció al igual que el señor Holt.

Y me quedé sola.

Capítulo 31

EL TERROR DEL DÍA

Mi primer impulso, después de la desaparición de Sydney, fue reírme. ¿Por qué mostraría tanto nerviosismo por mi bienestar simplemente porque iba a ser la única ocupante en una casa vacía durante unos cuantos minutos o menos?... y además ¡a plena luz del día! Cuanto menos, tal nerviosismo parecía injustificado.

Me entretuve en la verja de entrada durante uno o dos segundos, preguntándome qué subyacía en el fondo del comportamiento singular del señor Holt y qué pretendía averiguar realmente Sydney actuando de espía de sus andanzas. Luego me volví para entrar de nuevo en la casa. Al hacerlo, surgió otra duda en mi mente... ¿qué relación, aunque fuera mínima, podía tener un hombre de la posición de Paul Lessingham con aquel ser excéntrico que se había establecido en una vivienda tan insatisfactoria? Tan solo había entendido superficialmente la historia del señor Holt... me daba la impresión de que dicha historia precisaba de una gran cantidad de datos. Me parecía más un batiburrillo de absurdos, el resultado de un delirio, que un simple relato de hechos contrastables. Para ser honesta, Sydney se lo había tomado más en serio de lo que yo hubiera esperado. Parecía ver algo en todo aquello que yo obviamente no era capaz de ver. Lo que para mí era un total galimatías, para él parecía estar tan claro como el agua. Por lo que pude juzgar, de hecho, él se atrevía a imaginar que Paul (¡mi Paul!... ¡Paul Lessingham!... ¡El gran Paul Lessingham!) se hallaba mezclado con las aventuras misteriosas de aquel pobre, histérico y débil mental que era el señor Holt, de una manera que poco favor podía hacerle.

Por supuesto, cualquier idea de ese tipo era simple y llanamente una tontería. A decir verdad, era incapaz de adivinar qué rondaba la cabeza de Sydney. Pero conocía a Paul. Si tan solo me dejaran estar cara a cara con el fantasioso autor de las extrañas tribulaciones del señor Holt, yo, una mujer, sin ayuda alguna, haría todo lo posible por demostrar a quienquiera que estuviera intentando engañar a Paul Lessingham que estaba jugando con fuego.

Regresé a esa legendaria habitación principal en la que, según el señor Holt, había tenido lugar la escena de su desastroso allanamiento. Quienquiera que hubiera amueblado aquella estancia tenía unas nociones curiosas sobre las posibilidades de los modernos tapizados. No había ni una sola mesa en aquel lugar... ni sillas o sofás, nada en lo que sentarse a excepción de la cama. En el suelo había una alfombra maravillosa aparentemente de manufactura oriental. Era tan gruesa y tan suave al tacto que moverse sobre ella era como andar por hierba de mil años de antigüedad. Estaba tejida con magníficos colores y llena de...

Cuando descubrí de lo que realmente estaba llena la alfombra, fui consciente de una desagradable sensación de sorpresa.

¡Estaba plagada de escarabajos!

Por toda la superficie, con solo unos centímetros entre cada uno de ellos, había representaciones de un peculiar tipo de escarabajo... era el mismo escarabajo, repetido una y otra y otra vez. El artista había tejido aquel objeto indeseable en la urdimbre y trama del tejido con tal habilidad que, cuando se observaba durante un tiempo, comenzaba una a preguntarse si aquellas criaturas podrían estar vivas.

A pesar de la suavidad del tejido, y el arte (¡a su manera!) que se mostraba en la habilidad del artesano, rápidamente llegué a la conclusión de que era la alfombra más poco acogedora que jamás hubiera visto. Señalé con el dedo las imágenes repetidas de aquel (¡al menos para mí!) insecto innombrable.

—Si hubiera descubierto que estaban todos aquí antes de que Sydney se marchara, creo que posiblemente habría dudado en dejarle marchar.

Entonces me invadió una sensación de repulsión. Me espoleé a mí misma.

—Deberías estar avergonzada de ti misma, Marjorie Lindon, de tan siquiera pensar en tales tonterías. ¡Y tú, que tanto orgullo has mostrado por ser una persona de fuertes convicciones, estás hecha un manojo de nervios y fantasías morbosas! ¡Menuda defensora estás hecha para luchar por nadie!... ¡Caramba, pero si no son más que fantasías!

Casi sin pensar, posé un pie sobre una de las criaturas. Por supuesto, no era nada más que mi imaginación, pero me pareció sentir cómo se aplastaba bajo el zapato. Una sensación repulsiva.

—¡Vamos! —grité—. ¡Esto no sirve de nada! Como diría Sydney... ¿es que voy a tener que hacer el idiota otra vez?

Me volví hacia la ventana y miré el reloj.

—Hace más de cinco minutos que Sydney se marchó. Se supone que la persona que tenía que acompañarme debería estar ya de camino. Iré a ver si viene alguien.

Fui a la verja. No se veía ni una sola alma. Advertí esto con tan clara sensación de decepción que me quedé indecisa en cuanto a lo que debía hacer a continuación. Permanecer donde estaba, con ojos vigilantes, esperando al policía, cochero o quienquiera que Sydney hubiera enviado para actuar como colaborador provisional, suponía lo mismo que reconocer mi propia simpleza... pero al mismo tiempo era consciente de que sentía un inequívoco rechazo a regresar al interior de la casa.

Sin embargo, el sentido común, o lo que yo pensaba que era el sentido común, triunfó, y después de entretenerme allí fuera otros cinco minutos, volví a entrar.

En esta ocasión, ignorando lo mejor que pude los escarabajos del suelo, me dispuse a saciar mi curiosidad y ocupar así mis pensamientos examinando el lecho. Sin embargo, solo me hizo falta un examen superficial para comprobar que lo que parecía ser una cama, en realidad, no lo era... o, si lo era, debía de ser una cama de estilo oriental, porque ciertamente británica no era. No tenía armazón... nada que pareciera servir de cabecero. Era simplemente un montón de mantas apiladas aparentemente sin orden ni concierto sobre el suelo. Parecía haber una gran cantidad

de ellas, de todas las clases, formas y tamaños... y tipos de tejidos también. La de arriba era de seda blanca... de una calidad exquisita. Era enorme, pero con una pequeña presión se podría pasar a través de un anillo de boda. La extendí todo lo que el espacio me permitió delante de mí. En medio había un dibujo... no sé si estaba bordado sobre la tela o entretejido en esta. Ni tampoco reconocí al principio qué era lo que el artista quería representar con él... desprendía un brillo que resultaba bastante cegador. Poco a poco advertí que las refulgentes tonalidades querían representar llamas y, si uno se alejaba lo suficiente, se veía que estaban bastante logradas. Entonces, el significado de todo aquello se iluminó en mi mente: era la representación de un sacrificio humano. A su manera, una obra de realismo todo lo horrible que uno podía encontrar.

A la derecha se veía la figura majestuosa de una diosa sentada. Tenía las manos cruzadas sobre las rodillas y estaba desnuda de cintura para arriba. Imaginé que era una representación de Isis. En la frente llevaba un escarabajo de vivos colores (¡el escarabajo omnipresente!) formando un punto brillante de color que contrastaba con la piel cobriza de la diosa... era una reproducción exacta de las criaturas representadas en la alfombra. Delante del ídolo había un enorme y rugiente horno. Y en el corazón de las llamas había un altar. Sobre el altar se alzaba una mujer blanca desnuda quemada en vida. No había duda alguna de que seguía con vida porque estaba encadenada de manera que se le permitía cierta libertad de movimiento; la mujer se contorsionaba y retorció en posturas que sugerían la terrible agonía que soportaba... el artista, sin duda alguna, parecía haberse empleado a fondo para proporcionar una vívida impresión de los dolores que la atormentaban.

—¡Hermoso dibujo, válgame el cielo! ¡Desde luego que este cuarto sugiere un agradable gusto en el arte de la decoración! La persona a la que le gusta vivir con este tipo de cosas, especialmente con esos cobertores de cama, debe de tener unas ideas muy particulares en lo que se refiere a un ambiente agradable.

Mientras seguía observando aquel dibujo, de repente tuve la impresión de que la mujer del altar se movía. Era una idea ridícula, pero la mujer pareció juntar sus miembros y volverse a medias.

—Pero ¿qué me está ocurriendo? ¿Es que me estoy volviendo loca? ¡No puede haberse movido!

Y si no se había movido ella, alguna otra cosa lo había hecho... porque estaba elevada en el aire. Y entonces me vino una idea. Aparté la colcha hacia un lado.

¡Y el misterio quedó explicado!

Una mano fina, amarillenta y arrugada asomaba entre el montón de mantas... Fue el movimiento de la mano lo que hizo que pareciera que la figura del altar se movía. La observé, confundida. La mano se prolongaba en un brazo, el brazo en un hombro, el hombro en una cabeza... y entonces contemplé el rostro más horrible, nauseabundo y maligno que jamás hubiera contemplado ni tan siquiera en mis pesadillas más horribles. Un par de ojos siniestros me miraban fijamente.

Y entonces comprendí la situación en un destello de aterrada sorpresa.

Después de todo, Sydney, al seguir al señor Holt, había partido en una búsqueda inútil. Yo me encontraba a solas con el ocupante de aquella misteriosa casa... el protagonista de la asombrosa historia del señor Holt. Había estado escondido bajo el montón de mantas durante todo el tiempo.

LIBRO IV

A LA CAZA

**La conclusión de la historia, extraída del archivo
del Honorable Augustus Champnell.
Agente secreto.**

Capítulo 32

UN CLIENTE NUEVO

La tarde del viernes, dos de junio de 18—, estaba introduciendo en mi archivo algunos memorándums relacionados con el verdaderamente curioso asunto del cofre de documentos de la duquesa de Datchet. Eran alrededor de las dos en punto. Andrews entró y dejó una tarjeta sobre mi escritorio. En ella se leía «Sr. Paul Lessingham».

—Haga pasar al señor Lessingham.

Andrew le hizo pasar. Por supuesto, yo conocía el aspecto del señor Lessingham, pero era la primera vez que me encontraba con él para hablar en persona. Me ofreció la mano.

—¿Es usted el señor Champnell?

—Lo soy.

—Creo que no he tenido el honor de conocerle antes, señor Champnell, pero sí he tenido el placer de conocer a su padre, el conde de Glenlivet.

Hice una inclinación con la cabeza. Me miró fijamente, como si estuviera intentando averiguar qué clase de hombre era.

—Es muy joven, señor Champnell.

—He oído decir que un famoso delincuente afirmó en cierta ocasión que la juventud no tiene por qué ser necesariamente un delito.

—Y ha elegido usted una profesión singular... en la que uno no espera encontrar juventud.

—Usted mismo, señor Lessingham, no es viejo. En un hombre de estado uno esperaría encontrar canas... confío en ser lo suficientemente joven para poder serle de ayuda.

Sonrió.

—Creo que es posible. He oído hablar de usted en más de una ocasión, señor Champnell, y siempre bien. Mi amigo, el señor John Seymour, me decía el otro día que se ha encargado usted recientemente de algunos de sus asuntos... asuntos de naturaleza delicada, con suma habilidad y tacto, y me recomendó encarecidamente que si alguna vez me encontraba en una situación difícil acudiera a usted. Pues bien, ahora me encuentro en una situación difícil.

De nuevo, incliné la cabeza.

—Una situación difícil, creo, de una clase sin precedentes. Entiendo que cualquier cosa que pueda contarle será tratada como si se la contara a un sacerdote en confesión.

—Puede estar seguro de eso.

—Bien... Entonces, para aclararle el asunto, debo comenzar contándole una

historia... si me permite abusar de su paciencia hasta ese punto. Prometo no emplear más palabras que las que requiere la ocasión.

Le ofrecí un asiento y lo situé en tal posición que la luz de la ventana incidiera directamente en su rostro. Con un aire de total calma, como si no fuera consciente de mi treta, llevó la silla al otro lado del escritorio y la giró antes de sentarse, de manera que ahora tenía la luz a su espalda y en mi cara. Cruzó las piernas, posó las manos sobre una rodilla y se quedó en silencio durante unos segundos, como si estuviera dándole vueltas a algo en la cabeza. Echó una mirada a la habitación.

—Supongo, señor Champnell, que aquí se han contado historias de lo más singulares.

—Sin duda, historias muy singulares. Nunca me escandalizo por las cosas singulares. Es mi ambiente natural.

—Sin embargo, estaría dispuesto a apostar que jamás ha escuchado una historia tan extraña como la que estoy a punto de contarle a continuación. En efecto, es tan sorprendente este capítulo de mi vida que estoy a punto de desvelarle que en más de una ocasión he tenido que recopilar y hacer cuadrar los incidentes con exactitud matemática para asegurarme de su total veracidad.

Hizo una pausa. Había en su actitud ese atisbo de reticencia que con frecuencia encuentro en individuos que están a punto de sacar alguno de sus muertos del armario para pasearlo delante de mis ojos. Su siguiente afirmación pareció sugerir que percibía lo que en ese momento pasaba por mi mente.

—Mi situación se hace aún más difícil por el hecho de que no poseo una naturaleza comunicativa. No simpatizo con el espíritu de los tiempos que corren y que tanto ansia el lucimiento personal. Sostengo que la vida privada, incluso la de un hombre público, debería ser inviolable. Me molestan profundamente los ojos curiosos que fisgonean en cuestiones que, a mi entender, solo son de mi incumbencia. Por lo tanto, le pido que tenga paciencia conmigo, señor Champnell, si le parezco reticente a la hora de desvelarle ciertos incidentes en mi carrera profesional, los cuales confiaba que seguirían ocultos en el secreto almacén de mi propio corazón, y en todo caso hasta llevármelos conmigo a la tumba. Estoy seguro de que me disculpará si admito con franqueza que es solo una irremediable cadena de incidentes lo que me ha obligado a convertirle a usted en mi confidente.

—Mi experiencia me ha enseñado, señor Lessingham, que el que acude a mí siempre lo hace cuando se ve obligado a ello. En ese sentido, se me considera algo incluso peor que un médico.

Una gélida sonrisa pasó fugazmente por sus labios... estaba claro que me consideraba bastante peor que un médico. Finalmente, comenzó a contarme una de las historias más sorprendentes que jamás haya oído. Mientras hablaba entendí lo intensa y, por otra parte, natural que había sido su reticencia. Aunque solo fuera por salvaguardar su credibilidad, más le habría valido guardar silencio. Por mi parte debo reconocer sin reservas que habría considerado toda la historia un cuento increíble si

me la hubiera contado fulanito o menganito en lugar de Paul Lessingham.

Capítulo 33

LO QUE ACONTECIÓ TRAS ESPIAR A TRAVÉS DE UN ENREJADO

Comenzó con un tono vacilante. Poco a poco su voz se hizo más firme. Las palabras fueron saliendo de sus labios con más fluidez.

—Todavía no he cumplido cuarenta años. Así que, cuando le digo que hace veinte años era tan solo un hombre joven, estoy declarando una verdad bastante obvia. Han transcurrido veinte años desde que tuvieron lugar los acontecimientos que le voy a referir.

»Perdí a mis padres cuando aún era pequeño, y a su muerte me quedé en la situación, hasta cierto punto inusual siendo tan joven, de ser mi propio dueño y señor. Siempre he sido bastante disperso y, cuando ya a la edad de dieciocho años dejé los estudios, decidí que aprendería más viajando que permaneciendo en una universidad. Así pues, ya que no tenía a nadie que me lo prohibiera, en lugar de ir a Oxford o Cambridge, me marché al extranjero. Unos meses más tarde me encontraba en Egipto... postrado en cama con fiebre en el Sheppard s Hotel de El Cairo. La contraje por beber agua contaminada durante una excursión con beduinos a Palmira.

»Cuando me abandonó la fiebre, salí una noche por la ciudad en busca de diversión. Fui solo a un barrio de lugareños, algo no muy sensato, especialmente de noche, pero con dieciocho años uno no siempre es sensato; además estaba aburrido de la monotonía de mi estancia en cama y ansiaba alguna aventura, así que acabé en una calle que tengo razones para pensar que ya no existe. Tenía un nombre francés, se llamaba la Rué de Rabagas... vi el nombre en la esquina y piré por ella... me ha dejado una marca en la memoria que jamás podré borrar.

»Era una calle estrecha, sucia y mal iluminada, por supuesto... y, en el momento de mi aparición, desierta. Ya había avanzado aproximadamente hasta la mitad de su tortuosa longitud, tropezándome en más de una ocasión con el desagadero y preguntándome qué caprichosa fantasía me había llevado hasta una barriada tan indeseable, y qué me pasaría si, como parecía extremadamente posible, me perdía. De repente, mis oídos captaron sonidos que procedían de una casa por la que pasaba en ese momento... sonidos de música y canciones.

»Paré. Me quedé allí un rato para escuchar.

»Había una ventana abierta a mi derecha que estaba cubierta con un enrejado. Aquellos sonidos procedían de la habitación que había al otro lado de las persianas. Alguien cantaba y se acompañaba de un instrumento parecido a la guitarra... y cantaba inusualmente bien.

El señor Lessingham hizo una pausa. Un torrente de recuerdos pareció anegar su mente y una mirada ensoñadora invadió sus ojos.

—Lo recuerdo todo tan claramente como si hubiera ocurrido ayer. Y de qué manera regresa... la calle sucia, los terribles olores, la luz imperfecta, la voz de la joven deslizándose de repente por el aire. Era la voz de una mujer joven... plena y sonora, y dulce; un instrumento que raras veces puede escuchar uno, especialmente en un lugar como ese. Cantaba una *chansonette* que, justo en ese momento, media Europa tarareaba (se cantó por primera vez en una ópera que se representaba en uno de los teatros del Boulevard)... “La P’tite Voyageuse”. El efecto, tan inesperado, me sobresaltó. Me quedé quieto y la escuché hasta que acabó.

»Movido por no sé qué impulso de curiosidad, cuando la canción hubo acabado me acerqué a un enrejado un poco más apartado para intentar ver a la cantante. Me encontré mirando al interior de lo que parecía una especie de café... uno de esos locales tan comunes en el Continente, en los que las mujeres cantan para atraer a los clientes. Había un tablado bajo en un extremo de la habitación y allí estaban sentadas tres mujeres. Una de ellas había estado acompañando su propia canción... todavía tenía un instrumento musical en las manos y tañía unas cuantas notas sueltas. Las otras dos habían actuado de público. Vestían el fantástico atuendo que suelen llevar las mujeres en tales lugares. Una anciana, a la que tomé por la inevitable *patronne* del local, estaba sentada y tejía en un rincón. Con excepción de estas cuatro mujeres, el lugar se encontraba vacío.

»Debieron de oírme tocar el enrejado, o lo vieron moverse, porque en cuanto eché una mirada dentro los tres pares de ojos del tablado se alzaron y se clavaron en los míos. Solo la anciana del rincón no mostró ningún signo de haber advertido mi presencia. Nos miramos en silencio durante uno o dos segundos. Entonces, la joven con el arpa (el instrumento que manipulaba resultó tener más la forma de un arpa que de una guitarra) me llamó:

»—*Entrez, monsieur!... Soye le bienvenu...*

»Yo estaba un poco cansado. Curioso por ver dónde me encontraba... el lugar me pareció, incluso tras ese primer vistazo, bastante fuera de lo común para tratarse de un café. Pensé que no me desagradaría escuchar de nuevo aquella canción, o cualquier otra interpretada por la misma cantante.

»—Con la condición de que me cante otra canción —contesté.

»—Ah, monsieur, con todo el placer del mundo le cantaré veinte.

»Y estuvo casi a la altura de su promesa. Me entretuvo con una canción tras otra. Puedo decir con toda certeza que en pocas ocasiones, por no decir nunca, he escuchado melodías más encantadoras. Parecía manejarse igualmente bien en todos los idiomas. Cantó en francés e italiano, en alemán e inglés... y en lenguas con las que yo no estaba familiarizado. Era en estas armonías orientales en las que mejor se desenvolvía. Eran indescriptiblemente extrañas y emocionantes, y las ejecutaba con un verbo y dulzura asombrosos. Me senté junto a una de las pequeñas mesas diseminadas por toda la estancia y escuché hechizado.

»El tiempo pasó más rápido de lo que supuse. Mientras cantaba, yo bebía el licor

que la anciana me había suministrado. Estaba tan embelesado por la exhibición de las extraordinarias dotes de la joven que no me percaté de lo que estaba bebiendo. Echando la mirada atrás tan solo puedo suponer que se trataba de algún tipo de brebaje ponzoñoso preparado por la propia criatura. Ese pequeño vaso causó en mí un efecto de lo más extraño. Todavía estaba débil por la fiebre de la que acababa de recuperarme y eso, sin duda, tuvo algo que ver con el desenlace. Pero, mientras seguía allí sentado, era consciente de que me iba hundiendo en un estado de letargo contra el que era incapaz de luchar.

»Un rato más tarde, la cantante original desistió en sus esfuerzos y, después de que sus compañeras la relevaran, se acercó y se sentó a mi lado en la pequeña mesa. Examiné el reloj y vi lo tarde que era. Me levanté para marcharme, pero ella me agarró por la muñeca.

»—No se vaya —dijo; hablaba un inglés peculiar con un acento sumamente exótico—. No le puede pasar nada. Descanse un rato.

»Tal vez se sonría... puede que yo también me sonriera si fuera el oyente en lugar de usted, pero la simple verdad es que al notar su tacto sentí lo que solo puedo describir como una influencia magnética. Cuando sus dedos presionaron mi muñeca, me sentí tan desvalido ante ella como si me estuviera sujetando con unas pinzas de acero. Lo que parecía una invitación era prácticamente una orden. Debía quedarme tanto si quería como si no. Pidió más licor y, tras darme lo que de nuevo realmente era una orden, me lo bebí. Creo que desde el momento en que me tocó la muñeca ya no pronuncié ni una sola palabra. Ella era la única que hablaba. Y mientras lo hacía, mantenía sus ojos clavados en los míos.

»¡Y qué ojos tenía! Eran los ojos de un demonio. Puedo afirmar rotundamente que ejercieron en mí un efecto diabólico. Me arrebataron la consciencia y la fuerza de voluntad, así como la capacidad de raciocinio... me convertí en cera en sus manos. Mi último recuerdo de aquella funesta noche es el de ella sentada frente a mí, inclinada sobre la mesa, acariciando mi muñeca con los dedos extendidos y mirándome con sus ojos terribles. Después de eso, pareció que descendía un telón. Y entonces llegó el momento del olvido.

El señor Lessingham calló. Su actitud era calmada y lo suficientemente contenida, pero, a pesar de eso, advertí que el mero recuerdo de lo que me contaba sacudía hasta sus más profundos cimientos. Había elocuencia en las arrugas alrededor de su boca y en la expresión de sufrimiento en sus ojos.

Hasta el momento, la historia era bastante común. Lugares como el que había descrito abundan en El Cairo de hoy en día, y son muchos los ingleses que han penetrado en ellos pagando un alto precio. Con esa incisiva intuición que le ha convertido en un *yeoman* en la arena política, el señor Lessingham captó inmediatamente la dirección que tomaban mis pensamientos.

—¿Ha oído esta historia antes?... Sin duda. Y con frecuencia. Hay muchas trampas y los idiotas y confiados no son pocos. La particularidad de mi experiencia

todavía está por venir. Debe usted perdonarme si parece que titubeo al relatarla. Estoy ansioso por presentarle mi caso tan directamente y con tan poca apariencia de exageración como me sea posible. Digo con tan poca apariencia de exageración porque una parte de esta me temo que es inevitable. Mi caso es tan singular y tan fuera de lo común y de la experiencia ordinaria que hasta la afirmación más neutra sin duda suena sensacionalista.

»Como supongo que ya habrá imaginado, cuando recuperé la consciencia me encontré en un apartamento que no reconocí. Estaba tumbado, desnudo, sobre un montón de mantas en un rincón de una habitación de techo bajo amueblada de manera que, cuando percibí los detalles, me llenó de asombro. Junto a mí estaba arrodillada la Mujer de las Canciones. Inclined hacia delante, me cubrió la boca de besos. No puedo describirle la sensación de horror y asco que me invadió al notar el tacto de sus labios. Había algo en ella tan antinatural, tan inhumano, que creo que incluso entonces podría haberla destrozado con tan pocos reparos morales como si hubiera sido algún molesto insecto.

»—¿Dónde estoy? —exclamé.

»—Está con los hijos de Isis —respondió. No entendí qué quería decirme con esas palabras, y sigo sin saberlo a día de hoy—. Está en manos de la gran Diosa... de la madre de los hombres.

»—¿Cómo he llegado hasta aquí?

»—Por la amable bondad de la gran madre.

»Por supuesto, no pretendo ahora referirle las palabras exactas de su respuesta, pero el significado fue ese.

»Tras incorporarme a medias sobre el montón de mantas, miré a mi alrededor... me quedé perplejo ante lo que vi.

»El lugar en el que me encontraba, aunque era lo opuesto a espacioso, era de un tamaño considerable... soy incapaz de imaginar dónde podría estar... Las paredes y el techo eran de piedra vista, como si todo el interior hubiera sido horadado en roca sólida. Parecía alguna clase de templo y estaba impregnado de un olor sumamente extraordinario. Un altar se alzaba en el centro, tallado en un único bloque de piedra. Sobre este ardía un fuego con una pálida llama azul... el humo se elevaba y sin duda era el origen de los perfumes que inundaban la estancia. Detrás del altar había una enorme estatua de bronce, a escala mayor que el tamaño natural. Estaba sentada y representaba a una mujer. Aunque no se parecía a ninguna de las representaciones que hubiera visto antes o después, más tarde comprendí que pretendía representar a Isis. Sobre la frente de la diosa había posado un escarabajo. Parecía claro que el insecto estaba vivo porque, cuando lo miré, abrió y cerró las alas.

»Aunque el escarabajo posado en la frente de la diosa era el único vivo en aquel lugar, no era en absoluto la única representación de dicha criatura. Estaba esculpido en la piedra del techo y pintado con ardientes colores en tapices que colgaban aquí y allá de las paredes. Dondequiera que se posara la mirada, había un escarabajo. El

efecto era desconcertante. Era como si se vieran las cosas a través del hechizo distorsionado de una pesadilla. Me pregunté si no seguía soñando; si mi apariencia de consciencia no era después de todo un mero espejismo; si realmente había recuperado el sentido.

»Y, aquí, señor Champnell, me gustaría señalar y enfatizar el hecho de que no estoy preparado para afirmar rotundamente qué parte de mis aventuras en aquel lugar extraordinario y horrible fue realidad, y qué parte fue producto de mi imaginación febril. Si verdaderamente hubiera estado convencido de que todo lo que pensaba que veía, lo veía realmente, habría abierto hacía rato los labios, y que recayeran sobre mí las consecuencias, fueran las que fueran... Pero ese es el quid de la cuestión. Los acontecimientos eran de una naturaleza tan increíble y mi estado tan inusual (no era del todo consciente de mí mismo desde el principio hasta el final) que en ocasiones he dudado, y todavía sigo dudando, dónde, exactamente, acababa la ficción y comenzaba la realidad.

»Con la vaga idea de comprobar mi estado real, me afané por salir del montón de mantas sobre el que estaba reclinado. Al hacerlo, la mujer que estaba a mi lado posó la mano sobre mi pecho, suavemente. Pero si en lugar de esa suave presión hubiera sido el equivalente de una tonelada de hierro, no habría sido más efectiva. Me derrumbé, me hundí en las mantas y permanecí allí echado, jadeando para recuperar el aliento y preguntándome si había cruzado la línea que separa la locura de la cordura.

»—¡Déjenme levantarme! ¡Déjenme salir de aquí! —susurré.

»—No —murmuró ella—, quédese conmigo un rato más, oh amado mío.

»Y, de nuevo, me besó.

Una vez más, el señor Lessingham hizo una pausa. Un temblor involuntario le recorrió el cuerpo. A pesar del gran esfuerzo que obviamente estaba realizando para mantener el control, sus rasgos estaban contorsionados por un espasmo agónico. Durante unos segundos pareció no encontrar las palabras que le permitieran continuar.

Cuando prosiguió, su voz sonó ronca y forzada.

—Soy incapaz de describir, aunque sea mínimamente, la nauseabunda naturaleza de los besos de aquella mujer. Sentí una repugnancia indescriptible. Al recordarlos ahora, cuando han pasado veinte años, aún me embarga una sensación de horror físico, mental y moral. Lo más terrible de todo fue verme incapaz de ofrecer ni la más mínima resistencia a sus caricias. Me quedé allí quieto como un tronco. Hizo conmigo lo que quiso y yo lo soporté con una agonía silenciosa.

Sacó el pañuelo del bolsillo y, aunque era un día frío, se limpió el sudor de la frente.

—Describir con detalle lo ocurrido durante mi estancia involuntaria en aquel terrible lugar está más allá de mis capacidades. Ni tan siquiera puedo aventurarme a intentarlo. El intento, si me decidiera a hacerlo, sería para mí inútil y doloroso, más

allá de toda medida. Tengo la impresión de haber visto todo lo que ocurrió como tras un cristal enigmático... y en todo momento teñido de un elemento de irrealidad. Como ya he mencionado, lo que se reveló ante mis ojos, tenuemente, me pareció demasiado extraño, demasiado espantoso, para ser cierto.

»Solo más tarde, cuando ya me encontré en situación de comparar fechas, pude determinar la duración de mi encierro. Por lo visto, estuve en aquella horrible madriguera durante más de dos meses... dos meses indescriptibles. Y durante todo el tiempo había idas y venidas, un abanico fantasmagórico de siniestras figuras pasaban continuamente de un lado a otro ante mis ojos brumosos. Entonces tuvo lugar lo que supuse que era un servicio religioso, en el que el altar, la figura de bronce y el escarabajo posado en la frente de esta, tomaron el papel central. No solo fue este servicio realizado con una desconcertante confusión de ritos misteriosos, sino que, si todavía puedo fiarme de mi memoria, se produjeron orgías de innombrables horrores. Tengo la impresión de haber visto cosas cuyo solo recuerdo hace que a uno le dé vueltas la cabeza y se estremezca.

»En efecto, es al culto de aquella obscena deidad a la que estas desgraciadas criaturas adoraban de manera tan escandalosa a lo que están asociados mis recuerdos más terribles. Podría haber sido... espero que así fuera, un espejismo producido por mi estado delirante, pero en aquel momento me pareció que estaban ofreciendo sacrificios humanos.

Cuando el señor Lessingham pronunció estas palabras, agucé los oídos. Por motivos personales, que no tardaré en desvelar, me había estado preguntando si haría alguna referencia a un sacrificio humano. Él advirtió mi muestra de interés... pero erró en cuanto al motivo.

—Veo que se ha sobresaltado, y no me extraña. Pero le repito que, a menos que fuera víctima de alguna extraordinaria clase de doble visión (en cuyo caso, todo el asunto podría explicarse como el producto de un sueño, y sin duda alguna, ¡cuánto se lo agradecería a Dios!), vi, en más de una ocasión, que se ofrecía un sacrificio humano sobre aquel altar de piedra, supuestamente a la lúgubre figura que lo observaba desde las alturas. Y, a menos que me equivoque, en todos los casos el sujeto del sacrificio era una mujer, totalmente desnuda, tan blanca como usted o yo... y antes de quemarla la sometían a toda clase de ultrajes que solo la mente de un demonio es capaz de concebir. Más de una vez, desde entonces, he creído oír los alaridos de las víctimas resonando en el aire, mezclados con los gritos de triunfo de sus enloquecidos asesinos y la música de sus arpas.

»Fue el cúmulo de horrores de tal escena lo que me dio la fuerza suficiente, o el coraje, o la locura, no sé bien cuál de los tres, para romper las cadenas que me ataban y que, mientras las rompía, me trasformaron, incluso hasta este mismo instante, en un hombre hechizado.

»Se había realizado un sacrificio... a menos que, como ya he repetido en varias ocasiones, todo aquello no fuera más que un sueño. Una mujer... una joven y

encantadora inglesa, si podía dar crédito a la evidencia que me proporcionaban mis propios ojos, había sido ultrajada y quemada viva, mientras yo permanecía allí tumbado e impotente, viéndolo todo. El martirio concluyó. Las cenizas de la víctima fueron consumidas por los participantes. Los fieles se marcharon. Me dejaron a solas con la mujer de las canciones, que por lo visto actuaba de guardiana en aquel matadero. Ella era, como cabía esperar tras tal orgía, más un demonio que un ser humano, ebria de un insensato frenesí y desvariando acerca de anhelos inhumanos. Cuando se acercó para obsequiarme con sus nauseabundas caricias, de repente fui consciente de algo que no había sentido antes en su compañía. Era como si algo me hubiera abandonado... un peso que me oprimía, una cadena que me retenía. Fui consciente, de repente, de una sensación de libertad, de una certidumbre de que la sangre que corría por mis venas era, después de todo, mía, y que yo era el dueño y señor de mi propio honor.

»Solo puedo suponer que, durante aquellas semanas, ella me mantuvo allí en un estado de estupor hipnótico. Que, aprovechándose de la debilidad que la fiebre había dejado en mí, mediante las prácticas de sus artes diabólicas, me había impedido salir de aquel trance hipnótico. Ahora, por algún motivo, la cuerda se había aflojado. Posiblemente, al estar absorta en sus deberes religiosos, se olvidó de tensarla. En cualquier caso, ahora, mientras se acercaba a mí, en realidad se acercaba a un hombre que por primera vez desde hacía mucho tiempo volvía a ser dueño de sus actos. Ella parecía ignorar todo esto. A medida que se acercaba a mí, parecía ignorar por completo el hecho de que yo pudiera ser algo más que la criatura castrada y sin nervio en la que, hasta ese momento, ella me había convertido.

»Pero lo supo al tocarme... cuando se inclinó para posar sus labios en los míos. En ese momento, la rabia acumulada que había estado ardiendo a fuego lento en mi pecho durante todas esas pesadas y tortuosas horas prendió en llamas. Salté de mi lecho de mantas, le eché las manos al cuello... y entonces se dio cuenta de que me había despertado. Forcejeó para volver a tensar la cuerda que ella misma había descuidado permitiendo que quedara indebidamente suelta. Sus terribles ojos se clavaron en los míos. Sabía que ella estaba ejerciendo toda la fuerza posible para arrebatarme mi hombría. Pero luché contra ella como un poseso y vencí... en cierta manera. Le apreté la garganta con ambas manos como si fuera un torniquete de hierro. Sabía que estaba luchando por algo más que mi vida y que lo tenía todo en mi contra, que me estaba jugando todo a una sola tirada de dados... así que me aferré a cualquier cosa que me permitiera salir victorioso.

»La presión de mis manos fue aumentando... no me paré a pensar si la estaba matando... hasta que, de repente...

El señor Lessingham se calló. Sus ojos vidriosos miraban fijamente, como si toda la escena volviera a acontecer frente a él. Se le quebró la voz. Pensé que iba a derrumbarse. Pero, haciendo un esfuerzo, continuó.

—De repente, sentí que se deslizaba entre mis dedos. Sin previo aviso, se

desvaneció en un segundo, y donde hacía tan solo un momento había estado ella, me encontré frente a frente con un escarabajo monstruoso... el producto espasmódico y enorme de alguna oscura pesadilla.

»Al principio, la criatura permaneció erguida con la misma estatura que yo. Pero, mientras la observaba con un sorprendido estupor (como podrá fácilmente imaginar), la criatura menguó. No me quedé para ver hasta dónde llegaba el proceso de disminución... en ese momento era un demente rabioso y hui de allí como si me persiguieran todos los demonios.

Capítulo 34

DESPUÉS DE VEINTE AÑOS

—No sabría decirle cómo llegué a cielo abierto... no lo sé. Tengo un vago recuerdo de correr a través de pasajes abovedados, por interminables pasillos, de tropezarme con gente que intentó detenerme... y el resto es un vacío.

»Cuando recobré la consciencia estaba postrado en una cama, en casa de un misionero norteamericano llamado Clements. Me encontraron al amanecer, totalmente desnudo, en una calle de El Cairo, y me dieron por muerto. A juzgar por mi aspecto, aquella noche debí de haber vagado durante kilómetros. Nadie sabía decir de dónde había llegado ni adónde me dirigía... ni siquiera yo mismo. Me debatí entre la vida y la muerte durante semanas. La amabilidad del señor y la señora Clements no puede expresarse solo con palabras. Llegué a su hogar como un extraño apaleado, sin recursos y desvalido, y ellos me dieron todo lo que pudieron ofrecerme, sin pedirme dinero y sin poner un precio... sin esperar ningún tipo de recompensa terrenal. Que nadie diga que no existe la caridad cristiana bajo el sol. Jamás seré capaz de pagar la deuda que contraí con ese hombre y esa mujer. Antes de recuperarme del todo, pero ya en situación de ofrecer alguna expresión adecuada de la gratitud que sentía, la señora Clements murió, se ahogó durante una excursión por el Nilo, y su marido partió a una expedición misionera al África Central, de donde jamás regresó.

»Aunque recobré la salud física hasta cierto punto, después de abandonar el hogar de mis hospitalarios anfitriones, permanecí durante meses en un estado de semiidiocia. Padece una especie de afasia. Podía permanecer mudo durante días seguidos y no recordaba nada... ni siquiera mi propio nombre. Y cuando esa fase pasó y empecé a moverme con mayor libertad entre mis congéneres, tan solo era una sombra de lo que fui. A todas horas del día y de la noche me asaltaban aterradoras... no sé si llamarlas visiones, ya que me resultaban lo suficientemente reales, pero como solo yo podía verlas, y nadie más, quizás sea esa la palabra que mejor las describa. Su aparición siempre me abocaba a un estado de terror abyecto contra el que era incapaz ni tan siquiera de intentar luchar. Hasta tal extremo me amargaron la existencia que por voluntad propia inicié un tratamiento a manos de un experto en patologías mentales. Durante un considerable periodo de tiempo estuve bajo su constante supervisión, pero las apariciones resultaban inexplicables tanto para él como para mí.

»Sin embargo, poco a poco se fueron haciendo menos frecuentes, hasta que por fin me convencí de que volvía a ser como el resto de los mortales. Pasado un tiempo, para tener la certeza de ello, me dediqué a la política. Desde entonces he vivido, como se dice por ahí, bajo el ojo público. En cuanto a vida privada, en cualquier sentido de la palabra, no poseo ninguna.

El señor Lessingham calló. Su relato no carecía de interés y, como mínimo,

resultaba curioso. Pero yo seguía sin comprender qué podía tener que ver conmigo, o cuál era el propósito de su presencia en mi despacho. Como continuaba en silencio, como si la cuestión, en cuanto a lo que a él se refería, ya hubiera concluido, se lo dije:

—Supongo, señor Lessingham, que todo esto es tan solo un preludio a la trama principal. De momento, aún no sé qué papel puedo jugar yo en todo esto.

Siguió en silencio durante unos segundos. Cuando habló, su voz sonó grave y sombría, como si pesara sobre él alguna aflicción.

—Desafortunadamente, como usted dice, esto tan solo ha sido un preludio de la trama. Si no fuera así, no estaría ahora aquí de pie requiriendo con urgencia los servicios de un detective secreto... es decir, los servicios de un hombre de mundo con experiencia, que ha sido dotado por la naturaleza con unas extraordinarias facultades de percepción... y en cuya capacidad y honor puedo depositar mi confianza.

Sonreí... el cumplido iba con segundas intenciones.

—Espero que sus expectativas sobre mí no sean demasiado altas.

—Espero que no... por mi bien, así como por el suyo propio. He oído grandes cosas sobre usted. Si alguna vez algún hombre necesitó todo lo que esa habilidad y experiencia humanas pueden hacer por él, sin duda alguna, ese hombre soy yo.

Sus palabras despertaron mi curiosidad. Fui consciente de que sentía un interés mayor del que había sentido hasta el momento.

—Haré todo lo posible por ayudarle. Un hombre no puede hacer más, solo dar lo mejor.

—Se lo contaré. De inmediato.

Me miró ávidamente durante un buen rato. Luego, tras inclinarse hacia delante, dijo bajando la voz, tal vez inconscientemente:

—El hecho es, señor Champnell, que recientemente han tenido lugar algunos acontecimientos que amenazan con cruzar ese abismo de veinte años y enfrentarme a esa apestosa mácula de mi pasado. En este momento me encuentro en un peligro inminente de convertirme de nuevo en la desgraciada criatura que fui cuando hui de aquella madriguera de demonios. Y para evitar que esto ocurra he acudido a usted. Quiero que desentrañe ese hilo enmarañado que amenaza con arrastrarme a la perdición... y que, cuando lo desentrañe, lo rompa (¡por siempre si Dios así lo desea!) en dos.

—Explíquese.

Para ser franco, en ese momento lo tomé por un loco. Él continuó hablando.

—Hace tres semanas, ya de noche, cuando regresaba de una sesión en la Cámara de los Comunes, encontré sobre la mesa de mi escritorio una hoja de papel en la que había un dibujo (¡de un realismo maravilloso!) de la criatura en la que, según me pareció, se transformó la mujer que cantaba cuando apreté su garganta entre mis manos. La mera contemplación de esa criatura hizo que retornaran aquellas visiones de las que ya le he hablado y que creía haber dejado atrás para siempre... La agonía del miedo me provocó una fuerte convulsión y me dejó en un estado próximo a la

parálisis tanto física como mental.

—Pero ¿por qué?

—No sabría decirle. Solo sé que jamás me he atrevido a permitir que mi mente regrese a esa última y terrible escena por miedo a que su simple recuerdo pudiera volverme loco.

—¿Y qué es lo que encontró en su escritorio... un simple dibujo?

—Era un retrato reproducido por un proceso que desconozco, tan maravilloso y diabólicamente parecido al original que durante unos segundos pensé que la propia criatura estaba sobre mi mesa.

—¿Y quién lo puso ahí?

—Eso es precisamente lo que deseo que averigüe... lo que deseo que convierta en su ocupación prioritaria. He encontrado esa reproducción, en similares circunstancias, en tres ocasiones distintas, sobre mi escritorio... y en cada ocasión ha provocado en mí el mismo angustioso efecto.

—¿Y siempre después de regresar de una sesión nocturna en la Cámara de los Comunes?

—Exactamente.

—¿Dónde están esos... cómo debería llamarlos... «grabados»?

—De nuevo, eso es algo a lo que no puedo responderle.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que acabo de decir. Cada vez que recobraba el sentido, la criatura había desaparecido.

—¿La hoja de papel también?

—Aparentemente... aunque en ese aspecto no podría asegurarlo con certeza. Debe entender que mi escritorio suele estar lleno de papeles y no puedo estar del todo seguro de que aquella cosa no estuviera observándome desde alguno de esos papeles. El propio «grabado», por usar su término, sin duda había desaparecido.

Empecé a sospechar que aquel era un caso más apropiado para ser tratado por un médico que por un hombre de mi profesión. Y lo dejé entrever.

—¿No cree posible, señor Lessingham, que se encuentre agotado por exceso de trabajo... que su mente haya estado sometida a una gran presión y haya sido víctima de algún efecto óptico?

—Eso mismo pensé yo, y debo decir que casi lo deseaba. Pero espere a que acabe. Verá que no hay ninguna duda en ese sentido.

Parecía estar recordando los acontecimientos en su orden cronológico. Su actitud era estudiadamente fría, como si estuviera empeñado, a pesar de la extrañeza de la historia, en impresionarme con la exactitud literal de cada sílaba que pronunciaba.

—Anteayer por la noche, al regresar a casa, encontré a un extraño en mi estudio.

—¿Un extraño?

—Sí... En otras palabras, un ladrón.

—¿Un ladrón? Comprendo... continúe.

Hizo una pausa. Su actitud era cada vez más extraña.

—Cuando entré, el hombre estaba forzando mi buró. No hace falta que le diga que me abalancé sobre él para apresarlo. Pero no pude.

—¿No pudo? ¿Qué quiere decir que no pudo?

—Simplemente quiero decir lo que le digo. Debe entender que no se trataba de un delincuente común. No sabría decirle de qué nacionalidad era. Solo pronunció dos palabras y sin duda alguna era inglés, pero aparte de eso permaneció mudo. No llevaba la cabeza cubierta, ni tampoco los pies. De hecho, la única prenda que llevaba era una túnica holgada, larga y oscura, que al agitarse revelaba que sus miembros estaban desnudos.

—Un atuendo de lo más peculiar para un ladrón.

—En cuanto le vi, sospeché que tenía alguna relación con aquella aventura en la Rué de Rabagas. Y lo que dijo e hizo, terminó de confirmar mis sospechas.

—¿Y qué dijo e hizo?

—Cuando me aproximé a él para capturarlo, pronunció en voz alta dos palabras que trajeron a mi mente aquella terrible escena que siempre ronda por mi cabeza y en la que jamás me permito pensar. Esas dos solas palabras me provocaron una especie de convulsión.

—¿Y qué palabras eran?

El señor Lessingham abrió la boca... y la cerró. Se produjo un pronunciado cambio en la expresión de su rostro. Clavó la mirada en un punto con los ojos alerta... como los ojos vidriosos de un sonámbulo. Durante unos segundos temí que fuera a ofrecerme una muestra objetiva de las «apariciones» de las que tanto me había hablado. Me levanté para ofrecerle mi ayuda. Pero él me hizo una señal para que me apartara.

—Gracias... Ya pasará.

Su voz sonó seca y ronca... muy distinta a su habitual tono aterciopelado. Tras una incómoda pausa, logró sobreponerse y continuar.

—Ya ha visto usted mismo, señor Champnell, el pelele miserable en el que me convierto, aún a día de hoy, cuando se aborda este tema. No soy capaz de pronunciar las palabras que dijo aquel extraño, ni siquiera puedo escribirlas. Por algún inexplicable motivo poseen en mí un efecto similar al que ejercen en las personas los hechizos y encantos en los cuentos de brujería.

—Supongo, señor Lessingham, que no hay ninguna duda de que este misterioso extraño no era una ilusión óptica.

—Lo dudo mucho. Está el testimonio de mis sirvientes, que prueba lo contrario.

—¿Lo vieron sus sirvientes?

—Algunos de ellos... sí. Luego está la prueba del buró. El tipo lo destrozó y partió en dos. Cuando examiné el contenido descubrí que faltaba un paquete de cartas. Eran cartas que había recibido de la señorita Lindon, una dama que aspiro a hacer mi esposa. Esto, también, se lo comento de forma confidencial.

—¿Y cómo podría usar esas cartas?

—Si las cosas son tal como me temo, podría causar un grave daño con ellas. Si el motivo de estos desgraciados, después de tantos años, es la pura venganza, podrían ser capaces, una vez descubierto lo que ella significa para mí, de tramar algún ataque mortal contra la señorita Lindon... o, cuanto menos, envenenar su mente.

—Comprendo... ¿Cómo escapó el ladrón? ¿También él, como el grabado, se desvaneció?

—No, escapó por un método bastante más prosaico; se lanzó por la ventana del salón y descendió por la terraza hasta la calle, donde fue a darse de bruces con un hombre.

—¿Qué hombre? ¿Un policía?

—No, el señor Atherton... Sydney Atherton.

—¿El inventor?

—Ese mismo. ¿Lo conoce?

—Así es. Sydney Atherton y yo somos amigos desde hace muchos años. Pero Atherton debió de ver de dónde salía aquel sujeto, y... de todas formas, si estaba en tal estado de desnudez como el que me ha descrito, ¿por qué no lo detuvo él?

—El señor Atherton tiene sus propias razones. No lo detuvo y, por lo que pude averiguar, tampoco intentó detenerle. En lugar de eso, llamó a mi puerta para informarme de que había visto a un hombre saliendo por la ventana.

—Sé que, en ciertas ocasiones, Atherton puede llegar a ser un tipo de lo más peculiar... pero eso que me cuenta suena sin duda muy extraño.

—La verdad es, señor Champnell, que si no fuera por el señor Atherton dudo que le hubiera molestado con todo este asunto. La circunstancia de que usted sea un conocido suyo me facilita la tarea.

Arrimó aún más la silla hacia mí con un brío que antes no había manifestado. Por algún motivo que fui incapaz de desentrañar, el introducir el nombre de Atherton en la conversación parecía haberle reanimado. Sin embargo, no tardé mucho en saber la verdad. En media docena de frases arrojó más luz sobre el verdadero motivo de su visita que en todo lo dicho anteriormente. También su actitud era más formal y directa. Por primera vez pude captar algunos destellos del político (alerta, entusiasta, ávido) tal como es conocido por todo el mundo.

—El señor Atherton, al igual que yo, había pedido la mano a la señorita Lindon. Como yo he tenido éxito en lo que él ha fracasado, ha decidido enfadarse. Por lo visto ha tenido algún trato, o bien con mi visitante del martes por la noche o con otro de sus conocidos, y se ha propuesto utilizar lo que ha logrado atisbar a través de él en contra de mi persona y mi honorabilidad. Acabo de estar en casa del señor Atherton. Por algunos comentarios que ha dejado caer, he llegado a la conclusión de que probablemente en las últimas horas ha estado hablando con alguien relacionado de alguna forma con ese escabroso episodio de mi vida; también supongo que esta persona le hizo algunas supuestas revelaciones, que en realidad no eran más que una

sarta de mentiras monstruosas, y el señor Atherton ha amenazado con exponer las supuestas revelaciones a la señorita Lindon. Esa es una eventualidad que deseo evitar. Estoy convencido de que en este mismo instante hay un emisario en Londres de esa madriguera en la ya desaparecida Rué de Rabagas... por lo que sé, bien podría tratarse de la propia Mujer de las Canciones. Todavía no estoy en posición de afirmar si el único propósito de la presencia de este individuo es hacerme daño, pero está claro que se propone causarme algún perjuicio a toda costa. Creo que el señor Atherton sabe más sobre la personalidad de este individuo y su paradero de lo que hasta el momento ha estado dispuesto a reconocer. Por lo tanto, quiero que usted aclare todas estas cosas, que averigüe quién es y dónde está esta persona, ¡para arrastrarla a plena luz del día! En resumen, quiero que me proteja de manera efectiva del terror que amenaza de nuevo con aplastar mis poderes mentales y físicos... que, de nuevo, hace peligrar mi intelecto, mi carrera, mi vida, mi todo.

—¿Qué razones tiene para sospechar que el señor Atherton ha visto a este individuo del que me habla? ¿Se lo ha dicho él?

—Prácticamente... sí.

—Conozco bien a Atherton. En sus frecuentes momentos de nerviosismo es capaz de emplear un lenguaje duro, pero no va más allá. Creo que sería la última persona en el mundo que desearía cometer intencionadamente una injusticia con alguien, fueran cuales fueran las circunstancias. Si acudo a él, armado con sus credenciales, cuando entienda la verdadera gravedad de la situación (de lo cual me encargaré personalmente), creo que de manera espontánea y por voluntad propia me contará todo lo que sepa sobre este misterioso individuo.

—Entonces, vaya a verle inmediatamente.

—Bien. Lo haré. Le comunicaré los resultados.

Me levanté del asiento. Al hacerlo, alguien entró corriendo a la oficina armando un gran alboroto. Entonces se hicieron claramente audibles la voz de Andrew y de otra persona... la voz de Andrew se alzó en acalorada protesta. Pero, por lo visto, de nada le sirvió alzar la voz porque, finalmente, la puerta de mi despacho se abrió de golpe y el señor Sydney Atherton entró impetuosamente... evidentemente y a todas luces embargado por uno de esos frecuentes «momentos de nerviosismo» suyos a los que yo me acababa de referir.

Capítulo 35

UN EMISARIO DE NOTICIAS

Atherton no esperó a comprobar quién pudiera estar presente; sin tan siquiera recobrar el aliento, dejó escapar un grito en ese mismo instante... como suele hacer en ocasiones.

—¡Champnell! ¡Gracias a Dios que le he encontrado! ¡Le necesito! ¡De inmediato! No se detenga a hablar ahora, solo póngase el sombrero y prepárese para lo que viene... se lo contaré todo en el coche.

Intenté atraer su atención a la presencia del señor Lessingham... pero sin éxito.

—Mi querido amigo...

Pero antes de que pudiera continuar, me interrumpió abruptamente.

—¡No me venga con mi querido amigo! ¡Déjese de monsergas! ¡Ni tampoco me venga con excusas! Me da igual si tiene audiencia con la Reina, tendrá que esperar. ¿Dónde está ese maldito sombrero suyo? ¿O es que se viene sin él? Le estoy diciendo que cada segundo que pasa podría significar la diferencia entre la vida y la muerte. ¿Quiere que lo lleve hasta el coche arrastrándole del pelo?

—Intentaré no obligarle a que tenga que tomar tan drásticas medidas... yo mismo me disponía a ir verle de inmediato. Solo quiero atraer su atención al hecho de que no estoy solo. Aquí está el señor Lessingham.

Con sus prisas atolondradas, el señor Lessingham le había pasado inadvertido. Cuando Atherton dirigió su atención directamente a él, dio un respingo, se giró y miró a mi cliente de una manera que no resultaba nada halagadora.

—¡Oh! Es usted, vaya... ¿Qué diablos hace aquí?

Antes de que Lessingham pudiera responder a estas preguntas nada ceremoniosas, Atherton, abalanzándose hacia delante, le agarró por el brazo.

—¿La ha visto?

Lessingham, un hombre no dado a escandalizarse por la conducta extravagante de otros, lo miró con inequívoca sorpresa.

—¿Si he visto a quién?

—¡A Marjorie Lindon!

—¿Marjorie Lindon?

Lessingham hizo una pausa. Evidentemente, se estaba preguntando qué podría significar esa pregunta.

—No he visto a la señorita Lindon desde ayer noche. ¿Por qué me lo pregunta?

—¡Entonces que el Cielo nos coja confesados! ¡Como que estoy vivo, creo que él, ella o ello la tiene!

Sus palabras eran lo suficientemente incomprensibles como para necesitar una larga y tendida explicación... lo mismo debió de pensar el señor Lessingham.

—¿A qué se refiere, señor?

—Lo que digo es... creo que su amiga oriental la tiene en sus garras... si es que realmente es «ella»; solo Dios sabe cuál podría ser el verdadero sexo de ese infernal hechicero.

—¡Atherton... explíquese!

De repente, el tono de voz de Lessingham retumbó como un toque de trompeta.

—¡Si le ocurre algo a ella estoy dispuesto a cortarme el cuello... y a usted también!

Lo que el señor Lessingham hizo a continuación me pilló por sorpresa... aunque imagino que más sorpresa se llevó Atherton. Saltó hacia Sydney como un tigre y le agarró por el cuello.

—¡Usted... desgraciado! ¿De qué clase de miserable disparate es culpable? ¡Como salga dañado ni un solo cabello de su cabeza, me lo tendrá que pagar multiplicado por diez mil!... ¡Idiota celoso, entrometido y enredador!

Sacudió a Sydney como si fuera una rata... luego lo lanzó de cabeza al suelo. Me recordó al tratamiento que recibió Yago a manos de Otelo. Jamás vi a un hombre tan transformado por la ira. Lessingham parecía haber aumentado de estatura. Mientras permaneció fulminando con la mirada a Sydney en el suelo, podría haber pasado por la encarnación material del justo castigo humano.

Me imagino que Sydney estaba más sorprendido que dolorido. Durante uno o dos segundos permaneció inmóvil en el suelo. Luego, tras levantar la cabeza, miró a su atacante. A continuación, se puso de pie y se sacudió el cuerpo... como si quisiera comprobar que no tenía ningún hueso roto. Se echó las manos al cuello y se lo frotó suavemente. Luego, sonrió.

—Por Dios, Lessingham, parece que corre más sangre por sus venas de la que yo creía. Después de todo, va a resultar que es todo un hombre. Tiene fuerza en las muñecas... casi me rompe el cuello. Cuando este asunto haya acabado, me gustaría ponerme los guantes y boxear con usted. Una verdadera pena que se echara a perder con la política... ¡Maldita sea, deme la mano!

El señor Lessingham no le dio la mano. Atherton se la cogió y la estrechó calurosamente con las suyas.

Aunque el primer ataque pasional había pasado, Lessingham seguía con expresión severa.

—Hágame el favor de no bromear, señor Atherton. Si lo que dice es cierto, y el desgraciado a quien alude realmente tiene a la señorita Lindon a su merced, entonces la mujer a la que amo (¡y a la que usted pretende que ama!) se encuentra en una situación de peligro inminente, no solo de una muerte terrible, sino de algo infinitamente peor que la muerte.

—¡Qué demonios... y tanto! —Atherton se volvió hacia mí—. Champnell, ¿es que todavía no se ha puesto ese maldito sombrero? ¡No se quede ahí parado como un pasmarote haciéndome perder el tiempo... muévase! Se lo contaré todo en el coche.

Y, Lessingham, si se viene con nosotros, también se lo contaré a usted.

Capítulo 36

CUÁLES ERAN LAS NOTICIAS

Tres hombres en un cabriolé no es, en ninguna circunstancia, la manera más confortable de desplazarse... y cuando uno de esos tres hombres resulta ser Sydney Atherton en uno de sus «momentos de nerviosismo» es, sin duda alguna, la peor de todas, como el señor Lessingham y yo mismo no tardamos en descubrir en esta ocasión. A veces se sentaba sobre mis rodillas, otras veces en las de Lessingham, y con frecuencia, cuando inesperadamente se ponía de pie, a punto estaba de salir despedido hacia la grupa del caballo. Debido a sus enérgicas gesticulaciones, primero tiró mi sombrero, luego el de Lessingham, luego el suyo y a continuación los tres al mismo tiempo... En una ocasión, tras caer rodando su sombrero sobre el barro, saltó a la calle para recogerlo. Cuando se giraba para hablar con Lessingham, me clavaba el codo en el ojo, y cuando se giraba para hablar conmigo, lo clavaba en el de Lessingham. Ni un solo momento permaneció quieto, ni nosotros cómodos. Lo sorprendente es que todas esas proezas gimnásticas a las que se entregaba no atraían lo suficiente la atención pública como para que un agente del orden considerara oportuno detener momentáneamente nuestro avance. Si el tiempo no hubiera sido de suma importancia, habría insistido en ese momento en cambiar nuestro medio de transporte a un cuatro ruedas un tanto más espacioso.

La explicación de las causas de su agitación pareció ser más comprensible para el señor Lessingham que para mí. Yo tuve que encajar unas piezas con otras con considerable dificultad. Poco a poco, logré formarme una idea clara de lo que realmente había ocurrido.

Comenzó dirigiéndose al señor Lessingham... y clavándome el codo en el ojo.

—¿Le habló Marjorie acerca del tipo que encontró en la calle? —y entonces levantó el brazo para abrir la trampilla del techo... y allá que salió volando mi sombrero—. ¡Vamos, William Henry!... ¡Azúcela para que corra! ¡Si mata al caballo le compraré otro!

Ya íbamos más rápido de lo que la ley nos permitía... pero esa cuestión por lo visto no parecía importarle lo más mínimo. Lessingham respondió a su pregunta.

—No lo hizo.

—¿Se acuerda del tipo que vi saliendo de la ventana de su salón?

—Sí.

—Bueno, pues Marjorie lo encontró a la mañana siguiente delante de la ventana de su comedor, mientras desayunaba... en medio de la calle. Por lo visto, había estado vagando toda la noche, desnudo... bajo la lluvia y en el barro, y todo lo demás... en un estado de trance hipnótico.

—¿Quién es el... caballero al que se refiere?

—Dice llamarse Holt, Roben Holt.

—¿Holt? ¿Es inglés?

—Por completo... un chupatintas de ciudad sin trabajo... ¡totalmente arruinado! No pudo entrar al refugio de pobres porque le negaron la entrada... por lo visto el lugar estaba lleno, o algo por el estilo... ¡pobre diablo! ¡En menudas condiciones nos dejan ustedes los políticos!

—¿Está seguro?

—¿De qué?

—¿Está seguro de que este hombre, Robert Holt, es la misma persona que, como usted ha dicho, vio salir por la ventana de mi salón?

—¡Seguro!... ¡Por supuesto que estoy seguro! ¿Cree que no sería capaz de reconocerlo? Además, está la historia del propio Holt... toda de su propia cosecha... además del resto, que nos ha llevado hasta Fulham.

—Debe recordar, señor Atherton, que ignoro por completo lo que ha ocurrido. ¿Qué tiene que ver el tal Holt con la misión en la que estamos ahora embarcados?

—¿Es que no ve que estoy intentando explicarlo? Si me permite contarle la historia a mi manera habré terminado en un santiamén, pero si continúa interrumpiéndome... ¿cómo demonios supone que Champnell va a entender algo de todo este embrollo si persiste en interrumpirme? Marjorie acogió al mendigo... este le contó la historia... ella mandó que me avisaran... que debía presentarme de inmediato; me sorprendieron en la escalera después de haber almorzado con Dora Grayling. Holt recompuso su historia... me olió mal... vi que podría existir una conexión entre el ladrón que había estado practicando inútiles trucos de ilusionismo conmigo y esta interesante expedición a Fulham...

—¿Qué expedición a Fulham?

—A la casa de ese amigo de Holt (¿no lo estoy diciendo? Ahí tiene la demostración, ¿lo ve?... ¡no me deja acabar!) Cuando Holt se coló por la ventana (lo cual fue lo más sensato que pudo hacer, ¡si yo hubiera estado en su pellejo también me habría colado por cuarenta ventanas!), un hechicero de piel oscura lo sorprendió mientras saltaba... le lavó el cerebro... lo envió en su lugar para que allanara una morada. Yo le dije a Holt: «Muéstrenos esta acogedora y pequeña madriguera, joven». Holt accedió... entonces Marjorie se metió por medio... quería ir y verlo también. Yo le dije: «Lo lamentarás si lo haces»... ¡Eso terminó de arreglarlo! Después de eso, ella habría ido allí aunque le costara la vida... nunca he sido muy persuasivo con las mujeres. Así que allá que nos fuimos, Marjorie, Holt y yo, en un coche de cuatro ruedas... localizamos la madriguera en menos que nada... entramos sin ser invitados por la ventana de la cocina... la casa parecía vacía. Finalmente, Holt volvió a su estado hipnótico ante mis propios ojos... el mejor caso probado de hipnotismo por sugestión que jamás haya presenciado... y partió a toda prisa en su peregrinaje. Como un idiota, le seguí, dejando a Marjorie para que me esperara...

—¿Sola?

—¡Sola!... ¿No se lo estoy diciendo?... ¡Válgame el Cielo, Lessingham, en la Cámara de los Comunes deben de estar beodos para pensar que es usted inteligente! Yo le dije: «Enviaré a la primera persona cuerda que encuentre para que le haga compañía». Pero la suerte no me sonrió y no encontré a nadie... solo críos y un panadero que no podía dejar su carro ni tampoco llevarlo con él. Recorrí casi tres kilómetros antes de cruzarme con un policía... y cuando lo hice el hombre se llevó un buen susto... y pensó que yo estaba loco, o borracho, o ambas cosas. Cuando ya estaba a punto de ser arrestado por obstrucción a la autoridad en el ejercicio de sus funciones sin que en ningún momento hubiera obligado al agente a mover ni uno solo de sus pies de medio metro, Holt se perdió de vista. Así pues, ya que todos mis esfuerzos por alcanzarle se habían ido al garete, no me quedó otra que regresar con Marjorie... Salí corriendo hacia allí y encontré la casa vacía; allí no había nadie... y Marjorie había desaparecido.

—Pero no lo entiendo del todo...

Atherton, de manera impetuosa, impidió que el señor Lessingham concluyera la frase.

—Por supuesto que no lo entiende del todo, y aún lo entenderá menos si continúa adelantándose a los acontecimientos. Recorrí el piso superior y la planta baja, fuera y dentro del edificio... me desgañifé gritando como un grajo... A Marjorie no se la veía, ni se la oía, por ninguna parte; hasta que, cuando bajaba por quincuagésima vez por las escaleras, tropecé con algo duro tirado en el pasillo. Lo recogí y vi que era un anillo; este anillo. Se ha deformado un poco... no soy ligero como una pluma, especialmente cuando voy saltando escaleras abajo de seis en seis escalones... pero lo que queda de él está aquí.

Sydney sostuvo algo delante de él. El señor Lessingham se apartó a un lado para poder ver. Luego echó mano del objeto.

—¡Es mío!

Sydney lo apartó de su alcance.

—¿Qué quiere decir con que es suyo?

—Es el anillo de compromiso que le di a Marjorie. ¡Démelo, sabandija!... A menos que quiera que lleguemos a las manos dentro del coche.

Sin tomar en cuenta las limitaciones de espacio, ni mi comodidad, Lessingham lo empujó vigorosamente a un lado. Luego, tras agarrar a Sydney por la muñeca, le cogió la sortija... y Sydney la soltó justo a tiempo para evitar que cayera a la calle. Despojado de su tesoro, Sydney se volvió y examinó al asaltante con algo parecido a una expresión de admiración.

—Que me aspen, Lessingham, si lo que corre por esas venas de pez que tiene no es sangre caliente. Créame, después de todo viviré para luchar contra usted... con los puños desnudos, señor, tal como hacen los caballeros.

Lessingham no parecía prestarle ninguna atención. Examinaba el anillo que los pisotones de Sydney habían deformado con una expresión de profunda preocupación.

—¡El anillo de Marjorie!... ¡El que yo le había dado! Debe de haberle ocurrido algo grave para haber dejado caer el anillo y no haberlo recogido.

Atherton continuó.

—¡Eso es! ¿Qué le ha pasado? ¡Que me cuelguen si lo sé!... Cuando quedó claro que ella no estaba allí, me marché para averiguar dónde estaba. Me encontré con el viejo Lindon... no sabía nada... me imagino que le asusté al asaltarlo en medio de Pall Mall, porque cuando me fui me miró como si estuviera poseído y su sombrero estaba tirado en la alcantarilla. Fui a su casa... no estaba allí. Pregunté a Dora Grayling... ella no la había visto. Nadie sabía nada de ella... se había desvanecido en el aire. Luego me dije: «¡Eres un idiota de primera, sí señor! Mientras la andas buscando como un pollo descabezado, lo más probable es que ahora esté en la casa del amigo de Holt. Cuando regresaste allí, seguramente había salido a dar una vuelta, ¡y ahora ya habrá regresado y se estará preguntando adónde diablos te has ido!» Así que tomé la decisión de salir pitando hacia allí y comprobarlo... porque la idea de que ella pudiera estar en la entrada de esa casa, buscándome a mí, mientras yo andaba devanándome los sesos buscándola a ella, comenzaba a estar a la altura de lo que yo llamo mi sentido del humor... De camino se me ocurrió que lo inteligente sería recoger a Champnell, porque si hay un hombre al que se le puede confiar que encuentre una aguja en cualquier pajar, ese es el gran Augustus... Vaya, parece que, después de todo, el caballo sí se ha movido, porque ya hemos llegado. Veamos, cochero, no continúe... si lo hace, tendrá que dar otra vuelta al planeta tierra, porque tendrá que llegar de nuevo hasta aquí para recibir sus honorarios... ¡Esta es la casa del mago!

Capítulo 37

LO QUE SE ESCONDÍA BAJO EL SUELO

El coche se detuvo delante de una «villa» ruिनosa y pobre en un barrio inacabado y pobre... todo el lugar era un monumento al fracaso de la especulación inmobiliaria.

Atherton saltó sobre los escombros cubiertos de hierba que se suponía que era la acera.

—No veo a Marjorie esperándome en la entrada.

Tampoco yo la veía... no vi nada más que lo que parecía ser una desvencijada abominación de ladrillo deshabitada. De repente, Sydney dejó escapar un grito.

—¡Eh! ¡La puerta de entrada está cerrada!

Me costó mantenerme pegado a sus talones.

—¿Qué quiere decir?

—Vaya, cuando me marché dejé la puerta de entrada abierta. Parece que, después de todo, sí que me he vuelto a portar como un idiota y Marjorie ha regresado... esperemos que sea así.

Llamó a la puerta. Mientras esperábamos que abrieran, le pregunté:

—¿Por qué dejó la puerta abierta cuando se marchó?

—No creo que lo sepa con certeza... imagino que albergaba la vaga idea de que Marjorie pudiera entrar si regresaba mientras estaba ausente... pero la verdad es que estaba tan nervioso que no podría afirmar con rotundidad que tuviera ninguna razón lógica.

—Supongo que no hay duda alguna de que la dejó abierta.

—Ninguna en absoluto... me jugaría la vida a que fue así.

—¿La encontró abierta cuando regresó de su persecución de Holt?

—De par en par... entré directamente esperando encontrarla a ella en el salón... me quedé totalmente consternado cuando descubrí que no estaba allí.

—¿Había alguna señal de que hubiera tenido lugar una pelea?

—Ninguna... no había señales de nada. Todo estaba tal como lo había dejado, con la excepción del anillo que pisoteé en el pasillo y que ahora tiene Lessingham.

—Si la señorita Lindon ha regresado, no parece que esté ahora en la casa.

Así era... al menos el silencio así lo atestiguaba. Atherton llamó más fuerte tres veces, sin lograr atraer la más mínima atención de nadie en el interior.

—Tengo la impresión de que de nuevo vamos a tener que acceder al interior a través de aquella hospitalaria ventana de la parte trasera.

Atherton lideró la marcha. Lessingham y yo le seguimos. No había ni siquiera un atisbo de patio, no digamos ya de jardín... ni siquiera había un cercado o algo que delimitara el terreno y separara la casa de la maleza de la tierra baldía. La ventana de la cocina estaba abierta. Le pregunté a Sydney si la había dejado así.

—No lo sé... me atrevería a decir que sí, no me imagino a ninguno de nosotros ocupándose de cerrarla.

Mientras hablaba, trepó por el alféizar. Le seguimos. Cuando entró, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Marjorie! ¡Marjorie!... ¡Respóndeme, Marjorie... soy yo... Sydney!

Las palabras retumbaron por la casa. Solo el silencio respondió. Nos condujo hasta el salón. De repente, se detuvo.

—¡Caramba! —gritó—. ¡La persiana está bajada! —Yo había advertido, cuando estábamos fuera, que la persiana del ventanal del salón estaba bajada—. Estaba levantada cuando me marché, lo juro. Está bastante claro que alguien ha estado aquí... esperemos que haya sido Marjorie.

Tan solo había dado un paso al interior de la habitación cuando de nuevo se paró en seco y exclamó:

—¡Cielo Santo! ¡Esto sí que ha sido una mudanza repentina!... Vaya, el lugar está vacío... ¡se lo han llevado todo!

—¿Qué quiere decir? ¿Estaba amueblado cuando se marchó?

La estancia estaba casi vacía.

—¿Amueblado? No sé si amueblado sería la palabra adecuada... al encargado de este establecimiento parecía gustarle un tipo de tapicería muy peculiar... pero había una alfombra, y una cama y... y muchas cosas... aunque debo decir que en su mayor parte se trataba de curiosidades orientales. Parecen haberse esfumado en el aire... que tal vez sea algo habitual en las curiosidades orientales, aunque a mí me resulta extraño.

Atherton miraba a su alrededor como si encontrara difícil dar crédito a las pruebas que tenía antes sus ojos.

—¿Cuánto hace que se marchó de aquí?

Consultó su reloj.

—Algo más de una hora... posiblemente una hora y media; no sabría decir el momento exacto, pero sin duda no más.

—¿Advirtió entonces alguna señal de que estaban mudándose?

—Ni una sola... —Se acercó a la ventana y subió la persiana, al tiempo que hablaba—. Lo extraño de todo este asunto es que, cuando entré por primera vez, esta persiana no subía ni un milímetro, así que, como no subía, la hice bajar, tirando el bastidor y todo. Y ahora sube tan fácil y suavemente como si siempre hubiera sido la mejor persiana del mundo.

De pie, detrás de Sydney, vi al cochero en su pescante que nos hacía señales con el brazo en alto. Sydney también lo vio. Subió el cristal de la ventana.

—¿Qué le ocurre?

—Discúlpeme, señor, pero ¿quién es ese anciano caballero?

—¿Qué anciano caballero?

—Caramba, el anciano caballero que está asomado a la ventana de la habitación

del piso de arriba.

Apenas habían salido las palabras de los labios del cochero cuando Sydney cruzaba ya la puerta y volaba escaleras arriba. Le seguí bastante más comedidamente... sus métodos resultaban demasiado poco serios para mi gusto. Cuando llegué al piso superior, Sydney salió corriendo de la habitación principal y entró a toda prisa en la de atrás... y luego en la otra habitación contigua. Salió gritando.

—¡Pero a qué se refiere ese idiota... con su anciano caballero! ¡Ya le daré yo anciano caballero! ¡Aquí no hay ni una sola alma!

Regresó a la habitación principal... yo le seguí pegado a sus talones. Sin duda, estaba vacía... y no solo vacía, sino que además no mostraba ningún rastro de que hubiera estado ocupada recientemente. El polvo formaba una gruesa capa en el suelo... se detectaba ese olor a moho y a tierra que con tanta frecuencia invade las viviendas deshabitadas desde hace tiempo.

—¿Está seguro, Atherton, de que no hay nadie en la puerta trasera?

—Por supuesto que estoy seguro... puede ir y comprobarlo usted mismo, ¿acaso piensa que estoy ciego? ¡Cielo Santo! —Subió entonces la hoja de la ventana y se dirigió al cochero—: ¿Qué quiere decir con eso de que hay un anciano caballero asomado a la ventana?... ¿Qué ventana?

—Esa ventana, señor.

—¡Váyase al...! ¡Debe estar soñando, amigo!... ¡No hay nadie aquí!

—Le pido disculpas, señor, pero había alguien ahí no hace ni un minuto.

—Se lo ha imaginado, cochero... tal vez el ángulo de la luz sobre el cristal... o algún defecto en su visión.

—Discúlpeme, señor, pero no me lo he imaginado y mi visión es tan buena como la de cualquier hombre en Inglaterra... Y en cuanto al ángulo de la luz sobre el cristal, no hay mucho cristal para que se refleje la luz en él. Le vi asomando la cabeza por ese cristal roto a su izquierda tan claramente como le veo a usted ahora. Debe de estar en alguna parte... no puede haberse ido... estará en la parte trasera. ¿No hay un armario o algún sitio donde haya podido esconderse?

La actitud del cochero parecía tan sumamente franca que fui a comprobarlo yo mismo. Había un armario en el descansillo, pero la puerta estaba abierta de par en par y era obvio que estaba vacío. La habitación de la parte trasera era pequeña y, a pesar del cristal de la ventana roto, olía a cerrado. Algunos fragmentos de cristal hacían compañía al polvo del suelo, junto a una variedad de piedras, trozos de ladrillos y otros proyectiles... que explicaría la presencia de los fragmentos de cristal allí. En el rincón había un armario... pero una rápida comprobación reveló que estaba tan vacío como el otro. Una puerta lateral, que Sydney había dejado abierta de par en par, daba a un guardarropa, y también estaba vacío. Levanté la mirada... no había trampilla que condujera al tejado. Ni había a la vista ningún recoveco accesible en el que un ser vivo pudiera yacer escondido.

Regresé junto a Sydney para decírselo al cochero.

—No hay ningún lugar donde alguien pueda esconderse, y no hay nadie en ninguna de las habitaciones... debe de haberse equivocado, cochero.

El hombre estalló airado.

—¡No me diga lo que he visto! ¿Cómo podría yo creer que vi algo que no vi?

—Los ojos a veces nos juegan malas pasadas... ¿Cómo ha podido ver algo que no está?

—Eso es lo que me gustaría saber. Cuando me acercaba aquí, antes de que me dijeran que parara, le vi mirando por la ventana... exactamente en la que están ustedes ahora. Tenía la nariz pegada a la ventana rota y miraba con toda la atención del mundo. Cuando frené, salió corriendo... lo vi levantarse e ir a la parte de atrás de la habitación. Cuando el caballero llamó a la puerta, regresó... al mismo lugar y cayó de nuevo de rodillas. Yo no sabía qué se traían ustedes entre manos... ¡por lo que yo sé, bien podrían ser recaudadores!... y supuse que él no estaría tan ansioso por dejarles entrar como ustedes, y que por eso no hizo caso de las llamadas, al tiempo que mantenía un ojo puesto en lo que pasaba. Cuando se dirigieron a la parte de atrás, el tipo volvió a levantarse y supuse que iba a encontrarse con ustedes y tal vez intercambiar algunas palabras... y que yo escucharía todo el jaleo, o que algo ocurriría. Pero cuando subieron las persianas del piso de abajo, para mi sorpresa, volvió a aparecer. Asomó su vieja nariz por el cristal roto y meneó su vieja cabeza hacia mí como una urraca parlotando. No me pareció que eso fuera muy educado por su parte... yo no le había hecho ningún daño; así que les di la voz de alarma y les hice saber que estaba allí. Pero de haber sabido que iban a decirme que no estaba allí, jamás lo hubiera dicho... ¡cáspita! ¡Es el colmo! Si el anciano no estaba allí, lo único que puedo decir es que yo no estoy aquí, que mi caballo no está aquí y que mi coche no está aquí tampoco... ¡maldita sea!... ¡ni la casa está aquí, ni nada de nada!

Se asentó en el pescante con un aire de total indignación... había estado de pie mientras soltaba su historia. Era indiscutible que el hombre hablaba en serio. Como él mismo había sugerido, ¿qué interés podría tener en contar una mentira como esa? Estaba claro que creía haber visto lo que declaraba haber visto. Pero, por otro lado, ¿qué le había pasado (¡en tan solo un lapso de cincuenta segundos!) a ese «anciano caballero»?

Atherton formuló una pregunta.

—¿Qué aspecto tenía... ese anciano del que habla?

—Bueno, no es que me apetezca mucho hablar de ello. No pude verle la cara del todo, solo parte del rostro y los ojos... y no eran nada agradables. Llevaba algo en la cabeza todo el tiempo, como si no quisiera que se le viera mucho.

—¿Qué clase de cosa?

—Caramba... una de esas túnicas, como las que llevaban los tipos árabes en la Exposición de Earl's Court... ¡ya sabe!

Esta información pareció interesar a mis compañeros más que cualquier otra cosa

revelada con anterioridad.

—¿Se refiere a una chilaba?

—¿Cómo quiere que sepa el nombre de esa cosa? No estoy puesto en idiomas extranjeros... ¡no lo sé! Lo único que sé es que esos tipos árabes de Earl's Court solían pasearse con esas prendas por todas partes... a veces se cubrían la cabeza con ellas, y a veces no. De hecho, si me lo hubiera preguntado, en lugar de intentar convencerme de que veo doble o que son solo cosas dentro de mi cocorota, o alguna otra cosa similar, le habría dicho que ese anciano caballero del que le hablaba era un árabe... Cuando se levantó para apartarse de la ventana, pude ver que llevaba esa túnica, que le cubría la cabeza y el cuerpo.

El señor Lessingham se volvió hacia mí, temblando por el nerviosismo.

—¡Creo que lo que dice es cierto!

—Entonces, ¿dónde se ha metido ese misterioso anciano? ¿Puede sugerir alguna explicación? Es extraño, como mínimo, que el cochero fuera la única persona que viera o escuchara algo.

—Nos han jugado alguna treta... lo sé, ¡puedo sentirlo!... ¡me lo dice mi instinto!

Le observé con detenimiento. En una cuestión como esta, uno no espera oír a un hombre de la talla de Paul Lessingham hablando de «instinto». Atherton también le observó. Entonces, de repente, estalló:

—¡Por todos los santos, creo que el Apóstol tiene razón... todo este lugar me huele a camelo! Me lo olí en cuanto metí las narices dentro. En cuestiones de prestidigitación, Champnell, nosotros los occidentales tan solo dominamos los rudimentos... nos queda todo por aprender... los orientales nos dejan muy atrás. Si su civilización es lo que nos complacemos en denominar muerta, sus hechizos (cuando uno llega a conocerlos) ¡están bien vivos!

Se dirigió a la puerta. Mientras avanzaba se resbaló, o pareció resbalarse, y a punto estuvo de caerse de rodillas.

—Algo ha hecho que me tropezara... ¿qué es esto? —Se puso a patear el suelo con el pie—. Aquí hay una tabla suelta. Vengan y échenme una mano, uno de ustedes, amigos, y la levantamos. ¿Quién sabe qué misterio puede esconder?

Fui en su ayuda. Como había dicho, había una tabla suelta en el suelo. Al pisarla sin advertir que estaba suelta, se había tropezado. Juntos la sacamos del todo... Lessingham mientras tanto permaneció allí de pie, observándonos. Tras retirarla, echamos un vistazo al hueco que revelaba.

Allí había algo.

—¡Caramba! —exclamó Atherton—, ¡es ropa de mujer!

Capítulo 38

EL RESTO DEL HALLAZGO

Era ropa de mujer, de eso no había duda, toda hecha un ovillo allí dentro, como si la persona que la había colocado tuviera prisa. Todas las prendas estaban allí: zapatos, medias, corpiño de lino, corsé y todo lo demás... incluso un sombrero, guantes y horquillas del pelo; estas últimas estaban mezcladas con el resto de las prendas de vestir en una extraña confusión. Estaba claro que quienquiera que hubiera llevado esas prendas, había quedado totalmente desnuda.

Lessingham y Sydney me miraron en silencio mientras yo las sacaba y las colocaba en el suelo. El vestido estaba en el fondo... era de paño de alpaca, de un bonito color azul y adornado con cintas y lazos, tal como dictaba la moda del momento, y forrado de seda de color azul marino.

Tal vez fue una prenda «de elegante confección» en otro tiempo (¡y no muy lejano!), pero ahora estaba toda manchada, arrugada, desgarrada y arruinada. Los dos espectadores saltaron a la par hacia él cuando lo saqué a la luz.

—¡Dios mío! —gritó Sydney—. ¡Es de Marjorie! ¡Lo llevaba puesto la última vez que la vi!

—¡Es de Marjorie! —susurró Lessingham; estaba sujetando con fuerza el vestido arruinado, mirándolo como si acabara de recibir una sentencia de muerte—. Lo llevaba cuando estuvo conmigo ayer... le dije que le quedaba muy bien, ¡y lo bonita que estaba!

Se hizo el silencio... fue un hallazgo de lo más elocuente; hablaba por sí mismo. Los dos hombres observaron el montón de delicadas prendas femeninas... una visión que podría haber sido la más maravillosa de su vida. Lessingham fue el primero en hablar... su rostro ahora estaba gris y demacrado.

—¿Qué le ha pasado?

Respondí a la pregunta con otra pregunta.

—¿Están seguros de que estas son las ropas de la señorita Lindon?

—Estoy seguro... y si es necesaria una prueba, aquí la tiene.

Había encontrado el bolsillo y estaba mostrando el contenido. Había un monedero con dinero y algunas tarjetas de visita con su nombre y dirección; un manojo pequeño de llaves junto a una placa con su nombre; un pañuelo con sus iniciales en una esquina. La cuestión de a quién pertenecían aquellas prendas quedó fuera de toda duda.

—Lo ve —dijo Lessingham mostrándole el dinero que había en el monedero—, no se trata de un robo. Aquí hay dos billetes de diez libras y uno de cinco, además de oro y plata... más de treinta libras en total.

Atherton, que había estado rebuscando en los cúmulos de basura entre las vigas,

reveló otro hallazgo.

—Aquí están sus anillos, y un reloj y una pulsera... no, ciertamente, no parece que el robo haya sido el móvil.

Lessingham, con el ceño fruncido, le estaba fulminando con la mirada.

—Debo agradecerle a usted esto.

Sydney se mostró inusualmente comedido.

—Está siendo duro conmigo, Lessingham, más duro de lo que merezco... antes habría dado mi vida que haber permitido que sufriera algún daño.

—Sus palabras no sirven de nada. Si no se hubiera precipitado, nada de esto habría sucedido. Un idiota puede causar más daño con su estupidez que cualquiera con intenciones malignas. Si Marjorie Lindon ha sufrido algún daño usted tendrá que responder por este ante mí con su sangre.

—Pues que así sea —dijo Sydney—. Me ha convencido. Si Marjorie ha sufrido algún daño, bien sabe Dios que tan solo desearé la muerte.

Mientras ellos discutían, yo continué inspeccionando el lugar. Bajo el suelo de madera que seguía intacto, vi en un lateral algo que brillaba. Alargué la mano y apenas logré rozarlo... era una larga trenza de cabello de mujer. La habían cortado de raíz... tan a ras de la cabeza que hasta el cuero cabelludo se había desgajado, de manera que el mechón estaba manchado de sangre.

Estaban tan ensimismados el uno con el otro que no me prestaron atención. Tuve que llamarles para que vieran lo que acababa de descubrir.

—Caballeros, me temo que tengo aquí algo que va a angustiarles... ¿no es este el cabello de la señorita Lindon?

Lo reconocieron de inmediato. Lessingham me lo arrebató de la mano y se lo llevó a los labios.

—Esto es mío... al menos tendré algo de ella... —Habló con un tono tan grave que resultó sobrecogedor. Sostuvo la sedosa trenza con el brazo extendido—. Esto apunta a que se ha cometido un asesinato... un asesinato terrible, cruel y sin sentido. Mientras viva, dedicaré todo lo que tengo (¡mi dinero, mi tiempo, mi reputación!) a vengarme y acabar con el malnacido que cometió este crimen.

Atherton intervino entonces.

—¡Amén a eso! —Y levantó la mano—. ¡Pongo a Dios por testigo!

—Caballeros, tengo la impresión de que nos estamos precipitando... en mi opinión, esto no apunta necesariamente a que se trate de un asesinato. Por el contrario, dudo que se haya cometido un asesinato. De hecho, no me importa reconocer que tengo una teoría propia que apunta justamente en la dirección opuesta.

Lessingham me agarró por la manga.

—Señor Champnell, cuénteme su teoría.

—Lo haré, pero un poco más tarde. Por supuesto, podría estar equivocado... aunque creo que no es así; le explicaré mis motivos cuando lleguemos a ello. Pero, de momento, hay cosas que no pueden esperar.

—¡Yo voto a favor de que levantemos hasta la última tabla de la casa! —exclamó Sydney—. Y a favor de que desguacemos todo este lugar infernal a trozos. Es la madriguera de un hechicero... No me extrañaría que el anciano caballero del que habló el cochero estuviera observándonos todo el tiempo por algún agujero.

Inspeccionamos toda la casa, metódicamente, hasta donde pudimos, centímetro a centímetro. No encontramos ninguna otra tabla del suelo suelta... y para levantar las que estaban clavadas necesitábamos unas herramientas que no teníamos. Inspeccionamos todas las paredes... Con excepción de las paredes medianeras, eran las habituales paredes construidas con escayola y no mostraban ninguna señal de que hubieran sido manipuladas. Los techos estaban intactos; si había algo escondido en ellos, debía de haber estado allí durante mucho tiempo: el cemento se veía viejo y sucio. Desguazamos el vestidor, examinamos las chimeneas, miramos por el horno de la cocina y la caldera... en resumen, husmeamos por todos los rincones en los que, con los medios limitados de los que disponíamos, pudimos husmear... sin ningún éxito. Al final, tan solo nos encontramos a nosotros mismos polvorientos, sucios y desconsolados. El «anciano caballero» que mencionó el cochero continuó siendo un misterio y no se encontró ningún otro rastro de la señorita Lindon.

Atherton no se esforzó lo más mínimo por disimular su disgusto.

—¿Y ahora, qué debemos hacer? No parece que haya nada en este sitio y, sin embargo, lo hay, y estoy dispuesto a jurar que esa es la clave de todo este maldito asunto.

—En ese caso, sugeriría que ustedes se queden y la busquen. El cochero puede ir y buscar las herramientas necesarias, o un operario para que les ayude, si lo prefieren. Por mi parte, me parece que hay pruebas de otra clase de suma importancia, y me propongo iniciar mi búsqueda de estas visitando la casa de enfrente.

A nuestra llegada, había observado que en la calle solo había dos casas que estuvieran más o menos acabadas: en la que estábamos ahora y otra, a unos cincuenta o sesenta metros más abajo en la acera contraria. Y esa era la casa a la que me refería. Ambos exclamaron inmediatamente que me acompañarían.

—Iré con usted —dijo el señor Lessingham.

—Y yo —dijo Sydney—. Dejaremos esta agradable vivienda bajo la supervisión del cochero... más tarde la haremos pedazos. —Salió y habló con el conductor—. Cochero, vamos a hacer una visita a una pequeña choza un poco más abajo... vigile esta. Y si ve alguna señal de que hay alguien ahí dentro (vivo, o muerto, o como sea), me llama con un grito. Yo estaré alerta y me reuniré con usted en menos de lo que canta un gallo.

—No dude que gritaré... haré que se le pongan los pelos de punta. —El tipo sonrió—. Pero no sé si ustedes, caballeros, me quieren contratar para todo el día... quiero cambiar el caballo; debería estar en su establo hace ya un par de horas.

—Olvídese del caballo... déjele descansar un par de horas más mañana para compensar las que ha perdido hoy. Ya me ocuparé de que no pierda usted ni un

penique con este pequeño trabajo... ni tampoco su caballo... Por cierto, mire aquí... esto será mejor que gritar.

Tras sacar un revólver del bolsillo del pantalón, se lo ofreció al conductor sonriente.

—Si ese anciano caballero que vio aparece, dispárele... lo oiré mejor que un grito. Puede atravesarlo con una bala si quiere... le doy mi palabra de que no será asesinato.

—Me da igual que lo sea —afirmó el cochero, sujetando el arma como alguien acostumbrado a manejar armas de precisión—. Me gustaba disparar con mi revólver cuando estaba en el ejército, y si tengo ocasión, le meteré una bala al viejo, aunque solo sea para demostrarle que no soy un mentiroso.

No sabría decir si el hombre hablaba en serio o no... ni si Atherton le respondió también en serio.

—Si le dispara, le daré cincuenta libras.

—¡De acuerdo! —El cochero se rio— ¡Haré todo lo que pueda para ganarme esas cincuenta!

Capítulo 39

LA SEÑORITA LOUISA COLEMAN

Que la casa al otro lado estaba habitada, resultaba más que obvio para todo el mundo... al menos uno de sus ocupantes estaba sentado observando a través de la ventana del salón de la planta baja. Una anciana con un gorro... uno de esos enormes gorros pasados de moda que nuestras abuelas llevaban atado con unas cintas por debajo de la barbilla. Era un balcón cerrado, y mientras permanecía sentada junto a la ventana mirando directamente hacia nosotros, difícilmente podía evitar vernos al avanzar... En efecto, continuó mirándonos todo el rato con plácida calma. Sin embargo, llamé una vez, dos veces y aún otra vez más sin que nadie acudiera a atendernos.

Sydney expresó su impaciencia a su propia manera peculiar.

—En esta parte del mundo los aldabones parecen estar ahí solo para adornar... nadie les presta atención cuando se usan. La anciana de arriba o bien está sorda o loca... —Salió hacia la calle para comprobar si aún seguía allí—. Me está mirando con toda tranquilidad... Me pregunto qué cree que estamos haciendo aquí, ¿tocando una melodía frente a su puerta a modo de entretenimiento ligero?... ¡Señora! —Se quitó el sombrero y la saludó—. ¡Señora! ¡Permítame que le informe de que, si no se aviene a reparar en nuestra presencia, su puerta principal corre el riesgo de resultar gravemente dañada!... Me presta la misma atención que si fuera una mosca... Toque otra vez ese llamador. Quizás está tan sorda que sus nervios auditivos no capten otra cosa que no sea un cataclismo.

Sin embargo, enseguida dejó claro que no era ese el caso. En cuanto los sonidos de mi última llamada se desvanecieron, levantó la hoja de la ventana, asomó la cabeza y se dirigió a mí en unos términos que, teniendo en cuenta las circunstancias, resultaron tan inesperados como gratuitos.

—¡Vamos, joven, no hace falta que me meta tanta prisa!

Sydney se explicó.

—Discúlpeme, señora, no es tanto que tengamos prisa, como que estamos presionados por el tiempo... esta es una cuestión de vida o muerte.

La anciana dirigió su atención a Sydney... hablando con una franqueza para la cual, imagino, él no estaba preparado.

—No me venga con ninguna de sus impertinencias, joven. Ya le he visto antes... ¡lleva merodeando por aquí todo el día!... y no me gusta su aspecto, así de claro se lo digo. Esa es mi puerta principal y ese es mi llamador... Bajaré y abriré cuando me dé la gana, pero no voy a permitir que me metan prisa, y si vuelven siquiera a rozar ese llamador, no bajaré nunca.

La anciana cerró la ventana de un portazo. Sydney parecía debatirse entre el

júbilo y la indignación.

—Qué anciana más agradable, válgame el Cielo... una de esas buenas ancianas cascarrabias. Parece que en este barrio viven algunos personajes agradables... una estancia por estos lares sin duda le viene a uno de maravilla. Desafortunadamente, no me siento con muchas ganas precisamente ahora de quedarme aquí pateando la calle. —De nuevo, saludó a la anciana levantándose el sombrero y le gritó con todas sus fuerzas—. Señora, le pido diez mil disculpas por incomodarla, pero esta es una cuestión en la que cada segundo que pasa es de vital importancia... ¿me permite que le haga una o dos preguntas?

De nuevo la hoja de la ventana subió y la anciana asomó la cabeza.

—Veamos, joven, no hace falta que me grite... ¡no voy a consentir que me griten! Bajaré y abriré la puerta dentro de cinco minutos del reloj de mi repisa de la chimenea, ni un segundo antes.

Tras recibir esta notificación, la ventana volvió a bajar. Sydney parecía compungido... consultó el reloj.

—No sé qué piensa, Champnell, pero dudo mucho que esta jovial criatura pueda decirnos nada por lo que valga la pena esperar otros cinco minutos. No podemos dormirnos... y se nos acaba el tiempo.

Yo era de otra opinión, y así lo dije.

—Me temo, Atherton, que no puedo estar de acuerdo con usted. La anciana parece haberse dado cuenta de que lleva usted merodeando por aquí todo el día, y es cuanto menos posible que haya observado cosas que bien valdría la pena escuchar. ¿Qué otros testigos más prometedores podemos encontrar por aquí?... Su casa es la única con vistas a la que acabamos de abandonar. Creo que no solo puede valer mucho la pena esperar esos cinco minutos, sino también que lo mejor sería, si es posible, no ofenderla demasiado. Es muy probable que no nos revele la información que precisamos si lo hacemos.

—Bien. Si es eso lo que opina, no tengo ningún inconveniente en esperar... solo deseo que ese reloj de la repisa de la chimenea se mueva más rápido que su dueña.

Finalmente, cuando hubo pasado un minuto, llamó al cochero.

—¿Ha visto alguna señal?

El conductor le respondió también a gritos.

—Ni una sola... oír el sonido de un disparo cuando la vea.

Esos cinco minutos se hicieron larguísimos. Pero por fin, Sydney, desde su posición en medio de la calle, nos informó de que la anciana se movía.

—Se está levantando... se está alejando de la ventana... esperemos que esté bajando a abrir la puerta. Estos han sido los cinco minutos más largos que he vivido.

Pude escuchar unos pasos indecisos bajando por las escaleras. Se aproximaron por el pasillo. La puerta se abrió... con una cadena de seguridad. La anciana nos miró a través de una abertura de unos doce centímetros.

—No sé lo que ustedes, jóvenes, creen que buscan, pero no les dejaré entrar a los

tres en mi casa. Le dejaré pasar a él y a usted. —Señaló con un delgado dedo a Lessingham y a mí, luego lo dirigió hacia Atherton—, pero no voy a permitir que entre él. Así que, si hay algo en concreto que quieran decirme, díganle que se vaya.

Al oír esto, Sydney se rebajó a la humildad más abyecta. Con el sombrero en la mano, hizo una doble reverencia.

—Permítame que le presente un millón de disculpas, señora, si la he ofendido de alguna manera; le aseguro que nada podría estar más lejos de mis verdaderas intenciones, o de mis pensamientos.

—No quiero ninguna de sus disculpas y no quiero ninguna de las de ustedes tampoco; no me gusta su aspecto, así como se lo digo. Antes de que deje entrar a nadie en mi casa, tendrá usted que largarse.

Nos cerró la puerta en las narices. Me volví a Sydney.

—Cuanto antes se marche, mejor nos irá. Puede esperarnos en la calle.

Se encogió de hombros y gruñó... medio en broma, medio en serio.

—Bueno, supongo que si tengo que hacerlo no me queda más remedio... ¡Es la primera vez en mi vida que me prohíben la entrada a la casa de una dama! ¿Qué he hecho para merecer esto? Si me hacen esperar mucho tiempo, ¡haré trizas aquella madriguera infernal!

Se alejó a zancadas al otro lado de la calle, dando violentos puntapiés a las piedras a medida que avanzaba. La puerta volvió a abrirse.

—¿Se ha marchado ya el otro joven?

—Sí, se ha ido.

—Entonces, ahora les dejaré entrar. No pienso dejarle entrar en mi casa, no señor.

Retiró la cadena. Lessingham y yo entramos. Luego volvió a cerrar la puerta con cerrojo y a colocar la cadena. Nuestra anfitriona nos llevó al salón en la planta baja; apenas contaba con mobiliario y no estaba muy limpio... pero había suficientes sillas para todos, y la mujer insistió en que las ocupáramos.

—Siéntense, por favor... no soporto ver a la gente de pie; me pone nerviosa.

En cuanto nos hubimos sentado, sin ninguna introducción por nuestra parte, la mujer se lanzó al meollo del asunto.

—Sé por qué han venido... ¡lo sé! Quieren que les diga quién vive en la casa del otro lado de la calle. Bueno, pues puedo decírselo, y me atrevería a apostar un chelín a que soy la única que puede decírselo.

Incliné la cabeza.

—En efecto. ¿Es eso cierto, señora?

Se enojó rápidamente.

—Deje de llamarme señora... no soporto que se adornen las palabras. Soy una mujer que habla claro, sí señor, y me gusta que los demás me hablen igual de claro. Mi nombre es señorita Louisa Coleman, pero normalmente me llaman señorita Coleman... solo mis familiares me llaman Louisa.

Como la mujer debía de tener entre setenta y ochenta años (y aparentaba cada uno

de ellos), me pareció bastante posible lo que afirmaba. La señorita Coleman era evidentemente todo un personaje. Si uno deseaba obtener información de ella, sería necesario permitirle que la compartiera a su manera... empeñarse en obligarla a revelarla a la manera de cualquier otra persona sería una pérdida de tiempo. Ya teníamos el ejemplo de Sydney ante nuestros ojos.

La anciana comenzó con una especie de circunloquio.

—La propiedad es mía; la heredé de mi tío, el difunto George Henry Jobson, enterrado en el cementerio de Hammersmith, justo al otro lado; él me dejó todo esto. Es uno de los mejores terrenos de construcción cerca de Londres; cada año aumenta de valor y no pienso venderlo durante otros veinte, y para entonces el valor se habrá más que triplicado... así que, si es a eso a lo que han venido, como muchos otros antes, podrían haberse ahorrado las molestias. He dejado en pie las vallas, para que la gente sepa que el terreno se vende... aunque, como digo, no será hasta dentro de otros veinte años, cuando sea destinado solo a la construcción de mansiones de clase alta, al igual que en Grosvenor Square... nada de tiendas, ni de bares, y nada de sus chabolas. Vivo aquí para vigilar la propiedad... en cuanto a la casa de enfrente, nunca he intentado alquilarla, y nunca ha sido alquilada, no hasta hace un mes, cuando, una mañana, me llegó esta carta. Pueden leerla si lo desean.

Me entregó un sobre grasiento que rescató del fondo de un amplio bolsillo que colgaba tan bajo de su cintura que tuvo que remangarse la falda para alcanzarlo. El sobre estaba dirigido con trazo inmaduro a la «Señorita Louisa Coleman, los Rododendros, Convolvulus Avenue, High Oaks Park, West Kensington». Si el remitente no estaba bromeando ni había echado mano de su imaginación, y esa era la dirección correcta de la dama, ese nombre debía de significar algo. La carta estaba escrita con la misma caligrafía inexperta y sin personalidad... Si me hubieran preguntado sobre el asunto, habría dicho que aquella misiva era obra de una sirvienta. El contenido de la carta iba a la par con la caligrafía.

La abajo firmante estaría muy agradecida si la señorita Coleman le alquilara su casa vacía. No sé cuánto es el alquiler, pero le envió cincuenta libras por adelantado. Si fuera más, ya se le enviará. Por favor, diríjase a Mohamed el Kheir, Oficina de Correos de Sligo Street, Londres.

Me pareció la solicitud de arrendamiento más peculiar que había visto. Cuando se la pasé a Lessingham, él pareció pensar lo mismo.

—Es una carta de lo más curiosa, señorita Coleman.

—Eso pensé... y aún más cuando encontré las cincuenta libras dentro. Había cinco billetes de diez libras, sueltos, y la carta no venía ni siquiera certificada. Si me hubieran preguntado cuánto era el alquiler de la casa, yo habría dicho, como mucho, unas veinte libras... porque, entre ustedes y yo, el lugar necesita una buena reparación general y apenas es habitable tal como está.

Desde luego, ya había podido comprobar la veracidad de este comentario, aparte de la franca confesión de la casera.

—Caramba, por el poco cuidado que puso, podría haberme quedado el dinero y haberle mandado solo el recibo de un cuatrimestre. Y algunos lo hubieran hecho... pero yo no soy así, nunca he podido serlo. Así que envié al interesado (jamás pude pronunciar su nombre, ni nunca podré) un recibo por un año de alquiler.

La señorita Coleman hizo una pausa para alisarse el delantal y reflexionar.

—Bueno, el recibo debería haberles llegado el jueves por la mañana, porque lo envié el miércoles por la noche; y el jueves, después del desayuno, se me ocurrió pasar por allí para ver si podía hacer algo, ya que no había casi ni cristales en las ventanas, y finalmente fui para allí. Cuando miré al otro lado de la calle, vaya por Dios, el interesado ya no estaba en la casa... si es que había estado dentro, lo cual, por lo que puedo deducir, no fue por mucho tiempo... aunque no sabría decirles cómo entró, a menos que lo hiciera por una ventana en mitad de la noche... No había nadie en la casa cuando me fui a dormir, eso podría jurarlo sobre la Biblia... pero estaba la persiana del salón y, lo que es más, estaba bajada, y ha estado bajada casi todo el tiempo desde entonces.

»“Bueno”, me dije a mí misma, “esto es el colmo de la impertinencia... caramba, se ha metido en la casa antes de saber si permito que la alquile. Quizás piensa que no tengo nada que decir en esta cuestión... tanto me dan las cincuenta libras, pronto le enseñaré cómo se hacen las cosas”. Así que me encasqueté el sombrero, crucé la calle y llamé a la puerta.

»Bueno, desde entonces he visto a mucha gente aporreando la puerta, y también me ha sorprendido la insistencia (algunos podían pasarse allí una hora), pero yo fui la primera que lo hizo. Llamé y llamé y seguí llamando, pero lo mismo me habría valido aporrear una lápida. Así que empecé a llamar por la ventana, pero tampoco sirvió de nada. Entonces di la vuelta hasta la parte de atrás y llamé a la puerta... pero no logré de ninguna manera que alguien me prestara atención. Así que me dije: “Tal vez el interesado que ha llegado ya no está dentro, por decirlo de alguna manera; pero vigilaré la casa y cuando sepa que está dentro me aseguraré de que no vuelva a salir sin haberme oído antes”.

»Así que regresé a casa, como dije que haría, y vigilé el edificio el resto del largo día, pero no vi entrar o salir ni a una sola persona. Pero al día siguiente, que era viernes, me levanté sobre las cinco de la mañana para ver si estaba lloviendo; tenía la intención de dar una vuelta si el tiempo era bueno, cuando vi a un individuo bajando por la calle. Llevaba puestas unas de esas prendas que parecen colchas de colores sucios, y le envolvía toda la cabeza y el cuerpo, exactamente como lo que llevan los árabes, o eso me han dicho... y, de hecho, yo misma los he visto en West Brompton, cuando hubo una exposición allí. Hacía un día bueno y lo vi a plena luz del día, y lo vi tan claramente como los veo ahora a ustedes... llegó corriendo a toda velocidad, paró delante de la casa de enfrente, abrió la puerta principal y entró.

»“Vaya”, me dije, “ahí está. Bueno, señor Árabe, o lo que quiera, o quienquiera que sea, me encargaré de que no vuelva a salir sin haber tenido una conversación conmigo. Le enseñaré que en este país las caseras, como cualquier otro cristiano, también tienen sus derechos, no sé cómo será en el suyo”. Así que estuve vigilando la casa para asegurarme de que no saliera otra vez, y no salió nadie, y entre las siete y las ocho fui y llamé a la puerta... porque pensé que cuanto más temprano fuera, mejor.

»Y no se lo van a creer, pero me prestaron la misma atención que si estuviera muerta. Llamé y llamé a la puerta, hasta que me dolieron las muñecas; me atrevería a decir que llamé unas veinte veces... y luego di la vuelta hasta la puerta trasera, y llamé también allí... pero no sirvió de nada. Estaba tan irritada al pensar que estuviera siendo tratada como si no fuera nadie, ni nada, por un sucio extranjero que salía en camión por las calles, que eso fue lo único que pude hacer para calmarme.

»Regresé a la puerta principal y comencé a golpear la ventana, con cada nudillo de mis manos, y volví a llamar en voz alta: “Soy la señorita Louisa Coleman... soy la propietaria de esta casa, y no podrá engañarme... le vi entrar y ahora está ahí dentro, y si no viene a hablar conmigo inmediatamente llamaré a la policía”.

»De pronto, cuando menos lo esperaba y golpeaba con todas mis fuerzas en el cristal, la persiana subió y también la hoja de la ventana, y la criatura más espantosa de la que jamás hubiera oído hablar, o hubiera visto, asomó el rostro justo frente al mío... Era más parecido a un asqueroso mandril que a cualquier otra cosa, no digamos ya a un ser humano. Me quedé conmocionada, me caí sobre el muro y a punto estuve de dar una voltereta hacia atrás. Y aquella criatura se puso a gritar en una especie de inglés, y con una voz como jamás he oído antes... como si fuera un motor de vapor oxidado.

»—¡Márchese! ¡Márchese! ¡No la quiero aquí! ¡Jamás la dejaré entrar... nunca! Ya tiene sus cincuenta libras... ya tiene su dinero... ¡eso es todo... eso es todo lo que quiere! ¡No venga aquí nunca más! ¡Nunca! ¡Jamás de los jamases! ¡O lo lamentaré! ... ¡Márchese!

»Y tanto que me marché, tan rápido como me llevaron las piernas... con ese aspecto, con esa voz y con las cosas que decía, me dejó hecha un amasijo de nervios. En cuanto a responderle o a darle mi opinión, como había planeado hacer, no lo habría hecho ni por mil libras. No me importa confesar, entre usted y yo, que tuve que tragarme cuatro tazas de té inmediatamente después para poder calmar los nervios.

»“Bueno”, me dije a mí misma cuando me sentí un poco mejor, “nunca habías alquilado esa casa y ahora la has alquilado de verdad... así están las cosas. Si ese nuevo inquilino que te has agenciado no es el peor villano que se ha librado de la horca, debe de ser porque tiene parientes tan malos como él... porque no es posible que existan dos familias como la suya. ¡Menudo tipo de árabe para tenerlo durmiendo al otro lado de la calle!”

»Pero pasado un tiempo me calmé... porque soy de la clase de persona a la que le gusta ver los dos lados de una cuestión. “Después de todo”, me dije, “ha pagado el alquiler, y cincuenta libras son cincuenta libras... dudo que la casa valga mucho más, y no puede hacer más destrozo del que ya existe, haga lo que haga”.

»En ese sentido, no me habría importado lo más mínimo que le prendiera fuego al lugar; entre nosotros, está asegurado por bastante más de su valor real. Así que decidí que dejaría las cosas tal como estaban y vería cómo se desarrollaban. Pero hasta el momento no he vuelto a hablar con el hombre, ni tampoco he querido hacerlo, ni querría, al menos no por voluntad propia, ni por un chelín el segundo... ese rostro me perseguirá hasta el fin de mis días, aunque viva tanto como Matusalén, como dice el refrán. Lo he visto entrar y salir a todas las horas del día y de la noche... ese tipo árabe es lo más misterioso que jamás haya visto... siempre va a toda prisa, como si escapara para salvar la vida. Muchas personas han llegado a la casa, de todas las clases y tipos, hombres y mujeres... aunque principalmente mujeres, e incluso niños. Los he visto llamar una y otra vez a la puerta principal, pero no he visto que dejara pasar a uno solo... o, al menos, que yo lo viera, y creo que puedo decir con miedo a no mentir que apenas aparté la mirada de la casa desde que el hombre entró en ella, una y otra vez en medio de la noche me he levantado para mirar, de manera que no me he perdido mucho de lo que ha ocurrido.

»Lo que más me ha extrañado son los ruidos procedentes de la casa. A veces, durante días, no se escuchaba ni un solo ruido; bien podría haber sido una casa de muertos; y, después, durante la noche, se escuchaban gritos y alaridos, quejidos y berridos... jamás escuché algo semejante. En más de una ocasión he llegado a pensar que hasta el mismísimo demonio debía de estar en la casa, por no hablar del resto de sus demonios. ¡Y los gatos! No tengo ni idea de dónde han salido. Antes apenas se notaba la presencia de gatos en el vecindario, hasta que llegó ese tipo árabe... no hay mucho por aquí que los atraiga, pero desde que él llegó han venido regimientos completos de gatos. A veces, por la noche, han recorrido el barrio en pelotones, aullando como dementes... Cómo he deseado que se marcharan, se lo aseguro. A ese tipo árabe deben de gustarle. Los he visto dentro de la casa, por las ventanas, en el piso de arriba y en el de abajo, al menos una docena de ellos en casa ocasión.

Capítulo 40

LO QUE LA SEÑORITA COLEMAN VIO POR LA VENTANA

Cuando la señorita Coleman hizo una pausa, como si estuviera llegando al fin de su relato, me pareció de suma importancia intentar adelantar y dirigirnos lo más rápido posible al presente.

—Supongo entonces, señorita Coleman, que habrá podido observar lo que ha ocurrido hoy en la casa.

Ella tensó su mandíbula de cascanueces y me miró con desdén... había vuelto a herir su dignidad.

—Llegaré a esa parte, ¿sabe?... si me deja. Si no tiene educación, yo le enseñaré un poco. No me gusta que me metan prisa en estos momentos de mi vida, joven.

Permanecí tímidamente en silencio... estaba claro que, si iba a hablar, todos los demás debían escuchar.

—Durante los últimos días han ocurrido algunas cosas extrañas al otro lado de la calle... bueno, más extrañas de lo habitualmente extraño, quiero decir, porque solo el cielo sabe que siempre han sido lo bastante extrañas. Ese tipo árabe ha estado corriendo de un lado para otro como si estuviera poseído... lo he visto entrar y salir veinte veces al día. Esta mañana...

Hizo una pausa... para clavar los ojos en Lessingham. Aparentemente, la mujer había observado el interés cada vez mayor de este a medida que se aproximaba al tema que nos había llevado hasta allí... y le molestaba.

—No me mire de esa manera, joven, porque no voy a consentírselo. Y en cuanto a las preguntas, puede que conteste algunas cuando haya acabado, pero no se atreva a preguntarme nada antes porque no voy a permitir que me interrumpa.

Hasta ese momento, Lessingham no había dicho ni una sola palabra, pero por lo visto la anciana tenía la facultad de percibir el ingente volumen de palabras que él había callado.

—Esta mañana... como ya he dicho antes... —echó una mirada a Lessingham como si le desafiara a contradecirle—, cuando aquel árabe llegó a la casa, eran justo las siete en punto. Sé cuál era la hora exacta porque, cuando fui a abrir la puerta al lechero, mi reloj marcaba la media hora y siempre lo tengo media hora adelantado. Mientras recogía la leche, el hombre me dijo: “Caramba, señorita Coleman, por ahí viene su amigo”, “¿Qué amigo?”, le pregunté yo... porque que yo sepa no tengo amigos por los alrededores, aún no, y espero que enemigos tampoco.

»Entonces giré la cabeza y allí estaba el tipo árabe que llegaba corriendo con esa colcha que lleva flotando al aire, y los brazos estirados delante de él... jamás he visto a nadie andar a tal velocidad. “Dios mío”, dije, “no sé cómo no se ha lesionado

todavía”. “Pues yo no sé cómo alguien no lo ha lesionado todavía”, dijo el lechero. “La sola visión de ese tipo hace que se me agríe la leche”. Y a continuación recogió el balde y se alejó bastante malhumorado... aunque no sabría decirles qué podía haberle hecho aquel árabe... Siempre me ha parecido que ese lechero tiene la mecha tan corta como su estatura. No me gustó en absoluto que hablara de ese árabe como mi amigo, lo cual nunca ha sido ni lo será, ni tampoco podría serlo.

»Cinco personas se presentaron en la casa después de que el lechero se marchara, y cuando el tipo árabe estaba ya dentro sano y salvo... Tres eran comerciantes; lo sé porque después vinieron a mi casa. Pero, por supuesto, ninguno de ellos tuvo ocasión de hacer nada con el árabe más allá de aporrear la puerta principal, lo cual no creo que les reportara ninguna ganancia ni que ayudara mucho a alegrarles el día, pero no le culpo, porque en cuanto esos comerciantes empiezan a hablar no hay quien los pare.

»Y ahora llego a lo ocurrido esta tarde.

Pensé que ya era hora... Ni aunque me fuera la vida en ello me habría atrevido ni tan siquiera a sugerirlo en voz alta.

—Bueno, serían las tres, o tal vez las tres y media, en todo caso, aproximadamente era esa hora, cuando llegaron dos hombres y una mujer; uno de los hombres era ese joven amigo de ustedes. “Oh”, me dije, “estos visitantes son distintos, me pregunto qué querrán”. Ese joven amigo de ustedes comenzó a aporrear la puerta una y otra vez, como ya era costumbre que hiciera todo aquel que llegaba hasta allí, y, de nuevo, nadie atendió a su llamada... aunque yo sabía que el árabe andaba todo el tiempo allí dentro.

Llegados a este punto, sentí que a pesar del peligro debía intercalar una pregunta.

—¿Está segura de que estaba en el interior?

La anciana se lo tomó mejor de lo que yo había temido.

—Claro que estoy segura... lo vi llegar a las siete y no salió de allí en ningún momento, porque no creo haber apartado la vista del lugar ni dos minutos seguidos, y no lo vi en ningún momento. Si no estaba dentro de la casa, ¿dónde estaba entonces?

De momento, por lo menos en mi caso, esa pregunta no podía ser respondida. La mujer, triunfal, continuó:

—En lugar de hacer lo que hacía la mayoría, que era darse media vuelta y largarse cuando se cansaban de llamar, estos tres se dirigieron a la parte trasera, y que me aspen si no entraron por la ventana de la cocina... incluso la mujer, porque entonces, de repente, la persiana del salón no subió, sino que cayó al suelo... alguien había tirado de ella hacia abajo, y allí estaba ese joven amigo de ustedes, de pie y con la persiana en la mano.

»“Bueno”, me dije, “si eso no es tener cara dura, entonces no sé lo que es. Si, cuando no te dejan entrar, te permites entrar por tus medios sin pedir permiso a nadie, entonces es que las cosas están llegando ya muy lejos. Esté donde esté ese árabe, y esté pensando lo que esté pensando, no me creo que les vaya a dejar que continúen

allí porque no es de la clase de personas que permiten que se tomen esas libertades con ellas sin decir nada”.

»Yo esperaba oír algún ruido en cualquier momento y ver cómo empezaba la pelea, pero, por todo lo que pude ver, el lugar siguió en silencio y no ocurrió nada de eso. Así que me dije: “En esto hay algo más de lo que parece, y esos tres tipos deben estar de su parte, o no estarían haciendo lo que están haciendo de esa manera, se habría armado un escándalo”.

»Finalmente, unos cinco minutos más tarde, la puerta principal se abrió y un hombre joven... no el amigo de ustedes, sino el otro... salió de allí y cruzó la verja, bajó por la calle tan tieso y recto como un granadero... jamás vi a nadie andar tan derecho y a pocos tan rápido. Y pisándole los talones salió el joven que es amigo de ustedes, y me parece que no entendía qué estaba haciendo el otro. Y me dije: “Esos dos se han peleado, y el que se ha ido lo ha dejado plantado”. El joven amigo de ustedes se quedó junto a la verja, hecho un manojo de nervios y mirando al otro como si no entendiera lo que hacía, y la joven permaneció en la entrada, mirando también cómo se alejaba.

»Mientras el joven que se marchó doblaba la esquina y se perdía de vista, de repente, el amigo de ustedes pareció decidirse y echó a correr todo lo que le daban las piernas... y dejó a la joven sola. Yo esperaba verlo regresar en cualquier momento con el otro joven, y la muchacha, por cómo se quedó junto a la verja, también parecía esperar lo mismo. Pero no, nada de eso. Así que cuando, como supuse, ella se cansó de esperar, entró otra vez en la casa y la vi pasar por la ventana del salón. Un poco después, volvió a asomarse a la verja y se quedó mirando un buen rato, pero no había ni rastro de ninguno de los dos jóvenes. Después de estar junto a la verja unos cinco minutos, regresó dentro de la casa... y no volví a verla más.

—¿No volvió a verla más?... ¿Está segura de que regresó al interior de la casa?

—Tan segura como de que le estoy viendo.

—Supongo que no estuvo vigilando constantemente el edificio.

—Pues eso es precisamente lo que hice. Pensé que estaba ocurriendo algo extraño y tomé la decisión de ver lo que pasaba hasta el final. Y cuando tomo una decisión como esa no es fácil que me eche atrás. No moví ni una sola vez la silla de la ventana de mi dormitorio y no quité los ojos de la casa, no hasta que llegaron ustedes y llamaron a mi puerta.

—Pero como la joven sin duda alguna ya no está presente en la casa, de alguna manera debió esquivar su vigilancia y marcharse sin que la viera.

—No creo que lo hiciera, no sé cómo podría haberlo hecho... hay algo extraño en esa casa desde que el tipo árabe la habita. Pero, aunque no la vi a ella, sí vi a alguien más.

—¿A quién vio?

—A un joven.

—¿Un joven?

—Sí, un joven, y eso es lo que me dejó perpleja, y lo que me tiene perpleja desde entonces, porque no lo vi entrar.

—¿Puede describirlo?

—No podría decirle nada de su cara, porque llevaba una gorra de tela sucia que se la cubría y andaba tan rápido que no tuve ocasión de verle bien. Pero lo reconocería si lo viera, aunque solo fuera por su ropa y su manera de andar.

—¿Qué tenían de extraño su ropa y su manera de andar?

—Caramba, llevaba una ropa tan vieja, rota y sucia que un trapero no le hubiera dado ni las gracias por ella... y en cuanto a la talla... desde luego no era la suya, le colgaba como si fuera un espantapájaros, era todo un espectáculo cómico; imagino que los chicos le llamarían de todo si lo vieran por la calle. En cuanto a su forma de andar, andaba exactamente como el primer joven, avanzaba a zancadas con los hombros echados hacia atrás y la cabeza hacia arriba, y tan tieso y recto que el atizador de mi cocina hubiera parecido torcido a su lado.

—¿No ocurrió nada que le llamara la atención entre la entrada de la joven a la casa y la salida de ese otro joven?

La señorita Coleman reflexionó.

—Ahora que lo menciona, sí ocurrió... aunque lo habría olvidado por completo si no me lo hubiera recordado ahora... al menos eso hemos sacado de sus interrupciones a mi historia. Unos veinte minutos después de que la joven entrara, alguien volvió a colocar la persiana en el salón, la persiana que el joven amigo de ustedes había descolgado, no pude ver quién lo hizo porque se interponía la persiana, y diez minutos después de eso, aquel hombre joven salió de la casa.

—¿Y luego qué pasó?

—Vaya, unos diez minutos más tarde el tipo árabe salió corriendo por la puerta.

—¿El tipo árabe?

—¡Sí, el tipo árabe! Me quedé de piedra al verle. Habría dado un chelín de mi bolsillo por saber dónde había estado y que había estado haciendo mientras aquellas personas jugaban al escondite en su edificio, pero allí estaba, en persona, y llevaba una especie de fardo.

—¿Un fardo?

—Un fardo sobre la cabeza, como un panadero lleva las bandejas. Era un fardo grande, y jamás habría pensado que pudiera llevarlo así; era fácil ver que era demasiado grande para que él pudiera manejarlo; iba casi totalmente doblado y avanzaba arrastrándose como un caracol... tardó un buen rato en llegar hasta el final de la calle.

El señor Lessingham saltó de su asiento y dejó escapar un grito:

—¡Marjorie estaba en ese fardo!

—Lo dudo —dije.

Lessingham recorrió la habitación distraídamente, retorciéndose las manos.

—¡Era ella! ¡Debía de ser ella! ¡Que Dios nos ayude a todos!

—Repito que lo dudo. Si me permite que le dé un consejo, espere un poco antes de llegar a ninguna conclusión de ese tipo.

De repente, se escuchó un repiqueteo en la ventana. Atherton nos observaba desde el exterior.

Y nos gritó a través del cristal.

—¡Vengan aquí fuera, par de fósiles!... ¡Tengo noticias para ustedes!

Capítulo 41

EL POLICÍA... LA PISTA... Y EL COCHE

La señorita Coleman se puso de pie hecha un manojo de nervios y corrió hacia la puerta.

—No permitiré que ese joven entre en mi casa. ¡No lo permitiré! No le dejaré que meta las narices más allá de las escaleras de entrada.

Me apresuré a calmarla.

—Le prometo que no entrará, señorita Coleman. Mi amigo y yo saldremos y hablaremos fuera con él.

Sostuvo la puerta de entrada abierta tan solo lo suficiente para permitir que Lessingham y yo nos deslizáramos por ella y luego la cerró de un portazo. Era evidente que se oponía rotundamente a cualquier intrusión por parte de Sydney.

De pie justo detrás de la verja, Atherton nos saludó con su característico vigor, que tan poco favor le hacía a ojos de nuestra ex anfitriona. A su espalda había un policía.

—Espero que ustedes dos hayan cotorreado ya lo suficiente con esa vieja chocha. Mientras chismorreaban con ella yo he estado aprovechando el tiempo... escuchen lo que tiene que contar este policía.

El policía, con los pulgares metidos en el cinturón, los miraba con una sonrisa indulgente en su semblante. Parecía encontrar divertido a Sydney. Habló con profunda voz grave... como si le saliera desde las entrañas.

—No sé si tengo algo que decir.

Estaba claro que Sydney pensaba lo contrario.

—Espere a que les haya dado a estos dos chismosos una pista, agente, y luego le dejaré a usted que se explaye —dijo, y a continuación se volvió hacia nosotros—. Tras meter las narices en cada maldito agujero de aquella madriguera infernal y no sacar nada más que un dolor de espalda por tantas molestias, me quedé descansando un rato en las escaleras de la entrada, preguntándome si debería pelear con el cochero, o hacer que él peleara conmigo, solo para pasar el rato (porque dice que sabe boxear, y tiene toda la pinta de saber hacerlo), cuando llegó paseando nada más y nada menos que este magnífico ejemplar de agente de la policía metropolitana... — Señaló con la mano al policía, que ensanchó aún más su sonrisa—. Lo miré, él me miró y, entonces, cuando hubimos acabado de admirar mutuamente nuestros atractivos rasgos y sorprendentes proporciones, me dijo: «¿Ya se ha ido?» Entonces le pregunté: «¿Quién?... ¿Baxter?... ¿o Bob Brown?» «No, el árabe», dijo él. Yo le pregunté: «¿Qué sabe de un árabe?» Él respondió: «Bueno, lo vi en la calle Broadway hace unos tres cuartos de hora, y luego, al verlos aquí y la casa abierta, me pregunté si se había ido para siempre». Al oírle casi me dio un vuelco el corazón, aunque

pueden apostar lo que quieran a que nadie lo percibió. Le dije: «¿Cómo sabe que era él?» «Era él seguro», respondió, «no tengo ninguna duda. Si lo ha visto alguna vez, no hay forma de olvidarlo». «¿Adónde iba?» «Estaba hablando con el conductor de un carro de cuatro ruedas. Llevaba un fardo enorme en la cabeza... quería meterlo dentro con él. El conductor no parecía estar muy convencido». Eso me bastó... Recogí en volandas a este meritorio agente del orden y lo llevé como un rayo al otro lado de la calle para que hablaran ustedes con él.

El policía medía entre un metro noventa y un metro noventa y cinco centímetros y era de complexión fuerte, así que no parecía la clase de cuerpo que pudiera ser levantado en volandas y llevado a ningún sitio «como un rayo», y esto mismo, como indicaba su sonrisa cada vez más indulgente, pareció pensar el propio agente.

Sin embargo, incluso admitiendo que Atherton pudiera estar exagerando, las noticias que nos traía eran importantes. Interrogué al agente por mi cuenta.

—Aquí tiene mi tarjeta, agente, probablemente, antes de que acabe el día, se presentará una denuncia de carácter muy grave contra la persona que ha estado residiendo en la casa del otro lado de la calle. Mientras tanto, es de suma importancia que se vigilen sus movimientos. Supongo que no tiene ninguna duda de que la persona que vio en Broadway era el sujeto en cuestión.

—Ni un resquicio de duda. Lo reconocería tan bien como reconocería a mi propio hermano... todos los que hacemos esta ronda podríamos hacerlo. Entre nosotros le llamamos el árabe. Le eché el ojo desde que llegó. Un personaje de lo más raro. Siempre he dicho que se traía algo entre manos. Nunca en toda mi carrera me he tropezado con alguien que saliera correteando por ahí bajo cualquier clase de condiciones climáticas, a todas horas de la noche, siempre corriendo como si le persiguieran los demonios. Como le decía a este caballero, lo vi en Broadway... bueno, ahora hace ya una hora, quizás un poco más. Estaba empezando la guardia cuando vi una muchedumbre delante de la Estación de Ferrocarril del Distrito... y allí estaba el árabe discutiendo algo con el conductor. Llevaba un fardo enorme en la cabeza, de un metro y medio o metro y ochenta centímetros, quizás más. Quería meter con él ese enorme fardo dentro del coche, y el conductor no lo veía claro.

—¿No esperó a ver si se marchaba en el coche?

—No... no tenía tiempo. Me esperaban en la comisaría... ya llegaba demasiado tarde.

—¿No habló con él... ni con el conductor?

—No, no era asunto mío, ¿entiende? La escena me llamó la atención mientras pasaba por allí.

—¿Y no se quedó con el número de licencia del cochero?

—No, bueno, en cuanto a eso, no hacía falta. Conozco al conductor, su nombre y todo sobre él, tiene el establo en Bradmore.

Saqué súbitamente mi libreta.

—Deme su dirección.

—No sé cuál es su nombre de pila, Torn, creo, pero no estoy seguro. En todo caso, se apellida Ellis y su dirección es Church Mews, St. John's Road, Bradmore... no sé cuál es el número de su casa, pero cualquiera de por allí podrá indicarle el sitio si pregunta por Ellis el Cuatro Ruedas... ese es el apodo por el que se le conoce entre sus compañeros, porque conduce un cuatro ruedas.

—Gracias, agente. Le estoy muy agradecido. —Dos medias coronas cambiaron de mano—. Si no le importa mantener la casa vigilada y avisarme en la dirección que encontrará en mi tarjeta de cualquier cosa que pueda ocurrir en los próximos días, me hará un enorme favor.

Embarcamos de nuevo en el cabriolé y el cochero estaba a punto de ponerse en marcha cuando al policía le asaltó una idea.

—Un momento, señor... que me aspen si no iba a olvidarme de lo más importante de todo. Le escuché decirle a Ellis dónde debía llevarle... lo decía una y otra vez, con ese extraño acento suyo. «La estación de ferrocarril de Waterloo, la estación de ferrocarril de Waterloo». «De acuerdo», le dijo Ellis, «le llevaré hasta la estación de ferrocarril de Waterloo sin problemas, pero no voy a permitir que meta ese fardo que lleva ahí dentro. No hay suficiente espacio, así que debe ponerlo en el techo». «A la estación de ferrocarril de Waterloo», repitió el árabe, «llevaré el fardo conmigo hasta la estación de ferrocarril de Waterloo... lo llevo conmigo». «¿Y quién está diciendo que no le voy a llevar?», dijo Ellis. «Puede llevarlo, y veinte más como ese si quiere, no me importa, pero no lo llevará dentro del coche... colóquelo sobre el techo». «Lo llevo conmigo hasta la estación de ferrocarril de Waterloo», dijo el árabe, y allí siguieron, discutiendo y regateando, y ninguno parecía enterarse de lo que el otro quería, y toda la gente alrededor se reía.

—La estación de ferrocarril de Waterloo... ¿está seguro de que es eso lo que dijo?

—Juraría que sí, porque cuando lo oí me dije: «Me pregunto qué tendrá que pagar uno por ese viaje, porque la estación de ferrocarril del distrito está fuera del radio de cuatro millas».

Cuando nos alejábamos en el coche me pregunté, un tanto amargamente (y tal vez injustamente), si no era una característica del típico policía londinense olvidar casi siempre la parte más importante de la información... o en todo caso dejarla para el final y solo aludir a ella después de notar las monedas de plata en la palma de la mano.

Mientras el coche traqueteaba por las calles, nosotros tres nos enzarzamos en lo que a veces rozaba la discusión.

—Marjorie estaba en ese fardo —comenzó Lessingham con tono lúgubre y semblante de lo más desconsolado.

—Lo dudo —comenté.

—Sí estaba... lo siento... lo sé. Estaba o muerta y mutilada, o amordazada, drogada y desvalida. Lo único que queda es la venganza.

—Repito que lo dudo.

Atherton intervino entonces.

—Debo decir, a pesar de desear con toda mi alma que me gustaría pensar de otra manera, que estoy de acuerdo con Lessingham.

—Se equivocan.

—Es muy fácil para usted hablar con esa seguridad, pero es más fácil decir que me equivoco que demostrarlo. Si me equivoco, y si Lessingham se equivoca, ¿cómo explica esa insistencia en meter el fardo dentro del coche con él, tal como ha descrito el policía? Si no hubiera algo horrible... terrible en ese fardo que llevaba y temía que fuera descubierto, ¿por qué iba a mostrarse tan reacio a que lo colocaran en el techo del coche?

—Probablemente llevaba algo en ese fardo que no quería que se descubriera, pero dudo que fuera nada de la clase de cosas que usted sugiere.

—Ahí está Marjorie sola en la casa... no se sabe nada de ella desde entonces... su ropa, su cabello, se encuentran escondidos bajo el suelo. Ese sinvergüenza sale corriendo con un enorme fardo en la cabeza... el policía dice que medía un metro y medio o un metro y ochenta centímetros, o más... un fardo que trata con tanto cuidado que insiste en no permitir que desaparezca, ni por un solo segundo, de su vista o de su alcance. ¿Qué lleva ahí dentro? ¿No apuntan desafortunadamente todos los indicios en una sola dirección?

El señor Lessingham se cubrió el rostro con las manos y gruñó.

—Me temo que el señor Atherton tiene razón.

—Y yo discrepo de ambos.

Sydney demostró inmediatamente su enojo.

—Entonces tal vez pueda decirnos qué había en ese fardo.

—Me imagino que podría intentar adivinar el contenido.

—Oh, podría, ¿verdad?, entonces, tal vez, por nuestro bien, lo haga... ¡y no adopte ese aire de oráculo de Delfos! Tanto Lessingham como yo estamos involucrados personalmente en este asunto, después de todo.

—Contenía las pertenencias del hombre; eso, y nada más. ¡Espere! Antes de mofarse de mí, permítame que acabe. Si no estoy equivocado sobre la identidad de la persona que el agente describe como el árabe, supongo que el contenido de ese fardo era de mucha más importancia para él que si hubiera sido la señorita Lindon, ya fuera viva o muerta. Además, me inclino a sospechar que si hubieran colocado el fardo en el techo del coche y el cochero llegara a tocarlo, descubriendo e identificando el contenido, se habría quedado de una pieza.

Sydney permaneció en silencio, como si estuviera reflexionando. Imagino que percibió algo de verdad en lo que le decía.

—Pero, entonces, ¿qué ha sido de la señorita Lindon?

—Supongo que la señorita Lindon, en este momento, se encuentra... en algún lugar; ahora mismo, no sé dónde exactamente, pero espero poder tener una idea más clara en breve... vestida con un par de botas sucias y podridas, un par de pantalones

manchados y rotos, una camisa sin lavar y hecha jirones; un viejo, grasiento y deforme abrigo, y una desaliñada gorra de visera de paño.

Ambos me miraron con los ojos bien abiertos. Atherton fue el primero en hablar.

—¿A qué diablos se refiere?

—Quiero decir que me parece que los hechos apuntan más en la dirección de mis conclusiones que en la de las tuyas... y de forma muy acusada. La señorita Coleman afirma que vio regresar a la señorita Lindon al interior de la casa, que tan solo unos minutos más tarde volvieron a colocar la persiana de la ventana principal y que poco después un hombre joven, vestido tal como he descrito, salió andando por la puerta principal. Creo que ese joven era la señorita Marjorie Lindon.

Lessingham y Atherton se lanzaron a preguntar al unísono, aunque como siempre era a Sydney a quien más se oía.

—Pero... ¡hombre! ¿Qué demonios podría haberle obligado a hacer algo así? Marjorie, la joven más reservada y modesta sobre la faz de la tierra, paseándose a plena luz del día de esa guisa, ¡y sin ningún motivo para ello! Mi querido Champnell, nos está sugiriendo que desde el principio ella estaba loca.

—Estaba en un estado de trance.

—¡Dios Bendito!... ¡Champnell!

—¿Bien?

—¿Entonces cree que ese... villano malabarista la atrapó?

—Sin duda. Esta es mi visión del caso, pero tengan en cuenta que es tan solo una hipótesis y así deben considerarla. Me parece bastante claro que el árabe, como denominaremos a la persona en cuestión para su identificación, se encontraba en algún lugar dentro del edificio cuando ustedes pensaron que no estaba.

—Pero... ¿dónde? Miramos en el piso de arriba y en la planta baja y en todas partes... ¿dónde pudo meterse?

—Eso, por lo que sé hasta el momento, no estoy en disposición de decirlo, pero creo que puede dar por sentado que estaba allí. Hipnotizó al tal Holt, y lo envió a la calle para que fuera usted tras él, y así librarse de ustedes dos...

—¡Maldita sea si lo hizo, Champnell! ¡Me está dejando como un idiota!

—En cuanto la casa estuvo despejada, se presentó ante la señorita Lindon, quien, supongo, recibió una desagradable sorpresa, y la hipnotizó.

—¡Es una sabandija!

—¡Es el demonio!

La primera exclamación fue de Lessingham, la segunda de Sydney.

—Luego la obligó a desnudarse del todo...

—¡Desgraciado!

—¡Alimaña!

—Le cortó el pelo; escondió su ropa bajo el suelo donde la encontramos... donde creo que probablemente ya tenía algunas viejas prendas masculinas escondidas...

—¡Por Júpiter! No me sorprendería que fuera la ropa de Holt. Recuerdo que el

hombre dijo que ese simpático bromista lo desnudó del todo y, ciertamente, cuando lo vi... ¡y cuando Marjorie lo encontró!... no llevaba nada puesto a excepción de una extraña clase de túnica. ¿Cómo es posible que ese comediante catedrático del camelo (¡qué todas las maldiciones de los condenados caigan sobre él!) haya enviado a Marjorie Lindon, ¡la dama más elegante de la tierra!, a las calles de Londres ataviada con los viejos trapos de Holt?

—Sobre ese aspecto, no estoy en disposición de ofrecerle una opinión contrastada, pero, si le entiendo correctamente, al menos es posible. En todo caso, estoy dispuesto a creer que envió a la señorita Lindon tras Holt, dando por sentado que había logrado darle esquinazo.

—Eso es. ¡Vuelva otra vez a rebajarme a la categoría de idiota!

—Bueno, usted mismo ha admitido que le dio esquinazo.

—Eso es porque me paré a hablar con ese policía cabeza de alcorneque... de lo contrario habría seguido a aquel hombre hasta el fin del mundo.

—Precisamente; el motivo es insignificante, es el hecho lo que nos preocupa de forma urgente. Él logró darle esquinazo. Y creo que descubrirán que la señorita Lindon y el señor Holt están juntos en este momento.

—¿Vestida con ropa de hombre?

—Ambos con ropa de hombre o, más bien, la señorita Lindon vestida con los harapos de un hombre.

—¡Por el gran Putifar! ¡No me puedo imaginar a Marjorie de esa manera!

—Y donde estén ellos, el árabe no estará muy lejos.

Lessingham me cogió por el brazo.

—¿Y qué diabólico perjuicio cree que tiene intención de hacerle? Esquivé la pregunta.

—Sea lo que sea, es nuestra misión evitar que lo lleve a cabo.

—¿Y dónde cree que los ha llevado?

—Esa es la primera cuestión que debemos descubrir... y en todo caso, ya estamos aquí, en Waterloo.

Capítulo 42

LA PRESA SE DUPLICA

Me dirigí a la ventanilla de billetes en el andén principal de salidas. Mientras avanzaba, el inspector jefe de andén, George Bellingham, a quien conocía, salió de su oficina. Le detuve.

—Señor Bellingham, ¿sería tan amable de venir conmigo a la ventanilla de billetes y ordenar al encargado que responda a una o dos preguntas que deseo formularle? Más tarde le explicaré la verdadera importancia del asunto, pero me conoce lo suficiente para creerme cuando le digo que se refiere a una cuestión en la que cada segundo es de vital importancia.

Giró sobre sus talones y nos acompañó al interior de las taquillas.

—¿A qué empleado desea formular sus preguntas, señor Champnell?

—Al que vende los billetes de tercera clase a Southampton.

Bellingham hizo una señal a un hombre que en ese momento contaba un montón de monedas y, al parecer, intentaba cuadrar la caja en un enorme libro de cuentas abierto frente a él... era un tipo joven, bajito y delgado, con un rostro agradable y ojos risueños.

—Señor Stone, este caballero desea hacerle una o dos preguntas.

—Estoy a su disposición.

Le planteé las dos preguntas.

—Señor Stone, quiero saber si a lo largo del día ha emitido algún billete a una persona ataviada con un traje árabe.

Respondió rápidamente.

—Así es... tomó el último tren, el de las 7:25... tres billetes de ida.

¡Tres billetes de ida! Entonces mi instinto no se había equivocado.

—¿Podría describirme a la persona?

Los ojos del señor Stone brillaron.

—No sé si podré, tan solo de forma general... era inusualmente viejo e inusualmente feo, y tenía los ojos más extraordinarios que jamás haya visto... me produjeron una sensación extraña por todo el cuerpo cuando los vi mirarme a través de la ventanilla. Pero sí puedo decirle algo sobre él: llevaba un fardo enorme en la cabeza, que sujetaba con una mano, y como sobresalía en todas direcciones, su presencia no le hizo muy popular entre las personas que también querían comprar billetes.

Sin duda alguna, ese era nuestro hombre.

—¿Y está seguro de que pidió tres billetes?

—Seguro. Dijo tres billetes a Southampton; me dio el cambio exacto: diecinueve con seis... y levantó tres dedos... de esta manera. Eran tres dedos de un aspecto

horrible, con uñas tan largas como garras.

—¿Y no pudo ver quiénes eran sus acompañantes?

—No pude... no lo intenté tampoco. Le di sus billetes y se marchó... mientras el resto de la gente le gruñía porque el fardo que llevaba andaba siempre por en medio.

Bellingham me tocó el brazo.

—Yo puedo hablarle del árabe a quien el señor Stone se refiere. Me llamó la atención porque insistía todo el tiempo en llevar el fardo que transportaba en el vagón... era un fardo enorme y a duras penas logró meterlo por la puerta; ocupaba todo el asiento. Pero como no había tantos pasajeros como de costumbre, y él no quería o no podía entender que su valioso fardo estaría igualmente seguro en el vagón de equipaje junto al resto de maletas, y como no parecía ser la clase de persona con la que serviría de nada discutir, lo coloqué en un compartimento vacío, con el fardo y todo.

—¿Iba solo entonces?

—Eso pensé en ese momento, no dijo nada de que tuviera más de un billete, ni acompañante alguno, pero justo antes de que el tren partiera otros dos hombres (ingleses) entraron en su compartimento, y cuando me aproximé al andén, el revisor de los billetes en la barrera de entrada me informó de que aquellos dos hombres iban con él, porque le había enseñado los billetes de los tres, lo que al inspector le pareció extraño, ya que él era extranjero y los otros dos hombres parecían ingleses.

—¿Podría describirme a los dos hombres?

—No podría, no con detalle, pero el empleado a cargo de la barrera tal vez pudiera. Yo me encontraba en el otro extremo del tren cuando subieron los dos. Lo único que advertí es que uno parecía ser un tipo de aspecto normal y el otro iba vestido como un vagabundo, cubierto de harapos, y con pinta nada respetable.

«Esa», me dije, «era la señorita Marjorie Lindon, la adorable hija de una ilustre casa; la prometida de todo un hombre de estado».

—Quiero que me aclare un punto, señor Bellingham —le comenté en voz alta—, y que me preste un servicio que le aseguro no le dará ni un solo motivo de arrepentimiento. Quiero que envíe un cable con una orden de detención para el árabe y sus acompañantes, y que los mantengan bajo custodia hasta que reciban otras instrucciones. Todavía no los busca la policía, pero lo hará en cuanto pueda informar a las autoridades de Scotland Yard... y le aseguro que los buscarán con todos sus medios. Pero, como puede ver, hasta que no le haya dado esa información a la policía cada segundo es de suma importancia... ¿Dónde está el superintendente de la estación?

—Se ha ido. De momento, yo soy el que está al cargo.

—Entonces, ¿querrá hacer esto por mí? Le repito que no se arrepentirá de ello.

—Lo haré si usted asume toda la responsabilidad.

—La asumo con el mayor de los placeres.

Bellingham consultó su reloj.

—Son aproximadamente las nueve menos veinte. El tren tiene programada la llegada a Basingstoke a las nueve y seis minutos. Si enviamos un cable a Basingstoke ahora mismo, pueden estar preparados para retenerles en cuanto lleguen.

—¡Bien!

Se envió el cable.

Nos condujeron a la oficina de Bellingham para esperar los resultados y Lessingham no dejó de pasear agitadamente de un lado a otro; parecía haber llegado al límite de su autocontrol y encontrarse en un estado en el que cualquier tipo de movimiento resultaba una absoluta necesidad. El taciturno Sydney, por el contrario, estaba reclinado en una silla con las piernas estiradas y las manos metidas en el fondo de los bolsillos de los pantalones sin apartar la mirada de Lessingham, como si hallara alivio a sus propios sentimientos al observar el nerviosismo de su compañero. Yo, por mi parte, redacté un resumen tan detallado del caso como consideré oportuno y, como el tiempo lo permitía, lo envié por medio de un agente de seguridad de la compañía a Scotland Yard.

Luego me volví a mis compañeros.

—Veamos, caballeros, ya ha pasado la hora de la comida. Tal vez tengamos que embarcarnos ahora en un viaje. Háganme caso y coman algo.

Lessingham negó con la cabeza.

—No quiero nada.

—Ni yo —replicó Sydney.

Me puse en marcha.

—Me perdonará por decir tonterías, pero sin duda alguna, de todos los hombres que conozco, señor Lessingham, usted precisamente debería ser consciente de que no va a mejorar la situación si se rinde y se muestra incapaz de llegar hasta el final. Vengan y coman algo.

Los arrastré conmigo a pesar de su reticencia hasta la sala de refrigerios; cené... de aquella manera; el señor Lessingham se tragó con dificultad un plato de sopa; Sydney mordisqueó un «pollo con jamón» con aspecto de lo menos apetecible. De hecho, él se mostró más arisco en el trato que Lessingham y no logramos persuadirle de que probara otro plato de más fácil digestión.

Estaba a punto de tomar algo de queso después de la chuleta, cuando Bellingham se presentó apresuradamente con un telegrama abierto en la mano.

—Los pájaros han volado —exclamó.

—¡Han volado!... ¿Cómo?

Por toda respuesta, me ofreció el telegrama. Le eché un vistazo y en él se leía:

LAS PERSONAS DESCRITAS NO ESTÁN EN EL TREN. EL GUARDA AFIRMA QUE BAJARON EN VAUXHALL. HEMOS ENVIADO UN TELEGRAMA A VAUXHALL PARA QUE LE MANTENGAN INFORMADO.

—Ese es un tipo con cabeza —dijo Bellingham—. El hombre que envió el telegrama. Su aviso a Vauxhall sin duda nos ahorrará mucho tiempo... tendrían que llegarnos noticias de allí directamente. ¡Caramba! ¿Qué es esto? No me sorprendería si son estas las noticias.

Mientras hablaba un mozo portamaletas entró... entregó un sobre a Bellingham. Los tres clavamos los ojos en el rostro del inspector mientras lo abría. Cuando inspeccionó el contenido dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—Ese árabe de ustedes y sus dos amigos parecen un grupo de lo más curioso, señor Champnell.

Me pasó el papel. Estaba redactado como un informe. Lessingham y Sydney, dejando a un lado toda ceremonia y maneras, se inclinaron sobre mi hombro mientras lo leía.

Los pasajeros del Southampton de las 7:30, a la llegada del tren, se quejaron de unos ruidos procedentes del compartimento del vagón 8964. Afirmaron que habían estado oyendo alaridos y gritos desde que el tren partió de Waterloo, como si alguien estuviera siendo asesinado. Un árabe y dos ingleses salieron del compartimento en cuestión, aparentemente era el grupo que, según el telegrama recibido desde Basingstoke, debía ser retenido. Los tres declararon que no ocurría nada. Que simplemente habían estado gritando por diversión. El árabe entregó tres billetes de ida a Southampton, afirmando, en respuesta a la pregunta, que habían cambiado de opinión y decidido no ir más allá. Como no se encontraron evidencias de pelea o violencia, ni, aparentemente, existía ninguna causa para detenerles, se les permitió pasar. Tomaron un cuatro ruedas, n° 09435. El árabe y uno de los hombres viajaron dentro y el otro en el pescante. Le pidieron al conductor que los llevara a Commercial Road, Limehouse. El coche ya ha regresado. El conductor dice que descargó a los tres viajeros, tal como le pidieron, en Commercial Road, esquina con Sutcliffe Street, cerca de la dársena de East India. Recorrieron andando Sutcliffe Street, los dos ingleses delante y el árabe detrás, y tomaron la primera calle a la derecha, y después ya no volvió a verlos. El conductor asegura además que durante todo el trayecto el inglés del interior del coche, que iba tan harapiento y sucio que se mostró reacio a dejarle subir en un principio, emitía un sonido similar a un gemido que atrajo tanto su atención que en dos ocasiones se bajó del asiento para ver qué ocurría, y en las dos ocasiones dijo que no le pasaba nada. El conductor es de la opinión de que ambos ingleses no debían de ser muy listos. Nosotros también tuvimos esa misma impresión aquí. No decían nada, a menos que el árabe les diera permiso, pero cuando les hablábamos simplemente miraban boquiabiertos como un par de lunáticos.

Debemos añadir que el árabe llevaba un paquete enorme, el cual insistió en meter dentro del coche, a pesar de las protestas.

En cuanto conocí el contenido del informe y comprendí lo que parecía ser su terrible significado oculto (desconocido por el propio remitente), me volví hacia Bellingham.

—Con su permiso, señor Bellingham, me guardaré esta comunicación... estará más segura en mis manos, usted puede conseguir una copia y tal vez sea necesario que yo tenga el original para mostrárselo a la policía. Si contacta con usted Scotland Yard, dígales que me he dirigido a Commercial Road y que informaré de mis movimientos desde la comisaría de Limehouse.

Un minuto más tarde estábamos de nuevo recorriendo las calles de Londres... tres hombres en un cabriolé.

Capítulo 43

EL ASESINATO EN LA CASA DE LA SEÑORA 'ENDERSON

Hay un largo trayecto en coche desde Waterloo hasta Limehouse... y se hace aún más largo cuando uno tiene los nervios de punta y está ansioso por llegar al destino, y, por si fuera poco, el coche que tomamos no resultó ser el más rápido de los que podríamos haber elegido. Durante un rato permanecemos en silencio. Cada cual enfrascado en sus propios pensamientos.

Entonces, Lessingham, que estaba sentado junto a mí, me dijo:

—Señor Champnell, usted tiene ese comunicado.

—Lo tengo.

—¿Me permite leerlo una vez más?

Se lo di. Lo leyó una vez, dos veces... y creo que una vez más. Me esforcé por evitar mirarle mientras lo hacía. Pero durante todo el tiempo era consciente de sus mejillas pálidas, el tic nervioso de los músculos de su boca, el febril brillo en los ojos... este líder de hombres, cuya principal característica en la Cámara de los Comunes era la entereza, estaba transformándose en una mujer histérica. La tensión mental a la que había estado sometido últimamente resultaba demasiado intensa para su fuerza física. La desaparición de la mujer que amaba parecía haber sido la última gota. Yo estaba convencido de que a menos que se hiciera algo rápidamente para aliviar la tensión de su mente, estaba más cerca de un estado de completo colapso mental y moral de lo que él mismo creía. Si hubiera estado bajo mis órdenes, le habría mandado de regreso a su casa de inmediato, pidiéndole que intentara no pensar; pero como era consciente de que, tal como estaban las cosas, tal consejo resultaría simplemente inútil, decidí hacer otra cosa. Percibiendo que el suspense era para él la peor forma de sufrimiento, decidí explicar hasta donde podía cuáles eran mis temores y cómo me proponía evitarlos.

Finalmente, con una voz rota y ronca, que nadie que lo hubiera oído hablar en un estrado público o en la Cámara de los Comunes habría reconocido como suya, llegó a la pregunta que yo había estado esperando.

—Señor Champnell... ¿quién cree que es esa persona que en el informe de la estación de Vauxhall se dice que va con harapos y desaliñada?

Él lo sabía perfectamente... pero comprendía la actitud mental que le había inducido a preferir que dicha información pareciera provenir de mí.

—Espero que sea la señorita Lindon.

—¡Que lo espera! —dejó escapar un gemido.

—Sí, lo espero... porque, si lo es, creo que es posible... no, probable, que en pocas horas la vuelva a tener entre sus brazos.

—¡Roguemos a Dios que así sea! ¡Roguemos a Dios!... ¡Roguemos al Dios

Bondadoso!

No me atreví a mirarle porque, por el temblor que detecté en su voz, estaba seguro de que los ojos del que hablaba estaban anegados en lágrimas. Atherton continuó en silencio. Estaba con medio cuerpo fuera del coche, mirando hacia delante, como si viera frente a él el rostro de una joven, de la cual era incapaz de apartar la mirada, y que le hacía señas para que se aproximara.

Un rato más tarde, Lessingham volvió a hablar, como si quisiera decírselo a sí mismo, pero también a mí.

—Esta mención de los gritos en el tren y de los gemidos en el coche... ¿qué debe haberle hecho ese miserable? ¡Cómo debe haber sufrido mi amada!

Ese era el asunto por el que apenas me aventuraba a permitir que vagaran mis pensamientos. La idea de una joven refinada a merced de la encarnación del mal, poseída (al igual que creía firmemente que el llamado árabe estaba poseído) por toda aquella parafernalia de miedo y horror, me provocaba auténticos escalofríos por todo el cuerpo. ¿De dónde provenían esos alaridos y gritos de los que se hablaba en el informe y que hicieron pensar a los demás pasajeros que se estaba cometiendo un asesinato? ¿Qué inimaginable agonía los había causado? ¿Qué tortura indescriptible? Y esos «gemidos», que hicieron que el práctico y curtido conductor bajara dos veces de su asiento para ver qué ocurría, ¿qué angustia los había provocado? La joven desvalida que ya había sufrido demasiado, ¡tal vez incluso aquello que es peor que la muerte!... encerrada en esa caja traqueteante y ruidosa sobre ruedas, a solas con el diabólico asiático, con ese enorme fardo, que no era más que el cubículo en movimiento de innumrables horrores... ¿a qué clase de cosas pudo haberla sometido mientras atravesaban el corazón de la civilizada ciudad de Londres? ¿Qué tuvo que sufrir para emitir aquel continuo «gemido»?

No era un pensamiento en el que fuera sensato detenerse demasiado... y, en concreto, estaba claro que Lessingham debía mantener su mente tan alejada de este como fuera posible.

—Venga, señor Lessingham, ni usted ni yo nos estaremos haciendo ningún favor si permitimos que nuestras reflexiones tomen estos morbosos derroteros. Hablemos de otro asunto. A propósito, ¿no tenía que hablar usted en la Cámara esta noche?

—¡Que si tenía que hablar!... Sí, tenía que hablar... pero ¿qué importa?

—Pero ¿ha informado a alguien de la causa de su ausencia?

—¡Informar!... ¿Ya quién debería informar?

—¡Mi buen señor! Escúcheme, señor Lessingham. Permítame que le suplique de todo corazón que siga mi consejo. Avise a otro coche... ¡o tome este! Y vaya de inmediato a la Cámara. No es demasiado tarde. Sea hombre, pronuncie el discurso que se proponía dar, cumpla con sus deberes políticos. Si viene conmigo será más un estorbo que una ayuda, y podría causar un daño a su reputación del cual jamás se recupere. Haga lo que le aconsejo, y yo me encargaré de hacer todo lo posible para que reciba las buenas noticias cuando su discurso haya acabado.

Se volvió hacia mí con una amargura en la mirada que no me esperaba.

—Si fuera ahora a la Cámara e intentara hablar en el estado en el que me encuentro, todos se reirían de mí y mi carrera quedaría arruinada.

—¿Y no corre un riesgo semejante si no se presenta?

Me agarró por el brazo.

—Señor Champnell, ¿sabe que estoy al borde de la locura? ¿Sabe que mientras estoy sentado aquí a su lado estoy viviendo en dos mundos paralelos? Avanzo y avanzo para atrapar a ese... ese demonio, y regreso de nuevo a aquella madriguera egipcia, sobre aquel colchón de mantas, con la Mujer de las Canciones a mi lado, ¡y Marjorie está siendo desgarrada y torturada, y quemada ante mis ojos! ¡Que Dios me ayude! ¡Sus gritos resuenan en mis oídos!

No habló en voz alta, pero no por ello su voz fue menos impactante. Tuve que esforzarme para mostrarme severo.

—Debo confesar que me decepciona, señor Lessingham. Siempre creí que era usted un hombre de una fuerza poco habitual; pero, en lugar de eso, me parece de una debilidad extraordinaria; con una imaginación tan desbocada que sus invenciones me recuerdan a las de una mujer histérica. Su comportamiento no está justificado por las circunstancias. Le repito que creo muy posible que para mañana por la mañana ella esté junto a usted.

—Sí... pero ¿cómo? ¿Como la Marjorie que he conocido, tal como la vi la última vez... o cómo?

Esa era la pregunta que ya me había formulado yo, en qué condiciones la encontraríamos cuando lográramos rescatarla de su captor. Era una pregunta a la que me negaba a contestar. Le mentí de forma indirecta.

—Esperemos que, a excepción de un tanto asustada, esté bien, y tan sana y fuerte como siempre.

—¿En serio cree que estará así... intacta, igual y sin mácula?

Entonces le mentí directamente... me pareció necesario con el fin de calmar su creciente nerviosismo.

—Lo creo.

—¡No es cierto!

—¡Señor Lessingham!

—¿Cree que no puedo ver y leer en su rostro los mismos pensamientos que me atormentan a mí? Como hombre de honor, ¿se atreve a decirme que cuando Marjorie regrese a mi lado (¡si es que alguna vez regresa!) no teme usted que no sea más que una mera sombra deteriorada de la Marjorie que conocí y amé?

—Incluso suponiendo que pueda haber cierta verdad en lo que dice, lo cual estoy bastante lejos de admitir, ¿de qué nos puede servir ahora seguir estos derroteros?

—De nada, supongo, nada bueno... a menos que deseemos mirar la verdad a la cara. Porque, señor Champnell, no se esfuerce en hacerse el hipócrita conmigo, no intente esconderme las cosas como si fuera un niño. Si mi vida está arruinada... está

arruinada... permítame que lo sepa y me enfrente al hecho cara a cara. Eso, para mí, es portarse como un hombre.

Me quedé en silencio.

La extraña historia que me contó sobre aquel infierno en El Cairo, por extraño que pudiera parecer (y, sin embargo, ¿por qué extraño?... ¡si el mundo entero es pura casualidad!) había arrojado luz sobre ciertos acontecimientos que ocurrieron unos tres años antes y que desde entonces habían quedado envueltos en un velo de misterio. Aquel caso había llegado a mis manos... y, en resumen, esto es lo que ocurrió:

Tres personas (dos hermanas y su hermano, más joven que ellas, miembros de una decente familia inglesa) emprendieron un viaje alrededor del mundo. Eran jóvenes, intrépidos y, por no ahondar demasiado, temerarios. La noche posterior a su llegada a El Cairo, montados en lo que se conoce por un «lark»^[1], a pesar de las protestas de personas mejor informadas que ellos, insistieron en ir solos a dar una vuelta por el barrio viejo.

Y partieron... pero jamás regresaron. O, más bien, las dos mujeres jamás regresaron. Más tarde se encontró al joven... bueno, lo que quedaba de él. Se armó cierto revuelo cuando no se produjeron señales de la reaparición de las jóvenes, pero como no había familiares, ni siquiera amistades, sino tan solo conocidos ocasionales a bordo del barco en el que viajaban, quizás el revuelo no fuera tan fuerte como el que podría haberse armado. En todo caso, no se descubrió nada. La madre ya viuda, sola en Inglaterra, preguntándose cómo era posible que, aparte de recibir un breve telegrama informándole de su llegada a El Cairo, no hubiera sabido nada más de su paradero, se puso en contacto con la embajada... y así descubrió que todo indicaba que sus tres hijos habían desaparecido de la faz de la tierra.

Entonces se armó un gran revuelo... esta vez de verdad. Hasta donde puedo juzgar, la ciudad entera y el vecindario fueron puestos patas arriba. Pero no se descubrió nada... por los resultados obtenidos, las autoridades bien podrían haberse olvidado de aquella misteriosa desaparición. A pesar de todos los esfuerzos, la investigación quedó detenida en el mismo punto.

Sin embargo, unos tres meses más tarde, un grupo de árabes amistosos llevaron a un joven a la Embajada Británica, a quien aseguraban haber encontrado desnudo y a punto de morir en algún lugar remoto del desierto de Wadi Haifa. Era el hermano de las dos jóvenes perdidas. Cuando lo llevaron a la embajada, aunque no muerto del todo, estaba al borde de la muerte... y en un estado de indescriptible mutilación. Después de un cuidadoso tratamiento, pareció recuperarse durante un tiempo, pero jamás volvió a pronunciar una sola frase coherente. Solo a través de sus delirios podía uno hacerse una idea de lo que había ocurrido realmente.

Se tomaron notas taquigráficas de algunas de las frases que pronunciaba mientras deliraba. Después me las enviaron. Recuerdo el contenido de las mismas bastante bien, así que cuando el señor Lessingham comenzó a hablarme de sus terribles experiencias, aquellas notas me vinieron a la memoria con más claridad. Si las

hubiera puesto ante sus ojos, no tengo casi ninguna duda de que habría percibido inmediatamente que diecisiete años después de la aventura que había dejado una cicatriz tan imborrable en su propia vida, este joven —no era mucho más que un niño— había visto las mismas cosas que había visto él, y sufrido las innombrables agonías y depravaciones que había sufrido él. El joven deliraba acerca de una indescriptible cámara del horror que era idéntica al templo de Lessingham... y sobre un monstruo femenino, por el que sentía tal miedo y terror que una mera alusión a este fue seguida por un ataque convulsivo que puso a prueba todo el ingenio de los médicos que le asistían para salvarle. Con frecuencia llamaba a sus hermanas, y hablaba de ellas de una manera que inevitablemente sugería que había sido testigo de las horrendas torturas por las que habían pasado, entonces se levantaba en la cama, gritando: «¡Las están quemando! ¡Las están quemando! ¡Demonios! ¡Demonios!» Y en esos momentos era necesaria toda la fuerza de aquellos ayudantes para poder controlar su ataque de locura.

El joven murió en uno de esos ataques de sobrenatural excitación sin que, como ya he escrito anteriormente, lograra articular ni una sola frase coherente, y algunos de los que estaban en mejor situación para juzgar el caso sostenían que había sido un acto de misericordia que muriera sin haber recobrado la consciencia, finalmente, se empezaron a rumorear historias acerca de una secta de idólatras que se decía que tenía su cuartel general en algún lugar del interior del país (algunos lo situaban en este vecindario y otros en aquel), que todavía practicaba, y había practicado siempre de forma continuada a lo largo del tiempo, los depravados, sucios, místicos y sangrientos ritos de una forma de idolatría que tenía su origen en un periodo de la historia del mundo tan remoto que a todos los efectos podría describirse como prehistórico.

Mientras el escándalo seguía en su punto álgido, un hombre que llegó a la Embajada Británica dijo ser miembro de una tribu que habitaba a las orillas del Nilo Blanco. Afirmó que estaba relacionado con esta secta idólatra... aunque negó ser uno de los acólitos auténticos. Sin embargo, reconoció haber asistido a más de una de sus orgías y declaró que era una práctica habitual sacrificar mujeres jóvenes... preferentemente mujeres blancas y cristianas, con especial predilección, si podían conseguirlas, por jóvenes mujeres inglesas. Juró que había visto con sus propios ojos a jóvenes inglesas morir quemadas. La descripción de lo que precedió y lo que siguió a estos terribles asesinatos consternó a todo aquel que la escuchó. Finalmente, aquel individuo terminó ofreciéndose, tras el pago de una cantidad de dinero estipulada, para guiar a una tropa de soldados hasta aquella madriguera de demonios, de manera que llegaran allí cuando estuviera llena de Fieles preparándose para participar en la orgía que iba a tener lugar en los próximos días.

Su oferta fue aceptada con una condición. Fue confinado a un apartamento con un hombre de guardia dentro y otro fuera de la habitación. Esa noche el centinela exterior se sobresaltó al escuchar un estruendo y gritos aterradoros procedentes de la

habitación en la que estaba encerrado el nativo. Pidió ayuda. La puerta se abrió. El soldado de guardia en el interior se había vuelto totalmente loco... murió unos meses más tarde convertido en un demente balbuceante. El nativo estaba muerto. La ventana, muy pequeña, estaba perfectamente cerrada por dentro y protegida con fuertes barrotes por el exterior. No había ni rastro de por dónde habían accedido al interior. Sin embargo, la opinión generalizada entre aquellos que vieron el cadáver es que el hombre había sido destrozado por algún tipo de bestia salvaje. Se sacó una foto del cuerpo del nativo muerto, y una copia de esa foto está en mi posesión. En ella se ven claramente las cicatrices alrededor del cuello y la parte baja del abdomen, como si las hubieran producido las garras de algún animal enorme y feroz. El cráneo está partido en media docena de sitios y el rostro desgarrado y a jirones.

De esto hace ya más de tres años. El caso permaneció sumido en el misterio. Pero en una o dos ocasiones me han llamado la atención algunos incidentes menores que me han llevado a sospechar que la increíble historia contada por el nativo asesinado tenía algunos elementos de veracidad, los cuales me hacen preguntarme si aquel negocio de secuestros no seguiría funcionando incluso en este mismo instante, y si mujeres de mi propia carne y sangre no seguirían siendo ofrecidas en aquel altar infernal. ¡Y ahora, ahí estaba Paul Lessingham, un hombre de fama mundial, de gran intelecto, de indudable honorabilidad, que había acudido a mí verificando inconscientemente mis peores sospechas!

No tenía ninguna duda de que aquella criatura a la que llamaban el árabe (¡y que probablemente no era más árabe que yo, y cuyo nombre sin duda no era Mohamed el Kheir!) era un emisario de aquella madriguera de demonios. Pero cuáles eran los objetivos exactos de la presencia de aquella criatura en Inglaterra era otra cuestión. Posiblemente, uno de esos objetivos era la destrucción de Paul Lessingham, en cuerpo, alma y espíritu; posiblemente otro era procurar nuevas víctimas para aquel interminable holocausto. Estaba convencido de que este segundo objetivo explicaba la desaparición de la señorita Lindon. No dudaba que su destino era sufrir, a manos de aquella personificación del mal que era su captor, todos los horrores mencionados en las historias, y a ser quemada viva entre los chillidos triunfales de los demonios asistentes. Estaba claro que aquel desgraciado, consciente de que la persecución se estaba precipitando a su fin, se abriría paso como pudiera, se replegaría, se desdoblaría y no pararía hasta conseguir sacar a su víctima de Inglaterra.

Mi interés en esta misión ya iba más allá del terreno meramente profesional. La sangre me hervía en las venas al pensar que una mujer como la señorita Lindon estaba en manos de tal monstruo. Puedo asegurar con total sinceridad que durante todo el caso el impulso por avanzar no estaba determinado por obtener una buena minuta o una compensación. Ser parte del rescate de aquella desafortunada joven y destruir a su abominable captor, ya hubiera sido suficiente recompensa para mí.

Incluso en asuntos estrictamente profesionales, uno no siempre está motivado exclusivamente por el instinto profesional.

El coche rebajó su velocidad. Una voz llegó a través de la trampilla.

—Esta es Commercial Road, señor... ¿a qué altura quieren ir?

—Llévenos a la comisaria de Limehouse.

Y allí nos llevó. Me abrí paso hasta el típico inspector tras la típica ventanilla.

—Me llamo Champnell. ¿Ha recibido algún aviso de Scotland Yard esta noche en relación a un asunto en el que estoy interesado?

—¿Se refiere al asunto del árabe? Recibimos un mensaje telefónico hace una media hora.

—Desde el comunicado para Scotland Yard este caso ha pasado a sus manos de parte de las autoridades de la estación de Vauxhall. ¿Puede decirme si algún hombre de su división ha visto a esta persona en cuestión?

Le pasé al inspector el «informe». Su respuesta fue lacónica.

—Iré a preguntar.

Cruzó la puerta a una oficina interior y el «informe» se fue con él.

—Disculpe, señor, pero ¿hablaba ahora con el *jispector* sobre el *járabe*?

El hombre que se había dirigido a mí era sin duda un caballero del gremio de los golfillos de la ciudad. Estaba detenido. Cerca de él se cernía un policía cuya tarea principal parecía ser vigilar sus movimientos.

—¿Por qué lo pregunta?

—Disculpe, señor, pero vi a un *jarabe* hace una hora... al menos parecía uno de esos.

—¿Qué aspecto tenía?

—No sabría decirle bien, señor, porque no pude echarle un buen vistazo... pero sé que llevaba un fardo enorme en la cabeza. Era así de grande. Yo estaba doblando la esquina y él pasó y no lo vi hasta que estuve casi encima de él, así que *jaccidentalmente* me choqué con él... ¡Mis pobres ojos! ¡Menudo bajón me dio! Me caí de espaldas y me golpeé la cabeza en medio de la calle antes de saber ni dónde estaba, y él ya estaba al final de la calle. Si no me hubiera dejado medio idiota, le habría seguido sin dudar... ¡así se lo digo! Le pregunté qué pensaba que estaba haciendo, pero antes de que recuperara el sentido, ya se había dado el piro... ¡ni rastro!

—¿Y está seguro de que llevaba un fardo sobre la cabeza?

—Me pareció muy extraño.

—¿Y cuánto hace de esto? ¿Y dónde?

—Hace una hora... minuto arriba, minuto abajo.

—¿Iba solo?

—Me dio la impresión de que tenía un séquito tras él, al menos había un tipo pisándole los talones... estoy seguro, aunque no tengo ni idea de qué intenciones llevaba. Pregúntele al polizonte... él lo sabe, sabe todo lo que los polizontes saben.

Me volví hacia el «polizonte».

—¿Quién es este hombre?

El «polizante» se colocó las manos a la espalda y sacó pecho. Su actitud era claramente afable.

—Bueno... ha sido detenido como sospechoso. Nos ha dado una dirección y se está investigando ahora. Yo de usted no prestaría mucha atención a lo que le diga. No creo que tenga ningún reparo en soltar una o dos mentiras.

Esta franca expresión de su opinión volvió a indignar al caballero detenido.

—¡Y dale! ¡Ahí está otra vez! Típico de los polizontes... ¡son todos iguales! ¿Qué sabe usted de mí? ¡Ná! Este caballero no tiene por qué creerme, no lo conozco... y me da igual si me cree o no, pero lo que digo es *verdaz* de todas formas.

En este punto, el inspector reapareció en la ventanilla. Interrumpió en seco la riada de elocuencia.

—¡Venga, ya está bien de montar ruido ahí fuera! —Y, entonces, se dirigió a mí —: Ninguno de nuestros hombres ha visto a la persona por la que pregunta, por lo que sabemos. Pero, si quiere, puedo asignarle a uno de nuestros hombres y él puede acompañarlos cuando vaya a hacer sus propias averiguaciones.

Un joven pillo sin gorra y excesivamente excitado entró a toda prisa por la puerta. Y entre jadeos dijo, tan claramente como pudo tras la carrera que se había pegado:

—Se ha cometido un crimen, señor policía... un *járabe* matado a un tipo.

El «señor policía» le agarró por el hombro.

—¿Qué ha ocurrido?

El joven levantó el brazo y agachó la cabeza instintivamente, como si quisiera evitar un golpe.

—¡Déjeme! ¡No quiero que me toque!... ¡No le he hecho nada! ¡Le digo que lo ha hecho él!

El inspector habló a través de la ventanilla.

—¿Que ha hecho qué, chico? ¿Qué dices que ha pasado?

—Se ha cometido un crimen... ¡y es totalmente cierto! ¡Allí ha ocurrido... donde la señora ‘Enderson, en Paradise Place!... ¡Un *járabe* ha estado allí y ha matado a un tipo!

Capítulo 44

EL HOMBRE ASESINADO

El inspector habló.

—Si lo que el chico dice es cierto, parece que la persona a quien busca podría estar involucrada.

Yo era de la misma opinión y, aparentemente, también Lessingham y Sydney. Atherton abordó al joven por encima del hombro que el «señor policía» había dejado libre.

—¿Cómo es el hombre al que han asesinado?

—¡No lo sé! ¡No lo he visto! ¡La señora ‘Enderson me lo dijo! «Gustus Barley», dice, «han asesinado a un tipo. Ese *járabe* al que eché hace media hora ha venido y lo ha matado y lo ha dejado ahí en la habitación de atrás. Corre todo lo rápido que puedas y avisa a esos malditos policías a los que tanto les gusta meter sus sucias narices en las casas de gente respetable». Así que he venido y se lo he contado. Eso es todo lo que sé.

Fuimos los cuatro en el cabriolé, que había estado esperando en la calle, hasta la casa de la señora Henderson en Paradise Place... el inspector y nosotros tres. El «señor policía» y «Gustus Barley» nos siguieron a pie. El inspector tomó la palabra.

—La señora Henderson regenta una especie de casa de huéspedes... un «Hogar para los Marineros», como lo llama ella, pero no creo que nadie piense que sea un dulce hogar. Solo aloja a gente de baja calaña y, si me pide mi opinión, le diría sin andarme con rodeos que se trata de una casa de lenocinio.

Paradise Place se encontraba a unos trescientos o cuatrocientos metros de la comisaría. Por lo poco que pude ver en la oscuridad, consistía en una hilera de casas de dimensiones considerables... y también de considerable antigüedad. A todas se accedía subiendo uno o dos escalones de piedra que daban directamente a la calle. En una de las puertas había una anciana con un chal sobre la cabeza. Era la señora Henderson. Nos saludó con vociferante locuacidad.

—Así que han venido, ¿eh? Pensé que jamás llegarían —reconoció al inspector—. Oh, es usted, señor Phillips, ¿verdad? —Al advertir nuestra presencia, la mujer retrocedió ligeramente—. ¿Quién es esta gente? ¿No son policías?

El señor Phillips desechó secamente la pregunta:

—Da igual quiénes son. Explíqueme todo esto de que alguien ha sido asesinado.

—¡Ssh! —La anciana miró a su alrededor—. No hable tan alto, señor Phillips. Nadie sabe nada del asunto todavía. La gente que viene a mi casa es gente de lo más respetable... ¡de lo más! Y no soportarían la idea de que haya policía por el local.

—Estamos convencidos de ello, señora Henderson.

El tono del inspector era severo.

La señora Henderson nos condujo por unas escaleras a las que sin duda no les iría nada mal una reparación. Era necesario subir con cuidado porque la luz no iluminaba suficiente y los tropezones eran frecuentes.

Nuestra guía se paró junto a una puerta en el pasillo superior. De algún recoveco misterioso de sus ropajes, sacó una llave.

—Está aquí. Cerré la puerta con llave para que nadie tocara nada. Ya sé lo quisquillosos que son ustedes los policías.

Giró la llave. Entramos todos... en esta ocasión nosotros delante y ella detrás. Una vela titilaba en un candelero roto y ruinoso. Una pequeña cama de hierro a su lado, y sábanas revueltas y tiradas a un costado. Había una silla con un asiento de enea agujereado... esto y una o dos lozas desconchadas y un pequeño espejo redondo que colgaba de la pared, parecía ser todo lo que contenía la habitación. No vi nada que se asemejara a la forma de un hombre asesinado. Y el inspector tampoco.

—¿Qué significa esto, señora Henderson? No veo nada aquí.

—Está detrás de la cama, señor Phillips. Lo dejé justo donde lo encontré; no lo habría tocado por nada del mundo, ni habría dejado que nadie lo tocara tampoco, porque, como digo, sé lo puntillosa que es la policía.

Todos nos abalanzamos hacia delante. Atherton y yo nos dirigimos al cabecero de la cama, Lessingham y el inspector se inclinaron al borde de esta para mirar al otro lado. Allí en el suelo, en el espacio que había entre la cama y la pared, yacía el hombre asesinado.

Al verlo, una exclamación explotó en los labios de Sydney.

—¡Es Holt!

—¡Gracias a Dios! —gritó Lessingham—. ¡No es Marjorie!

El tono de alivio de su voz fue inconfundible. Que aquel desgraciado estuviera muerto no significaba nada para él en comparación con el hecho de que quedara viva la joven.

Tras arrastrar la cama hacia el centro de la habitación, me arrodillé junto al hombre en el suelo. Pocas veces he presenciado una visión más deplorable que la que ofrecía aquel desgraciado. Iba decentemente ataviado con un traje de tweed gris, sombrero blanco, alzacuellos y corbata, y era tal vez este hecho lo que hacía más llamativa su extrema debilidad. Dudo que hubiera una sola onza de carne en todo aquel cuerpo. Las mejillas y las cuencas de los ojos estaban hundidas. La piel se tensaba sobre los huesos de las mejillas... que sobresalían por debajo. Incluso la nariz estaba consumida, de manera que solo quedaba un puente de cartílago. Puse el brazo bajo uno de los hombros y lo levanté del suelo; no noté ninguna resistencia por la fuerza de gravedad del cuerpo... era tan ligero como un niño pequeño.

—Dudo —dije— que este hombre haya sido asesinado. Me parece más un caso de inanición, o agotamiento... posiblemente, una combinación de ambas cosas.

—¿Qué tiene en el cuello? —preguntó el inspector. Estaba arrodillado a mi lado. Se refería a dos abrasiones en la piel, una a cada lado del cuello.

—Parecen arañazos... bastante profundos, pero no creo que basten para causar la muerte.

—Podrían, unidos a un estado físico debilitado. ¿Lleva algo en los bolsillos?... Subámoslo a la cama.

Lo subimos a la cama... ligero como una pluma. Mientras el inspector examinaba los bolsillos (que encontró vacíos) un hombre alto con barba negra irrumpió en el cuarto. Resultó ser el doctor Glossop, el forense de la policía local, que había sido enviado antes de que partiéramos de la comisaría.

Su primer dictamen, que realizó en cuanto comenzó a examinarlo, fue bastante sorprendente, si se tienen en cuenta las circunstancias.

—No creo que este hombre esté muerto. ¿Por qué no enviaron a alguien para me avisara en cuanto lo encontraron?

Dirigió la pregunta a la señora Henderson.

—Bueno, señor Glossop, yo no iba a tocarlo de ninguna de las maneras, y no iba a permitir que nadie lo tocara, porque, como ya he dicho antes, sé lo puntillosos que son los policías.

—En ese caso, si muere, usted habrá intervenido en su asesinato... eso es todo.

La dama dejó escapar una risilla.

—Cómo no, doctor Glossop, todos sabemos que a usted siempre le gusta soltar alguna broma.

—Le parecerá una broma cuando la cuelguen, como debería ser... —El médico se dijo esto para sí mismo. Dudo que pudiera sonarle halagador a la señora Henderson—. ¿Tiene brandy en la casa?

—Tenemos de todo en la casa para los que quieran pagarlo... de todo. —Entonces, de repente, recordando que la policía estaba presente y que el suyo no era un local con licencia de bebidas alcohólicas, dijo—: Al menos podemos enviar a alguien cuando los huéspedes nos dan el dinero y, como siempre, solo queremos complacerles.

—Entonces, diga que traigan... ¡del grifo de ahí abajo, si es el más cercano! Si este hombre muere antes de que lo hayan traído, como que está usted viva que haré que la encierren.

La llegada del brandy no se retrasó por mucho tiempo... pero el hombre postrado en la cama recobró el sentido antes de que lo trajeran. Abrió los ojos y miró hacia el doctor, que estaba inclinado sobre él.

—¡Caramba, amigo! ¡Ya era hora de que se despertara! ¿Cómo se siente?

El paciente miró aturdido al doctor, como si no hubiera recobrado del todo su sentido de la percepción... como si aquel hombre grande y barbudo fuera algo muy extraño. Atherton se inclinó junto al doctor.

—Me alegro de verle mejor, señor Holt. Me conoce, ¿verdad? He estado corriendo detrás de usted todo el día.

—Usted es... usted es... —El hombre cerró los ojos, como si el esfuerzo de

recordar lo agotara. Los mantuvo cerrados mientras continuaba hablando—. Sé quién es. Usted es... el caballero.

—Sí, eso es, soy el caballero... mi nombre es Atherton... el amigo de la señorita Lindon. Y me atrevería a decir que se le ve bastante desmejorado y necesitado de algo de comer y beber... aquí tiene un poco de brandy.

El médico puso un poco en un vaso ancho. Levantó la cabeza del paciente y permitió que le cayera gota a gota por la boca y la garganta. El hombre lo tragó mecánicamente, inerte, como si no fuera consciente de lo que estaba haciendo. Se le encendieron las mejillas y una llamarada pasajera de color hizo que aquella debilidad extrema y, en efecto, extravagante, resultara más llamativa que nunca. El doctor volvió a acostarlo en la cama, le tomó el pulso con una mano y permaneció observándolo en silencio.

Luego, tras volverse al inspector, le dijo en voz baja:

—Si quiere que haga alguna declaración tendrá que ser ahora, se nos va rápido. No podrá sacarle mucho... ya está muy mal y no debería molestarlo, pero saque lo que pueda.

El inspector se aproximó con una libreta en la mano.

—Por lo que dice este caballero —refiriéndose a Atherton—, su nombre es Robert Holt. Soy inspector de policía y quiero que me diga cómo ha quedado en tal estado. ¿Alguien le ha agredido?

Holt abrió los ojos, lanzó una mirada vaga al inspector, como si no pudiera verlo con claridad... aún menos entender lo que le decía. Sydney, tras inclinarse sobre él, se dispuso a dar explicaciones.

—El inspector quiere saber cómo llegó aquí, ¿alguien le ha hecho algo? ¿Alguien le ha estado haciendo daño?

El hombre tenía los párpados medio cerrados. Entonces los abrió casi del todo. También abrió la boca. Y en sus rasgos esqueléticos se dibujó una expresión de pánico aterrador. Evidentemente, estaba luchando por hablar. Y, por fin, pronunció unas palabras.

—¡El escarabajo! —Hizo una pausa, y luego, tras un esfuerzo, volvió a hablar—. ¡El escarabajo!

—¿Qué quiere decir? —preguntó el inspector.

—Creo que lo entiendo —respondió Sydney y, a continuación, se volvió al hombre de la cama—. Sí, oigo lo que dice... el escarabajo. Bueno, ¿le ha hecho algo el escarabajo?

—¡Me cogió por el cuello!

—¿Le dejó esas marcas que tiene en el cuello?

—El escarabajo me mató.

Con los párpados cerrados, el hombre recayó de nuevo en un estado de letargo. El inspector estaba perplejo... y así lo expresó.

—¿Qué ha querido decir con lo del escarabajo?

—Creo que entiendo lo que quiere decir —respondió Atherton—, y mis amigos también. Se lo explicaremos más tarde. Mientras tanto, será mejor que le saque el máximo de información posible... mientras quede algo de tiempo.

—Sí —dijo el médico con la mano en el pulso del paciente—, mientras haya tiempo. No hay mucho... quizás solo unos segundos.

Sydney se ocupó de despertar al hombre de su estupor.

—Usted ha estado con la señorita Lindon toda la tarde y toda la noche, ¿verdad, señor Holt?

Atherton logró hacer vibrar una cuerda en la consciencia del hombre. Este movió los labios y le dolió pronunciar las palabras.

—Sí... toda la tarde... y toda la noche... ¡Que Dios me ayude!

—Y yo espero que Dios le ayude, mi pobre amigo; desde luego que va a necesitar Su ayuda como el que más. La señorita Lindon va vestida con su ropa vieja, ¿verdad?

—Sí... con mi ropa vieja. ¡Dios mío!

—¿Y dónde está ahora la señorita Lindon?

El hombre había estado hablando con los ojos cerrados. Ahora los abrió del todo y en ellos apareció el profundo terror de antes. Le invadió una agitación incontrolable y se incorporó a medias en la cama. Unas palabras salieron de sus labios temblorosos como si fueran extraídas de estos por la mera fuerza de su agonía.

—El escarabajo va a matar a la señorita Lindon.

Una convulsión momentánea sacudió hasta el último músculo de su ser. Todo su esqueleto tembló. Cayó hacia atrás sobre la cama... inquietantemente. El médico lo examinó en silencio... y mientras tanto, nosotros también permanecemos en silencio.

—Esta vez se ha ido para no volver, no hay manera de reanimarlo y traerlo de vuelta.

Sentí una repentina presión en el brazo y descubrí que Lessingham me lo estaba agarrando con fuerza probablemente inconsciente. Los músculos de su cara temblaban. Todo él temblaba. Me volví al médico.

—Doctor, si queda un poco de ese brandy, ¿me permite que se lo dé a mi amigo?

Lessingham se bebió lo que quedaba del brandy de dos chelines. Me inclino a pensar que el brebaje nos ahorró una escena.

El inspector hablaba ahora con la mujer de la casa.

—Veamos, señora Henderson, tal vez usted pueda decirnos qué significa todo esto. ¿Quién es este hombre y cómo llegó aquí?... ¿Quién llegó con él y qué sabe de todo este asunto en general? Si tiene algo que decir, dígalo, aunque será mejor que tenga cuidado, porque es mi deber advertirle que cualquier cosa que diga puede ser utilizada en su contra.

Capítulo 45

TODO LO QUE SABÍA LA SEÑORA 'ENDERSON

La señora Henderson escondió las manos bajo el delantal y sonrió.

—Bueno, señor Phillips, se me hace extraño oírle hablarme así. Cualquiera pensaría que he hecho algo que no debiera por cómo habla. En cuanto a qué ha pasado, le digo lo único que sé con toda mi mejor voluntad. En cuanto a que tenga cuidado, no hace falta que me lo diga, porque siempre lo tengo, como ya debería saber a estas alturas.

—Sí... lo sé. ¿Es eso todo lo que tiene que decir?

—En serio, señor Phillips, qué hacha es para pillar a la gente; en serio, lo es. Por supuesto, no es todo lo que tengo que decir... pero estoy en ello.

—Entonces, dígallo.

—Si me presiona tanto me va a confundir, y entonces, si cometo un error, dirá que soy una mentirosa, cuando bien sabe Dios que no hay en Limehouse mujer más sincera que yo.

Las palabras temblaron visiblemente en los labios del inspector... que se contuvo y no las pronunció. La señora Henderson alzó la mirada, como si buscara inspiración en el sucio techo.

—Por todo lo que sé, podría haber sido hace una hora, o tal vez una hora y cuarto, o quizás una hora y veinte minutos...

—No nos interesa saber los segundos exactos.

—Bueno, pues oí que llamaban a la puerta, y cuando voy a abrir, allí estaba el tipo *járabe* con un fardo enorme en la cabeza, más grande que él, y otros dos individuos que le acompañaban. Entonces este *járabe* dice con ese acento extranjero tan raro que los *járabes* suelen tener: «Una habitación para una noche, una habitación». Bueno, no me gustan los extranjeros y nunca me han gustado, especialmente los *járabes* con sus costumbres distintas a las mías... así que se lo hice saber. Pero el *járabe* no parecía entender lo que le decía, porque lo único que hacía era repetir lo que ya había dicho antes. «Una habitación para una noche, una habitación». Y me suelta un par de medias coronas en la mano. Pues bien, uno de mis lemas siempre ha sido que el dinero es dinero, y que el dinero de un hombre es igual de bueno que el de cualquier otro. Así que, para no parecer desagradable, lo cual hubieran pensado algunas personas, les subí a este cuarto. Cuando llevaba en el piso de abajo una media hora, escuché ruidos que venían de la habitación...

—¿Qué tipo de ruidos?

—Gritos y alaridos... oh, madre mía, le helaba a una la sangre... en mi vida he oído un sonido más ensordecedor. A veces tenemos huéspedes problemáticos, como en cualquier sitio, pero nunca había oído nada igual. Lo aguanté durante un minuto

más, pero seguía y seguía, y temía que en cualquier momento otro huésped de la casa se quejara, así que allá voy y llamo a la puerta, y parece ser que los golpes no se oyeron porque ni se inmutaron dentro.

—¿Continuaron los gritos?

—¡Que si continuaron! ¡Y tanto que continuaron! ¡Por Dios Bendito! Grito tras grito, temía que en cualquier momento se fuera a derrumbar el techo.

—¿Se escuchaban otros ruidos? Por ejemplo, ruidos de forcejeo o de golpes.

—No se escuchaba ningún otro sonido más que el huésped aullando.

—¿Solo un huésped?

—Solo un huésped. Como ya le he dicho antes, grito tras grito... Cuando apoyé la oreja en la puerta escuché el ruido de otro huésped lloriqueando, pero no era nada en comparación a los aullidos. Jamás hubiera pensado que un alarido así pudiera proceder de nada *jumano*. Así que llamé y llamé hasta que al final, cuando ya pensaba que iba a tener que tirar la puerta abajo, el *jarabe* me dice desde dentro: «¡Váyase! ¡He pagado la habitación! ¡Váyase!» Me pareció una razón lo bastante buena, así se lo digo. Así que le dije: «¡Me haya pagado o no la habitación, no me pagó para armar todo este jaleo!» Y, lo que es más, le dije: «Si los oigo otra vez», dije, «¡se van a la calle! ¡Y si no se callan haré que entre alguien para callarles rápidamente!»

—Entonces, ¿se hizo el silencio?

—Por así decirlo... el único sonido que escuché fue a uno de los huéspedes lloriqueando, y otro sonido, como si uno de ellos estuviera jadeando por recobrar el aliento.

—Después ¿qué pasó?

—Al ver que, por decirlo de alguna manera, se quedaron en silencio, volví a bajar. Y un cuarto de hora más tarde, o tal vez veinte minutos, salí a la calle para tomar un poco el *jaire*. Y la señora Barker, la que vive al otro lado de la calle en el número 24 viene y me dice: «Oye, ese huésped árabe tuyo no se quedó mucho»... yo la miro, «creo que no te sigo», digo yo, lo cual era cierto. «Lo vi entrar», dice ella, «y luego, unos minutos más tarde, lo he visto irse, ¡con un gran fardo en la cabeza que apunto estaba de aplastarlo!» «¡Oh!», digo yo, «pues ahora me estoy enterando, no sabía que se había ido, ni tampoco lo he visto...», lo cual era cierto. Así que, vuelvo otra vez a subir las escaleras, y la puerta estaba abierta... y entonces me pareció que la habitación estaba vacía, hasta que me topé con este pobre joven tirado detrás de la cama.

Se escuchó un gruñido procedente del médico.

—Si hubiera tenido algo de sentido común, señora, y me hubiera avisado de inmediato, este hombre podría estar vivo en este mismo instante.

—¿Y cómo iba a saber eso, doctor Glossop? No sabría decir la diferencia. Ya tuve suficiente con encontrarlo allí asesinado. Así que corro escaleras abajo y agarro a ‘Gustus Barley, que estaba apoyado en la pared y le digo: «‘Gustus Barley, corre a la

comisaría tan rápido como puedas y diles que han asesinado a un hombre... que ese *járabe* ha venido y ha matado a un tipo». Y eso es todo lo que sé sobre el asunto, no sabría decirles más, señor Phillips, ni aunque me estuviera haciendo preguntas durante horas y horas.

—Entonces, ¿cree que era este hombre —señaló a la cama— el que estaba gritando?

—Si le digo la verdad, señor Phillips, no sé qué pensar sobre eso. Si me hubiera preguntado, le habría dicho que era una mujer. Debería ya saber distinguir el aullido de una mujer cuando lo oigo, he oído los suficientes desde mi juventud, solo el cielo lo sabe. Y habría dicho que solo una mujer podía aullar de esa manera y solo si estaba totalmente loca. Pero no había ninguna mujer con él. Solo estaba este hombre asesinado, y el otro hombre... y en cuanto al otro hombre les diré que la ropa que le cubría no valía ni dos peniques. Pero, señor Phillips, quienquiera que fuera, ese va a ser el último *jarabe* que aloje bajo mi techo, me da igual lo que pague; recuerde bien mis palabras, ni uno más.

La señora Henderson, mirando de nuevo hacia arriba, como si creyera que acababa de realizar una declaración de carácter religioso, sacudió la cabeza con mucha solemnidad.

Capítulo 46

LA PARADA REPENTINA

Cuando dejábamos ya la casa, un agente pasó una nota al inspector. Tras leerla, me la pasó a mí. Era de la comisaría.

Mensaje recibido de que un árabe con un fardo grande en la cabeza ha sido visto merodeando por el vecindario de la estación de St. Paneras. Iba acompañado por un joven con apariencia de vagabundo. El joven daba la impresión de estar enfermo. Parecían estar esperando el tren, probablemente con dirección al Norte. ¿Ordeno la detención?

Escribí rápidamente en el reverso de la nota.

Ordene que lo detengan. Si se han ido en tren, tenga preparado un convoy especial.

En un minuto, nos encontrábamos de nuevo en el coche. Me dediqué a persuadir a Lessingham y Atherton para que me permitieran emprender la persecución solo... pero fue en vano. No tenía miedo de que Atherton sucumbiera, pero temía por Lessingham. Más que la posibilidad de que terminara sufriendo un colapso, estaba el hecho de que su actitud y maneras, todo su comportamiento, tan elocuente de la agonía y la agitación mental que padecía, estaba empezando a ponerme los nervios de punta. Preveía una catástrofe de algún tipo. Acabábamos de ser testigos de la caída del telón de una tragedia. Pero no dudaba de que aún quedaba algo mucho peor. Cualquier expectativa optimista estaba ya fuera de toda cuestión... Nadie, después de lo que habíamos visto y oído, podía suponer que la criatura que perseguíamos liberaría a su presa sin daños. Si de repente fuera necesaria una acción inmediata y rápida, el tal Lessingham resultaría más un estorbo que una ayuda, de eso estaba seguro.

Pero como cada segundo era oro y Lessingham no consentía en permitir que el caso siguiera su curso sin él, lo único que nos quedaba por hacer era sacar el mejor provecho de su presencia.

El gran arco de St. Paneras estaba a oscuras. Alguna luz ocasional hacía un poco más visible la oscuridad. La estación parecía desierta. Al principio pensé que no había nadie, que nuestro intento iba a ser en vano, que lo único que podríamos hacer era acudir a la comisaría y continuar allí con nuestras pesquisas. Pero al girarnos hacia la taquilla, mientras nuestros pasos resonaban claramente en el silencio y la

noche, se abrió una puerta, salió una luz del interior de la estancia y una voz preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—Mi nombre es Champnell. ¿Han recibido un mensaje de mi parte enviado desde la comisaría de Limehouse?

—Pase por aquí.

Pasamos y entramos en una oficina bastante acogedora, de la que estaba aparentemente al cargo uno de los inspectores del ferrocarril. Era un hombre grande y con barba rubia. Me miró de arriba abajo, como si dudara. A Lessingham lo reconoció de inmediato. Se quitó la gorra para saludarle.

—El señor Lessingham, ¿verdad?

—Soy el señor Lessingham. ¿Alguna noticia que darme?

Imagino, por la manera de mirarle, que el agente estaba impresionado por la palidez del rostro de su interlocutor... y por su voz trémula.

—He recibido instrucciones de dar cierta información a un tal señor Augustus Champnell.

—Yo soy el señor Champnell. ¿Qué información es esa?

—Con referencia al árabe sobre el que ha estado investigando. Un extranjero, vestido como un árabe, con un gran fardo en la cabeza, compró dos billetes de ida a Hull en el expreso de medianoche.

—¿Iba solo?

—Se cree que iba acompañado por un joven de dudosa apariencia. No estaban juntos en la taquilla, pero los habían visto juntos anteriormente. Un minuto más o menos después de que el árabe subiera al tren, el joven entró en el mismo compartimento... estaban situados en el vagón delantero.

—¿Por qué no los detuvieron?

—No teníamos autoridad para detenerlos, ni razón para hacerlo, hasta que se recibió su mensaje hace unos minutos. En esta estación no teníamos conocimiento de que se les estaba investigando.

—Dice que compró billetes a Hull... ¿Va el tren directamente a Hull?

—No... no, en absoluto. Una parte es el Express de Liverpool y Manchester, y otra parte viaja a Carlisle. Se divide en Derby. El hombre que buscan cambiará de tren en el intercambiador de Sheffield o en el de Cudworth y continuará hasta Hull en el primer tren de la mañana. Hay un servicio local.

Miré mi reloj.

—Dice que el tren partió a medianoche. Ahora son casi las cinco y veinte. ¿Dónde está ahora?

—Aproximándose a St. Albans, con llegada allí a las 12:35.

—¿Daré tiempo para que llegue un telegrama a St. Albans?

—Difícilmente... y, de todas formas, allí solo estarán los funcionarios necesarios para recibir y despachar el tren. Estarán atareados con sus deberes ordinarios. No hay

tiempo para que se presente allí la policía.

—Podría enviar un telegrama a St. Albans para preguntar si siguen en el tren...

—Sin duda, eso se puede hacer. Si lo desea daré la orden de que lo envíen inmediatamente.

—¿Y luego? ¿Cuál es la siguiente parada?

—Bueno, estarán en Luton a las 12.51. Pero ocurre lo mismo que con St. Albans. Mire, no habrán pasado mucho más de veinte minutos desde que su telegrama sea enviado y no creo que haya muchas personas despiertas en Luton. En estas ciudades de campo a veces hay un policía paseándose por la estación para ver pasar el expreso, pero, por otro lado, es frecuente que no haya ninguno, y si no hay ninguno, probablemente a estas horas de la noche la policía tardará bastante tiempo en llegar al recinto. Le daré un consejo.

—¿Cuál?

—El tren tiene prevista la llegada a Bedford a la 1:29... envíe el telegrama allí. Debería haber bastante gente en Bedford, y en todo caso habrá tiempo para que la policía acuda a la estación.

—Muy bien. Les di instrucciones para que tuvieran un convoy especial preparado... ¿tienen alguno?

—Hay una locomotora de vapor en las cocheras... la tendremos preparada para ustedes en menos de diez minutos. Y le diré una cosa... Aún le quedarán unos cincuenta minutos antes de que el tren llegue a Bedford. Es un trayecto de ochenta kilómetros. Con algo de suerte pueden llegar allí al mismo tiempo que el expreso... ¿Les digo que lo preparen?

—De inmediato.

Mientras daba órdenes por teléfono a lo que supuse que era la cochera de máquinas, escribí un par de telegramas. Tras terminar de dar órdenes, se volvió hacia mí.

—Van a sacar la máquina ahora de la vía muerta... estará lista en menos de diez minutos. Me aseguraré de que se mantenga despejada la vía. ¿Tiene listos ya esos telegramas?

—Aquí hay uno... este es para Bedford.

Y se leía en él:

ARRESTEN AL ÁRABE QUE VIAJA EN EL TREN CON LLEGADA A LA 1.29. CUANDO PARTIÓ DE ST. PANCRAZ VIAJABA EN UN COMPARTIMENTO DE TERCERA CLASE DEL VAGÓN DELANTERO. LLEVA UN FARDO GRANDE, QUE DEBE SER RETENIDO. COMPRÓ DOS BILLETES DE IDA A HULE. DETENGAN TAMBIÉN A SU ACOMPAÑANTE, VESTIDO DE VAGABUNDO. ES UNA JOVEN QUE EL ÁRABE HA DISFRAZADO Y RAPTADO MIENTRAS ESTABA EN UN TRANCE HIPNÓTICO. QUE LA ASISTA UN MÉDICO Y SEA TRASLADADA A UN HOTEL. TODOS LOS GASTOS SERÁN PAGADOS A LA LLEGADA DEL ABAJO FIRMANTE QUE SE DIRIGE ALLÍ EN TREN ESPECIAL. ES PROBABLE QUE EL ÁRABE SE MUESTRE MUY

VIOLENTO, ASÍ QUE DEBERÁ RECURRIRSE A TODA LA FUERZA POLICIAL NECESARIA.

AUGUSTUS CHAMPNELL.

—Y este es el otro. Probablemente sea demasiado tarde para que sirva de nada en St. Albans... pero envíelo allí y también a Luton:

¿HAY UN ÁRABE CON ACOMPAÑANTE EN EL TREN QUE PARTIÓ DE ST. PANCRAS A LAS 13:00? SI ES ASÍ, NO LES DEJE SALIR HASTA QUE EL TREN LLEGUE A BEDFORD, DONDE YA SE HAN ENVIADO TELEGRAMAS.

El inspector examinó ambos cables.

—Deberían cumplir su cometido, creo. Vengan conmigo... haré que los envíen de inmediato... y veamos si el tren está ya listo.

El tren no estaba listo, ni lo estuvo en los diez minutos acordados. Imagino que había algún tipo de problema con un vagón salón. Finalmente, tuvimos que conformarnos con un vagón de primera clase de los de siempre. Sin embargo, el retraso no fue tiempo perdido. Cuando la locomotora con su único vagón se aproximaba por el andén, un individuo llegó corriendo con un sobre en la mano.

—Telegrama de St. Albans.

Rasgué rápidamente el sobre. El mensaje era breve y conciso.

ÁRABE CON ACOMPAÑANTE IBA EN EL TREN CUANDO PARTIÓ DE AQUÍ. ENVIARÉ CABLE A LUTON

—Está bien. Ahora, a menos que suceda algo totalmente imprevisto, ya los tenemos.

¡Tan imprevisto!

Avancé con el inspector y el revisor de nuestro tren para intercambiar unas últimas palabras con el maquinista. El inspector explicó las instrucciones que le había dado.

—Le he dicho al conductor que no escatime en carbón, y que les haga llegar a Bedford unos cinco minutos después de la llegada del expreso. Dice que cree que puede conseguirlo.

El maquinista se apoyó en la locomotora mientras se limpiaba las manos con el habitual trapo aceitoso. Era un hombre bajito y nervudo con el cabello gris y un bigote entrecano, con ese aire de determinación medio cómica y rostro franco que uno encuentra con frecuencia entre los maquinistas de trenes.

—Deberíamos poder hacerlo; las pendientes de bajada juegan en nuestra contra, pero hace una noche clara y no hay viento. Lo único que nos puede detener es que

haya alguna locomotora de maniobra o algún tren portaequipajes; por supuesto, si nos bloquean, no podremos avanzar, pero el inspector dice que se encargará de que las vías estén libres para nosotros.

—Sí —dijo el inspector—, me aseguraré de ello. Ya he enviado un cable por la línea.

Atherton intervino.

—Señor, si nos lleva a Bedford cinco minutos después de la llegada del tren correo, tendrá un billete de cinco libras que puede repartirse con su compañero.

El maquinista sonrió.

—Le llevaré allí a tiempo, señor, si podemos pasar sin problemas por todos los cruces de vías. No es frecuente que uno pueda llevarse cinco libras por una carrera hasta Bedford, así que haremos todo lo posible para ganarlas.

El fogonero saludó desde la parte trasera.

—¡Así es, señor! —gritó—. Tendremos que causarle algunas molestias debido a ese billete de cinco libras.

En cuanto partimos de la estación nos pareció bastante probable que, como había anunciado el fogonero, Atherton se sintiera «molesto». Viajar en un tren con un solo vagón enganchado a una locomotora que avanza al máximo de velocidad es muy distinto a ser el ocupante de un tren normal, que viaja a las habituales velocidades exprés. Ya había descubierto esto en una ocasión anterior. Aquella noche esta impresión se vio más que reforzada. Podría perdonarse a un principiante (o a un «novato» nervioso) por esperar que descarriláramos en cualquier momento. Resultaba difícil creer que aquel vagón tuviera algún amortiguador... se balanceaba y traqueteaba, daba tirones y saltaba. Desde luego no tuvimos lo que se dice un viaje cómodo. Hablar quedaba fuera de nuestro alcance y yo al menos lo agradecí. Además de la dificultad de mantenernos sentados (cuando en todo momento nuestra posición cambiaba y éramos lanzados hacia delante y hacia atrás, arriba y abajo, de un lado a otro, algo que requería estar muy alerta), el ruido era ensordecedor. Era como si nos estuviera dando caza una legión de demonios rabiosos gritando y aullando.

—¡George! —gritó Atherton—, desde luego que tiene intención de ganarse esas cinco libras. ¡Espero estar vivo para pagárselas!

Se encontraba en el otro extremo del vagón, pero, aunque podía ver por la distorsión de su rostro que estaba gritando con todas sus fuerzas (y desde luego tenía una voz fuerte) tan solo escuché una o dos palabras de lo que estaba diciendo. Tuve que imaginarme el resto.

Las contorsiones de Lessingham eran un caso digno de estudio. Pocos de entre la multitud de personas que le conoce solo por medio de los retratos aparecidos en los periódicos ilustrados habrían reconocido en estos momentos al prometedor hombre de estado. Sin embargo, creo que pocas cosas le habrían sentado mejor a su estado de ánimo que todo este trajín. Tal vez estaba hecho un manojo de nervios... pero la propia gravedad de su agitación sirvió para que su mente se distrajera de los terribles

pensamientos que amenazaban con absorberle por completo de cualquier otro asunto. Además, estaba la influencia tonificante del elemento de riesgo. El efecto revitalizador de una pizca de peligro. Era muy probable que no existiera ningún peligro auténtico, pero parecía que lo hubiera realmente. Y una cosa era absolutamente cierta, que si chocábamos a esa velocidad sería un choque tan definitivo como el que pudiera desear el corazón de cualquier hombre. Es probable que el saber que esto era así calentase la sangre en las venas de Lessingham. En cualquier caso, mientras (por usar lo que, en este caso, era simplemente una frase hecha) lo observaba sentado, me pareció que iba recuperando las fuerzas que casi le habían abandonado, y que con cada carrera y salto se iba haciendo más hombre.

Y así continuamos corriendo, chocando, golpeándonos, rugiendo y retumbando. Atherton, que había intentado mirar por la ventana, volvió a forzar los pulmones para que le oyéramos.

—¿Dónde diablos estamos?

Mirando mi reloj, le grité la respuesta.

—Es casi la una, así que supongo que estamos por los alrededores de Luton... ¡Caramba! ¿Qué ocurre?

Que algo ocurría era indudable. Se escuchó un agudo silbido de la locomotora. En un segundo fuimos conscientes (casi demasiado) de la activación del freno Westinghouse. ¡Jamás en la vida di más volteretas!... La simple reverberación del vagón amenazaba con descomponernos en las distintas partes de nuestros cuerpos. Sentir lo que sentimos nos ayudó a darnos cuenta de la fuerza de retardo que ese freno continuo automático debía de estar ejerciendo... y no nos sorprendió en absoluto que el tren frenara prácticamente de inmediato.

De forma simultánea, los tres nos pusimos de pie. Yo bajé mi ventanilla y Atherton la suya... Atherton ya gritaba algo:

—Creo que el telegrama del inspector no ha surtido el efecto que se pretendía; parece que estamos bloqueados... o bien hemos parado en Luton. Esto no puede ser Bedford.

No era Bedford... al menos esto parecía claro. Aunque, al principio, desde mi ventanilla no podía ver nada. Me sentía bastante aturdido... me pitaban los oídos... la repentina oscuridad era impenetrable. Entonces fui consciente de que el revisor abría la puerta de su compartimento. Se detuvo unos segundos, como si vacilara. Luego, con un quinqué en la mano, bajó a la vía.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—No lo sé, señor. Parece que hay algo en las vías... ¿Qué hay ahí?

Esta pregunta la dirigió al maquinista. El fogonero respondió:

—Alguien ahí delante está agitando una luz roja como un loco... una suerte que lo viera a tiempo, o lo habríamos arrollado un segundo después. Parece que algo no va bien. Aquí viene.

A medida que mis ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad, vi que alguien se

aproximaba rápidamente a las vías, balanceando una luz roja. Nuestro revisor avanzó para encontrarse con él, gritando al mismo tiempo:

—¿Qué ocurre? ¿Quién anda ahí?

—¡Dios mío! —le respondió una voz—. ¿Es ese de ahí George Hewett? ¡Pensé que ibais a atropellarnos!

De nuevo, habló nuestro revisor.

—¿Qué? ¡Jim Branson! ¿Qué demonios haces aquí? ¿Qué ocurre? Pensé que ibas en el de las doce... íbamos persiguiéndote.

—¿En serio? Entonces, nos habéis atrapado. ¡Gracias a Dios!... Hemos tenido un accidente.

Yo había abierto ya la puerta del vagón. Y los tres bajamos a las vías.

Capítulo 47

EL CONTENIDO DEL VAGÓN DE TERCERA CLASE

Me acerqué al extraño que sujetaba la luz roja. Llevaba uniforme de empleado de ferrocarriles.

—¿Es usted el revisor del tren de las 12:00 que partió de St. Paneras?

—Lo soy.

—¿Dónde está su tren? ¿Qué ha ocurrido?

—En cuanto adónde está... allí mismo, frente a usted, bueno, lo que queda de él.

En cuanto a lo que ha pasado, caramba, hemos tenido un accidente.

—¿Qué quiere decir con que han tenido un accidente?

—Algunos vagones cargados de mercancía en la parte de delante se desplomaron al subir la pendiente sobre nosotros.

—¿Cuánto hace de esto?

—Ni diez minutos. Estaba ahora yendo por las vías hasta la garita de señales, que se encuentra a más de tres kilómetros, cuando los he visto acercarse. ¡Dios mío! Pensé que iba a haber otro choque.

—¿Ha habido muchos daños?

—Tengo la impresión de que estamos todos destrozados. Por lo que puedo llegar a ver, los vagones delanteros están como un acordeón. Me siento como si tuviera todo roto por dentro. Llevo en el servicio treinta años y este es el primer accidente que he tenido.

Estaba demasiado oscuro para ver con claridad el rostro del hombre, pero a juzgar por el tono de voz o bien estaba llorando o a punto de hacerlo.

Nuestro revisor se volvió y, gritando a nuestro maquinista, dijo:

—¡Será mejor que regrese al vagón y les informe!

—¡De acuerdo! —fue la respuesta que resonó.

El tren especial empezó a retroceder, pitando continuamente mientras lo hacía. Todo el territorio debió de oír el chirrido de la locomotora, y todo aquel que lo oyó debió de comprender que algo grave estaba pasando en las vías.

El tren accidentado estaba en completa oscuridad; la fuerza de la colisión había apagado las lámparas de los vagones. Aquí se veía una vela parpadeante, allá el brillo de una cerilla, esas eran todas las luces que iluminaban la escena. La gente apilaba los escombros a un lado de las vías con el fin de encender una hoguera... más por la luz que por el calor.

Muchos de los pasajeros habían logrado liberarse y se movían a ambos lados de las vías. Pero la mayoría parecían estar todavía atrapados. Las puertas de los vagones estaban atascadas. Sin las herramientas necesarias resultaba imposible abrirlas. A cada paso que dábamos nuestros oídos captaban los gritos lastimeros. Hombres,

mujeres, niños... nos suplicaban ayuda.

—¡Abra la puerta, señor! ¡Por amor de Dios, señor, abra la puerta!

Una y otra vez, con toda clase de tonos y grados de angustia, se repetía la misma súplica.

Los revisores se esforzaban en vano por atender a las criaturas, en muchos casos medio enloquecidas.

—¡De acuerdo, señor! ¡Si no le importa esperar un minuto o dos, señora! No podemos abrir las puertas sin herramientas... un tren especial acaba de salir para traérnoslas. Les rogamos que tengan paciencia y en breve habrá ayuda para todo el mundo. Están bastante seguros ahí dentro, solo tienen que permanecer quietos.

Pero eso era justamente lo que les resultaba más difícil... ¡permanecer quietos!

En el vagón delantero del tren reinaba el caos. Los vagones que habían causado el accidente (posteriormente se demostró que eran seis vagones, junto con dos cabinas de revisores) parecían estar cargados de cemento Portland. Las bolsas habían reventado y todo estaba cubierto por una especie de polvo arenoso. El aire se había llenado de aquel polvo, que se nos metía en los ojos y nos dejaba momentáneamente ciegos. La locomotora del expreso se había dado la vuelta por completo. Vomitaba humo, vapor y llamas... y parecía que en cualquier momento la madera de los vagones contiguos echaría a arder.

Los coches delanteros estaban, como había dicho el revisor, «como un acordeón». No eran más que un montón de chatarra... se habían plegado unos dentro de otros en un estado de confusión aparentemente impenetrable. Solo cuando ya estaban a plena luz del día pudieron acceder a lo que antes era el interior de estos vagones. El aspecto del compartimento de tercera clase reveló un extraordinario estado de cosas.

Esparcidos por todas partes había fragmentos de lo que parecían trapos quemados y trozos de seda y lino. Ahora esos fragmentos están en mi poder. ¡Y los expertos me han asegurado que no son de seda ni de lino! Sino de algún otro material (animal, más que vegetal) que desconocen por completo. Sobre los cojines y la madera (especialmente sobre las tablas del suelo) había grandes manchas de alguna sustancia. Cuando se abrieron los vagones seguían húmedas y desprendían un olor sumamente desagradable. Aún guardo uno de los trozos de madera... todavía con la mancha. Los expertos también se han pronunciado sobre ello, y el resultado es que las opiniones están divididas. Algunos sostienen que la mancha fue producida por sangre humana sometida a una alta temperatura y, por decirlo de alguna manera, medio hervida. Otros afirman que es sangre de algún animal salvaje... posiblemente de alguna criatura de la familia de los felinos. Sin embargo, otros afirman que no es sangre en absoluto, sino tan solo pintura. Mientras que un cuarto la describe como (y cito la opinión escrita que tengo ahora delante de mí): «causada aparentemente por la deposición de alguna clase de materia viscosa, probablemente la excreción de alguna variedad de lagarto».

En un rincón del vagón estaba el cuerpo de un joven ataviado de vagabundo. Era

Marjorie Lindon.

Aquello era todo lo que contenía el compartimento, tras un registro sumamente minucioso.

Capítulo 48

LA CONCLUSIÓN DEL CASO

Hace ya varios años que soporto la carga de los acontecimientos que he resumido apresuradamente... de lo contrario, no me habría sentido en la obligación de hacerlos públicos. Por razones que deberían ser suficientemente obvias, debo negarme a revelar cuántos años exactamente.

Marjorie Lindon vive todavía. La débil llama de vida que aún ardía en su interior cuando fue rescatada de entre los restos del expreso siniestrado, se avivó de nuevo. Sin embargo, su recuperación no fue una cuestión de semanas o meses, sino un proceso de años. Creo que, incluso tras recobrar toda su energía física (ya, en sí misma, una ardua y tediosa tarea) estuvo alrededor de tres años bajo supervisión médica, tratada por demencia. Pero todo cuanto el conocimiento y el dinero podían hacer, fue hecho, y con el paso del tiempo (ese que todo lo cura), los resultados resultaron satisfactorios.

Su padre está muerto... y ella ha heredado el patrimonio familiar. Está casada con un individuo a quien, en estas páginas, se le conoce como Paul Lessingham. Si el verdadero nombre de este individuo fuera revelado, ella sin duda alguna sería reconocida como la popular esposa, respetada por todos, de uno de los hombres de estado más importantes de nuestro tiempo.

No se le ha contado nada sobre aquel fatídico día en el que, consciente o inconscientemente, fue paseada por todo Londres con la ropa masculina de un vagabundo. Ella misma jamás ha hecho referencia a este asunto. Cuando recobró la razón, el suceso se había borrado hasta tal punto de su memoria que se diría que nada de aquello había ocurrido, lo cual, aunque tal vez no lo sepa, no es un motivo menor para estar agradecida. Por lo tanto, lo que realmente sucedió, con toda probabilidad, jamás será conocido, concretamente lo que ocurrió en el vagón del tren durante ese terrible momento de brusco tránsito de la vida a la muerte. Qué fue de la criatura que a punto estuvo de causarle la muerte; quién era él... si es que era «él», lo cual resulta extremadamente dudoso; de dónde vino; adónde fue; cuál era el propósito de su presencia aquí... hasta el momento, todas estas cuestiones siguen siendo un enigma.

Desde entonces Paul Lessingham no ha vuelto a ser molestado por su antiguo torturador. Ya no es un hombre hechizado. No obstante, sigue teniendo lo que parece ser una profunda aversión al tema de los escarabajos, y tampoco es capaz de hablar sobre ellos. Si en alguna ocasión, estas criaturas son mencionadas en una conversación y no consigue cambiar rápidamente de tema, se levanta, si es posible, y abandona el cuarto. Y, lo que es más, tanto él como su esposa se comportan de manera idéntica en este sentido.

Puede que este hecho no sea conocido públicamente, pero es cierto. Además,

tengo motivos para creer que todavía hay momentos en los que recuerda con aversión física aquella terrible pesadilla del pasado, y en los que ruega a Dios que permanezca tan alejada de él para siempre como lo está ahora.

Antes de concluir, debería referirme brevemente a una cuestión. La historia que sigue nunca ha sido relatada, pero poseo una fuente fidedigna que avala su autenticidad.

Durante una reciente expedición a Dongola, un batallón de tropas nativas acampado en un remoto lugar del desierto despertó una noche súbitamente por una fuerte explosión. A la mañana siguiente, a unos tres kilómetros del campamento, se descubrió un enorme agujero en la tierra... como si recientemente se hubieran estado llevando a cabo detonaciones programadas a gran escala, y alrededor de este agujero se encontraron fragmentos de lo que parecían ser cuerpos; testigos creíbles me aseguraron que no eran cuerpos ni de hombres ni de mujeres, sino de criaturas monstruosamente grandes. Prefiero creer, ya que no se llevó a cabo ningún examen científico de los restos, que estos testigos, inocentemente y sin saberlo, se equivocaron.

Una cosa sí es cierta. Se vieron numerosos fragmentos, tanto de piedra como de metal, que podían llegar a sugerir que algún extraño edificio subterráneo se había derrumbado por la violencia de la explosión. Especialmente, se encontraron trozos de metal fundido que parecían haber formado parte de una enorme estatua de bronce. También se recogieron más de una docena de réplicas en bronce del scarabaeus sagrado de tiempos remotos.

Que la madriguera de demonios descrita por Paul Lessingham por fin hubiera desaparecido esa misma noche y que aquellos objetos esparcidos aquí y allá, en aquella extensión sin árboles, fueran la prueba de su destrucción definitiva no son hipótesis que pueda avanzar con el suficiente grado de certeza. Pero, si encajamos las piezas, los hechos parecen señalar en esa dirección... y es una conclusión fervientemente deseada.

Por cierto, Sydney Atherton se casó con la señorita Dora Grayling. El patrimonio de esta lo ha convertido en uno de los hombres más ricos de Inglaterra. Se cuenta que fue ella quien comenzó amándolo inmensamente, y puedo dar fe de que él ha terminado amándola en igual medida. La devoción que se tienen entre sí contradice la pesimista y absurda idea de que todos los matrimonios terminan en fracaso por necesidad. Ha progresado en su carrera de inventor. Sus investigaciones en el terreno del transporte aéreo, que han hecho posible que la maquina voladora se incluya en la agenda pragmática de los políticos, están en boca de todos.

El padrino en la boda de Atherton fue Percy Woodville, ahora conde de Barnes. Seis meses más tarde, se casó con una de las damas de honor de la señora Atherton.

Nunca se demostró cómo murió Robert Holt. En las pesquisas, el jurado de instrucción se sintió satisfecho con su veredicto de «Muerte por agotamiento». Ahora yace enterrado en el cementerio de Kensal Green, bajo una elegante lápida, cuyo

coste, de haber estado en sus bolsillos, sin duda habría prolongado indefinidamente sus días de vida.

Debería mencionar que la parte de esta extraña historia que pretende ser “La sorprendente narración de Robert Holt”, fue redactada a partir de las declaraciones que Holt hizo a Atherton y a la señorita Lindon, cuando esta lo recogió lleno de barro y deshecho y lo acogió en la casa de su padre.

La contribución de la señorita Lindon en la aclaración del misterio fue redactada por su propia mano. Tras recobrar su fuerza física y mientras mentalmente todavía se debatía entre la oscuridad y la luz, su único alivio era escribir. Aunque jamás hablaba de lo que había escrito, se descubrió que el tema siempre era el mismo. Confiaba a la pluma y el papel lo que no deseaba pronunciar con sus labios. Contó una, dos y tres veces la historia de su amor y de sus tribulaciones tal como se ha recogido en el presente libro. Sus manuscritos siempre comenzaban y acababan en el mismo punto. Todos ellos han sido destruidos, con una excepción. Y esa excepción ha sido presentada aquí al lector.

En cuando al Misterio del Escarabajo, no tengo intención de pronunciarme al respecto. Atherton y yo hemos hablado sobre el tema en muchas ocasiones y, al final, no hemos llegado a ningún sitio. En lo que a mí respecta, la experiencia me ha enseñado que, en efecto, hay más cosas en el cielo y en la tierra que las que pueda haber soñado nuestra filosofía, y me inclino a pensar que el Escarabajo, que otros contemplaron, pero yo no, era (o es, porque no puedo probar con certeza que esa criatura no siga existiendo) una criatura que no había nacido ni de Dios ni del hombre.

F I N